

CAUSA Y EFECTO



CORELIA LANE

Causa y efecto

Corelia Lane

©Corelia Lane, julio de 2024

Portada: Neith (Myriam Crespo)

Causa y efecto, de Corelia Lane, está registrada bajo una licencia Creative Commons.

No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de las autoras.

Nota de las autoras:

1. ¿Quién eres tú?
2. Tranquilo, Diablillo.
3. ¿De verdad vas a dejarlo ahora?
4. Ya no sois un apellido.
5. Mejor enfermos que estúpidos.
6. Et voilà.
7. Parece que va a ser fácil.
8. ¿Y cómo aprendimos...?
9. Ahí abajo todos llevarán máscaras.
10. Haz lo que quieras.
11. ¿Lo echas de menos?
12. No me dejes solo.
13. Hay algo que puedes hacer por mí.
14. ¿De qué me sirve una isla paradisíaca si no puedo enseñarla?
15. Estás en línea, Dagon.
16. Asqueroso, ¿verdad?
17. Es un lugar sagrado.
18. ¿Quieres irte?
19. Ya tenemos algo en común.
20. ¿Entonces eres mejor que ellos?
21. Nos toca juntos.
22. Las cosas funcionan mejor en pequeñas dosis.
23. ¡Señora Avaricia!
24. El espíritu de las navidades futuras.
25. Estás muy lejos de casa.
26. Esto es mejor con la luz encendida.
27. El fracaso de la humanidad.
28. No estamos pidiendo permiso.
29. ¿Quieres que me quede?
30. Si no hago esto, desapareceré.
31. No funcionará.

Epílogo

Otras obras de las autoras:

Nota de las autoras:

Este libro continúa con la historia planteada en Todo o nada. Puede leerse de manera independiente, pero recomendamos seguir el orden de lanzamiento para vivir los puntos clave de las historias con toda la intensidad. Causa y efecto tiene pocos *trigger warnings* y hablaros de los pocos que tiene podría estropear la experiencia, así que apelamos a la madurez de las lectoras.

Bienvenidas de nuevo a la isla. Venid libremente, salid con seguridad y dejad algo de la felicidad que traéis escribiendo una reseña al terminar.

No olvidéis no hacer spoilers en ella para no estropear la experiencia de futuras lectoras, ¡esto es muy importante!

A Xiomara e Idoia. Primero lectoras,
luego amigas y después betas.
Sin vuestra ayuda,
este libro no sería lo mismo.

Para Orión, que ha vuelto
a su casa en las estrellas.

«Lo extrañaba. Estuviera entre ellos o no, nunca podría recuperar el encanto que Peter le había dado».

Peter Pan - J.M. Barrie.

1. ¿Quién eres tú?

El mundo moría y en Elysium se podían escuchar sus estertores.

En el distrito empresarial el cielo sangraba azufre. Los paneles instalados dos años atrás se desplegaban en lo alto de los rascacielos para blindar las calles. Moles metálicas resistentes a la acidez, sin ningún tipo de adorno, funcionales, tapaban el cielo y convertían la zona en una ratonera gigante iluminada solo con luz artificial. Pese a todo, el agua siempre conseguía abrirse paso y para advertir sobre eso estaban los neones y los carteles: sonrientes hombres y mujeres del siglo XX, algunos esbozados apenas con una silueta fluorescente, sacaban sus paraguas y chubasqueros marca Valkyria y se los colocaban como si aquel fenómeno no tuviera mayores consecuencias que estropear un tranquilo paseo.

Un coche automático paró en silencio frente al edificio más alto de la manzana. La puerta se deslizó a un lado y una figura embozada se apeó de él. Unos cautos ojos verdes observaron los letreros luminosos que anunciaban las pruebas para el Proyecto Odín. Cuando el coche arrancó para entrar en el aparcamiento, el joven ajustó la mascarilla a su rostro y cerró la capucha del impermeable negro. El olor de la lluvia era penetrante, cosquilleó en su nariz con un aroma sulfúrico que le irritó los ojos y los hizo lagrimear. Se apresuró a llegar a la marquesina de la sede de Valkyria para tener el mínimo contacto con las gotas que burlaban las protecciones. Proyecciones en 3D de árboles y parterres de flores que imitaban el ambiente de un antiguo parque daban la bienvenida al edificio. Era el único del barrio sin más estructuras alrededor y, posiblemente, de la ciudad de Elysium, donde los rascacielos se apiñaban unos contra otros como las afiladas agujas de una gigantesca y brillante geoda.

El interior también era una muestra de poderío y excentricidad. Un inmenso recibidor, parecido a la entrada de un centro comercial, con cada detalle pensado para impresionar a las visitas. Para hacerlas sentir pequeñas. Enredaderas en las paredes. Adorables ventanucos falsos entre ellas, como si estuvieran en el poblado de unos duendes. Máquinas recreativas iluminadas. Una cascada de al menos cinco metros con un circuito cerrado de agua azulada que caía sobre la fuente del fondo, en cuyo borde varias personas charlaban y tomaban café. No eran los únicos: el personal de Valkyria se movía con mayor o menor prisa de camino a los pasillos y las puertas señalizadas. Todos uniformados, alegres y sonrientes: aquel vestíbulo era parte de lo que la multinacional mostraba a la prensa: un ambiente de trabajo relajado para aumentar la productividad. El muchacho consultó su teléfono y se dirigió al pasillo oportuno, donde vio a otros como él.

La edad de los reunidos oscilaba entre los veinte y los veinticinco. Ander conocía a algunos de verlos en los medios: *influencers*, hijos de gente importante de Elysium y jóvenes promesas que empezaban a despuntar en el mundo de los negocios. La mayoría tenían dos cosas en común con él: eran hombres y de su misma clase social. Le llamó la atención que solo hubiera una chica allí, pues Valkyria destacaba por sus nuevas políticas paritarias. El Proyecto Odín estaba destinado a los jóvenes más brillantes de la alta sociedad de Elysium: futuros políticos, banqueros, directores de empresas y líderes de masas. La multinacional necesitaba sangre nueva para su sonado renacimiento. Querían cambiar su enfoque desde los cimientos y revertir el impacto que su actividad causaba no solo en la ecología, sino en la economía mundial. Algo difícil teniendo en cuenta su influencia y su expansión corrosiva en las últimas décadas.

Necesitaba nuevos líderes, gestores y visionarios capaces de cambiar el mundo que les pertenecía. Allí estaban los candidatos.

Para Ander era extraño haber superado la criba inicial, pero aprobar los primeros exámenes y estar entre los elegidos para la entrevista personal era un triunfo inesperado teniendo en cuenta la poca fe con la que había respondido a la preselección.

—¿De qué creéis que irá la entrevista?

Cuando la chica abrió la boca y se dio la vuelta, se dio cuenta de que, en realidad, allí no había mujeres. Llevaba un vestido de tirantes debajo de un abrigo blanco de pelo largo que evidenciaba los pectorales planos y la forma angulosa de su anatomía masculina. Los bucles de su pelo rosa caían entre los mechones suaves de la prenda. Era guapo, de rostro andrógino y ojos rasgados aún más afilados por un dramático perfilador negro. Ander se encogió de hombros y se bajó la capucha.

—No creo que sea nada fuera de lo normal —respondió a desgana—. Por qué queremos trabajar con ellos, cuáles son nuestros puntos fuertes...

—Nunca he hecho una entrevista de trabajo —respondió el chico.

A Ander no le sorprendió. Apostaría a que ninguno de los reunidos lo había hecho. Tenía suerte de que su padre lo hubiera empujado al mundo laboral a pesar de su estatus. Nunca había entrado en un puesto a dedo o por recomendación de su entorno.

—Para todo hay una primera vez.

Una mujer que ya dejaba lejos los cincuenta, con una tablet, salió de las puertas batientes al final del pasillo. Era otra de las nuevas políticas de empresa de Valkyria: contratar a personas que, por cuestiones de edad, estuvieran en riesgo de exclusión. El padre de Ander tenía una opinión muy bien formada sobre aquello, como la tenía sobre todo: era ridículo. Si alguien perdía su empleo a una edad avanzada era solo su culpa, y si no conseguía encontrar otro, culpa de su dejadez a la hora de formarse, mejorar, e intentar progresar. Según él, Valkyria recogía desechos sociales y, por suerte para todos, eso no tardaría en pasarle factura. Aún no había ocurrido.

—¿Ander Osman? —Cuando se acercó, le señaló las puertas—. Su entrevista comenzará en cuanto firme la cláusula de confidencialidad. Las preguntas pueden repetirse entre unos y otros participantes y prefieren que el proceso sea lo más limpio posible, sin inferencias externas. Revelar cualquier información interna del proceso de selección implica la expulsión inmediata y una demanda de Valkyria —dijo con tono monocorde para acabar tendiéndole la tablet, donde esperaba para su lectura un largo documento de letra diminuta.

El chico del pelo rosa intentó asomarse a fisgonear el texto, pero una mala mirada de la mujer lo contuvo. Ander agarró la tablet y echó un rápido vistazo. Era casi rutinario, no había día en que no diera su aceptación a las kilométricas políticas de uso en alguna aplicación y leerlo le llevaría más de media hora. Firmó y le devolvió el aparato a la empleada.

—Seré una tumba.

—Adelante. —La mujer se giró hacia el resto—. El tiempo que la entrevista puede requerir varía según el participante, hay asientos y máquinas de refrigerios en el vestíbulo.

Las puertas batientes daban a otro pasillo, muy corto, rematado con una puerta mucho menos vistosa. Ander supuso que todo ese paripé era para que nadie fisgoneara, aunque solo servía para aumentar la curiosidad. La sala a la que accedió era grande. Enorme, teniendo en cuenta que el único mobiliario era una mesa alargada y dos sillas con sus respectivos ocupantes. Paredes

blanquísimas, techos altos, ninguna decoración. Ander se acercó a la mesa, colocada sobre una tarima que formaba parte del suelo, dándole dos alturas. Pese a estar de pie, tenía que mirar arriba para verlos.

Vestían de traje, negro riguroso. Uno de ellos tenía el pelo rapado al cero, como él, y los ojos también verdes. La conexión no aportaba amabilidad a su rostro serio. El otro era pelirrojo, con una larga melena rizada sujeta en una coleta. Fue él quien habló primero.

—Bienvenido, Ander. Yo soy Noah, y mi compañero es Ethan. Nos encargaremos de tu entrevista —dijo sacando un ordenador portátil de debajo de la mesa—. Siéntate, por favor.

No había silla. Y no era un error, los entrevistadores lo sabían. Sentía sus miradas sobre él, la expectativa, y se sintió torpe y molesto. Recordó todos los consejos que su padre le había dado alguna vez sobre esas situaciones: no muestres dudas, mira directamente a tu entrevistador, no titubees al hablar y haz las cosas con seguridad. Si te pones nervioso, distrae las manos con algo.

Y lo hizo. Se quitó el impermeable sin prisa, fingiendo que la petición no le sorprendía, y se quedó de pie. Miró primero al pelirrojo, que le inspiraba más confianza, y luego al rapado.

—Prefiero quedarme de pie.

El pelirrojo asintió y le dio la vuelta al portátil para que la pantalla lo enfocara. Ander vio su propia imagen, la cámara estaba activa.

—Procura mirarte a ti mismo en todo momento. Haremos una serie de preguntas y tendrás que responder con sinceridad. El vídeo será analizado después, con expertos que revisarán cada titubeo, cada cambio en el tono de voz, las pupilas o la expresión. Si consideran que se ha faltado a la verdad, puedes ser eliminado.

El rapado tomó la palabra antes de que Ander pudiera añadir nada.

—En una escala del uno al diez, ¿cómo calificarías tu necesidad de aprobación por parte de los demás? —preguntó con tono seco.

Ander tuvo el impulso de responder con toda su seguridad: un uno, pero se quedó en silencio.

En la imagen la sala parecía más grande. Él era una figura justo en el centro, pequeña y sola. Se sintió fuera de lugar con sus vaqueros de perneras arremangadas, las botas militares y la camisa a cuadros roja abierta. Los tirantes se veían sobre una camiseta interior ajustada. Solo tenía en común el pelo rapado con uno de los entrevistadores. No había querido ir vestido de traje: quería ser lo más honesto posible. Y él vestía así, era parte de quien era.

No quería mentir. Realmente quería que lo eligieran, ¿pero por qué deseaba eso? La expectativa de pasar un año estudiando en una isla paradisíaca debía ser suficiente. Sin embargo, no era la única razón. Ni siquiera era la más importante. No le interesaba irse a un lugar en el que no pudiera ser libre.

—Cinco —dijo al fin. Frunció el ceño y negó con la cabeza de inmediato. El rostro ceñudo de su padre apareció en su mente. Suspiró—. Ocho, en realidad.

Los entrevistadores no tomaban notas, ni hacían ningún tipo de gesto, como si cualquier cosa que dijera les diera lo mismo. Ni una sola pista acerca de la actitud que esperaban de él. Ethan continuó.

—¿Cómo defines la palabra prejuicio?

Esa pregunta también necesitaba tiempo, sobre todo después de haber entregado una verdad

tan íntima a la cámara. Se sentía vulnerable, pero se mantuvo erguido, con la mirada fija en su propia imagen. Parecía tan pequeño.

—Es... un mecanismo de supervivencia. Es antiguo, algo que nos acompaña desde los tiempos en que fuimos cazadores. En ciertas circunstancias no puedes perder el tiempo meditando una decisión, así que el prejuicio te permite descartar opciones y buscar las más seguras. Permite que puedas proteger a los tuyos de amenazas.

—¿Crees que los prejuicios pueden influir en la toma de decisiones en el ámbito laboral? ¿Cómo evitarías que afecten a tus propias decisiones?

No pudo evitar el titubeo. ¿Por qué de todas las cosas sobre las que podían interrogarlo lo hacían sobre eso? ¿Qué sabían de él? Sin lugar a duda, sabían quién era su padre, podían basarse en eso para concluir que era el heredero de sus supuestos prejuicios, ¿pero era ese el único motivo?

—Pueden influir, pero no creo que eso sea siempre malo. A veces los prejuicios solo marcan patrones a los que hay que prestar atención —respondió convencido—. Sin embargo, en el entorno laboral me esforzaría por conocer y comprender a mis compañeros, eso marcaría la diferencia entre un trato cauto o un trato más cercano.

Los entrevistadores lo miraban con fijeza, casi sin pestañear.

—Si fueras un sabor de helado, ¿cuál serías y por qué? —preguntó el pelirrojo.

La perplejidad hizo parpadear y apartar la mirada de la pantalla a Ander. Esperaba encontrar una sonrisa burlona en el rostro de los entrevistadores, pero aguardaban la respuesta con la misma neutralidad que antes.

Era una pregunta ridícula. A pesar de eso, le costó encontrar una respuesta.

—Chocolate puro —dijo volviendo a mirar la pantalla—. Porque no le gusta a todo el mundo.

—Vaya. La gente suele elegir vainilla —dijo Noah, el primer comentario que cualquiera de los dos hacía acerca de las respuestas—. En una situación de vida o muerte, ¿preferirías tomar una decisión que salve a la mayoría, pero te perjudique, o una que te beneficie pero perjudique a la mayoría?

Ander siguió mirando la pantalla. Empezaba a tomar confianza. Después de la primera confesión, no parecía tan complicado decir la verdad. Y era lo que querían, ¿no? Que fuera sincero. De eso trataba la prueba. Y si le descartaban por hacerlo, podían irse al infierno.

—Supongo que la mayoría también responde que escogería la primera opción. Y la mayoría miente, porque en realidad no sabemos qué somos capaces de hacer en una situación así y creo que muchos escogerían salvarse. Yo lo haría.

Ninguno parecía impresionado por su alarde de sinceridad.

—Imagina que estás en un experimento donde debes elegir entre infligir dolor a otro participante o recibir una penalización. ¿Qué eliges y por qué?

—¿Qué tipo de penalización?

—Limítate a responder a las preguntas como están planteadas —dijo Ethan.

—Elijo lo primero.

—¿Cómo de fácil es para ti adaptarte a una jerarquía en la que no tienes ningún control o

poder? —dijo Noah.

—Muy fácil —respondió con fluidez. Esas preguntas parecían más sencillas—. La jerarquía es necesaria para que exista el orden y yo la respeto. Además, hay que aprender a acatar órdenes para llegar a ser un buen líder.

Noah señaló la pantalla.

—Última cuestión: el dueño de Valkyria te ve en este momento. ¿Qué le dirías para destacar entre el resto y que te tuviera en cuenta por encima de otros participantes? Te recomendamos ser imaginativo, no aspiras a poco.

La confianza que Ander había ganado flaqueó, pero se esforzó por que aquello no llegara a su lenguaje corporal. Espalda recta, mirada fija. Plegó el impermeable que aún sostenía y dio dos pasos medidos para acercarse al portátil. Solo tenía que mostrar seguridad.

—Respeto la jerarquía, pero eso no significa que vaya a lamerle el culo a mis superiores —dijo mirando a la pantalla—. Tengo mis propias ideas y unos valores férreos que pueden resultar útiles en la nueva deriva de su empresa. No seré complaciente si creo que algo puede hacerse mejor o si pienso que se equivoca. Por mucho respeto que le tenga, siempre tendrá la verdad por mi parte, señor Valkyria. No sé si esto es original o no, pero es lo más valioso que puedo darle.

La pantalla seguía devolviéndole su imagen, la misma que podía estar viendo el dueño de Valkyria. O no. El silencio y la falta de respuestas estaban llegando a su límite de incomodidad cuando Noah cerró la tapa del portátil.

—Esta parte de la entrevista ha concluido. Puede salir por allí —dijo dándose la vuelta para señalar la pared que tenía a la espalda.

Como si de un conjuro se tratara, en esta se abrió una puerta oculta que solo mostraba oscuridad.

Un hormigueo en el cuello hizo que Ander se diera cuenta de que estaba sudando. Sintió la humedad en los dedos al llevarlos a la nuca. ¿Había hecho bien siendo tan directo? Poco importaba. No podía volver a meterse las palabras en la boca. Dobló de nuevo el impermeable entre sus manos y asintió. No hubo más palabras entre él y los entrevistadores. Simplemente giró sobre los talones y fue hacia el rectángulo negro. La sede de Valkyria ya no parecía tan amable como su vestíbulo.

Tuvo que cruzar y dar varios pasos en la oscuridad absoluta para que la puerta se cerrara a su espalda. La luz iluminó la estancia, deslumbrándole. La chocante habitación estaba empapelada para imitar una adorable cabaña en el bosque, con su falsa chimenea, sus falsos estantes de especias y sus falsas ventanas con vistas al bosque. No le faltaba detalle: preciosas cortinas de flores, un suelo de tablones de madera sin pulir y una puerta de salida de roble maciza, bien cerrada, con tres bombillas apagadas. A un lado había tres camas de diferentes tamaños. Grande, normal y pequeña. En el centro, una mesa con tres sillas de mimbre que seguían la misma premisa de las camas. Y encima de esta, tres alimentos: un bote abierto de mermelada roja, una manzana y una bolsa de *snacks* salados.

Ander se quedó de pie, observando atónito la escena que parecía extraída de un cuento infantil. Miró alrededor y se movió con cautela, buscando las cámaras. Había empresas que hacían jugar a sus postulantes en *scape rooms* de distintos tipos. Así ponían a prueba su capacidad para resolver problemas y su creatividad. No había esperado encontrar algo así allí, aunque era pronto para sacar conclusiones.

—¿No hay indicaciones?

Silencio. No iba a obtener pistas de los maestros de juego, así que se puso manos a la obra. Empezó revisando las camas. Abrió las sábanas y buscó bajo ellas, tanteó los tableros y las zonas que pudieran esconder compartimentos. No encontró nada fuera de lo normal, pero se dio cuenta de un detalle, había más diferencias aparte de los tamaños: la cama grande era dura y nueva, la pequeña era mullida y desgastada. La mediana estaba entre ambas: ni muy dura, ni muy vieja.

El mobiliario era real. Todos los elementos dispuestos allí lo eran, salvo las ventanas y la decoración en las paredes, que estaban pintadas. Se sentó en la silla grande y probó la mermelada con cierta cautela. La silla era robusta, quizá un poco rígida e incómoda. La mermelada no tenía nada de especial, incluso era de peor calidad que la de su propia casa. Dos de las luces de la puerta se encendieron, aunque ninguna lo hizo con mucha fuerza.

Ander recordó el cuento como si las bombillas se hubieran encendido en su cabeza. Una niña rubia se colaba en la casa de unos osos. Se comía la comida, dormía en sus camas y salía por patas. Él era Ricitos de Oro en esa habitación. Tal vez debía interpretar ese papel.

Se cambió de silla y mordió la manzana. Esa silla tampoco era cómoda, así que probó la más pequeña. Las chucherías saladas eran lo mejor del cuarto. Al menos, la silla pequeña, la más confortable, no se rompió como en el cuento. Una vez probadas las tres se levantó, se estiró dándole un poco de dramatismo a la escena y fue a acostarse en la cama más pequeña, que también era la más cómoda. Pensó en la absurda posibilidad de que los osos aparecieran en cuanto se cubrió con la colcha.

La tercera bombilla se encendió, deslumbrante en comparación con las otras, en cuanto se levantó de la cama pequeña. Al hacerlo, la puerta cedió hacia una nueva oscuridad que, del mismo modo que antes, desapareció al entrar Ander.

Paredes blancas. Un agujero en el suelo, del tamaño de un puño. Otro en el techo, muy grande, mostrando ambos la conocida negrura. El único mueble era una mesita baja sobre la que reposaban dos cosas: un frasco de aspecto antiguo con un líquido verdoso y una pequeña tarrina de helado... a juzgar por el color, chocolate negro. De cada uno colgaba una etiqueta explícita: cómeme y bébeme. Ander caminó alrededor de la mesa. Una sola vuelta, observando los agujeros, la mesa y las etiquetas. Ese cuento era más reconocible si cabía, *Alicia en el país de las maravillas* había sido contado de mil maneras distintas. Cogió el frasco de líquido y abrió el tapón de cristal para dar un pequeño sorbo. El líquido carecía de sabor. Su cuerpo no empequeñeció, pero el suelo se extendió alrededor del agujero, dejando un espacio accesible. Al fijarse, Ander descubrió las láminas plegables de los bordes, tan bien disimuladas que no las había apreciado al principio. No había escalera. Si escogía ese acceso, tendría que saltar a la oscuridad.

No iba a quedarse con la primera opción, como tampoco lo había hecho Alicia, así que tomó una cucharada del helado de chocolate y levantó la mirada para ver el mecanismo del techo. Ese no tenía que abrirse. Tras unos segundos, una cuerda amarilla se desenroscó desde el interior para que pudiera trepar. No, no era una cuerda. Era una trenza rubia de cuerdas, con huecos para apoyar los pies. A esas alturas ya se encontraba animado. Le había pillado el gusto al juego y sonrió con suficiencia al enfundarse el impermeable y agarrar la trenza. La elección estaba clara, si es que la había: prefería subir a tirarse por un agujero oscuro. No le costó trepar metiendo los pies en los huecos y lo hizo con rapidez.

Se encontró en una pequeña sala circular. El papel pintado representaba las paredes de piedra

de una antigua torre. A través de un ventanuco, también pintado, se veía una escena algo siniestra de un bosque bajo los rayos de una intensa tormenta. Ander pensó en Rapunzel, pero al ver el espejo, real, que presidía el lugar, dudó. Un pedestal en el centro de la sala guardaba una especie de máscara dentro de una urna de cristal. Una cuenta atrás se puso en marcha en una pequeña pantalla sobre el espejo, con números analógicos: 09:59. Tenía diez minutos para hacer lo que tuviera que hacer. Era razonable.

No podía ser difícil. Las demás pruebas habían sido sencillas, bajo la premisa de su conocimiento sobre los cuentos populares. Tal vez se trataba de *Blancanieves* esta vez. Revisó el contenido de la urna en el pedestal. Al acercarse lo vio más claro: no era una máscara, era un bozal, parecido al que se usaba para los perros, pero plano. Hecho para una persona. Sintió un rechazo inmediato. Ni siquiera levantó la urna para revisarlo. Fue hasta el espejo. El marco era dorado, lleno de filigranas de aspecto antiguo. Tenía palabras grabadas en la madera. Una frase.

«La verdad te hará libre, pero primero te hará miserable».

Tocó el cristal, pero nada ocurrió. El reloj seguía su cuenta atrás. 8:50. Ander pensó en el cuento, trató de recordar.

—¿Hola?

Nada sucedió. ¿Cómo era? ¿Quién era el dueño del espejo? No, no tenía dueño. Tenía dueña. Recordó una animación de una mujer vestida de negro ante un espejo humeante, diciendo unas palabras.

—Espejito, espejito mágico. —Se sintió ridículo.

El espejo se activó. Un rostro empezó a formarse entre brumas de píxeles, como si fuera un videojuego muy antiguo. Era un hombre, con un sombrero de mago y el pelo blanco. Los ojos negros del avatar le miraron en silencio unos instantes. Sintió un escalofrío. No se sentía cómodo allí. Pero parecía fácil. ¿Tal vez tenía que preguntarle quién era el más bello del reino? Eso sonaba estúpido. Por suerte, el mago habló antes de que él lo hiciera.

—¿Quién eres tú?

—Ander Osman.

La cuenta atrás se adelantó un minuto. El corazón de Ander dio un vuelco. Debió pensarlo, no podía ser tan fácil.

—¿Quién eres tú?

Tenía que decir la verdad, pero ¿cuál era la verdad? Sospechaba que la única verdad allí sería la que el espejo quisiera dar por válida. Tenía unos cuantos intentos.

—Soy un futuro líder de Valkyria.

Un minuto menos. Quedaban seis.

—¿Quién eres tú?

Ander resopló.

—Soy un joven aspirante dispuesto a superarse a sí mismo para tener un futuro en Valkyria.

Ahora quedaban cinco. Tampoco era eso. ¿Entonces, qué? ¿Qué querían que dijera? Resopló y dio una vuelta por la habitación para relajarse. El bozal brillaba bajo la luz de un pequeño foco. Una idea empezó a formarse en su cabeza, pero sentía rechazo de solo pensar en ello. Volvió frente al espejo.

—Soy... Soy experto en redes y comunicación —dijo sin ninguna fe.

La cuenta restó un minuto más. Quedaban cuatro.

—¿Quién eres tú?

—¡Joder! ¿Qué diablos quieres oír?

El contador marcó tres minutos. El mago esbozó una sonrisa sádica.

—¿Quién eres tú?

Ander reprimió una maldición. Quiso golpear el cristal, pero esa era la peor idea.

—¡No sé quién soy! —replicó frustrado.

Tampoco valía. Quedaban dos minutos.

—¿Quién eres tú?

Empezaba a sentirse atrapado. Dentro de él, una respuesta despuntó entre la frustración. «Soy alguien desesperado por salir de aquí. Por salir de Elysium. Por saber quién es». Eran sus inseguridades. El espejo estaba sacándolas todas. No podía mostrarlas ante quienes iban a seleccionarlo. No creía que eso fuera lo que querían escuchar.

—El hijo de Jacob Osman.

El último minuto empezó antes de tiempo. Ya solo tenía una oportunidad. Y a esas alturas sabía lo que tenía que hacer. Aunque intentó buscar la respuesta en los segundos que le restaban. No encontró nada. Solo quería salir de allí. Empezaba a sentir que el cuarto era más pequeño, que había menguado a su alrededor. Los segundos comenzaron a sonar con una nota estridente. Diez. Nueve. Ocho. Siete. Iba a fracasar. Iba a quedarse allí para siempre. Atrapado.

Ander sacó el bozal de la urna y se lo ajustó tan rápido como pudo.

Seis. Cinco. Cuatro. Tres.

Corrió ante el espejo. La imagen pixelada del mago sonrió con una expresión siniestra y se diluyó en la oscuridad. Su propio reflejo apareció en su lugar. Primero vio la rabia en sus ojos, los dientes apretados bajo el bozal. ¿Por qué había hecho eso? ¿Por qué se humillaba así?

La cuenta atrás se detuvo. Una puerta camuflada en los muros pintados se abrió, revelando una nueva oscuridad. Ander se arrancó el bozal y lo tiró al suelo. Tomó la salida sin mirar atrás, con el corazón latiendo rabioso en su pecho. Tuvo la impresión de caminar una eternidad hasta que la última puerta lo llevó a una de las puertas de cuento de hadas del vestíbulo. Cuando salió, un grupo que tomaba café sentado alrededor de una fuente se le quedó mirando. Los ignoró y se dirigió a la salida, convencido de que acababa de fracasar en las pruebas.

2. Tranquilo, Diablillo.

El coche esperaba en la calle. La lluvia había amainado, pero las señales luminosas y las alertas seguían advirtiéndole sobre la peligrosidad de permanecer en el exterior sin el equipo de protección adecuado. Ander no iba especialmente preparado, tampoco tenía ningún interés en quedarse allí más de lo debido. Corrió hasta el coche calándose la capucha hasta la nariz. Los sistemas de reconocimiento le abrieron la puerta en cuanto estuvo al alcance del escáner. Una vez dentro, desconectó la conducción automática y arrancó de vuelta a casa. Era más seguro dejar el piloto, pero le gustaba la sensación de control que le daba dirigir el vehículo. Lo ayudaría a relajarse.

Su casa estaba a solo media hora de la sede de Valkyria, en el Sector del Núcleo. El barrio de Ander tenía una renta per cápita algo inferior a la del distrito empresarial, pero contaba con los privilegios del centro de la ciudad: los edificios más altos, con separación a partir de cierta altura y los sistemas de protección más avanzados. Las agujas de los rascacielos de distintas alturas y las pasarelas que los unían entre sí eran agobiantes y deprimentes durante el día, pero cuando las luces se encendían, al caer la noche, la estampa cambiaba por completo. Si la luz encapotada del sol lo volvía todo gris y monótono, los neones y los tubos fluorescentes pintaban de colores fachadas y pasarelas. El *smog* resplandecía, teñido de verde, azul y naranja. La ciudad se volvía vibrante y latía con luz propia.

A Ander ya no le impresionaba.

Tenía ganas de llegar a casa. Estaba seguro de que no había superado las pruebas y no dejaba de repasar las respuestas que había dado en la entrevista. Demasiado desafiante. Demasiado sincero. Demasiado inseguro al final. Eso no les gustaba a los jefazos. Era difícil encontrar el término medio entre el lameculismo y el pensamiento propio, ambos necesarios para medrar en cualquier empresa. Y a él lo primero no se le daba bien.

El garaje que le correspondía estaba en la planta cincuenta. Tras subir por una de las rampas exteriores, dejó el coche en su estacionamiento y usó el ascensor para subir las veinte plantas que restaban. La puerta se abrió con el escáner ocular. Ander recordaba, vagamente, haber tenido servicio cuando era niño, pero aquello ya apenas existía. Quienes tenían dinero podían permitirse una casa domótica completa y autosuficiente. Era la clase media la que, a veces, podía contratar a alguien para la limpieza y los cuidados. Un hogar inteligente. Una cocina que cocinaba por sí misma, una nevera que controlaba las calorías, aparatos que mantenían todo limpio, aplicaciones que compraban, ventilaban, llamaban al servicio técnico para cualquier pequeño arreglo. Un hogar impersonal y solitario, ocupado por Ander y su padre, que solo aparecía por allí en lo que Ander llamaba momentos hotel: dormir y asearse. Con veintitrés años ya le daba igual esa ausencia, pero no había sido un camino fácil. Su infancia estaba marcada por la soledad desde que su madre los abandonó cuando tenía doce años. Su hermana mayor se fue con ella. La batalla por la custodia fue dura, pero Jacob acabó por ganarla. Después de eso, no supieron más de ellas. A Ander ya le daba igual.

Sistemas entrando en reposo. Filtración: óptima. Calidad del aire: excelente. Temperatura: veinticinco grados Celsius. Humedad: treinta y cinco por ciento. Bienvenido a casa, Ander.

—Gracias, Freya —respondió quitándose el impermeable. Lo dejó en el compartimento de la

entrada. La domótica se encargaría de purificarlo—. ¿Dónde está mi padre?

Su llegada está programada para la medianoche.

Ander fue desnudándose de camino a su habitación, quedando en ropa interior. Los ventanales abrían las vistas a una panorámica espectacular. Veía las líneas luminosas de los drones que se paseaban por los cielos de Elysium. Los edificios más bajos de los barrios del oeste le permitían disfrutar de un *skyline* impresionante, despejado de otras moles como su propio edificio. La ciudad se extendía hasta donde alcanzaba la vista y era devorada por una neblina luminiscente en el horizonte.

Las ausencias de su padre tenían algo bueno. No había tardado en aprenderlo de adolescente y, con la adultez, esa libertad había alcanzado nuevos significados. Necesitaba relajarse. Deshacerse de la tensión de la entrevista y las pruebas y olvidarse de todo eso. Y, como todo el mundo, tenía un reino secreto en el que esconderse.

Su habitación sí tenía personalidad, y estaba orgulloso de eso. Un cuarto grande, dividido en dos espacios por un medio tabique: el dormitorio y una sala de estar privada. Un sofá de masaje plantado ante una mesita baja, delante de la pantalla que ocupaba casi toda la pared. Un fútbol controlado por IA, lo último en innovación retro. Vitrinas con libros reales, de auténtico papel, y juguetes que ya apenas miraba. Su propia terraza, cerrada y pequeña, pero personal, con exóticas plantas de plástico tan realistas que cambiaban de color según la temperatura o la época del año.

—Encender leds en morado. Bajar la iluminación. Olor a mar.

Ander nunca lo había visto, pero le fascinaba desde pequeño. Al pasar a la zona del dormitorio, el primer cuadro que le recibía mostraba un faro azotado por una tormenta en plena noche. La luz que emitía se encendió cuando los sensores traseros detectaron su presencia. Las olas vibraron y sacudieron el acantilado. Podían emitir sonido, pero lo tenía apagado. Demasiada distracción, por relajante que fuera. Ni siquiera miró el enorme póster de Elysium Limpia del tabique, con sus brillantes letras rojas: «Depurando un mundo en ruinas». El ordenador ya estaba encendido y la silla ergonómica, calefactada. Tecleó la pantalla para abrir una sesión privada. El diseño oscuro de la aplicación hacía destacar los bordes de color magenta de los chats. Echó una mirada rápida a la colección de avatares que tenía en favoritos. Todos eran hombres mayores que él. Un par de ellos estaban enmarcados por el resplandor verdoso que indicaba que se encontraban en línea. Sintió una agradable ansiedad en el estómago al ver esa luz en el retrato de un hombre de rostro anguloso que posaba con el torso desnudo. Hizo doble click sobre su cara. El chat se desplegó con las conversaciones antiguas y los avisos de llamada. No sabía si Gideon era su verdadero nombre, pero poco importaba. Tecleó deprisa, presa de una repentina y agradable ansiedad.

¿Estás muy ocupado para saludar?

Lo borró antes de enviarlo. No era gracioso al verlo plasmado en la pantalla y sonaba desesperado teniendo en cuenta que acababa de llegar.

Hey.

Sí, eso era mejor. Escueto, un poco desinteresado. Se removió en la silla. Gideon tardaba en responder. Pasaron un par de minutos que amenazaron con amargar los nervios en su estómago. Volvieron a convertirse en una vibración suave cuando el programa le avisó de que estaba escribiendo.

Gideon:

Hola, nene. No te esperaba hoy.

No pensaba venir, pero he encontrado un hueco. ¿Tienes algo que enseñarme? ¿O prefieres escribir?

Gideon:

Qué directo. ¿Has tenido un mal día?

En la pantalla apareció un botón verde, latiendo al compás de la señal de llamada.

Digamos que ha sido un día difícil de describir. Dame un segundo.

Tenía el antifaz escondido en uno de sus cajones. Él no era un rostro conocido como su padre, pero le daba tranquilidad y cierto morbo. Una máscara negra que cubría su rostro de nariz para arriba, rematada en dos pequeños cuernos rígidos. Cuando la tuvo bien colocada se aseguró de que la cámara enfocaba a la cama y aceptó la llamada, colocándose delante con una sonrisa anhelante. Ni siquiera habían empezado y ya comenzaba a estar excitado.

La ventana que se abrió ante él incrementó esa excitación. Gideon estaba desnudo de cintura para arriba. Solo llevaba un cinturón debajo del pecho, negro y ajustado, que enmarcaba la visión de unos pectorales duros. Le recordaba a esos héroes de los cómics de fantasía antiguos, fuerte, de rasgos rudos.

—Ahí está mi diablillo. —Gideon se echó hacia adelante en su silla. Detrás de él todo era oscuridad—. Creo que eres tú el que tiene algo que enseñarme, ¿no? ¿Por qué no te pones en pie?

Ander obedeció enseguida, alejándose un par de pasos para que pudiera contemplarlo. Su ropa interior solía ser oscura, pero tras la petición de la última vez, llevaba unos boxers blancos que marcaban toda su anatomía. En aquel momento, una erección casi completa. Se acarició un momento por encima de la ropa, apretando los dedos contra el tallo, para darse la vuelta y dejarle ver la curva de su trasero.

—¿Cómo me quedan?

—Como esperaba: demasiado bien. Apriétate las nalgas y bájelos despacio. —Gideon se recostó en su silla y se abrió el cinturón de los pantalones con calma—. Es una pena que nunca quieras darme tu ubicación.

Ander ignoró el último comentario. Fantaseaba cada noche con ese encuentro y con muchos otros. La tentación siempre golpeaba, pero su vida era la que era y tenía que conformarse con aquello. Gideon le gustaba, no obstante, si se ponía demasiado pesado, cortaría el contacto. Ya había sucedido otras veces.

Masajeó su trasero redondo y jugueteó con la goma del boxer por unos segundos antes de empezar a bajarlo muy despacio. Tenía buen cuerpo y era consciente de ello, del atractivo de sus formas trabajadas. Estaba aprendiendo a explotarlo.

—Ummm... Me encanta tu culo. Ahora mismo te lo abriría y hundiría la cara entre tus nalgas para darme un banquete. —Ander escuchó el sonido de la cremallera. El palmeteo lento de las primeras caricias le siguió—. Sepáralas. Quiero ver cómo te ofreces. Eso te gustaría, ¿verdad?

Ander siguió sus indicaciones, apoyando solo una rodilla en la cama. Estando de espaldas no podía verlo, pero el sonido era obsceno por sí mismo y llenó su vientre de calor, haciendo que la erección latiera. Deseó poder tocarse también, pero tendría que esperar. Era parte de la gracia.

—Si estuvieras aquí no me daría tiempo a ofrecer nada y lo sabes —rio.

—Lo sabes bien, ¿eh? Aún me acuerdo de lo cortado que eras al principio. Mírate ahora. — El palmeteo se intensificó—. ¿Quieres verlo? ¿Quieres ver cómo me pones la polla?

—Puede.

Claro que quería. El latir que tenía entre las piernas era casi doloroso, y acababan de empezar. Ander se tumbó en la cama, boca abajo, de frente a la cámara, frotándose contra las sábanas de forma inconsciente. No se había terminado de quitar el boxer y la tela se arrugaba justo debajo de su trasero, realzándolo.

Gideon seguía sentado. Dejó de tocarse, sujetando por la base el miembro hinchado que apuntaba al cielo. Era más que apetitoso, grande y brillante por el lubricante que había extendido con las caricias. Tras él, los abdominales se tensaban por la excitación.

—No tengo claro que supieras qué hacer con esto... ¿Tienes algo con lo que hacerme una demostración a mano?

—Tengo algo parecido entre las piernas y te garantizo que sé qué hacer con ello. No seas cruel, quiero tocarme —dijo Ander, con la voz ronca de excitación.

Por lo general, Gideon solo le pedía que posara un poco.

—De eso nada. Es hora de que pasemos a otro nivel —respondió su interlocutor. Sentado con las piernas abiertas, parecía un guerrero esperando la recompensa tras la batalla—. No vas a tocarte hasta que encuentres algo parecido a mi polla y me demuestres cómo me la chuparías si estuviera ahí.

Hubo un gemido de frustración por parte de Ander. Le resultaba excitante obedecerlo, y también la novedad, pero sentía la vergüenza coloreando sus mejillas. Se levantó a regañadientes.

—Vale —gruñó—. Espérame ahí, ¡ni se te ocurra irte!

Rebuscó por la habitación, mirando en los cajones. No se sentía muy imaginativo en ese momento y tampoco encontraba nada que pudiera servir. Descartó una gruesa lata de refresco, un desodorante sin tapón y un pequeño vapeador vacío. Estaba a punto de rendirse cuando, junto a la pantalla, vio el *joystick* que utilizaba para los videojuegos viejos. Tenía una forma cilíndrica perfecta, aunque se ensanchaba en la parte central y contaba con varios botones en la parte de arriba. Volvió a ponerse a la vista.

—¿Crees que esto servirá?

Gideon soltó una risa grave. Ander siempre le sorprendía con esas cosas. Su inocencia resultaba refrescante. Asintió, brindándose una lenta caricia para que el ánimo no decayera.

—Es perfecto. Pero la próxima vez no será suficiente. Acércate a la cámara con él para que vea bien esa boquita glotona.

No parecía algo agradable de chupar. Al otro lado de esa videollamada, en algún punto de los monstruosos bloques de pisos de trabajadores, el hombre vio como Diablillo23 se sentaba y observaba el *joystick* con recelo. Sacó la punta de la lengua y la pasó por el mango como si intentara que la parte derretida de un helado no resbalara hasta su mano. Era inexperto. Eso lo hacía aún mejor. Los labios del chico eran finos, varoniles, y se humedecieron enseguida de saliva al sacar y meter la lengua para deslizarla sobre el plástico.

—¿Te lo estás imaginando? Imagina que eso es mi polla. Imagina que está caliente y que late

contra tu lengua. Mírame y piensa en eso...

Gideon se tocó con más ímpetu, bajando y subiendo la enorme mano cerrada alrededor de su sexo. Ander escuchó un jadeo contenido. El sabor desagradable del plástico estropeaba la experiencia, pero al clavar la vista en el sexo durísimo y saber que estaba así por él, volvió a excitarse en un instante. Intentó replicar lo que veía en los vídeos, con mayor o menor acierto, aplicándose hasta que el *joystick* brillaba. Intentó metérselo en la boca, pero una aparatosa arcada lo detuvo al llegar a la parte gruesa.

Otra risa.

—Tranquilo, Diablillo, no quieras tragarlo de un solo bocado. Ve despacio, succiona la punta y acaríciala con la lengua, en círculos. Y mírame. No dejes de mirarme. —Gideon no había dejado de tocarse. Estaba muy excitado, más que nunca para el poco rato que llevaban—. ¿Quieres tocarte? Hazlo bien y te dejaré.

Ander tuvo un pensamiento fugaz: podía estropear los botones si hacía eso. Lo desechó enseguida, era una tontería infantil y podría comprar otros diez como ese con solo entrar a la aplicación de Valkyria. Aplastó la lengua, ignoró el sabor amargo y relamió como si de verdad tuviera otra cosa entre manos, los ojos fijos en la pantalla. Bajó una mano. Necesitaba, al menos, liberar su erección de la cárcel de tela.

Gideon respiraba agitadamente. El ritmo del golpeteo de su mano contra el pubis crecía. Era un sonido sucio, sugestivo.

—Muy bien, nene... Estoy a punto. Tócate conmigo. —Tenía la voz ronca. Lo miraba con hambre.

Ander ya tenía la mano dentro de la ropa interior. Sintió alivio al cerrar los dedos alrededor de su sexo. Tiró con suavidad, seguía lamiendo el plástico, los ojos fijos en la mirada turbia de Gideon. Deslizó la primera caricia.

La voz de Freya interrumpió el suave gemido que brotó de su boca.

Bienvenido a casa, Jacob.

Soltó una horrible maldición, pero no se detuvo. No podía, su excitación estaba en un punto de no retorno. En lugar de cerrar todo, se la sacudió como si le fuera la vida en ello, cerrando los ojos y mordiendo los labios. Un minuto. Medio minuto bastaría.

—Eso es. Sucio Diablillo —dijo Gideon sin percatarse de la situación—. Enséñame cómo te corres.

Al otro lado, en el salón, Jacob colgaba la chaqueta en el perchero.

—¿Ha vuelto Ander?

Está en su habitación en este momento.

Jacob asintió. Su hijo había faltado a la reunión de Elysium Limpia porque tenía una entrevista de trabajo. No le había dado muchos detalles, pero quería saber cómo le había ido.

Ander encogía las piernas, presa de una excitación salvaje, instintiva, que pocas veces había conocido a ese nivel. El primer hormigueo del orgasmo lo hizo ahogar un gemido lastimero.

—Aah... Sí... Nene... —Gideon se estremeció y el líquido denso se escurrió por sus dedos.

Al mismo tiempo, Ander escuchó la puerta abrirse al otro lado del tabique. Tuvo que cerrar la videollamada justo cuando su propio orgasmo, cortado y nada placentero, pero ineludible

físicamente, salpicó la pantalla.

—¡Joder! ¡Podías llamar a la puerta! —chilló con la voz aún ronca, presa de una ira que le hizo latir las sienes.

Se colocó la ropa interior como mejor pudo. De poco servía: el color blanco era escandaloso y tanto rato reprimiendo las ganas de tocarse se había traducido en una visible mancha gris de humedad.

Jacob Osman no era un hombre paciente y jamás había acabado de comprender el concepto de intimidad dentro de su casa. Su hijo era una extensión de él. Simplemente pensaba que tenía derecho a hacer cosas como esa. Se detuvo junto al tabique, casi dos metros de severidad enfundada en un oscuro traje, y miró a Ander con una expresión fría. La incipiente calvicie le había empujado a afeitarse del todo la cabeza. Su sola presencia imponía, pero al chico se le paró el corazón cuando habló.

—¿Qué cojones llevas en la cara?

Mierda. Ander se quitó la máscara de un tirón, sujetándola delante de su entrepierna como por casualidad. Pese a la luz tenue, estaba seguro de que su padre podía ver las mejillas ardiendo y la fina película de sudor que cubría su cuerpo.

—Estaba hablando con... una chica. Una chica desconocida. Y tú siempre dices que no llame la atención.

Confesar algo así era vergonzoso, pero creíble. Y mejor que la verdad.

Algo se relajó en la expresión de Jacob, aunque el brillo receloso de su mirada nunca terminaba de apagarse.

—Supongo que es mejor que nada. Empezaba a pensar que eras marica. —Jacob soltó una risa nasal—. La próxima vez queda con ella. Esto es de frikis, Ander. Date una ducha, te espero en la cocina.

Su padre se dio la vuelta y abandonó la habitación, dándose por satisfecho con esa respuesta. Él también había sido joven y había hecho tonterías.

3. ¿De verdad vas a dejarlo ahora?

Siempre sentía cierto bochorno después de las videollamadas con Gideon, y aquel día se había acentuado por la extraña petición y el inoportuno regreso de su padre. El agua caliente arrastró a su paso la rabia y la vergüenza. También cualquier resto de excitación tras el orgasmo brusco e insatisfactorio. Fue a la cocina ya vestido. Jacob estaba sentado consultando el teléfono, con un par de tazas humeantes de café sintético sin cafeína ni azúcar, lo único que Freya dispensaba por la noche tras ingresar el control de salud en su memoria. Agarró la que estaba llena y sopló. Ni siquiera en una situación tan cotidiana, en la intimidad con su hijo, abandonaba su aura de severidad.

—¿Cómo ha ido la reunión?

La semana anterior había regresado por su antigua universidad a repartir folletos y algunos estudiantes de primero se mostraron muy interesados.

—Estamos creciendo. Hemos organizado algunas acciones para presionar al gobierno local para que no salgan adelante las leyes de salud universal. Solo nos falta eso para que Elysium termine de arruinarse. —Jacob dejó el móvil boca abajo en la mesa y lo miró. Tenía los ojos verdes, como él, pero ahí terminaba todo el parecido. Ander había heredado los rasgos de su madre, más serenos y armoniosos—. Estás haciendo un buen trabajo. Me gusta la idea de que salgas ahí fuera y te busques el porvenir, eso te hará un hombre, pero eres muy valioso para Elysium Limpia, no lo olvides. ¿Y tu entrevista?

—Lo único que hago es reclutar gente y calentar los ánimos por redes sociales con un puñado de cuentas falsas. No me siento valioso. Me siento... un trol —suspiró Ander.

—No te infravalores. —Jacob le señaló con el dedo. La mirada directa parecía atravesar a su hijo—. Eres convincente. Y tu poder de persuasión nace de tu propia convicción. Sabes que los cambios jamás llegan solos. A la gente hay que guiarla, empujarla hacia lo que es correcto. Tu lugar no está en primera línea de batalla, sino en una posición mucho más valiosa para la causa: la guerra cultural. Y si la vamos a ganar será, en gran parte, gracias a ti.

Había escuchado esas palabras mil veces, tantas que ya sonaban vacías, huecas. Consignas carentes de sentido. Su propia convicción era algo que se había ido hacía mucho tiempo, pero ni se le pasaba por la cabeza confesarle algo así a Jacob.

—Ya, supongo que sí. La entrevista... No sé si ha ido bien o mal. Ya sabes que ahora no sirve con unas preguntas normales, están de moda los jueguecitos psicológicos. Creo que he perdido el tiempo, pero tampoco tenía mucho interés. Habrá oportunidades mejores.

Las conversaciones con su padre siempre eran iguales. Un campo minado de mentiras y medias verdades. Ambos se conocían tanto como ignoraban todo sobre el otro. Pero si algo había aprendido a leer Ander en su padre, era la decepción. Un temblor en el brillo de sus ojos. Una tensión en la mandíbula. Jacob odiaba las dudas. Despreciaba la inseguridad. Su hijo no debía albergarlas, pero Ander sabía que no era el hijo perfecto que Jacob veía en él.

—Era con Valkyria, ¿no? Esos gilipollas se van a pique con su nueva ética ecologista y humanista. —Jacob dibujó comillas en la última palabra con los dedos, acompañando el gesto con una expresión despreciativa—. Han cambiado demasiado sus políticas de empresa para que

tu perfil les resulte atractivo, aunque gente como tú es lo que más necesitan en ese nido de yupis chupasangres ahora mismo.

Un ramalazo de tristeza se alojó en alguna parte indefinible de Ander. Ya esperaba esa reacción, pero nunca terminaba de acostumbrarse. Hizo una mueca de desinterés, dando un trago al café sintético.

—Ya lo sé. Pero está bien conocer desde dentro cómo hacen las cosas. Uno siempre puede sacar una lección de todo.

—Creo que tú podrías hacer grandes cosas ahí dentro, sí. Y aprender. Tienes un futuro brillante, Ander, más allá de las redes y las charlas en la universidad. —Jacob terminó el café—. Si no te llaman, ellos pierden, pero hay más empresas. ¿Qué hay de esa chica con la que estabas hablando?

El ambiente se suavizó. Jacob parecía satisfecho con el descubrimiento, a pesar de lo estrambótico de la situación. Ander llevaba años sin hablarle de chicas, sin presentarle a ninguna, y eso lo inquietaba. El chico se puso en alerta. Enrojeció, pero no por lo que su padre creía.

—No es nada serio. Pero por ese tipo de cosas prefiero que llames a la puerta. ¿Y si la hubiera invitado a casa? —dijo con tono suave. Puede que al menos pudiera sacar algo bueno de una conversación tan incómoda, que Jacob se diera cuenta de la importancia de la privacidad. A fin de cuentas, nunca le había prohibido llevar invitados.

—Nunca has traído a nadie a casa. Pero si vas a empezar, dile a Freya que me avise y no entraré. —Jacob soltó una risa relajada y se levantó para palmear el hombro de su hijo. Una máxima expresión de cariño, viniendo de él—. Me habría alegrado, la verdad.

La levísima muestra de afecto le animó, aunque el motivo fuera una ilusión.

—¿No te molestaría? Quiero decir... pensé que quizá lo considerarías una falta de respeto a la convivencia. Suelen ser estricto con esas cosas —dijo sonriendo.

—Ya eres adulto. Y es un alivio no tener un marica en casa. Están por todas partes. Es una jodida plaga y los jóvenes os contagiais con facilidad. —Jacob recogió las tazas de la mesa para dejarlas en el lavavajillas. Luego se apoyó en el banco de la cocina y cruzó los brazos—. En cuanto a tu ligue, te recomiendo algo: está bien que te diviertas con chicas como esa, pero no vayas en serio con ella. Muestra su cuerpo por Internet, se masturba delante de una cámara y luego será de las que lloran cuando sus vídeos aparecen en Freakbrain. Aléjate de ese tipo de guarras si quieres ir en serio con una mujer. Lo malo es que la mayoría son así.

Al día siguiente Ander no tuvo tiempo para pensar en las extrañas pruebas de la entrevista, ni tampoco en la congoja que su padre le había dejado dentro tras la última conversación. Por la mañana asistió al final de un cursillo universitario que llevaba meses siguiendo para complementar sus estudios de comunicación. Al acabar se dedicó a recorrer los pasillos, buscando posibles interesados en la propaganda de Elysium Limpia. Chicos jóvenes, hombres en su mayoría. Muchos solitarios. Algunos en grupo, y esos eran sencillos, pues bastaba acercarse lo suficiente y prestar oído a sus conversaciones. ¿Falta de dinero en casa? ¿Alquileres demasiado caros? ¿Barrio sucio, inseguro, deprimente? Él tenía un culpable para ellos, y también una solución mágica a sus problemas. La posibilidad de convertirse en héroes, en los caballeros que salvarían la ciudad de su deriva. Su padre tenía razón en algo: tenía labia de sobra para aquel trabajo, era apropiado para él.

Almorzó fuera, en un restaurante !Nyam sin empleados que servía comida rápida llena de aditivos: un capricho que Freya no permitiría en casa. Al regresar buscó a Gideon en la red, pero no estaba conectado. Puede que se hubiera enfadado por su repentina desconexión. Estaba buscando otros perfiles cuando llamaron a la puerta. Ander frunció el ceño. Hacía tanto tiempo que nadie llamaba que había olvidado el sonido del timbre.

—Freya, ¿quién es? Cámara de la puerta en el ordenador del dormitorio.

Desconocido.

La domótica mostró la imagen que captaba la cámara cenital. Un hombre con una vieja gorra de plato de cartero y un uniforme azul, pasado de moda. Parecía sacado de una antigua postal de Correos, con su ancha bandolera colgando de un hombro. Desde esa perspectiva no podía verle la cara, tapada por la gorra, pero vio cómo levantaba una mano enguantada para volver a llamar, esta vez con los nudillos. Se escuchó un repiqueteo musical.

Tac tacatactac tactac.

Ander frunció aún más el ceño. Había visto aquel uniforme en imágenes antiguas, pero Correos ya no existía cuando su padre era niño. Lo único que conseguía era ponerle los pelos de punta. Se levantó, desconfiado. Llevaba puestos los pantalones del pijama y se cubrió con una sudadera.

—Pregunta qué quiere —susurró, de camino al pasillo.

Buenas tardes, ¿qué desea?

Podía escuchar la interacción en cualquier punto de la casa desde el sistema de sonido de Freya.

—Traigo algo importante. Por eso he llamado dos veces —dijo el hombre en la puerta, con un tono alegre—. Pero no se asuste: no son malas noticias.

Ander no tenía intenciones de abrir. En la práctica era imposible que un psicópata se hubiera colado en aquel edificio, pero a fin de cuentas pasaban cosas así a diario, lo veía en las noticias. Su padre tenía enemigos, a la fuerza. ¿Y si llevaba explosivos en esa cartera? ¿O algún gas venenoso?

Con los pelos de punta y el estómago encogido, se acercó a la mirilla. Muy despacio, con todo el sigilo que ofrecían la alfombra y los pies descalzos. Tenía la sensación de que el extraño no solo podía escuchar su respiración, sino los latidos de su corazón.

Lo que vio le hizo abrir de golpe, olvidando cualquier precaución.

—¿¿De dónde has sacado eso?? —chilló.

La perplejidad podía leerse en la postura del cartero. Quedó con la mano extendida como si se dispusiera a llamar una tercera vez y luego se miró el uniforme. El antifaz en su rostro, idéntico al que Ander utilizaba en sus citas, oscurecía tanto los ojos del extraño que apenas se veía brillar las pupilas en los huecos.

—Es mi bandolera, no soy un ladrón —respondió con evidente confusión, palpando la enorme bolsa—. Es usted Ander Osman, ¿cierto? No puedo realizar la entrega a nadie más.

Ander titubeó y señaló la máscara, consciente de que debía estar pálido.

—¿Y por qué va tapado con... eso? Y... ya nadie hace entregas. Solo los drones y algunos robots de reparto.

—Ah, ¿la máscara? —El cartero se recolocó el antifaz, aunque estaba en su sitio—. Es parte del uniforme. En cuanto a lo demás, el señor Valkyria quiere asegurarse de que esto llega a sus manos. Los drones y los robots pueden ser hackeados. Yo no. —Una sonrisa amplia mostró los dientes perfectos del cartero. Era mayor que él y, aún con el antifaz, parecía atractivo. Metió la mano en la bandolera—. O eso espero. Nadie nos garantiza que yo no sea un robot.

Sacó un estuche de cuero con el logotipo de Valkyria, dos uves, una sobre otra, rodeadas por un círculo, y se lo tendió. Era fino, de apenas quince centímetros de largo y unos ocho de ancho. Ander casi se lo arrancó de las manos, olvidada ya la prevención. Valkyria era una empresa estrambótica para todo y tenía lógica que lo fuera para entregar notificaciones. La máscara solo era una estúpida casualidad, podían comprarse en cualquier almacén del mismo dueño.

—¿Me han cogido? No harían todo esto para un descartado, ¿no? —preguntó al abrirlo, incapaz de disimular la excitación.

El cartero sonrió, encantador, cruzando las manos ante él con un gesto paciente. Un resplandor dorado le devolvió el destello de las luces del pasillo. Era un billete de avión de papel. Ander no había tenido uno jamás en sus manos, hacía mucho tiempo que los billetes solo eran códigos electrónicos, pero estaba seguro de que no eran dorados. Y no eran tan hermosos como ese. Enmarcada por una filigrana de hojas y flores tropicales, una imagen en tinta negra mostraba un avión sobrevolando una isla llena de palmeras. En la parte superior podía leerse: Ander Osman. Proyecto Odín. Abajo estaba impreso su asiento y la hora de salida: Fila 1. Asiento 1. 22:45.

—Te dije que eran buenas noticias —dijo el cartero, abandonando la formalidad del trato de usted.

Una sensación de flojera convirtió en gelatina las piernas de Ander, que apoyó la espalda en el marco de la puerta, anonadado. Se dio cuenta de que no había contemplado esa posibilidad desde que salió de la entrevista, solo antes. Fantasear con la idea de salir de Elysium tenía encanto cuando solo era la imagen desdibujada del cambio, pero enfrentarse a ella resultaba distinto. Aterrador, en cierto modo.

—Nunca he puesto un pie fuera de la ciudad —confesó.

Debería estar dando saltos de alegría. Seguro que el mensajero había visto eso en otros ganadores, pero toda la seguridad en sí mismo que Ander había demostrado en la primera prueba era fachada, y el síndrome del impostor estaba abofeteándolo.

La sonrisa del cartero se desdibujó en una mueca confusa. Tal vez fuera cierto que era un robot y el espectro de las emociones humanas le resultaba un misterio, porque tardó en encontrar algo que decir.

—Debe ser imponente, pero... tienes tiempo para hacerte a la idea. —El cartero sacó un reloj de bolsillo de su chaleco y consultó la hora—. Seis horas y quince minutos, para ser exactos.

—¿¿Qué?? ¡No puede ser! Tendría que arreglar un montón de papeles y comentarlo con mi padre, hacer la maleta y... pensarlo, ¿no? Tomar la decisión.

El mensajero ladeó la cabeza, como si aquello fuera del todo incomprensible.

—Todo está listo para el viaje. El avión os esperará en la azotea del edificio de Valkyria. No hay nada de lo que preocuparse. Ni siquiera debería ser una decisión difícil de tomar... —Al ver la expresión de pánico en los ojos de Ander, la programación del cartero debió cambiar, porque sonrió intentando parecer comprensivo—. Mira, cielo, en los últimos días miles de chicos han

pasado por los exámenes de admisión. Solo un cero coma uno por ciento de la población fue elegido para esos exámenes. Solo un uno por ciento de esa ínfima cantidad de elegidos superó la primera criba y un cero coma cinco de los que pasaron la entrevista fueron elegidos para formar parte del Proyecto Odín. ¿De verdad vas a dejarlo ahora? ¿Por un ataque de pánico?

Tenía razón. En todo. Pero por un momento, Ander se imaginó que su padre estaba allí, escuchando aquella conversación. Eso lo hizo ponerse muy recto y tratar de recuperar el control de la situación, endureciendo la voz.

—No me tutee. Le recuerdo que solo es un mensajero: cualquier máquina podría hacer su trabajo. El mío no. —Agitó el pasaje dorado ante su rostro—. Y esto podría convertirme en su superior en cualquier momento. La empresa trabaja de forma precipitada. Me amoldaré, aunque exijo saber algunas cosas. ¿Cuánto equipaje puedo llevar? ¿Vacunas? Si tengo que firmar documentos, quiero leerlo todo con calma.

Un destello bajo la máscara. Ander creyó ver un brillo de satisfacción cuando el mensajero levantó el mentón. Sus ojos eran marrones, los pudo ver durante una fracción de segundo, antes de que la sombra del antifaz volviera a tragárselos.

—Eso está mejor. —El tono de voz también le hizo pensar en su padre. Cuando el cartero volvió a hablar, recuperó la agradable neutralidad de un empleado o un ciborg—. En el destino tendrá todo lo que pueda necesitar. Lleve los efectos personales que considere necesarios. En cuanto al resto, recibirá las vacunas pertinentes en el centro médico de la isla, donde además tendrá asistencia durante toda su estancia. En su buzón electrónico tiene los consentimientos y las cláusulas de confidencialidad. Léalos con detenimiento y estampe su firma digital antes de subir al avión o no podrá despegar.

—Muy bien. Lo tendré en cuenta, gracias.

Faltó poco para que le diera con la puerta en las narices. Pero en cuanto volvió a tener la protección de cuatro paredes blindadas, la sensación de vahído regresó. Tenía mucho que hacer. Y mucho que deshacer.

—Freya, borra el vídeo desde que aparece el mensajero hasta que cierro.

Eso era lo primero. Lo segundo, borrar su huella digital en el ordenador. Si Jacob se tomaba a mal su desaparición, le daría por curiosear. Y se le daba bien.

Esa noche no llovía, pero un viento helador azotaba la cumbre del edificio de Valkyria. En ese distrito no había un solo rascacielos que se alzara sobre el de la sede de la multinacional. El estandarte de la supremacía del mayor imperio comercial del planeta no podía verse ensombrecido por sus competidores. Y no era porque empresas emergentes como Hekspress o la venida a menos Omniron no lo hubieran intentado. Valkyria ejercía un poder tal en Elysium que incluso había influido en las políticas de urbanismo, estableciendo una altura inferior a la de su sede a las nuevas construcciones del distrito empresarial.

Las vistas desde la última y gigantesca terraza eran impresionantes. Cuando el ascensor dejó a un agobiado Ander en la azotea, tras un largo trayecto, tuvo que detenerse a mirarlas, aunque el tiempo se le estaba echando encima. Elysium resplandecía bajo el manto de su eterna neblina manchada de luces de colores. Las arterias de la ciudad latían con el flujo del tráfico y las luces en el interior de los enormes y apretados edificios conformaban una galaxia misteriosa. ¿Cuántas existencias estaban abarcando sus ojos en un solo instante? Todo parecía tan estático como las

fotos de las distantes nebulosas, pero en realidad la ciudad bullía de vida.

Una sensación extraña, tal vez inducida por la ansiedad, asaltó su pecho. La inquietud de quien abandona su hogar en pos de un futuro incierto. Sabía que iba a volver, que la estancia en la isla sería por un curso, eso ponía en los papeles que acababa de firmar, pero ¿cómo serían las cosas cuando regresara? ¿Querría hacerlo? ¿Y si era la última vez que veía Elysium? ¿La echaría de menos? Un golpe de viento le arrancó la capucha y le devolvió a la realidad. El camino estaba marcado por dos líneas de leds amarillos engastados en el suelo. Recorrió lo que restaba apretando los bordes del abrigo con una mano y arrastrando la única maleta con la otra. Había llamado a Jacob varias veces, encontrando la voz amable pero distante del contestador automático. Al final le dejó grabado en Freya un mensaje escueto, explicando que había conseguido entrar en Valkyria y que ya le llamaría. Sabía que no le iba a sentar nada bien cuando se enterase de que la formación duraba un año, pero eso prefería contárselo por teléfono, cuando ya no pudiera echarse atrás.

Junto a la avioneta había un corrillo de chicos charlando mientras unos obreros tan extrañamente humanos como el mensajero subían los bultos. Un muchacho discutía con ellos a gritos, rodeado de una docena de maletas de todo tipo y tamaño. Iba tan abrigado como él, pero reconoció el pelo rosa que había visto en ese mismo edificio el día anterior. Se quedó cerca, mirando el drama. Una risita a su espalda lo sobresaltó.

—Era de cajón que no iban a permitir viajar como si fuera una mudanza, ¿verdad? Pero parece que no todos lo teníamos tan claro. Soy Oliver Heks, de Hekspress.

Ander lo reconoció. Había salido en la portada de muchas revistas digitales, y no para bien. La filtración de una serie de fotos subidas de tono había estado a punto de hundir la empresa de su padre incluso antes de arrancar, lo cual a Jacob le había parecido divertido y repugnante a partes iguales. Ander se había masturbado con esas fotos en más de una ocasión.

En vivo, Oliver era aún más atractivo. Su sonrisa descarada estaba enmarcada por unos labios carnosos con los que era más que fácil fantasear. Tenía el pelo castaño, lo suficientemente largo para que se enroscara en caracolillos sobre su frente y muy corto en los lados. Sus grandes ojos azules lo escrutaban con curiosidad, esperando una respuesta.

—Ander Osman, de...

—Eres el hijo de Jacob Osman, propietario de Scutaris, la empresa de seguridad más eficiente de Elysium —recitó Oliver. Para su sorpresa, también parecía conocerlo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —replicó Ander con el ceño fruncido, aunque tendiéndole la mano.

—Te vi esperando para la entrevista e hice mis pesquisas. —Oliver sonrió con picardía. Le estrechó la mano con una languidez que Jacob habría despreciado—. Me encanta el elenco que han escogido, parece de reportaje. Sois todos guapísimos.

—¡No! No puedo dejar los corsés en tierra, ¿no lo entiendes? —El drama seguía bajo el avión, llevándose la atención de los presentes.

—A ver, no sé cómo decírselo, tiene que priorizar. Espere a que todos metan su equipaje e intentaremos colocar todas estas cosas —le explicó uno de los empleados con infinita paciencia.

—El divo del pelo rosa es Kei Yun. Es diseñador de moda. Triunfa mucho en las redes.

Ander mantuvo el ceño fruncido al mirar alrededor. El descarado intento de coqueteo le pasó por encima sin que lo percibiera. Recibir un piropo de otro hombre era algo que no le había pasado fuera de los chats de sexo y sonaba fuera de lugar a viva voz, rodeado de gente. Pero

Oliver tenía razón. Aunque tampoco tenía mucho mérito. Su padre solía decir que la fealdad era cosa de pobres y dudaba que allí hubiera ninguno.

—No lo sé. No me fijo en esas cosas. ¿Conoces a alguien más?

Un grupo de tres conversaba entre sí. Oliver señaló al más alto, un rubio con el pelo atado en un moño sobre la coronilla. Vestía unos pantalones de cuero y una llamativa chaqueta azul eléctrico parecida a las que usaban los moteros.

—Mark Tylmann. Su padre es el dueño de FreakBrain, ¿te suena? —Oliver levantó las cejas varias veces.

—De oídas —ironizó. Todo el mundo conocía la mayor plataforma de pornografía de la red—. FreakBrain: si puedes imaginarlo, lo grabamos para ti. Dicen que tienen en nómina más abogados que cámaras. Nunca hubiera pensado que al hijo del dueño le interesara algo tan formal como esto. Aunque igual no se lo va a tomar en serio, mira esas pintas de proxeneta —dijo con desprecio.

—Puede que Valkyria necesite proxenetas —comentó Oliver con una risilla frívola—. No me importaría que fuera mi chulo. Ese con el que habla es Paul Kirke. ¿Te suena Maya Kirke? Es la presidenta de Ciudadanía. Y la alcaldesa. Le ha salido un hijo un poco rebelde. Tiene un podcast sobre ecologismo y anticapitalismo... pero no creo que renuncie a su herencia, sinceramente.

El chico en cuestión llevaba una cresta verde con rastas en la nuca y vestía bombachos del mismo color. Era un poco más bajo que Mark y hablaba gesticulando profusamente con él. Ander iba a hacer un comentario ácido cuando sonó una musiquilla extraña desde el interior del avión.

Pasajeros del Proyecto Odín, revisen sus billetes y suban en orden de fila.

Él no necesitaba revisarlo, sabía que era el primero, ese papel había dado tantas vueltas en sus manos en las últimas seis horas que empezaba a desgastarse. Lo sacó de su abrigo y subió las escalerillas, donde le recibió un sonriente azafato. Uno a uno, todos los chicos se fueron sentando.

Los asientos eran independientes. Había siete, uno para cada uno. Grandes, confortables, tapizados en color champán. Separados del siguiente lo suficiente para resultar cómodos. Cada uno tenía una pantalla personal, con sus auriculares y sus mandos para jugar.

Mark se sentó el último, justo después de los dos chicos a los que Oliver no había reconocido. Uno de ellos iba con un traje negro y no había abierto la boca, manteniéndose a distancia del resto. El otro era el más llamativo, pues parecía sacado de otra época, vestido de traje con chaleco y con un sombrero antiguo, pero nadie se dirigía a él.

Cuando todo el mundo estuvo en su sitio, el azafato se colocó al frente.

—Sean todos bienvenidos. Están a bordo del Langolier 29, con la capitana Dinah Bellman a los mandos. Se espera un tiempo apacible durante las próximas horas, aunque pueden aparecer turbulencias a mitad del trayecto —recitó con voz cantarina.

Kei no había dejado de parlotear. Levantó la mano al mismo tiempo que preguntaba:

—¿Cuánto va a durar? ¿Dónde se supone que está esa isla? ¿Vamos a estar solos?

—Siete horas y trece minutos, si el tiempo no cambia. La ubicación de la isla no es proporcionada por motivos de seguridad. Y tendrá que ser más específico con su última pregunta —contestó el azafato con tono paciente.

—¿Hay más gente en la isla? No me refiero a empleados. Quiero decir, gente normal. ¿Hay tiendas? ¿Hay ciudades?

Los cuchicheos subieron de volumen. Eran buenas preguntas, aunque el resto entendió que lo bastante frívolas como para no ser ellos los que las pronunciaran. Ander puso los ojos en blanco y se colocó los auriculares que colgaban junto al asiento.

—Creo que sobreestima el tamaño de la isla... pero lo descubrirá allí. Pasemos a la seguridad. Por favor, pongan atención.

El tamaño de Elysium propiciaba que las personas adineradas se hubieran desplazado en avioneta sin salir de sus límites, así que la mayoría conocía todas aquellas normas. Dejaron los móviles en un compartimento en el asiento y se abrocharon los cinturones. Ander ya no escuchaba los parloteos, solo el latido de la percusión electrónica en los auriculares. La voz femenina resultaba hipnótica. No la conocía, pero sonaba antigua. Música electrónica de mucho tiempo atrás.

What do you want from me?

Why don't you run from me?

Cerró los ojos y sintió la vibración del despegue en todo el cuerpo. La sangre rebulló en sus venas, la ingravidez le provocó un instante de vértigo y se agarró a los reposabrazos. Los oídos le crujieron y luego parecieron destaparse. Notó en el estómago cómo el avión se estabilizaba y abrió los ojos para mirar por la ventanilla. Abajo, la niebla y las luces formaban un mar tormentoso.

What are you wondering?

What do you know?

Elysium se desplegaba ante sus ojos como un vasto circuito de luces vibrantes y energía palpable. Neones que desafiaban la oscuridad en tonos de azul eléctrico, rosa fucsia y verde ácido, delineando los contornos de rascacielos que se alzaban como monolitos de un deseo insaciable por tocar el cielo. Revestidos de pantallas gigantes, proyectaban imágenes publicitarias de la última moda en vehículos, cirugías y ocio, promesas de un estilo de vida que solo unos pocos podían permitirse. Al alejarse del centro, la megaurbe se entremezclaba con distritos donde la tecnología cedía su brillo a la cruda realidad: laberintos de cables y tuberías expuestas, luces parpadeantes que se escapan de mercados subterráneos y bares clandestinos escondidos tras fachadas ruinosas.

Desde esa altura la ciudad parecía un organismo vivo, latiendo a través de sus calles congestionadas y dispuesto a fagocitar a cualquier desgraciado que se saliera de su fin programado. A arrastrar y barrer todo lo que no pudiera progresar a ritmo implacable. Un lugar de contrastes agudos, donde el lujo y la decadencia luchaban y se fusionaban.

Ander sintió cierta melancolía imponiéndose sobre la excitación del viaje. Sin quitar la música, tecleó hasta encontrar un videojuego de su agrado. Llevaba pocos minutos jugando, abstraído, cuando un aroma desconocido y dulzón inundó sus fosas nasales. El latido de la música se ralentizó. Estaba cansado. Las últimas horas habían sido frenéticas y al relajarse, ya sentado en el avión, todo el peso de la ansiedad cayó sobre él. Sus miembros se volvieron pesados. Los vibrantes colores del videojuego se emborronaron ante sus ojos. Le costaba mantener los párpados abiertos. Se quedó dormido sin darse cuenta, con el mando entre las manos.

Las voces más allá de sus auriculares se acallaron poco a poco hasta que solo se escuchó el distante sonido de los motores y el aire rugiendo al otro lado. El azafato recogió el mando que había resbalado desde las manos de Ander hasta el suelo y lo dejó sobre su regazo.

—Estaba deseando que se callaran —comentó mientras abría el compartimento destinado al móvil y lo sacaba.

Otro asistente de vuelo pasó junto a él al salir de la cabina y se unió a la tarea, reuniendo los teléfonos de los elegidos.

—Vamos, hay poco tiempo y demasiado que hacer.

Cannibal class, killing the son

Bury a friend, I wanna end me^{[\[1\]](#)}

4. Ya no sois un apellido.

Gabriel se apoyó en la barandilla del mirador. Abajo, en la playa, la segunda avioneta hacía maniobras para aterrizar. Las viajeras de la primera, todas chicas menos un puñado de becados, habían llegado una hora antes, al amanecer. Disfrutaban del mar, correteando por la orilla o mojándose los pies. En algunos colegios de Elysium todavía enseñaban a los críos a nadar en piscinas deportivas, pero ya eran pocos los que tenían ese conocimiento. De cualquier modo, ninguna de esas personas había visto jamás una masa de agua tan grande, y la mayoría solo estaba sentada, observando con adoración los reflejos del sol sobre las olas. Al sentir los pasos de Alex detrás, Gabriel se bajó el respirador. Una máscara metálica negra cubría su nariz y su boca la mayor parte del tiempo, adaptando los niveles de oxígeno y dióxido de carbono a sus necesidades personales. Podía pasar sin ella unos minutos, lo suficiente para besar a su pareja a modo de recibimiento.

—¿Tenemos que bajar ya para recibirlos? El resto ha disfrutado un tiempo, dejémosles unos minutos. De todas formas no nos harán caso hasta que se les pase la impresión.

El paisaje no iba a ser lo único que les sorprendiera. La piel de Gabriel era oscura, aunque no en un tono natural, sino parda y reseca como la corteza de un árbol. El uniforme negro cubría la mayor parte de su gran cuerpo, pero las manos y la cara estaban surcadas de retorcidas e intrigantes líneas negras. A pesar de todo, aunque él no fuera capaz de verlo, mantenía su antigua belleza: su rostro anguloso y viril, la nariz recta y prominente. Sus ojos se habían vuelto de un verde esmeralda. Llevaba cinco largos años en el camino de la aceptación, desde que despertara de una pesadilla que había resultado ser muy real en las entrañas de la isla. Alex tenía mucho que ver con sus avances: nunca había dejado de mirarlo con un amor incondicional.

—Dejemos que disfruten un poco —dijo Alex, recolocando la máscara con mimo en su rostro. No era un tipo especialmente cariñoso o cercano. No lo era, al menos, con el resto del mundo. Al grandullón lo trataba como si fuera un enorme peluche—. Estoy un poco nervioso. En realidad, estoy muy nervioso.

—Yo también. El primer año que recibimos a las chicas en el pueblo también lo estaba, pero fue distinto. Y han demostrado que saben adaptarse. Pero ahora... Los siete... Se me hace extraño volver a tener gente en las instalaciones de arriba. Como si de algún modo... volviera a empezar la pesadilla. ¿Soy un idiota?

Por la forma en que su novio le rehuyó la mirada, Gabriel pensó que guardaba las mismas inquietudes. Alex dejó unos segundos de silencio mientras observaba al grupo en la playa. Una brisa cálida y agradable le revolvió el pelo. No se lo había cortado desde entonces y ya le llegaba por los hombros. Era del color más negro que Gabriel había visto nunca.

—Las cosas han cambiado mucho. El jefe tiene planes especiales para ese grupo. Quiere educarlos y prepararlos para tomar cargos importantes en Valkyria. Pero supongo que es normal que nos inquiete. Es difícil olvidar estando aquí. Hay demasiados fantasmas.

Para cuando aterrizaron, Ander llevaba media hora despierto. Algunos de sus compañeros de viaje aún dormitaban y todos los despiertos se dedicaban a lo mismo: contemplar el paisaje por la ventanilla. Las nubes lo convertían en algo decepcionante, apenas algunos destellos azules entre las masas de algodón. Cuando el avión tomó tierra, el primero en subir tuvo que ser el último en

bajar, por lo que Ander tuvo tiempo de escuchar los gritos del resto: impresión, asombro, emoción. Ninguno de ellos lo preparó para la imagen de la isla.

Sus ojos, acostumbrados al parpadeo constante de neones y pantallas, se entrecerraron ante la inmensidad del océano. La luz del sol, sin filtrar por la contaminación, brillaba con una intensidad que lo mantuvo cegado por unos instantes. La arena provocó una sensación extraña bajo sus zapatillas, diferente al asfalto, al metal, a las alfombras o moquetas. Se hundía, lo que le mareó de vértigo e indefensión durante unos segundos. El aroma era familiar, salado y aromático como su ambientador. Nunca pensó que estuviera tan bien conseguido. Boqueó. El aire sabía a sal. Era la primera vez que asistía a un espectáculo que se pudiera disfrutar con los cinco sentidos. El sonido de las olas, pese a ser suaves, ahogaba las conversaciones.

—Es... ¿Es real? ¿No es una grabación? —preguntó al aire, sin aliento.

Una nube de arena golpeó sus pantalones cuando Mark pasó corriendo a su lado. El grito de euforia se perdió en la inmensidad del espacio abierto.

—¡Esto es increíble!

El rubio corría y dejaba un rastro de ropa a su paso, marcando el camino hacia la orilla. Fue mostrando su cuerpo joven y tatuado hasta quedar en ropa interior y zambullirse en el agua sin pensar.

—¿Qué...? ¿Seguro que esto no se hunde? —La voz temerosa a sus espaldas era la de Kei, que se aferraba a la escalerilla del avión con los pies medio atrapados en la arena. Sus caros botines de charol magenta refulgían al sol—. No sé si esto me gusta... No sé si...

El chico del traje negro lo ayudó a soltarse en silencio. Kei le miró con agradecimiento, pero sus ojos se vieron secuestrados por la visión del océano que lamía la orilla dorada. Sus quejas cesaron y no volvió a abrir la boca.

—¡Vamos! ¡Claro que es real! —Oliver dio un tirón a la chaqueta de Ander en su carrera hacia la orilla. Quería emular a Mark, que saltaba y se sumergía en el agua, pero al quitarse los zapatos se quedó anclado en la arena. Las olas le lamían los pies descalzos, se movían a su alrededor como si quisieran arrastrarlo al agua—. ¡Se me lleva!

Ander no se dejó llevar. Por un momento los odió a todos, empujado por una ola de egoísmo que lo sacudió de arriba a abajo. No quería distracciones, ese era su momento, su deseo, su fantasía. Era como si estuvieran profanando el primer encuentro entre dos amantes con sus gritos infantiles.

—No —murmuró—. Cuando me meta al agua lo haré solo, no vais a estropearlo.

Arriba, Alex dio una palmada al hombro de Gabriel. Ya estaban bajando la escalinata anchísima de piedra que iba a dar a la arena.

—Vamos a llamarlos antes de que alguno se ahogue.

Gabriel sacó un silbato dorado que colgaba dentro de la camisa de su uniforme, lo aplicó a un adaptador de la mascarilla y sopló con fuerza. Un pitido agudo retumbó por encima de los gritos y el oleaje.

Había más gente en la playa. Chicas y algunos chicos de otro grupo. No era difícil imaginar que habían llegado en el otro avión que había en la pista. Algunos se detuvieron y volvieron la mirada al origen del sonido, cubriéndose los ojos con las manos para protegerse del sol. Mark siguió gritando en el agua, sacudía la melena mojada y salpicaba a Oliver. Paul, que estaba de

rodillas con los brazos extendidos como si estuviera recibiendo una bendición, se levantó y se sacudió los bombachos.

—Chicos, creo que nos llaman.

Kei se agarró al chico del traje al ver a la pareja que se acercaba.

—¿Qué es eso...? —dijo con angustia al ver al enmascarado.

Paul soltó una mirada de desprecio al pasar junto a ambos.

—Podrías disimular un poco tus prejuicios de niño bien que nunca ha salido de su burbuja. ¿Sabías que en Elysium hay barrios enteros donde la gente usa mascarillas a diario por la contaminación? —le susurró con tono displicente.

—No finjas que no estás viendo su cara —replicó Kei, ofendido—. Ni toda una vida sin usar crema hidratante provoca eso.

No era el único sorprendido, aunque no todos eran tan descarados. Las chicas y los pocos chicos del otro avión se agruparon cerca de la orilla, cuchicheando. El grupo recién llegado tardó más en serenarse. Mark fue el último en unirse, con la ropa en una mano y las botas en la otra.

—¡Qué pasada! —No quedó claro si se refería al lugar o al tipo alto de la máscara.

—Es realmente impresionante —dijo el muchacho que llevaba sombrero. Parecía fuera de lugar y ya estaba sudando enfundado en la ropa de aspecto antiguo.

Ander estaba entre el bullicio, pero no prestaba atención a sus compañeros. Lo único que había logrado apartar su atención de las olas era el paisaje contrario, la isla. Era su turno de sentirse infantil. Había escuchado a alguien preguntar acerca de los extraños sonidos, y tardó en darse cuenta de que había aves en libertad, surcando el cielo por encima de sus cabezas, alegres y escandalosas. La amplitud del paisaje marítimo quitaba el aliento. Desde su apartamento disfrutaba de unas vistas abiertas, pero ni ese privilegio alejaba la sensación de agobio al ver que la ciudad se extendía, infinita, en todas direcciones. Como si la rata de un laberinto hubiera subido a un muro y pudiera ver que, en realidad, vive en una enorme prisión. Allí ese recuerdo quedaba a la altura de una pesadilla, con la brisa acariciando la cara, la escalinata de piedra, las casas de colores que se veían más arriba y la zona selvática a un lado, prometiendo un espacio salvaje y descontrolado imposible de imaginar para él.

Un nuevo chirrido del silbato acalló las conversaciones.

—Estudiantes, somos los encargados de daros la bienvenida al Proyecto Odín —comenzó Alex.

Una mujer madura vestida de negro, con un estricto moño alto, se colocó a su altura y la de Gabriel. Fue ella la siguiente en tomar la palabra.

—Pero debido a que no permaneceréis juntos más tiempo del necesario y las normas serán distintas, primero vamos a separar los grupos. Las chicas y los becados os quedaréis en el pueblo, conmigo. Si sois tan amables de seguirme...

Los cuchicheos regresaron, pero nadie tuvo dudas de su lugar. En apenas un par de minutos los siete de la segunda avioneta volvían a estar solos, viendo cómo el otro grupo se alejaba escaleras arriba para perderse en una de las pintorescas callejuelas. Fue natural aceptar que los separasen, por lo que no hubo sorpresa ni quejas. Ellos eran los elegidos, no becados ni chicas escogidas por políticas de paridad.

—Bienvenidos —dijo el hombre menos alto. Rondaba la treintena y vestía también de negro.

Atlético y atractivo, tenía una voz grave y agradable que invitaba a ser escuchada—. Soy Alex y seré uno de vuestros profesores en este curso. Él es Gabriel, es el jefe de seguridad de la isla y velará por vuestro bienestar. Os iré llamando por orden alfabético, quiero que forméis una fila. Felix Bosc, Oliver Heks, Paul Kirke...

Todos miraron a Felix cuando se adelantó. Nadie lo conocía y apenas había abierto la boca en todo el viaje, pero su atuendo era demasiado estrafalario para ignorarlo. Un largo chaqué negro que debía estar matándole de calor, sombrero de copa, bastón, gafas redondas de cristal rojo y un montón de pequeños complementos, hablaban de él más que cualquier palabra. Era un Cónclave Vaporum, una tribu urbana de Elysium. Soñadores nostálgicos de un siglo XIX ficticio y *steampunk*.

Oliver se puso tras él con un saltito, muy recto, como si le hiciera gracia militarizar el procedimiento. Paul lo siguió, distraído con las aves.

—Roman Monter, Ander Osman, Mark Tylmann... —continuó Alex.

Roman, con su traje y su corte de pelo formal, se apresuró a salir de la arena, casi tan fuera de lugar como Felix. Nadie podía juzgarlo, la mayoría esperaba haber aterrizado en lo alto de un edificio similar al que habían dejado atrás. Ander obedeció tras escuchar su nombre, mirando atrás. Mark se colocó a su espalda, eufórico y empapado.

—Y Kei Yadek.

—Sí, sí. Siempre el último. Perdona. —Kei levantó la mano al ocupar el último lugar, ladeándose para que lo vieran—. ¿Cuándo van a subir nuestro equipaje? Y tengo muchas preguntas, en el avión nos dijeron que las responderían al llegar.

Nadie le contestó. Gabriel se paseó por la fila, con los brazos a la espalda, mirándolos uno a uno.

—Espero que os haya gustado escuchar vuestros apellidos, porque será la última vez que lo hagáis durante vuestra estancia. No habéis llegado aquí por la mediación de papá o mamá y tampoco se los tendrá en cuenta a partir de ahora. Ya no sois un apellido. Sois un nombre. De vosotros depende que sea recordado para bien... o para mal.

Su voz era ronca, distorsionada por la mascarilla.

Alex esperaba junto a la escalinata. Algo en sus ojos evidenciaba que se divertía con la actitud del grandullón y las expresiones temerosas o sorprendidas de los más jóvenes.

—En la isla no hay servicio —intervino—. La limpieza básica está automatizada por la domótica, a excepción de vuestros espacios personales, que tendréis que mantener limpios y ordenados. Eso incluye vuestras pertenencias, así que podéis recoger vuestro equipaje en cuanto Gabriel os dé permiso.

—¿Qué...? —Kei estaba indignado. Negó enérgicamente con la cabeza—. Yo no puedo cargar solo con mis cosas. ¿No hay empleados en este sitio? ¡Debieron avisarnos!

—Yo te ayudaré —intervino Felix con un tono histriónico—. Hay que adaptarse a las normas del anfitrión, amigo.

Kei le miró de la cabeza a los pies, decidiendo si dar una respuesta aguda o aceptar la única ayuda disponible. Abrió la boca, pero Gabriel recuperó la palabra.

—No he terminado. Y no me gustan las interrupciones. Cogeréis vuestras cosas y las llevaréis al autobús que está al final de esta cuesta. —Señaló arriba, levantando una nube de

gemidos de protesta. La distancia que los separaba de la zona alta del pueblo era casi vertical—. Cuando lleguemos a las instalaciones, dejaréis todo en vuestros dormitorios y bajaréis a recepción, donde se explicarán las normas básicas de convivencia.

El grupo se quedó quieto, sin saber cómo reaccionar.

—¿Podemos ir ya a por las cosas? —preguntó tímidamente Oliver.

—Sí. —Alex habló antes de que lo hiciera Gabriel, por el profundo surco de su ceño, estaba a punto de perder su poca paciencia—. Recoged las maletas y seguidnos.

Todos se movieron a la vez, rompiendo la organización lograda. Kei fue el primero en sacar las maletas, con la ayuda de Felix y Paul, cuya colaboración terminó ahí al ver sus manos ocupadas por dos valijas y una mochila. El resto lo ignoró y empezó a subir las escaleras tras los anfitriones, en un silencio acobardado por la presencia de Gabriel.

—Te tengo que confesar que me estoy arrepintiendo de mi ofrecimiento. Pero soy un caballero y no voy a echarme atrás —dijo Felix intentando transportar sus propias maletas y un par de las de su compañero.

—¡Esto es absolutamente injusto! ¡No habría traído tantas cosas de haberlo sabido! —Kei tuvo muchas dificultades para no dejar ningún bulto atrás.

Encontrar un carro de equipaje plegable en el interior de la bodega del avión les salvó la vida, pero el grupo tuvo que esperarlos en el autobús por lo que tardaron en subir la escalinata y las empinadas cuestas del pueblo. El pintoresco lugar parecía sacado de un videojuego o una postal antigua: casas de dos o tres pisos, con ventanas de madera y sillares de piedra, cada una de un color distinto. Paneles japoneses en las entradas, jardines zen. Calles empedradas, macetas con plantas en las fachadas, fuentes y pequeñas plazoletas que recordaban a acuarelas orientales y óleos mediterráneos en una fusión perfecta y acogedora.

Era otro mundo, uno en el que no les habría importado quedarse. El trayecto en autobús, una vez cargado el equipaje, fue igual de impresionante. La carretera se abría paso entre selvas y bosques densos. Alambradas electrificadas separaban algunas zonas de la carretera, en otras, solo había vallas de madera. El tiempo pasó como un suspiro, tenían la sensación de haber acabado de subir cuando entraron en un complejo de construcción moderna. Lo primero que vieron fueron las canchas de deporte, al aire libre, espaciosas y limpias: había una de básquet, un pequeño campo de fútbol y una pista de tenis entre otros espacios. Jardines, explanadas de césped regadas por aspersores y piscinas. El autobús se detuvo ante el único edificio del complejo: de hormigón blanco y cristal, parecía brotar directamente del acantilado que se asomaba al océano y resultaba apabullante.

Al bajar del vehículo, Ander no pudo evitar acercarse a un cerco de madera en lo alto del acantilado. Se dio cuenta de que tenía una abertura y seguía pegado a la pared vertical del precipicio, hasta desembocar en una pequeña playa cientos de metros más abajo.

Oliver se acercó, provocando un pequeño sobresalto al asomarse a su lado.

—Impresionante, ¿eh? Pero... ¿te has fijado en lo del pueblo? Me ha puesto los pelos de punta.

Tuvo que esforzarse por no responder mal. Tendría que esperar para disfrutar a sus anchas de las vistas y de lo que le hacían sentir sin nadie revoloteando a su alrededor.

—¿A qué te refieres?

—No había nadie. Nadie paseando. Nadie asomado a la ventana, pescando, tendiendo. Pero sí había ropa tendida, locales abiertos y vacíos y sillas en las puertas. Como si todo el mundo se hubiera escondido... o hubiera desaparecido en medio de sus labores.

5. Mejor enfermos que estúpidos.

El vestíbulo era tan amplio como anodino, rodeado de vidrieras que daban a los jardines. Gabriel repartió unas tarjetas identificativas y Alex les explicó que no tendrían dificultad para encontrar su habitación. Los chicos fueron conducidos a la segunda planta. No usaron el único ascensor que había, sino que usaron las escaleras con el equipaje y las quejas de Kei de fondo. Un amplio pasillo flanqueado por puertas de madera idénticas los recibió tras el ascenso. Enseguida vieron que las habitaciones estaban numeradas y coincidían con el número de su tarjeta asignada. Ander tenía el uno, así que fue el primero en encontrar la suya. Agradecía perder de vista tan rápidamente al grupo y, mientras los demás parloteaban alterados y buscaban su estancia, él pasó la tarjeta por el lector y entró, cerrando tras de sí.

La paz que esperaba encontrar se vio pulverizada por el escenario al otro lado. La habitación era una réplica exacta de la que había dejado atrás, en Elysium: un primer espacio con la enorme televisión, el sofá de masaje, el futbolín, las estanterías con los libros y los juguetes, iguales a los que guardaba en su casa. Donde debía estar el ventanal con la terraza, una pared de cristal daba una vista sombría de la roca del acantilado.

La misma imagen del faro azotado por la tormenta lo recibió cuando entró al espacio del dormitorio. La luz que animaba el cuadro se activó, hizo vibrar las olas y dio movimiento al paisaje cuando pasó ante él. Y allí estaba su cama. Su escritorio. Su ordenador. Y hasta el póster de Elysium Limpia.

«Depurando un mundo en ruinas».

El mareo regresó. Oliver lo había psicotizado antes de subir y los pensamientos que llegaron fueron intrusivos: lo habían secuestrado. Y mientras estaba secuestrado, habían robado en su casa y asesinado a Jacob. Tenía enemigos, a la fuerza debía tenerlos. Con las manos tan temblorosas que apenas pudo marcar, lo llamó. Lo intentó. Al marcar, una sonriente cara amarilla apareció en la pantalla.



Los servicios de internet y telefonía están suspendidos temporalmente en esta área.

Podía ser por el clima. Y podía haber otra explicación, una coherente, una que no fuera una pesadilla. Tras forzarse a pensar, Ander se acercó a las vitrinas y sacó uno de los cochecitos de su infancia. En la parte de abajo debía estar grabado su nombre, unos rayajos torpes con la punta de una aguja. Pero la superficie era lisa y perfecta: aquello solo era una copia. Airado, lo tiró al suelo y salió al pasillo. Otros dos estudiantes estaban allí, teléfono en mano. Mark y Paul. Mark le enseñó la pantalla de su teléfono.

—¿Y esto? O sea, han robado todo lo que tenía en el dormitorio y no puedo llamar a mi padre. Se van a cagar.

Paul negó con la cabeza, acercándose.

—No han robado nada. Los cajones y los armarios están vacíos, eso no han podido copiarlo.

Un grito espeluznante interrumpió la conversación. Parecía femenino, pero era de Kei, que salió al pasillo histérico.

—¡No tengo Internet! ¡¿Cómo es posible?! ¿Alguien tiene línea? —miró suplicante a los que

ya estaban fuera.

Felix, sin sombrero y con la media melena pelirroja bien visible, se asomó fuera de su habitación. Oliver y Roman aparecieron los últimos, acercándose con cautela. Fue este último quien tomó la palabra.

—Yo tampoco. Pero no es para tanto, estamos en medio del mar. Supongo que la cobertura va y viene por las tormentas. Interfieren con los satélites.

—¿Ves alguna tormenta? —espetó Kei.

—Es que no es solo eso. Han robado... o copiado nuestros dormitorios —insistió Mark.

Oliver se echó a reír, atrayendo la atención de todos. Al notarlo sonrió y levantó la mano en una pose afectada.

—A ver... —arrastró las letras—. Que levante la mano quien se leyó todo el contrato con atención y sabe que dimos permiso para que las Freyas grabaran nuestros dormitorios.

Todos lo hicieron, menos Mark, Paul y Ander, cuyo corazón se saltó un par de latidos.

—¿Qué? Eran más de cien páginas, ¿estáis enfermos o qué? —inquirió Mark mirándolos con incredulidad.

—Mejor enfermos que estúpidos —replicó Kei encogiéndose de hombros con un ademán exagerado.

—¿Y firmasteis sabiendo que iban a grabaros? —preguntó Paul.

—La cláusula decía claramente que solo se grabaría en los momentos en que Freya no detectara presencias en la habitación para respetar nuestra intimidad —dijo Roman con un gesto neutro, como si nada le sorprendiera. Ander sintió un alivio inmediato.

Oliver asintió, con expresión de estar muy satisfecho consigo mismo. Sacó del bolsillo una bolsita llena de pequeñas píldoras amarillas.

—Todo lo que esté a la vista será replicado. ¡Todo! —Soltó una carcajada—. Habéis perdido una oportunidad de oro, encantos. Ahora mi habitación es la cueva de las maravillas y las vuestras unos simples... mmmm... vertederos de calcetines. —Se tapó la nariz.

—Difiero —intervino Felix, quitándose las gafas de cristales rojos—. Mi habitación es una exquisita maqueta equipada con la última tecnología customizada. Lo cierto es que no tengo queja. Salvo por el detalle de Internet.

—Eso no se especificaba en ninguna cláusula —aclaró Roman.

—Pues yo lo necesito. Tengo que hacer un directo. —Kei seguía nervioso.

—También firmamos un contrato de confidencialidad que nos prohíbe publicar fotos y vídeos de este sitio —les recordó Roman—. Y revelar lo que hacemos aquí.

—A ver, que yo lo iba a hacer en mi cuarto, relajaos —resopló Kei.

Mark se acercó a él. Más musculoso que el resto y con los tatuajes, podía resultar amenazante para algunos.

—Sí, ya. Seguro que no ibas a aprovechar las vistas. Pues ahí lo tenéis. Por imbéciles como este nos joden a todos.

—¿Perdona?! —Kei se cruzó de brazos y le lanzó una mirada venenosa—. A lo mejor es por ti, para que no subas vídeos robados de nadie.

A Mark se le heló la expresión en la cara.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó con suavidad. Con demasiada suavidad.

Una vocecilla en el interior de Ander lo advirtió de que lo correcto sería intervenir, pero no lo hizo. No sabía hasta qué punto aquellos chicos podían ser rivales en un futuro y, si lo estropeaban todo antes de empezar, sus posibilidades aumentarían.

—Lo que has oído. No eres precisamente un santo, y aquí lo sabemos todos —replicó Kei sin achantarse.

—Caballeros, deberíamos serenarnos. Puede que el Internet vuelva en un rato —trató de calmarlos Felix—. En todo caso, nos esperan abajo. Nuestros anfitriones nos explicarán lo que sucede.

—Todos sabemos muchas cosas, menos qué pintas tú aquí —acertó a responder Mark, rojo, antes de que Roman también se interpusiera entre ambos.

Kei se limitó a enseñar la lengua y poner los ojos en blanco, dando por terminada la tensión. Ninguno era tan idiota como Ander creía.

—Arreglado. —Oliver sacudió las manos y abrió la marcha de vuelta a la escalera—. Vamos a ver qué nos cuentan.

Los demás lo siguieron. El entusiasmo inicial había dado paso a cierto recelo tras darse cuenta de que estaban incomunicados. Las posibilidades más siniestras seguían rondando la cabeza de Ander, que no acababa de tranquilizarse con lo de la cláusula. Había dado su permiso para ser espiado, ¿hasta qué punto Freya solo había grabado su habitación vacía? ¿Y si sabían su pequeño secreto? Bajó los peldaños sin verlos, cerrando la marcha tras Roman.

Abajo los esperaban Gabriel y Alex. El primero, con los brazos cruzados y el ceño fruncido sobre la máscara resultaba intimidante. Los ánimos se calmaron al instante, nadie se atrevía a ser el primero en exponer su descontento, pero al final Kei no pudo aguantarlo. Su indignación era mayor a su miedo.

—No tenemos Internet. Estamos incomunicados y espero que sea una situación temporal. Tengo que hablar con mi familia.

—Por supuesto que es temporal. Tendréis que acostumbraros: estamos en medio de la nada, en la naturaleza salvaje. Entiendo que el concepto os resulte novedoso, pero eso no cambia la realidad. La red irá y se marchará. En cuanto regrese podréis comunicaros con vuestros seres queridos —explicó Alex.

Su tono era tan relajado que sofocó la mayoría de las angustias, al menos en parte. Gabriel dio un paso adelante.

—Bien. Las normas. Sin interrupciones hasta que termine, porque no voy a repetirlas. Esto no es una universidad, mucho menos un instituto. No esperéis supervisión de un adulto, vosotros sois adultos. —Comenzó a pasearse y señalar—. Esta planta. A un lado están las aulas. Los baños junto a la escalera. Al otro lado, un pequeño comedor y un pequeño gimnasio.

—Antes el comedor y el gimnasio eran inmensos —dijo Alex como si pensara en voz alta—. Y estaban en lados opuestos. Pero sois pocos.

—Tenéis los horarios en los carteles. Fuera de esos tiempos no se servirá nada, pero hay máquinas disponibles. Hablaremos de ellas después. Las clases están divididas en tres bloques: ética, en el que se incluye filosofía, artes y ecología. También veréis los horarios en los carteles.

¿Alguna pregunta hasta aquí?

Paul levantó la mano antes de hablar.

—¿Hay menú vegano en el comedor?

Kei ni se molestó en apartar la mirada del móvil, aunque no tuviera Internet.

—¿Llegan los drones de reparto hasta aquí?

—El contrato implicaba la aceptación del acceso por parte de Valkyria a vuestro historial médico. Las comidas están adaptadas a vuestras necesidades o alergias. Sí, hay opción vegana. Y no, aquí no habrá drones de reparto, ni compras en red. No habrá compras, en realidad, solo determinados artículos de primera necesidad que podréis solicitar de forma gratuita en la segunda planta —respondió Gabriel.

—Accesorios de aseo, en su mayoría —apuntó Alex.

La aceptación fue más o menos generalizada. Paul consideró sus dudas satisfechas. Kei, sin embargo, se encargó de demostrar su descontento con una clara expresión de asco al levantar la mirada del móvil.

—¿Hay tiendas en el pueblo, al menos?

—Del exterior hablaremos en el exterior —sentenció Gabriel—. En la planta superior, que ya conocéis, habitaciones y duchas comunes. En la tercera planta está la biblioteca, el cine y la sala médica. Veréis un pasillo, pero no tendréis acceso a él: es para trabajadores de la isla. La cuarta planta también está vetada. Acompañadme.

Ambos se dirigieron afuera. Ander caminó detrás, con el resto. No le preocupaban las normas ni las prohibiciones. De hecho, era reconfortante y excitante tener que adaptarse a unos hábitos nuevos y estrictos. A juzgar por las caras de sus compañeros, había diversidad de opiniones. Gabriel se detuvo en las escaleras.

—Podréis utilizar las pistas, las piscinas y el parque de calistenia cuando queráis, también los jardines. La cúpula del fondo es el invernadero. La playa tiene horario y está prohibido bajar solo, para evitar accidentes.

Ander no pudo contener un resoplido, eso sí le molestaba, aunque tuviera lógica. Gabriel continuó.

—El acceso a la selva solo está permitido durante las clases de ecología. Hay animales salvajes y también es peligroso.

—Si no se pueden hacer compras, voy a necesitar cosméticos y maquillaje. —Kei seguía quejándose mientras caminaba al ritmo del grupo tras los anfitriones—. Vamos a estar demasiado tiempo aquí.

—Sí, y se va a hacer largo contigo lloriqueando por tonterías todo el rato —dijo Mark. Kei le dirigió una mirada asesina y levantó el dedo corazón.

—Guardad las formas, amigos. A nuestro guardián no le gustan las interrupciones —intervino Felix.

Gabriel miró a Kei.

—No vais a bajar al pueblo. En ningún momento. Esa zona es para las chicas y los becados. Pero si queréis caprichos, hay un modo de conseguirlos. ¿Alex?

Este asintió y sacó una reluciente moneda dorada de su bolsillo. Se la lanzó a Kei, que la

atrapó al vuelo. Tenía grabada una cara sonriente y las palabras «¡Buen chico!» en el anverso. Alex se dirigió a todos.

—Hay máquinas expendedoras de *snacks*, café, pequeñas botellas de alcohol y cigarrillos. Funcionan con esas monedas. Para conseguirlas podéis trabajar. Cada hora de trabajo se recompensará con una moneda, máximo tres al día. Almacén, cocina, jardines o huerto. Máximo dos participantes a la vez en cada zona.

El grupo se apiñó alrededor de Kei para ver la moneda. Ander no estaba impresionado, en casa le habían inculcado la cultura del trabajo, pero para otros lo que Gabriel explicaba sonaba a condena. Kei miraba con horror el trozo de metal que tenía en la palma.

—¿Los cosméticos no son de primera necesidad?

Gabriel lo ignoró.

—Tenéis libertad para salir de noche siempre que cumpláis las normas ya enumeradas, que ya es más de lo que podían decir los antiguos inquilinos de este lugar. Eso sí: una vez se ponga el sol, las piscinas funcionan como la playa para evitar accidentes, prohibido acceder sin al menos un acompañante. Nadie entrará a vuestras habitaciones. Eso significa que su limpieza es vuestra responsabilidad, al final del pasillo hay un cuarto con utensilios de sobra. Me comunicaréis directamente cualquier queja o problema de convivencia. Las faltas a las normas implicarán: una, retirada de todas las monedas para el infractor o infractores. Dos, retirada de todas las monedas para los siete residentes... y tres, retirada de privilegios para todos los residentes. ¿Me he explicado con claridad?

—No. —Mark se cruzó de brazos—. ¿Qué privilegios son esos exactamente?

—Alimento. Descanso. Intimidad. ¿Te parecen pocos? —El tono de Gabriel fue cortante y frío.

—Pero... todo lo que has mencionado son derechos, no privilegios —apuntó Paul—. O deberían serlo.

De nuevo, Gabriel fingió no haber escuchado. Se recolocó la mascarilla con un gesto de inhalación profunda.

—Bien, eso es todo. Para el resto de las normas solo tenéis que usar la lógica. Nada de peleas, ni destrozos, ni asalto a la propiedad ajena, faltas de respeto a los trabajadores... Usad la imaginación. Hoy, como recibimiento, el comedor estará abierto durante toda la tarde como *buffet*. Tenéis el resto del día libre, pero a las nueve en punto iréis a dicho comedor para una cena de bienvenida —acabó dándose la vuelta en dirección al invernadero.

Alex les guiñó un ojo antes de seguirlo.

—Suerte, chicos. Hay repelente de insectos en los aseos, os recomiendo usarlo desde ya.

Kei seguía desolado, pero se guardó la moneda antes de que el jefe de seguridad recordara que no se la había devuelto.

—Yo voy a deshacer mi equipaje, ya que parece que el servicio aquí somos nosotros.

El chico del pelo rosa se dirigió al interior taconeando con sus botines magenta.

—Es un farol, para que no hagamos el gilipollas —comentó Mark—. No nos pueden dejar sin comer y todo lo demás.

—Yo no tentaría al diablo —dijo Felix colocándose las gafas rojas—. Esto me recuerda a una convivencia que hice en la escuela. Los instructores decían cosas así para tenernos controlados.

Pero ya no somos unos niños, estoy seguro de que todo irá bien.

Oliver se estiró de forma exagerada.

—No ha dicho nada de organizar fiestas ni de que esté prohibido entrar a los cuartos de otros... y teniendo en cuenta que soy el único espabilado que ha traído drogas, me corresponde ser el verdadero anfitrión de la noche. ¡Os espero allí cuando acabe la cena!

Ander los observó de uno en uno. Quería bajar a la playa, pero estaba obligado a escoger un acompañante. Kei ya se había marchado y de todos modos era bastante insoportable. El chico de la ropa estrafalaria y el del traje, Roman, tendrían que cambiarse para no morir de calor. Quedaban Oliver, Mark y el tipo de la cresta verde.

—Cuenta conmigo. —Mark le dio un par de palmadas en la espalda a Oliver—. Voy a por el bañador, quiero probar esas piscinas.

—Yo voy a ir al invernadero, pero antes voy a por ese repelente. —Paul enfiló por las escaleras junto a Mark.

Las opciones se redujeron a Oliver, que sonrió a Ander como si pudiera leer su mente.

—Te mueres por bajar a la playa.

—Me muero por bajar solo. Pero ya veo que va a ser imposible. ¿Vienes o tengo que pedírtelo por favor?

Oliver sonrió con picardía y se mordió los labios con un exagerado gesto seductor.

—Nada me gustaría más que verte rogar, pero yo también me muero por verla. —El gesto le cambió de inmediato cuando se dirigió a las escaleras—. Vamos, te dejaré un ratito en paz cuando bajemos.

La brisa se convertía en viento al bajar las interminables escalerillas de madera, desordenándoles el pelo. Empinadas y retorcidas para abrazarse a la forma del acantilado, no eran aptas para personas con vértigo. Pero sí rabiosamente nuevas, sin horadar por la lluvia y la sal. La bajada fue revelando una extensión de arena fina repleta de conchas, en contraste marcado con el azul profundo y liso. Los acantilados, imponentes, ofrecían no solo un telón de fondo espectacular sino también una extraña sensación de aislamiento y soledad. Oliver tenía la delicadeza de permanecer en silencio y Ander pudo saborearlo a conciencia.

Encontrar palabras habría sido difícil, en cualquier caso. El sonido del oleaje, como una especie de respiración primordial, rebotaba contra las paredes del acantilado, llenándolo todo. Parecía resonar en el pecho como una percusión primitiva. La vida del planeta que habitaban se revelaba allí por primera vez para quienes estaban acostumbrados al cemento inerte y las luces antinaturales. En Elysium no existía el silencio, pero en aquella playa, donde el agua rugía contra las rocas, el silencio gritaba, aunque no estuviera presente. Y era agradable. Sereno.

Oliver se quitó los zapatos y los dejó a los pies de la escalinata. Sin decir nada, fue desnudándose hasta quedar en ropa interior y caminó despacio, hundiendo los pies en la arena, hasta la orilla. Un aura reverencial lo rodeó cuando empezó a meterse en el agua, en silencio y sin aspavientos, superando el miedo que había sentido al bajar del avión. Ander tuvo que esforzarse para apartar la vista cuando el agua empapó la ropa interior, haciendo que se le pegara al trasero. Tenía que alejarse de él, y no solo en la playa. Oliver y Kei eran abiertamente homosexuales, malas compañías en un lugar como aquel.

Se descalzó en el mismo lugar y echó a andar por la orilla, dejándose azotar los tobillos por

las olas mansas y recogiendo algunas conchas. Redecoraría la habitación y ese era un buen comienzo.

6. Et voilà.

Las luces de los jardines se encendieron a la hora de la cena. Guirnaldas de luz dorada vestían de verde oscuro las plantas tropicales que invadían cualquier espacio con sus enormes hojas. Entre las flores en los parterres titilaban luces azules y verdes. El espectáculo nocturno podía verse desde el comedor, que a pesar de la belleza exterior, robaba todo el protagonismo de la escena. No era un espacio grande como el recibidor, tenía el tamaño preciso para resultar acogedor. El suelo y el techo de madera daban calidez al conjunto, a pesar de las paredes de hormigón pulido que se habían dejado con su frío color gris. Del techo colgaban enormes bombillas estilo Edison a diferentes alturas. Las sillas alrededor de la mesa de madera maciza parecían cómodas, con acolchado y reposabrazos. Un arco en la pared del fondo comunicaba con la cocina a través de una barra de granito.

Cuando Ander llegó, Felix ya estaba allí, observando admirado la cena dispuesta sobre la mesa. Había ocho servicios de platos dorados y cristalería fina, antigua. Candelabros de plata con velas encendidas daban un aspecto aún más lujoso a las fuentes de comida de un banquete en toda regla.

—Piezas del siglo dieciocho, sin duda. Y gastronomía de la vieja Francia. De la de verdad.

Felix se había cambiado para estar más fresco, pero no había renunciado a su personalidad. Llevaba unos pantalones finos de lino gris, una camisa de mangas anchas y un chaleco negro con bordados del que colgaba una cadenita de plata. Sus gafas esta vez eran verdes y llevaba el pelo atado con una cinta a la nuca. Era evidente que estaba en su salsa, emocionado y ansioso pese a la certeza de que el clima no le permitiría lucir toda su personalidad estética. Poco a poco, el resto fue llegando. Roman también se había cambiado, sin perder la formalidad, lucía unas bermudas grises y una camisa celeste, que llevaba remangada en pliegues cuidadosos. Incluso Kei había meditado la situación y reducido un par de niveles su histrionismo visual, con maquillaje sencillo y una veraniega falda con estampado de hojas.

—¡Qué pinta tiene esto! —exclamó al ver la cantidad de comida sobre la mesa. Luego fue a las vidrieras con una expresión de auténtica excitación infantil—. ¿Y ese patio tan coqueto? Tiene hasta un estanque. Mirad qué maravilla de sillones para tomar el sol. Tengo que aprovechar esto para ponerme moreno de verdad.

Paul llegó después. Seguía llevando unos bombachos y había escogido una camiseta negra sin mangas que se ceñía a su pecho y revelaba su anatomía atlética. Era difícil no darse cuenta de que todos, de una forma o de otra, eran atractivos y peculiares a su manera. Ander se preguntó si su aspecto había tenido que ver en la elección de los siete candidatos. Al fin y al cabo, la imagen era muy importante para una empresa como Valkyria.

—¿Todo esto es para nosotros? —Mark entró acompañado por Oliver y cogió un canapé de un plato, despreocupado. Llevaba unos pantalones de traje combinados con una camisa roja sobre una camiseta blanca.

Oliver había escogido un *tank top* que dejaba al descubierto su vientre con una rejilla negra. Sonrió a Ander a modo de saludo y le dio una palmada a Mark en la mano.

—Pareces salido del Haven, tío. Ten un poco de clase.

El Haven. El barrio más pobre de Elysium desde que el gobierno había barrido las zonas chabolistas para hacer enormes explanadas de invernaderos de modificación genética. Un escalofrío recorrió la nuca de Ander cuando el recuerdo le asaltó, inmisericorde y diáfano. El fuego. Los gritos, las carreras.

Oliver chasqueó los dedos ante su cara.

—¡Eh! Despierta.

Ander carraspeó y lo miró.

—¿Falta alguien? —preguntó disimulando su turbación.

—El anfitrión —respondió una voz desconocida.

Su dueño estaba apoyado en el marco de la puerta, arreglándose los puños de una ostentosa camisa de chorreras. Cuando los chicos se volvieron para mirarlo, sonrió y alzó las cejas como si se hubiera sorprendido. Su aspecto rivalizaba con el de Felix por llamativo, pero lo superaba por mucho. Y no por el evidente atuendo anticuado, sino por su sofisticación. Llevaba unos pantalones negros ajustados y unos botines con una enorme hebilla, aunque lo que más destacaba era su rostro pálido y atractivo y la melena de rizos rubios que llevaba atada en un nudo flojo a la nuca. Sus ojos destacaban con un azul antinatural.

—¿Qué ocurre? ¿Se os comió la lengua el gato? —inquirió apartándose de la entrada. Se acercó a la mesa y tomó asiento en la cabecera con un gesto elegante—. Por favor, sentaos, *chéris*.

Todos guardaron silencio, incluso Kei. Ander había quedado justo enfrente, a la otra punta. Eran Felix y Roman los que tenían la suerte, o la desgracia, de flanquear al anfitrión. Tras la sorpresa general, fue Oliver quien le echó valor: levantó la mano y habló sin esperar.

—¿Es realmente el presi de Valkyria? ¿En serio? ¿Usted?

El anfitrión sonrió. Sus ojos destellaron de sorpresa y complacencia.

—Sí. Sí y sí —respondió. Al tenerle cerca, todos pudieron ver los afilados colmillos que asomaban entre sus labios—. Que mis tres respuestas sirvan para orientaros —añadió. Juntó las manos ante su pecho, inclinando la cabeza.

Oliver se echó a reír, satisfecho. El resto no le imitó, paseando la mirada entre ambos. Sin comprender esa especie de broma privada y desconfiando de ella. Fue Roman quien se aclaró la garganta y trató de normalizar la situación.

—Creo que hablo en nombre de todos al decir que es un honor estar aquí sentados, señor Valkyria. Intentaremos estar a la altura de sus expectativas.

Hubo un murmullo de aprobación generalizado. El anfitrión inclinó la cabeza aceptando la cortesía.

—Lo que espero, al menos en esta cena, es que os relajéis. Cualquiera diría que ha bajado el mismo Dios a sentarse con vosotros —bromeó con una suave risa. Agarró su copa y se sirvió del vino que ya estaba descorchado sobre la mesa. La elevó y la movió para hacer girar el oscuro caldo en su interior—. Empecemos con una adivinanza para romper el hielo: ¿alguien sabe quién soy esta noche?

El anfitrión pudo observar las reacciones a placer. La mayoría estaban perdidos. Oliver al menos lo intentó.

—Un vampiro.

—Gracias por nombrar lo evidente, genio, pero creo que querrá algo específico —intervino Kei.

Tras unos segundos de silencio, Felix lo rompió.

—Lestat —susurró con tono extasiado, seguro.

—*Et voilà*. Lestat de Lioncourt, para serviros. —El anfitrión levantó la copa con un ademán afectado. Se dio cuenta de que era el único y los miró sorprendido—. ¡Vamos, vamos! No os reprimáis, este banquete es en vuestro honor. Vamos a brindar.

Uno a uno se pasaron la botella y rellenaron las copas, bailando entre la incredulidad y el recelo.

—Ya, eeeh... Esto será vino, ¿no? Quiero decir, estaba abierta —dijo Kei, llevándose la abertura a la nariz.

—Oh, sí. Podría estar envenenada. O alterada con drogas. —El anfitrión se llevó la copa a los labios, pero en lugar de beber, la agitó y olfateó su contenido. Frunció el ceño y los miró uno a uno—. Tal vez la hayáis alterado vosotros mientras yo no estaba, eso suena más probable. ¿Alguno sabe descorchar una botella?

Oliver no pudo evitar un carraspeo nervioso. ¿Sabría que había traído drogas consigo? ¿Le habría escuchado decir lo de la fiesta en su habitación? Aquello no ayudó a que se tranquilizaran. Los que habían llegado los últimos miraron a Ander y a Felix. Kei levantó una ceja al servirse.

—Eeeh... No. Eso lo hacen las cocinas inteligentes. Pero yo me refería a sangre. Era una broma.

La risa del anfitrión no sonó forzada. Fue natural y ayudó a destensar un poco el ambiente.

—Yo también estaba bromeando. Sé que puedo confiar en vosotros. Y vosotros podéis confiar en mí. Este es un espacio para vuestro crecimiento, las pocas normas que tenéis son para mantener un orden y un ambiente académico sano —explicó poniéndose en pie para alzar la copa—. Merecéis un brindis. Por vuestro brillante futuro. Y por una estancia enriquecedora para todos.

Ander se levantó y brindó con el resto, disimulando su consternación. Ese hombre era muy excéntrico. No, aquella palabra se quedaba corta. Era raro. Estrafalario. Su padre se habría levantado de la mesa en cuanto entró por la puerta, aduciendo la poca seriedad del anfitrión. Él no tuvo valor para hacerlo. Y en realidad tampoco quería. Porque además de raro era guapo, aunque ese solo fuera uno de los motivos.

—Por nosotros y por nuestro anfitrión —añadió Felix al brindis.

—¡Por la isla! —exclamó Kei.

El señor Valkyria, más conocido como Lestat en aquella cena, bebió con ellos. Los miró uno a uno hasta detenerse en Ander, al que le dedicó una sonrisa de colmillos afilados. Algo en esa forma de sonreír le resultaba tan familiar como inquietante. Tal vez por la mirada penetrante, o por el brillo azulado de lo que sin duda eran lentillas.

—Demos el banquete por comenzado, pues —dijo el vampiro, abriendo las manos para abarcar la mesa con indulgencia. Luego se sentó copa en mano—. Mientras disfrutamos de la comida, me gustaría conversar sobre vuestras expectativas aquí. Son más importantes que las mías.

Empezaron a comer en silencio, meditando con cuidado el modo en que debían pronunciarse.

Todos menos Mark.

—Yo no voy a mentir. No he venido por intereses académicos, terminé derecho y nada de lo que ofrece el Proyecto Odín me sirve para eso. Quería la experiencia, salir de Elysium. A donde fuera. Y estoy seguro de que no soy el único, aunque a saber qué dice el resto sin detectores de expresiones faciales de por medio.

Kei esbozó una sonrisa socarrona.

—Derecho. Qué apropiado...

—¿Tienes algo que decir? —replicó Mark.

Kei se encogió de hombros. No dijo nada más, pero se le quedó mirando con la misma expresión maliciosa.

—Agradezco la sinceridad, Mark. Y no hay necesidad de mentir. Sé que el currículo del proyecto os puede resultar extraño, incluso sin valor... Hace mucho que los planes educativos no incluyen las artes o la filosofía.

—Yo sí vine por los planes académicos. —Roman se limpió la boca con una servilleta y miró de reojo a Mark—. Me gusta estudiar y consideré que sería bueno ampliar mis horizontes. Además, también está mintiendo quien diga que no tiene ningún interés en optar a un puesto de importancia en Valkyria.

—Podemos ser sinceros en esta mesa. Yo os he elegido personalmente. Creo que tenéis potencial, independientemente de vuestras motivaciones. —El anfitrión se sirvió de una fuente de carne y la regó con una de las salseras—. La motivación puede cambiar con el tiempo.

—Yo también quería salir de Elysium, eso tengo que reconocérselo a... ¿Mark? Lo que sea —dijo Kei con la vista puesta en su plato, apartando de forma metódica todas las verduras que no reconocía—. Pero estoy decepcionado. La red sigue sin volver y veo que la norma de no difundir nada es demasiado estricta. Vivo de mis seguidores, ¿sabe, señor Valkyria? Así que me gustaría negociar un espacio donde grabar vídeos. Por supuesto, sin desvelar nada que usted no quiera. Incluso estoy dispuesto a renunciar a los directos y que esos vídeos sean revisados por alguien de su personal.

—¿Vives de ello o no puedes vivir sin ello? —inquirió el anfitrión. Dejó los cubiertos en el plato y se echó hacia atrás—. Tus necesidades estarán cubiertas. Y hemos conseguido excedencias para quienes las precisaban. Yo te aseguro que tu estancia aquí no te hará perder nada, de hecho, ganarás más influencia de la que puedas soñar si tus resultados son los esperados. Pero tendrás que renunciar por un tiempo a las redes abiertas...

—A ver. —Kei se llevó al pecho una mano de dedos finos con varios anillos—. Yo lo entiendo. De verdad. La ubicación es secreta, los planes de estudio también, todo eso. Pero es que si yo paso un día sin publicar nada, pierdo un buen puñado de seguidores. Si estoy una semana sin dar *feedback*... no solo pierdo gente, sino patrocinadores. Y si estoy un mes, desaparezco. Se acabó. Adiós. —Chasqueó los dedos en el aire.

—Bueno, ya vale, ¿no? —interrumpió Ander—. Esta es la cena de todos, pon una queja si tanto puede repercutirte.

Mark y Roman asintieron de forma ostentosa, el resto fue comedido, pero estaba claro que opinaban lo mismo.

—Veremos cómo solucionar tus inquietudes, Kei. Y es cierto, muchos no habéis hablado —

dijo el señor Valkyria poniendo la atención en Ander—. ¿Qué hay de tu motivación?

A Kei no le hizo ninguna gracia el corte. Fingió cerrar una cremallera en su boca y se concentró en la comida, sin molestarse en simular interés por cualquier cosa que dijera el resto.

—Yo sí quiero un puesto en Valkyria. Apuesto por el caballo ganador, porque así funciona el mundo —dijo Ander, manteniéndole la mirada al adornado vampiro.

El anfitrión sonrió. Sus ojos punzantes fijos en Ander, al que tenía justo al otro extremo de la mesa.

—Es lo que hemos hecho del mundo. Un vampiro, ¿no es cierto? —dijo acariciando distraídamente el borde de la copa—. Pero esa no es tu única razón.

—Puede que sí. O puede que no. Pero es lo único que quiero exponer en la cena.

El anfitrión levantó las manos en señal de rendición, ensanchando la sonrisa hasta mostrar los colmillos. Lo miró como si supiera lo que ocultaba.

Apenas había comido. Como un verdadero vampiro, no mostraba mucho interés en los manjares que los demás disfrutaban. El sabor de las frutas y las verduras era intenso, muy diferente al de los ingredientes que podían conseguirse en Elysium incluso teniendo dinero, pero él parecía estar acostumbrado a eso. Apoyó los brazos en la silla como un príncipe indolente y miró a Felix.

—¿Y tú, *homme d'un autre temps*?

Felix hizo una reverenciosa inclinación de cabeza, sonriente.

—Todo lo relacionado con Valkyria me ha llamado la atención desde niño. La estética, las presentaciones extravagantes, el hecho de que sea una de las empresas más antiguas del mundo... Cuando se anunciaron los exámenes, mi madre me invitó a probar. Es la dueña de !Nyam, ella entiende de negocios y oportunidades.

El anfitrión asintió, satisfecho con la respuesta.

—Jessica Bosc, sin duda una mujer con visión. He de reconocer que tu curiosidad y tu estética jugaron un papel crucial en tu elección, aparte de tu currículum como artista. Es muy osado dedicarse a ciertas cosas en la actualidad. Disfrutarás de nuestro programa, sin duda.

—¿Y la mía? —intervino Kei, repentinamente interesado, antes de que Felix pudiera responder.

El vampiro soltó una risa ronroneante y lo miró como si fuera un gatito celoso buscando su atención.

—Por supuesto, *mon cheri*.

Kei hizo un mohín de sonrisa y volvió a su comida. Felix señaló a Paul, sentado al otro lado de la mesa.

—Agradecido, pero no quiero llevarme toda la atención. Puede continuar el compañero.

Paul bajó la mirada, serio, usando la servilleta con un gesto de disculpa. Había devorado todo el contenido de su plato.

—Yo quería un poco de todo lo que han dicho. Explorar, conocer un lugar distinto. Aportar algo en una de las pocas empresas que... al menos intenta hacer algunas cosas bien.

—Necesitamos gente que quiera cambiar el mundo. Valkyria debe cambiar para ello. —El anfitrión frunció el ceño con una repentina expresión preocupada—. ¿Crees que estamos a

tiempo? Hay demasiados pecados que redimir.

—Creo que dejamos de estar a tiempo como siglos atrás, señor. Pero al menos podemos trabajar para que la gente y el resto de seres vivos vivan en armonía durante el tiempo que le quede al planeta.

Mark resopló una risa.

—¿Eso es en lo que trabaja tu madre?

Paul se tensó como un resorte.

—¿Quieres hablar de en qué trabaja la tuya? Ah, no, no hace falta, seguro que hay vídeos — siseó.

Kei soltó una risotada y aplaudió hacia Paul sin hacer ruido.

—Oh, por favor... —El anfitrión se puso en pie, rozó los hombros de Roman, Kei y Paul al pasar tras ellos. Con la punta de los dedos, un toque sutil—. No estropeeis una bonita velada con rencillas personales. Es de muy mal gusto... —Se detuvo tras Ander, puso las manos sobre sus hombros y los estrechó con suavidad. Un bucle rubio le rozó la mejilla—. Aquí vuestros apellidos no importan nada. Lo que hagan vuestros padres no importa nada. Ellos han dejado de existir, así que dejad de utilizarlos como arma o excusa. *Compris?*

Hubo algún carraspeo y un asentimiento general, aunque no todos le pusieron las mismas ganas. Mark seguía mirando a Paul con una advertencia silenciosa que el otro ignoró. Ander, tenso bajo las manos del vampiro, no reaccionó. Podía sentir el calor de sus dedos y el olor de su perfume.

—Oliver, por favor —pidió el anfitrión con voz amable.

Soltó a Ander para volver a su asiento, moviéndose como un felino alrededor de la mesa.

—Uh, parece que soy el último bocadito de la tarta. Lo más rico. Aunque también tenga que sacar el tema familiar. —Oliver se recostó en su silla mientras hablaba, jugando con el tenedor—. Verá, señor Lestat: a mí me da igual Valkyria, el planeta, los objetivos, la carrera de la rata y todo ese blablabla. Eso se lo dejo a mi padre, el segundo caballo de la carrera. —Le guiñó un ojo a Ander—. Tocarle los huevos de formas nuevas e imaginativas me hace muy feliz. Esa es mi motivación: la felicidad. El placer y la diversión. Soy un... ¿cómo se decía?

—Hedonista —apuntó Felix con tono divertido.

—Eso —dijo Oliver formando una sonrisa encantadora, como si le diera igual lo que opinaran de sus palabras.

—Tu estancia aquí te hará olvidar esa razón y descubrir algunas nuevas que ni imaginabas, *mon petit satyre*. Disfrutar es importante. El placer lo es, nos ayuda a descubrirnos a nosotros mismos. Y hablando de placeres...

El vampiro levantó una mano y chasqueó los dedos. Un murmullo eléctrico precedió a los dos robots que salieron de la puerta de la cocina. Eran bajos, se movían sobre dos ruedas grandes y portaban dos enormes bandejas llenas de postres sobre las aplanadas cabezas. Todos se lanzaron sobre ellos con glotonería genuina, asumiendo que si la comida había sido deliciosa, aquello sería el remate perfecto. Solo Felix y Paul lo tomaron con calma, el primero hipnotizado con el aspecto anticuado de los robots, el segundo escogiendo los que llevaban el cartelito de vegano. Los murmullos de sorpresa, aprobación y placer no tardaron en llegar. Oliver impuso su voz por encima.

—Disculpe. ¿Le veremos más veces por aquí o solo estarán los profesores y esos guardias raros?

—Ay, sí. ¿Qué le pasa al guardia? —preguntó Kei, llevándose un par de patadas escandalizadas por debajo de la mesa—. ¡Auch! ¿¿Qué??

—Yo tengo una duda respecto a mi habitación —comentó Felix.

—Vayamos por partes —respondió el anfitrión. Señaló a Oliver con un gesto de la mano—. La cuarta planta es mi residencia permanente, aunque no podéis subir ahí solos ni sin mi permiso. Viajo por negocios, así que habrá temporadas en las que no esté, pero el resto del tiempo disfrutaremos de tutorías, cenas y eventos en los que os acompañaré. Voy a ser vuestro tutor y estaré a vuestra disposición siempre que pueda. De hecho, tenéis un botón en el panel de control de las Freyas personales, en vuestros cuartos, podréis llamarme cuando lo necesitéis y si en ese momento estoy ocupado, os responderé en cuanto quede libre. Por supuesto, confío en que lo uséis con responsabilidad y no me llaméis para nimiedades. —El vampiro les guiñó un ojo y se echó hacia adelante para acodarse en la mesa—. En cuanto a Gabriel, su aspecto fuera de lo común es debido a una mutación genética, espero que tengáis la delicadeza de no comentarlo en su presencia. No tenéis nada que temer de él, no está enfermo ni su condición os puede causar problema alguno. —Miró a Felix con preocupación—. En cuanto a tu cuarto, ¿no está a tu gusto?

Kei apretó los labios y bajó la barbilla, mirando a un lado. Felix se limpió y recuperó la copa de vino, acabado su postre con dos bocados.

—No, claro que no. Pero me cuesta entender cómo lo han conseguido. —Miró al resto—. Mi dormitorio es un poco especial. Como una maqueta gigante. Tienes trenes antiguos en miniatura que recorren vías de las paredes, tuberías transparentes por las que circula humo en un circuito cerrado y un montón de detalles así. Podéis verlo después si queréis. También varias antigüedades únicas en el mundo. Ya he observado que las de aquí son réplicas, pero... ¿cuánto tiempo ha pasado desde que nos contactaron? ¿Veinticuatro horas? ¿Menos? Yo llevo cinco años montando todo. Incluso teniendo todos los materiales y las ideas, necesitaría varios días y un equipo de trabajo.

—Vale, ahora tengo auténtica curiosidad por ese picadero —rio Oliver.

No fue el único que la tuvo, aunque el resto permaneciera en silencio. El anfitrión sonrió como un gato complacido.

—Tu espacio fue un verdadero reto. Y un quebradero de cabeza. Trabajamos a contrarreloj, como has apuntado. Todo fue un trabajo coordinado entre las impresoras 3D y un equipo humano de artistas del pueblo dedicado exclusivamente a tu diseño. Sé que con el tiempo encontrarás fallos y diferencias, pero espero que todos os sintáis libres de mejorar vuestras dependencias. Podréis usar las monedas para ello.

—Siento haber dado tanto trabajo, aunque mentiría si dijera que no estoy orgulloso de esa madriguera —suspiró Felix con satisfacción.

—No lo sientas. Nos gustan los retos. —El anfitrión sonrió y se pasó la lengua distraídamente por un colmillo—. Y este reto no ha hecho más que comenzar.

7. Parece que va a ser fácil.

La habitación de Oliver, a su manera, era tan impresionante como la de Felix. Tenía dos alturas, aunque la parte superior solo era una zona estrecha a la que se accedía por unas escaleras mecánicas retro, llena de terrarios con plantas bioluminiscentes. La parte inferior estaba ocupada por dos muebles principales: al fondo una cama redonda de sedosas sábanas rojas y, en el centro, un sofá de cuero negro enorme, de tres piezas en forma de uve. Rodeaba una mesa baja llena de botellas alcohólicas. No era el único lugar donde sentarse, había multitud de pufs de colores estridentes repartidos caóticamente. Del techo colgaban un puñado de cubos de luz inteligentes, que cambiaban de color o patrón según el ambiente musical o el sonido del entorno. Los altavoces del equipo de música de última generación, iluminados con neones también cambiantes, formaban parte de la decoración. Con la noche bien entrada el océano más allá de las dos paredes de cristal era todo oscuridad. Las luces en la habitación impedían ver las estrellas de ese cielo despejado de luna nueva.

Los chicos llegaban, algunos sin demasiadas ganas, pero entendiendo que apartarse del grupo tan pronto podía volverse en su contra. Ninguno estaba muy impresionado, aquellos objetos eran comunes en Elysium... al menos en sus ambientes adinerados. Pese a todo, tenía estilo. Paul subió a ver las plantas, el resto se sentó donde les pareció, sirviéndose mientras Oliver cambiaba la música en un panel.

Ander se sentía fuera de lugar mientras contemplaba los cambios de luz en el techo. Aquello era como una pequeña discoteca privada y nunca había sido del tipo de jóvenes que disfrutaban en esos antros. Sentado en uno de los pufs, rememoraba la cena una y otra vez. La sensación de familiaridad. Los cambios de tono del anfitrión, a veces muy amables, otras afilados, peligrosos. La propia cena. Su Freya estaba programada para comprar la mejor comida del mercado y, aun así, jamás había probado nada tan sabroso.

—Un poco oscura, pero me encanta tu habitación —comentó Kei. Se dejó caer a plomo en uno de los asientos, haciendo ondear peligrosamente su falda. Había vuelto a maquillarse, con sombra de ojos de un rojo estridente.

Oliver se arrodilló junto a la mesa, sobre la alfombra mullida de pelo largo, y empezó a servir una ristra de chupitos de una botella con un líquido verdeazulado y fluorescente. Todos reconocieron el licor de moda en Elysium: fuerte y de sabor sintético.

—Gracias. En realidad es una copia de mi antigua habitación, donde firmé el contrato. Antes de venir vivía en un piso compartido. Puedo subir la intensidad de las luces, pero no sería tan íntimo y sexy —respondió con una sonrisa pícara—. ¿Os gusta el *gralish*? Tengo más cosas si queréis empezar más suave.

—¿Dónde están las drogas? —preguntó Mark, que ya había tomado posesión de parte del sofá abriendo los brazos sobre el respaldo.

Oliver sacó la bolsita de pastillas y la agitó para que todo el mundo la viera.

—Iba a esperar, pero... veo caras de sueño. Eso sí, quien quiera una tendrá que venir a buscarla —acabó con tono travieso.

Sacó una sola y se la metió en la boca. Comenzó a bailar solo, los brazos levantados, la

cadera balanceándose en movimientos lentos y sensuales. Sacó la lengua, invitador. La pastilla reposaba allí para el primero que se atreviera a recogerla. Fluía con el ritmo. Era hipnótico, difícil de ignorar. La camisa de rejilla que llevaba no dejaba espacio a la imaginación y el terso abdomen ondulaba los músculos tensos bajo la piel. Mark fue el único que respondió al instante. Se puso en pie y se acercó, le puso una mano en la cintura a Oliver antes de tomar la pastilla con la lengua. Lo que siguió fue un beso acompasado por la música, en el que los jugosos labios de Oliver atraparon la boca varonil de Mark.

Ander apartó la vista y la distrajo en la negrura de los ventanales. Sentía que una tensión molesta despertaba en su bajo vientre. Pensó en irse: no quería drogas, no quería participar en eso, pero al día siguiente sería la comidilla del grupo. No era una gran estrategia.

Mark se apartó con una risita, más por curiosidad en cuanto a las acciones del resto que por ganas. Oliver sacó otra pastilla y repitió el proceso. Kei fue quien la tomó, aunque se apuntó al juego a su manera: comenzó a bailar junto a Oliver, haciendo el mismo ofrecimiento. Roman negó con la cabeza y levantó su zumo con una media sonrisa: no tenía intenciones de alterar su conciencia. El dedo de largas uñas pintadas de Kei señaló entonces a Felix, quien soltó una carcajada y aceptó el reto al mismo tiempo que Paul se acercaba a Oliver. Mark volvió a sentarse en el sofá y se bebió uno de los chupitos. Le dio un codazo a Roman, que le dirigió una mirada de mal disimulado desdén.

—Sácate el palo del culo y tómate un chupito al menos, venga.

Felix era algo torpe, pero quería participar y divertirse. Volvió al sofá entre risas. Kei siguió bailando, agitando la falda. Cuando Paul cedió su turno tras un largo beso con el que parecía querer competir con Mark, Oliver se acercó bailando a Ander.

—¿No vienes a por la tuya? Te ayudará a soltarte... —Sacó otra pastilla de la bolsa.

—No me gustan las drogas. Ni los tíos —espetó Ander sin poder morderse la lengua.

—Qué aburridos sois los *heterazos*. —Paul se apropió de otro puf.

—Pues debe ser el único aquí. Bueno, él y este. —Mark señaló a Roman, que no había aceptado la invitación y se encogió de hombros.

—Ni confirmo ni desmiento.

Oliver se contoneó un poco más delante de Ander, que le miraba fijamente con una advertencia en los ojos: no te acerques más. Y no lo hizo, era demasiado pronto para tentar al diablo, así que se tragó la pastilla y fue a sentarse en el suelo, entre Paul y Felix.

—Yo pensaba que tú eras muy hetero, Mark —dijo dedicándole una de sus sonrisas sugerentes—. ¿O la magia de mi boca te ha hecho replantearte tu sexualidad?

—¿Y esos prejuicios? Yo no me cierro puertas —respondió Mark desde el sofá. Habían terminado de cerrar su forma con los asientos para verse las caras—. Y tú, amigo... pareces la presa más fácil de la noche, aunque no por eso la primera que escogería.

Oliver se llevó la mano al corazón teatralmente, como si lo hubiera atravesado con un puñal.

—Eso me ha dolido. —Enseguida recuperó la compostura y le miró con malicia—. Para no ser tu primera opción has venido como una bala a meterme la lengua.

—*Touché!* —exclamó Felix.

Kei soltó una risilla.

—Si había algún hetero entre nosotros el señor vampiro lo ha curado. ¡Estoy seguro!

Fumaba un cigarrillo alargado que le pasó a Felix. El humo, al flotar por delante de las distintas luces, se convertía en serpientes brumosas. Incluso Roman se echó a reír, haciendo que Ander se sintiera del todo ajeno a esa forma de diversión.

Oliver agarró una botella vacía.

—¿Todo el mundo sabe jugar a esto?

—¿El juego de la botella? ¿Qué tenéis, quince años? —inquirió Mark y dio una calada al cigarro cuando le llegó. Luego dejó caer la cabeza sobre el respaldo. Estaba tan cómodo que parecía su habitación.

—No seas aguafiestas. Es una buena manera de conocernos —replicó Kei.

—Me temo que yo no he jugado nunca, ¿qué pasa si te señala la botella? —preguntó Felix.

Ander vio la oportunidad de integrarse. No le atraía la idea de participar, pero podía responder a la pregunta.

—Para vivir en otro siglo estás poco puesto en juegos antiguos. La botella se gira en medio de la mesa. Quien se vea apuntado por el morro, tiene tres opciones: responder a la pregunta del girador, darle un beso o aceptar un reto.

Felix palmeó, encantado.

—¡Me apunto! ¡Tú también, Ander!

—No, yo...

—¡Venga! ¡Ya has dejado claro que no quieres besos, pero hay otras opciones! Será divertido. Y recordad la cena: nada de usar a la familia como excusa y arma. Señores, pongo ese veto.

Ander chasqueó la lengua. Reticente, se echó hacia adelante en el puf, dispuesto a participar. Tenía claro que cuando las drogas empezaran a afectar el comportamiento del grupo, se iría sin dar explicaciones. Podía jugar a ese estúpido juego adolescente sin comprometerse a nada. Solo era eso, un juego.

—Vale. Juego. Pero solo para que me dejéis en paz.

Hubo un aplauso general. Oliver sonrió de oreja a oreja como un diablo e hizo girar la botella de *gralish* en medio de la mesa. Todos observaron ansiosos cómo desaceleraba hasta detenerse apuntando a Kei.

—¡No! ¡No quiero ser el primero!

—No llores, voy a empezar suave. ¿Llevas ropa interior?

Kei sonrió de forma ladina, levantándose. Se dio la vuelta y subió poco a poco su falda, dejando ver el elástico de tela roja que se ajustaba a uno de sus muslos.

—¡Claro que llevo ropa interior, degenerado! ¿Qué creías? —Volvió a sentarse—. Y diseñada por mí. Me toca.

Hizo girar la botella entre las risas y comentarios del resto. Tras un par de vueltas se detuvo en Mark, que soltó un gemido y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Ya sabes la norma, nada familiar!

—Sssshhh... No iba a ir por ese camino —dijo Kei—. Antes dijiste que Oliver no sería tu primera opción. ¿Quién entonces?

Mark miró a un lado con una media sonrisa y empezó a pasear el dedo entre todos, como si fuera una ruleta que buscaba dónde detenerse. Tras unos segundos de misterio, lo hizo en el propio Kei, que soltó una carcajada similar a un ladrido.

—¡¡Lo sabía!! Tienes unas formas muy poco sutiles de ligar, cielo. Así que... Ni de coña. Te toca.

—Se veía venir. Demasiada tensión —comentó Roman levantando un dedo.

Mark soltó una risa lenta y se inclinó hacia adelante para hacer girar la botella. Ander rezaba cada vez que el cuello de la botella lo señalaba. Esta vez cayó en Paul. Ander reprimió un suspiro. Mark sonrió como un lobo. Todos temieron que fuera a soltar algún comentario ofensivo, pero debió reprimirse al final.

—¿Comes salchichas a escondidas?

Paul cruzó las piernas en el sofá y se acarició la parte trasera de la cresta, serio.

—Según el estudio más reciente, en los últimos veinte años las salchichas han pasado de tener un diez por ciento de restos animales a ser completamente artificiales. Antes eran las sobras, ahora son las sobras de las sobras de las sobras. No, no como salchichas, pero por salud.

Mark puso los ojos en blanco, en complicidad con algún otro. Kei aplaudió despacio.

—Y Paul gana el premio a la respuesta más aburrida de la noche. Espero que tu pregunta lo mejore, cariño —dijo Kei.

Paul le sacó la lengua e hizo girar la botella con fuerza. Dio varias vueltas y estuvo a punto de caerse de la mesa antes de apuntar a Oliver. Paul se frotó las manos.

—Yo no tengo una pregunta, tengo un desafío. Tienes que usar el comunicador de la habitación para llamar a Valkyria con cualquier excusa.

Hubo aplausos y silbidos. Oliver arrugó la nariz.

—¿Qué quieres, sacarme de la competición?

—Oh, venga. Se supone que no es una competición, y si no te ha echado después de tu respuesta frívola es que le haces gracia —replicó Paul.

—¿No decías que te daba igual todo esto? Demuéstralo —dijo Roman, interesado.

Oliver resopló, pero acabó sonriendo. Apagó la música.

—Y me da igual.

El panel de su Freya estaba en una de las paredes. Oliver pulsó el comunicador, guiñó un ojo al resto llevándose un dedo a los labios para pedir silencio. Por unos largos segundos, no hubo respuesta.

—Debe estar durmiendo —comentó Roman.

—No, *mon cheri*, soy un hijo de la noche. —La conocida voz llenó la habitación desde todas direcciones, envolvente y con un tono juguetón—. ¿Hay algún problema en el nido?

Roman se tapó la boca, consternado. Acababa de demostrar que había alguien más en la habitación de Oliver. Este se encogió de hombros antes de contestar.

—No, todo está perfecto. Me preguntaba si... había alguna forma de conseguir hielos a estas horas.

Las expresiones de sus compañeros completaban un espectro amplio, que iba desde el horror

morboso a la absoluta diversión. Silencio. Uno tan largo que los que estaban divirtiéndose llegaron a ponerse nerviosos.

—Se me ocurre una —dijo entonces la voz omnipresente, sin abandonar el tono—, puedes...

—Solo se están divirtiendo, déjalos —otra voz lo interrumpió. También había alguien más con él. Un hombre, a tenor de la gravedad.

—Puedes bajar a la cocina y recogerlos tú mismo de la nevera, por supuesto.

Oliver asintió, serio. Esa voz era peligrosa. Y las palabras del desconocido decían más de lo que pudiera parecer.

—Gracias, señor Valkyria. Y... siento las molestias.

—No lo dudo. —La pausa que siguió duró lo suficiente para hacerlos dudar de que la comunicación siguiera activa. Todos habían quedado en silencio—. Recordad que mañana tenéis la primera clase a las seis. En el huerto. Deberíais descansar —concluyó. Una nota musical indicó que la llamada se había cortado.

Mientras asimilaban lo que acababa de pasar, Roman se levantó y abrió las manos.

—Muy bien, caballeros, espero que lo hayan pasado bien, porque miré los carteles de las clases y no empezaban hasta las ocho. Yo me retiro a descansar.

—Vamos, Roman, no seas así. Todos hemos ido a la universidad sin dormir, ¿verdad? —Kei lo miró con expresión de cachorrito, apoyándose en la mesa baja con las rodillas en el puf como si fuera a ponerse a rezar—. Quédate un poquito más... Aún es pronto.

Roman no se molestó en responder y salió moviendo los dedos a modo de despedida. Ander aprovechó la oportunidad y lo siguió justo cuando comenzaba el reparto de culpas y acusaciones, pasando desapercibido. En el pasillo, Roman se volvió y le dedicó una media sonrisa.

—Parece que va a ser fácil, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

—Oh, vamos. Tú los has estado observando tanto como yo. No se lo toman en serio. Kei ha sido un estorbo quejica desde que llegó. Oliver no tiene interés por nada y lo reconoce. Mark y Paul no parecen las bombillas más brillantes de la sala... El único que puede preocuparnos es Felix, y se deja llevar por la mayoría.

El análisis era más que realista y Ander podría haberlo compartido punto por punto, pero no quería formar bando con nadie y menos en una competición hipotética.

—Se supone que no estamos aquí para competir —respondió deteniéndose en su puerta.

—Claro, claro. Y lo sencillo sería suponer también que si ha escogido a siete personas, tenga siete puestos y esto solo sea formación específica para ellos. Pero solo por si acaso: te advierto que, ahora mismo, te considero mi única competencia.

Roman le guiñó un ojo antes de continuar hacia su dormitorio. Ander permaneció atento unos minutos, pero nadie salió a por hielo. Resopló y entró en la habitación. No tenía palabras para expresar lo poco que le importaba que el friki con pinta de yupi le considerase una competencia.

No acababa de acostumbrarse a ver su cuarto de siempre al encender las luces, pero la sensación de regresar a un lugar seguro fue inmediata. Todo era exactamente igual, salvo la intensa neblina más allá del ventanal, que no existía en las calles de Elysium. Se quitó las botas, se deshizo de la camisa y de la camiseta y se dejó caer en el sillón de la antesala. Al encender el

televisor una cara amarilla con una enorme sonrisa le dio la bienvenida. Se saltó la introducción con la información sobre la ubicación de las duchas y los horarios y estuvo investigando las opciones de entretenimiento sin demasiado interés. Había una opción casi infinita de películas, videojuegos y música. Estuvo navegando sin ver lo que pasaba ante sus ojos.

No se quitaba de la cabeza al anfitrión. El señor Valkyria. Lestat el vampiro. Quien demonios fuera. Con esa sonrisa afilada y esos ojos de brillo artificial. Aún sentía el peso de su mirada, como si estuviera esperando algo de él. Apagó la televisión. Al levantarse hizo girar el sillón, inquieto. No iba a poder dormirse. Sus nervios eran un avispero.

—Freya, apaga la luz —dijo cerrando las cortinas.

Las sábanas de inteligencia térmica compararon su temperatura con la del ambiente y se ajustaron en cinco segundos, creando la calidez perfecta. Ander intentó dejar la mente en blanco o concentrarse solo en lo bueno: la comida, el paisaje, el mar. Fue imposible. Las imágenes desfilaban por su mente sin invitación. Los jugosos labios de Oliver pegados a la copa. El torso desnudo y tatuado de Mark, saltando en la orilla. El morbo cautivador del vampiro, con las lentillas azul eléctrico. Oliver bailando frente a él, sin complejos. Los besos, los sonidos húmedos de las lenguas tratando de arrastrar las pastillas a sus propias bocas.

Tampoco pudo evitar que su cuerpo, al fin libre, reaccionara. Notó el roce de las sábanas sobre su sexo cuando se endureció debajo de ellas, tan rápidamente que lo sorprendió. Un día largo, lleno de estímulos, lleno de tentaciones que se esforzaba por ignorar. Ya no tenía por qué hacerlo. Si no aliviaba aquella presión acabaría volviéndose loco. Se mordió los labios y metió la mano bajo las sábanas. Solo llevaba el bóxer. Pasó los dedos sobre la tela, haciendo presión, con los labios de Oliver abriéndose húmedos en su imaginación. Fantasear con él, con ninguno de sus compañeros, con el anfitrión, era la peor idea, pero no podía controlarlo. Tiró del elástico para liberar la erección y empezó a acariciarse, despacio. La idea de que, tal vez, su anfitrión podía verlo, le asaltó con violencia. El corazón se le aceleró y una sensación de sofoco acompañó al repentino latido del sexo entre sus dedos. Estuvo a punto de destaparse, pero la sensación de indefensión se sobrepuso a la seguridad que aportaba ese dormitorio falso. Se tocó con ansia, rápidos movimientos de vaivén que obligaron a las sábanas a recalcular la temperatura corporal. La piel expuesta de sus compañeros. La forma en que bailaban. Las manos del vampiro en sus hombros. Fue un orgasmo apresurado y satisfactorio que lo dejó sin aliento y arrastró su mente hasta el sueño, haciendo desaparecer todo lo demás.

A un océano y una vida de distancia, amanecía un día nublado. La frenética existencia de Elysium seguía bajo un cielo de óxido y la luz de un sol cansado.

El despertador encontró a Silas Heks fuera de la cama.

Son las siete en punto. La temperatura es de veinticinco grados en el interior. Doce en el exterior. Se esperan lluvias dispersas durante el día. Se recomienda salir con el equipo de protección.

—Sí. Sí. Haz el café.

Sentado en el borde de la cama con el batín puesto, Silas observó la vista privilegiada que tenía de la torre Valkyria desde su edificio. Cuando pensaba en su edificio lo hacía de forma literal: el enorme complejo en el que tenía el apartamento era suyo. Desde los cimientos hasta la cúspide que remataba la torre con un enorme neón de Hekspress. Era más moderno, más brillante y más estético que la mole anticuada de Valkyria, pero no más alto. Las vistas eran un constante

recordatorio de sus ambiciones fracasadas. Pero Silas nunca se daba por vencido.

—Freya, vuelve a llamar a Oliver.

El terminal está fuera de servicio. No recibe señal, señor Heks.

—¿Ha recibido los mensajes que le envié anoche?

Los mensajes no constan como recibidos. No puedo localizar el terminal.

Silas resopló. Cogió su móvil y fue hasta la cocina para servirse el café recién hecho. Un par de drones blancos con las dos uves de Valkyria pasaron por delante de su ventana. Los observó mientras desaparecían en dirección a su sede. Dio el primer trago. El café estaba amargo. No lo necesitaba para despejarse, pero le gustaba, aunque fuera sintético. Desbloqueó el móvil y volvió a escribir a su hijo.

Este no es el trato que teníamos. Cuando enciendas el móvil llámame. Hazlo desde esta SIM. Valkyria no puede rastrearla.

Estaba nervioso. Oliver era voluble, irresponsable y estúpido. Su mayor competidor lo había escogido para darle un futuro en su empresa, y eso podía ser una ventaja para Hekspress si sabían aprovecharla.

—Pero él no sabe aprovechar nada. Habrá dejado el móvil apagado en la maleta.

Nada más decir eso en voz alta se dio cuenta de que no tenía sentido: podía rastrear el terminal de su hijo aunque estuviera apagado. Inquieto, Silas dejó la taza sobre la encimera y fue a vestirse. ¿Oliver había encontrado la forma de evitarlo? Entonces tendría que buscar otra manera de localizarlo.

De camino a la habitación el sonido del timbre lo detuvo.

—Freya, ¿quién hay en la puerta?

No se detectan presencias.

—¿Y quién ha llamado al timbre?

Nadie.

Silas gruñó y activó la pantalla junto a la puerta. Freya tenía razón. Allí no había nadie. Aun así, con una extraña sensación de desasosiego, Silas abrió la puerta.

Nadie.

A sus pies, un sobre negro con su nombre escrito en letras rojas metalizadas: Silas Heks.

Se agachó para recogerlo y se apresuró a cerrar la puerta. Tenía el corazón acelerado, como si temiera que alguien estuviera apuntándolo con una pistola desde el otro lado del pasillo. Miró la carta. La sacudió. Pensó en llevarla a su despacho para que alguien la analizara, pero sus dedos actuaron solos. Abrieron la pestaña y tiraron de la tarjeta que había en su interior. Una gota de sudor frío le recorrió la espalda.

ENVIDIA.

Letras grandes. Rojas sobre fondo negro.

Otras seis palabras, hijas de la misma tinta, llegaron a otros seis puntos de Elysium esa misma mañana.

8. ¿Y cómo aprendimos...?

Fueron puntuales. A las cinco y media empezó un goteo de jóvenes soñolientos en el comedor. El café despertó las primeras conversaciones y reanimó a los resacosos lo suficiente para salir sin dar tumbos. Aún era de noche, pero de camino al invernadero se percataron del resplandor en el este. El cielo despejado les ofrecía un espectro de color cambiante que no se parecía en nada al que se veía desde la ciudad. Malvas, azules profundos y colores pastel, el amarillo claro que se encendía con los primeros rayos. Colores vibrantes, vivos y sin la mácula del espeso *smog* de la ciudad. El espectáculo los dejó en silencio durante unos minutos, hasta que Roman les recordó que iban a llegar tarde.

El invernadero era grande y no disimulaba su aspecto artificial, un almacén de plástico similar a los que cubrían las afueras de Elysium para proveer a la ciudad de alimentos seminaturales. Kei, con una pamea y un pantalón deportivo ajustado, fue el primero en cruzar las puertas y pisar la tierra, sacando el pie a tanta velocidad que su espalda chocó contra la de Paul.

—¿Hola?? ¡Esto se hunde!

Eran puertas amplias y al estar abiertas todos se arremolinaron a mirar con desconfianza. Solo Oliver y Paul reían.

—Solo es tierra, bobo —dijo el primero—. Blanda porque está trabajada.

—Eso es —añadió la voz de un hombre. Se acercaba a ellos con un mono azul de trabajo y un sombrero de paja. Pasaba por poco de los cuarenta años y su aspecto parecía tranquilo y amigable. Llevaba el pelo rubio atado en una coleta en la nuca—. Está suelta para que las raíces de las plantas puedan crecer bien. Soy Liam, aunque podéis llamarme Tres. Me encargaré de todo lo relacionado con el trabajo duro en el exterior. ¿Quién de vosotros era el biólogo?

Oliver levantó la mano.

—Especialista en flora. Y ese. —Señaló a Paul—. En fauna.

Tres asintió.

—Muy bien. Hoy solo trabajaremos una hora, para que tengáis tiempo de ducharos antes de las otras clases. Vosotros dos vendréis conmigo a escoger plantones y semillas. Están al fondo, id yendo. —Paseó por delante del resto y acabó por señalar a Mark y Ander—. Vosotros estáis fuertes, coged guantes y carretillas. ¿Veis ese montón de piedras? Hay que llevarlo al exterior.

Mark compuso una mueca de horror.

—¡Eso no es un montón, es una pirámide!

—No hace falta acabar hoy, llevará tiempo y os iréis turnando —siguió Tres—. El resto, arrancad las malas hierbas que quedan. Espero que todo el mundo lleve repelente de insectos.

Un absurdo orgullo hizo sonreír a Ander al enfundarse los guantes. Era un trabajo que podía hacer y, de hecho, le resultaba constructivo y refrescante.

—Míralo por el lado bueno, Mark, te ahorras el gimnasio —dijo mientras arrimaba la carretilla al montón.

—En mi gimnasio hay música, máquinas perfeccionadas para aportar el mayor rendimiento y

bebidas isotónicas. Aquí hay suciedad, malas posturas y bichos. Millones de bichos. —Mark señaló algo con muchas patas que acababa de esconderse entre dos piedras grandes.

—Y aire puro, sol y flores. Algo de lo que escasean los gimnasios de Elysium. —Ander cargó con una piedra y la dejó en la carretilla—. ¿Te has echado el repelente? Aunque no sé si funciona con las arañas. Esa era bastante gorda.

Mark disimuló un escalofrío.

—Medio bote. Si no lo hueles, es que tú también —murmuró agarrando otra.

Iba a ser una hora muy larga para él, y también para Kei, al que se le escuchaba gritar y hacer sonidos de asco cada pocos minutos. Cuando acabaron todos estaban cansados y sucios, aunque Mark y Ander se llevaban la palma. Subieron en tropel a las duchas, encontrándose con otro problema: la falta de intimidad.

—No entiendo por qué no tenemos nuestra propia ducha... —se quejó Ander.

Los demás entraron y empezaron a desnudarse con naturalidad. Los de la fiesta nocturna parecían mucho más fatigados que él y Roman, que a pesar de todo estaban frescos.

—¿Te da vergüenza? —preguntó Kei con una risita.

—No, pero me gusta la intimidad. Como a todo el mundo.

—No quiere que veamos que la tiene pequeña —intervino Mark.

La risa de Paul fue falsa y exagerada.

—Faltaba la bromita de macho hetero. ¿No serás tú el que tiene miedo de quedar mal parado?

—¿Por qué no te agachas y miras? —resopló Mark.

En realidad, fue natural para todos ellos, menos para Ander. Pronto se centraron en lo sucia que salía el agua, a causa del barro y el polvo, dejando de lado las risas y las miradas. Estaban acabando cuando Kei se le puso delante, señalando su espalda.

—Dime que no tengo tantas picaduras como siento —gimió.

Tenía una galaxia de puntos rojos, muy llamativos en la piel clara. Ander, que ya se había anudado la toalla para cubrir su desnudez, no pudo evitar fijarse en la cintura estrecha y el trasero respingón y apretado de Kei. Carraspeó.

—¿No te has echado repelente?

—¿Cómo voy a echarlo en la espalda? Además solo usé un poco, huele fatal.

Felix se acercó a mirar con aire preocupado.

—Yo tampoco he podido extenderlo bien en esa zona, aunque conmigo no se han cebado. Hay crema para las picaduras en los botiquines, puedo ponértela en un momento.

Kei se dio la vuelta para recoger una toalla y lo miró entre dudoso e incómodo, como si no estuviera acostumbrado a esas muestras de altruismo.

—Vale. Eh... Gracias.

—¡A partir de ahora, a echarnos cremita unos a otros cada día, chicos! —dijo Oliver, ya casi vestido.

Acostumbrarse a los sonidos de la isla no era fácil. Cuando Ander creía reconocer algunos, otros diferentes asaltaban sus sentidos: graznidos, chillidos animales que llegaban desde la selva, el sonido de las plantas y los árboles cuando la brisa agitaba sus hojas. Su atención se veía constantemente secuestrada por ellos, por los colores nuevos y los olores tan alejados de las imitaciones sintéticas de las flores, el salitre y la tierra húmeda.

A las ocho en punto, Alex los esperaba en un claro del jardín, rodeado por un estanque con forma de u en un espacio cubierto de césped. Había seis grandes cojines de jardín para que pudieran sentarse, mientras Alex permanecía de pie sobre una plataforma de hormigón en la que se había dispuesto una pizarra digital y un sillón de mimbre. El profesor llevaba unos pantalones bombachos de color negro y una camiseta sin mangas. También rondaba la cuarentena, pero tenía un cuerpo estilizado y era evidente que hacía un buen uso del gimnasio. A Ander no dejaba de escamarlo que todo el mundo allí fuera tan guapo. ¿Era un requisito para entrar en la isla?

—Buenos días, chicos, espero —saludó el profesor—. Por favor, sentaos. ¿Una mala noche?

—Los nervios del primer día —dijo Oliver sentándose primero. Dejó una tablet en la hierba.

Ninguno llevaba cuadernos y solo la mitad recordaba haber tenido algo así: un diario, una agenda de papel o un block de notas, regalos exóticos y caros en Elysium. De las mochilas salieron teléfonos, ordenadores portátiles y otras tablets. Kei seguía mirando su teléfono.

—Perdona, ¿cuándo vuelve la red?

—Sí, mi madre ya debe estar pensando que me han secuestrado —añadió Paul.

—Esta tarde podréis llamar a casa. Parece que hay un problema con el suministro de Internet y debe estar complicándose la reparación.

La explicación tranquilizó a los alumnos. Aunque algunos no parecían ni remotamente preocupados por la incomunicación. Oliver levantó la mano y habló antes de que Alex le diera la palabra.

—¿De qué va esto? ¿Vamos a echarnos una siesta?

—Si pensar os da sueño... puede —respondió Alex. Él no tomó asiento, caminó despacio sobre la plataforma, mirándolos—. ¿De qué creéis que va? Decidme, ¿qué es la filosofía para vosotros?

Se miraron entre ellos. La filosofía, en Elysium, era una ciencia muerta que solo estudiaban por encima aquellos que se dedicaban a la historia o cosas similares.

—Es... una ciencia social antigua que analizaba diferentes modos de entender la existencia —dijo Felix.

—Los griegos super antiguos tenían muchas distintas. Buscar la felicidad, ser buenas personas, no creerse nada nunca... —apuntó Oliver.

—¿Y los demás? —preguntó Alex cuando nadie más habló.

—No sé. ¿Una forma de tomarse la vida? —aventuró Kei.

—Yo pensaba que era una actitud —dijo Mark encogiéndose de hombros.

—Es la forma en la que antes le buscaban el sentido a la existencia, hasta que comprendieron que no lo tenía —se animó Paul.

Alex se cruzó de brazos y miró a Roman.

—¿Qué piensas tú?

—Los distintos razonamientos de las personas, así en general. Algunos de ellos, lo bastante importantes para influenciar culturas o épocas enteras. Algunos eran políticos, o impulsaron movimientos sociales que permanecieron muchos siglos hasta su decadencia —dijo tras pensar unos segundos.

Alex miró a Ander, que permanecía callado. Miraba el cielo, pero estaba pensando en la pregunta.

—Es la búsqueda de la verdad —respondió tras unos segundos volviendo la mirada al profesor, que asintió.

—Todas las respuestas, de una forma o de otra, con más o menos profundidad, son válidas —explicó, paseándose sobre la plataforma—. La filosofía es el arte de hacerse preguntas fundamentales sobre el mundo y nuestra existencia en él. Las distintas respuestas a esas preguntas generaron cientos de corrientes de pensamiento que afectaron y afectan al mundo durante toda su historia. Aunque no pensemos en ella, aunque no quieran que la estudiemos, es parte de nuestro espíritu. Nadie puede evitar que nos hagamos preguntas. Y para eso estamos aquí.

—¿Y qué vamos a preguntarnos hoy? —dijo Ander, acariciando el tacto desconocido de la hierba.

Alex hizo un gesto con las manos, abarcándolos.

—Eso es, ¿cuáles son vuestras inquietudes? ¿A qué preguntas no lográis dar respuestas? ¿Qué cosas os desvelan por las noches?

Silencio. Aquello se parecía demasiado a las preguntas de la entrevista, aunque tuviera un tono amable y desenfadado. Paul se abrazó las piernas.

—El protocolo Cero Mascotas.

Todos lo miraron. Paul cruzó la vista con Mark, a la espera de una burla que no llegó. Aquello había sido muy sonado tres años atrás y tenía muchos nombres menos burocráticos. La Era sin Compañeros, el Decretazo Zoonótico, el Cortejo Final, la Era de Aislamiento Interespecies. Las pandemias por zoonosis se habían vuelto el pan de cada día en Elysium y el gobierno, con la madre de Paul entre ellos, tomó medidas drásticas. De nada sirvieron las manifestaciones, las opiniones de reputados psicólogos y científicos, los escandalosos titulares de algunos periódicos contrarios al gobierno. Se prohibió tener animales de ningún tipo en los hogares, y aquellos que ya vivían con las personas fueron buscados y sacrificados. Paul continuó.

—Teníamos dos perros. Mi madre, para dar ejemplo, hizo un vídeo público mostrando cómo se despedía de ellos mientras se dormían en sus brazos. Vinieron a casa a sacrificarlos, dijeron que eso era más humano. Luego se los llevaron a los crematorios.

—¿Es preciso hablar de eso? —interrumpió Kei con la voz temblorosa. Carraspeó—. No quiero pensar en ello.

—Sé que es un tema duro, Kei, pero de esto trata la filosofía —intervino Alex—. Las preguntas importantes no son fáciles. Duele hacerlas y duelen las respuestas. ¿Qué dudas tenéis sobre ese protocolo? ¿Qué pensáis de él?

—Fue una crueldad. Y fue injusto. Mi Virutas no merecía irse tan joven. —A Kei se le llenaron los ojos de lágrimas, pero sacó un pañuelo para limpiarlas antes de que le estropearan el maquillaje—. Estaba super sana. No salía de casa, ¿cómo iban a ser una amenaza los gatos?

Ander guardó silencio mientras el resto mencionaba nombres con tonos cuajados de dolor. Nunca le habían permitido tener mascotas, pero los periódicos afines a Elysium Limpia pusieron el grito en el cielo, dando voz a las protectoras y a los dueños de animales de competición, que al menos recibieron una sustanciosa indemnización del gobierno. No era que a Jacob o a la organización que lideraba le importaran los animales, pero el gobierno estuvo a punto de caer con ese decreto y su padre ayudó en todo lo posible. Se aclaró la garganta.

—Dicen que en el Haven sigue habiendo animales —comentó con desprecio para cambiar un poco la dirección del debate—. Creo que es injusto. ¿Cómo se llama? Discriminación positiva.

—Es muy difícil establecer un control total en ese tipo de zonas —intervino Roman—. Mucha gente vive de espaldas al sistema, o ni siquiera está censada. Mucho menos iban a censar a sus animales. Pero, que yo sepa, hay controles y se sacrifica a los que son localizados.

—Es un gueto. No creo que eso sea discriminación positiva. Es consecuencia de vivir en una zona deprimida, que ha creado sus propias leyes para sobrevivir en un sistema que hace de lado a todo el que acaba allí —argumentó Paul.

—¿Ah, sí? Ellos crean sus propias leyes. Vosotros tuvisteis que dejar que sacrificaran a vuestros animales los primeros y, aun así, nos llaman privilegiados. No creo que haya nada más injusto que una ley que solo tiene que acatar una parte de la población —replicó Ander—. Y no es la única. Yo no puedo ir indocumentado. Yo no puedo saltarme los cortes de agua mensuales. Yo...

Paul lo interrumpió, boquiabierto.

—¿Pero te estás escuchando? En muchos puntos del Haven ni siquiera tienen agua corriente.

—¡Pero se conectan a la red de agua de forma ilegal! ¡A la que pagamos todos! ¿Crees que sufriríamos cortes si no hicieran eso? —insistió Ander.

—Yo... —Felix interrumpió tímidamente— solo quería recordar que cuando hay pandemias es el Haven la zona que más víctimas tiene.

—Por la falta de control. No hay medios suficientes para gestionar como es debido ciertas crisis en ese distrito —añadió Roman.

—¡Sufrimos cortes porque la industria abusa de las reservas! —exclamó Paul—. No es un privilegio vivir al margen de las leyes y los servicios que tenemos los que estamos censados, Ander. Felix tiene razón, el Haven es una trampa mortal cuando hay cualquier emergencia. Las autoridades se limitan a aislar el distrito y eso tiene un nombre: eugenesia.

—¿Y cuál es el problema? Somos demasiados. —Ander miró a Alex—. Eso es lo que me preocupa. La evidente imposibilidad de mantener un mundo donde algunos tenemos restricciones a todo, incluso a la natalidad, mientras otros viven ajenos a las leyes y se reproducen como moscas.

Todos lo miraron horrorizados, incluso Roman. El profesor se sentó en su asiento. Se limitaba a escuchar, dejando que los más jóvenes discutieran sus propias ideas.

—¿Eres de Elysium Limpia o qué? —dijo Kei, tratando de aligerar el ambiente con una risita.

Ander no se rio. Sintió que una vieja rabia le trepaba por la garganta. Estuvo a punto de decirlo. Sí, ¿y qué pasa? No se avergonzaba. Pero estaba rodeado de cobardes, de niños bien que no entendían en absoluto el mundo en el que vivían.

—¿Por decir lo que todos pensamos en realidad? —inquirió, incorporándose a medias en el cómodo asiento—. Sois demasiado ingenuos para ser adultos. ¿Qué soluciones brillantes y de colorines tenéis para esto?

—Yo estoy a favor de imponer un control sobre toda la población, pero no de lo que insinúas —respondió Roman—. Creo que hemos llegado a un punto en el que las leyes deben ser muy restrictivas, solo hay que buscar la manera de que lleguen a toda la población, reforzando a las autoridades, por ejemplo.

—Aumentar los cuerpos de seguridad en las zonas empobrecidas ha sido otra de las brillantes ideas de mi madre. ¿Y para qué ha servido? Para aumentar los disturbios y saturar las cárceles —dijo Paul.

—A lo mejor si no hubiera abolido la pena de muerte dos años antes las cárceles no estarían superpobladas —dijo Mark llevándose una brizna de hierba a la boca. Recibió el asentimiento agradecido de Ander.

—¡¿Qué?! ¡Venga ya! —Paul se puso en pie, alterado—. Si llego a saber que iba a estar rodeado de putos nazis no habría venido.

Alex se levantó e hizo un gesto con las manos.

—Paul, vuelve a sentarte. No podemos rebajar el debate al insulto. Si no estás de acuerdo con tus compañeros, o crees que no tienen razón, convéncelos a través de la argumentación.

—No se puede argumentar con esta gente —replicó el chico, sentándose con un resoplido.

—No, ahora haré uso de mi autoridad como maestro y moderador retirandoos el uso libre de la palabra. —Alex cortó con rapidez las réplicas de los aludidos y señaló a Oliver, que había estado callado durante todo el debate—. ¿Tú qué piensas sobre todo esto?

Oliver se encogió de hombros. Era evidente que había estado escuchando, y que el tema inicial le afectaba, pero esbozó una sonrisa frívola dando un anticipo de lo que iba a decir.

—Que me da igual. Yo voy a limitarme a pasarlo bien hasta que me muera de alguna infección respiratoria o un cáncer fulminante.

—Bien. Esa también es una posición filosófica, así que empezaremos a estudiar las corrientes de la filosofía con el hedonismo —resolvió Alex.

El resto de la clase transcurrió con tranquilidad, aunque Paul y Ander continuaban tensos y en el ambiente flotaba la tristeza por el recuerdo de las mascotas. Ninguno estaba acostumbrado a debatir. Las cuestiones sociales eran una especie de tabú en Elysium, un tema que no se sacaba en las universidades ni en los trabajos, y en las casas solo era dictado como sentencia por cada cabeza de familia, verdades absolutas que rara vez se cuestionaban, para bien o para mal. Enfrentarlo en grupo, con desconocidos, no fue una experiencia agradable para nadie, aunque tuvo algo de liberador.

En la siguiente clase coincidieron de nuevo con el jardinero, dando inicio al bloque de ecología del currículo del proyecto. Liam les llevó a la playa y convirtió la clase en una agradable charla sobre ecosistemas y equilibrio que ayudó a relajar los nervios. El jardinero era alto y robusto, de actitud serena, y lucía una barba de varios días que le hacía parecer mayor de lo que seguramente era.

A la hora de comer la discusión se había olvidado. Aunque Paul evitaba hablar con Ander, los ánimos estaban más calmados y pudieron disfrutar de nuevo de una comida sabrosa y

nutritiva. Kei, Oliver, Felix y Roman se marcharon juntos a jugar unos dobles en la pista de tenis. Al volver vieron al resto esperando en la puerta: al parecer habían habilitado el teléfono de recepción para que pudieran llamar a sus casas. Lo hicieron en la intimidad.

A ninguno le pareció extraño que respondiera el contestador automático... y ninguno tuvo la ocurrencia de comentarlo con el resto.

El aula destinada a las clases teóricas no era muy grande. Allí se darían cuando el clima no permitiera hacerlo en los jardines. Un espacio acogedor, en el que cada alumno contaba con su propio escritorio dotado con todo el material necesario, un ordenador de última generación y un cómodo asiento ergonómico. Cerca de la salida al jardín, donde un estanque reflejaba los rayos del sol, una hilera de cojines y sillones ofrecía un espacio de descanso donde realizar tranquilas charlas, estudiar o relajarse. Los chicos se encontraban en ese momento en el gimnasio, aunque un par había regresado a sus habitaciones. Mientras, antes de que el atardecer tiñera el cielo de dorado, algunos profesores y el jefe de seguridad se habían reunido para compartir impresiones.

—La clase de filosofía ha sido muy fluida, la verdad —comentaba Alex—. Tenía miedo de que no se la tomaran en serio, pero han comenzado a debatir de inmediato. Hay mucho trabajo que hacer con algunos en cuanto a concienciación, pero no me ha parecido un mal comienzo.

Liam, de nuevo con el mono de trabajo, se recostó en su asiento mirando hacia un punto de la pared.

—¿El jefe ha seguido la clase en directo? ¿Ha dicho algo?

—No, todavía no ha vuelto de Elysium. Y es mejor así. Han soltado algunas perlas que... no le sentarían bien. ¿Cómo se han comportado con el trabajo físico? —preguntó Alex.

—Mejor de lo que esperaba. Mañana colgaremos el cartel para que vayan apuntándose a los trabajos. Hoy no ha podido ser, todavía están revisando todo en los almacenes y sabes que el encargado es quisquilloso.

—No estaría mal que lo viera. Al fin y al cabo debería saber a qué clase de gente ha elegido para su proyecto —intervino Gabriel. Él estaba de pie junto al ventanal, observando los jardines. Llevaba la máscara bien ajustada y su voz sonaba algo hueca al hablar—. Veo difícil que cambien en un curso.

—Son jóvenes. Ninguno ha cumplido los veinticinco aún. Recuérdanos a nosotros cuando llegamos de Elysium, también éramos idiotas, aunque viniéramos de otro estrato social —respondió Liam, comprensivo.

Gabriel se dio la vuelta. Su expresión era inescrutable, pero el tono era frío.

—¿Y cómo aprendimos, Tres?

El jardinero apartó la mirada. Negó con la cabeza. Incluso Alex se quedó en silencio. Un fantasma planeaba sobre ellos, aunque intentaran ignorarlo. El elefante en la habitación del que nadie quería hablar.

—Es diferente. Lo estamos haciendo bien y el proyecto no tiene nada que ver con...

—Es un proyecto educativo, ¿en qué le ves similitudes, Gabriel? —lo interrumpió Alex.

—Para vosotros es fácil. Fingir que no pasó nada. Que la historia no tiene por qué repetirse. A fin de cuentas no lleváis en la cara un recordatorio constante de las verdaderas intenciones de Valkyria —gruñó el guardia antes de salir de la habitación a grandes zancadas.

—Lo siento... —suspiró Alex.

—No. Es más que comprensible —lo tranquilizó Liam—. No podemos comprender cómo está viviendo esto.

—A veces me pregunto si no sería mejor dejar todo esto atrás. Irnos y olvidarnos, construir una nueva vida lejos de aquí. Como hizo Dos.

—Creo que eso le haría sentir que lo sucedido fue en vano. Reconciliar el pasado con el futuro es difícil permaneciendo en la isla, pero debemos tener fe. Ahora somos unos verdaderos privilegiados y podemos cambiar las cosas de verdad.

Alex asintió. Liam era el auténtico filósofo de la isla. Siempre lo había sido. Consciente del ahora, sereno y conciliador. Se levantó y le hizo un gesto de disculpa.

—Voy con él. Creo que ahora me necesita.

9. Ahí abajo todos llevarán máscaras.

Pasaron varios días y la rutina se instaló entre los residentes sin dificultades. Comenzaron a añadir el trabajo a sus horas de estudio, casi peleando por los jardines y evitando el almacén, con su repetitiva labor de transporte de cajas e inventariado. Ander utilizó sus primeras monedas para pedir un permiso especial: el acceso a la playa en solitario. Lo consiguió con dos condiciones: no entraría al agua pasados los tobillos, evitaría la hora en la que subía la marea y tendría un guardia vigilando su seguridad desde las escaleras.

Se quitó los zapatos y los dejó sobre la arena para caminar descalzo en la orilla. El agua lamiéndole los pies desnudos, la sensación de la arena hundiéndose bajo ellos. La brisa, el sol que descendía. No se acostumbraba. Había pasado media vida fantaseando con un lugar así, pero nada se acercaba a lo que experimentaba en contacto con el mar. El arrullo de las olas acompañó su paseo. Cuando quiso darse cuenta llegó al final de la playa, que terminaba abruptamente en una pared de roca. Se dio un baño breve, sin adentrarse más allá de la cintura y retrocediendo al primer vaivén. No hubo represalias. El guardia lo seguía de lejos. Habría preferido que lo dejara en paz, pero el hombre vestido de negro era discreto y respetaba las distancias. Esperó a que regresara para quedarse unos metros por detrás de él durante el camino de vuelta. Volvió a calzarse las zapatillas y subió a desgana. El sol ya caía y una vez arriba pudo disfrutar del espectáculo en soledad.

Pensó en su padre. Le habría gustado compartir algo así con él. Saber si le impresionaría tanto. Aún no había podido contactarlo, pero había dejado mensajes en el contestador las dos veces que les permitieron usar el teléfono de recepción.

Ander estaba en el vestíbulo, de camino a las escaleras, cuando una pantalla proyectada se materializó en la pared.

Espero que estéis disfrutando de las vistas del atardecer, residentes.

La voz llegó antes que la imagen. Con una interferencia vertical, el dueño de Valkyria apareció sentado en una tumbona de lo que parecía una terraza de la planta superior. Felix salió del comedor, abriendo una bolsa de patatas fritas en la que había invertido alguna de sus monedas.

—Es más extravagante que yo, je. ¿De quién va ahora? —preguntó con curiosidad, acercándose a Ander.

El hombre tenía el pelo largo y oscuro esta vez. Una peluca, presumiblemente. Unas lentillas teñían de rojo sus ojos. Vestía con un traje negro, como si acabara de llegar de una reunión de negocios.

—¿Satán? No tengo ni idea. Parece que le van las cosas siniestras.

He sido informado de vuestros buenos resultados en las clases y, en el Proyecto Odín, el trabajo duro siempre tiene recompensas. Esta noche celebraremos una fiesta especial en las piscinas, de asistencia obligatoria. La temática será folklore oscuro. Tenéis vuestros disfraces en la puerta de cada habitación. Las tallas son exactas, no son intercambiables. Os espero abajo en cuanto caiga el sol.

La imagen se desvaneció con una nueva interferencia y la pantalla desapareció. El anuncio

provocó cierta inseguridad en Ander. Una fiesta con sus compañeros podría resultar incómoda. La última reunión en la habitación de Oliver lo fue. Felix sonrió como un crío, emocionado y ajeno a sus tribulaciones.

—Suenan interesantes. ¿Me acompañas a ver qué nos ha tocado?

—No me gusta que escojan por mí —replicó Ander con un tono más seco del que quería emplear. Pese a todo, subió tras él. No tenía más remedio.

En la sala de seguridad, Gabriel observaba la única pantalla apagada, por donde se había reproducido el mensaje. Permaneció así unos segundos, luego volvió la cara hacia Alex, con el ceño fruncido. Alex apartó la mirada, apretando los labios.

Kei gritaba por el pasillo cuando Ander y Felix subieron a las habitaciones. Correteaba de un lado a otro con las prendas entre las manos.

—¡Me encanta! ¡Una fiesta por fin! Y el disfraz es precioso. No sé qué es, pero es precioso. ¿Vosotros qué tenéis? —preguntó deteniéndose ante los recién llegados.

Felix caminó hasta su puerta y cogió la percha que pendía del picaporte. Unas colas peludas y una máscara de zorro colgaban junto a otros complementos. Con unos botines con garras en el suelo.

—¿De zorrito?

—¡Qué tierno! —exclamó Kei—. Os voy a hacer mil fotos.

En la puerta de Ander una máscara de demonio era lo que más llamaba la atención. De cuero negro, con dos cuernos largos y un antifaz con un pentagrama entre las aberturas rasgadas para los ojos. Lo agarró todo y entró a su dormitorio dando un portazo. Aquello era el colmo. Una burla. Lo sacó del plástico a tirones rabiosos. El pantalón rojo con cola era de tela elástica, se ajustaría hasta el escándalo, y el arnés del pecho parecía algo sacado de una fiesta pornográfica. Tras tirarlo sobre la cama como si quemara, pulsó el comunicador con Valkyria.

—No voy a ir a la fiesta —dijo en voz alta en cuanto escuchó el crujido de llamada aceptada.

—Buenas tardes, Ander —respondió la conocida voz desde todos los ángulos del cuarto—. ¿No te gusta el disfraz que he escogido?

—No. No me gusta. No me gusta perder la capacidad de elección en algo que debería ser tan inocente como una fiesta de disfraces, y este es... es... —Era extraño expresar enfado hacia una voz que parecía provenir de todas partes y de ninguna—. Obsceno.

El silencio se alargó. Ander miró hacia el techo. Giró sobre sí mismo y apretó los dientes.

—Un demonio debe parecerlo. ¿Qué es lo que te preocupa en realidad?

—¿Qué me preocupa? Una fiesta donde puedan sexualizarme parece un buen motivo. ¿El resto de disfraces son así?

—Sí. Son adecuados para una fiesta en la piscina. ¿Temas que alguien te encuentre deseable con ese disfraz?

Ander palideció de rabia, moviéndose por la habitación como un animal enjaulado.

—¿¿Qué?? ¡Claro que me van a encontrar deseable! ¡Son todos...!

—Dilo. —El tono imperativo de la voz vibró en sus nervios—. Nadie más te escucha aquí. ¿Qué son?

—Unos putos maricas. ¿Satisfecho?

Se sentó en la cama. Si decir aquello en voz alta acarreaba algún tipo de bajada de sus posibilidades, ya no importaba. Había dejado claras demasiadas cosas en la primera clase de filosofía, era absurdo esconderse a esas alturas.

—¿Y qué es lo que te asusta tanto?

—No me entra en la cabeza la necesidad de hacer una fiesta ligeros de ropa, teniendo en cuenta lo que acabo de decir. —Una idea desagradable asaltó a Ander—. ¿O es que es usted quien quiere vernos así?

—Por supuesto. —La respuesta fue natural, como si le hubiera preguntado algo obvio—. Quiero veros libres de vuestras máscaras. Quiero saber quiénes sois en realidad.

Dejándose caer de espaldas sobre el mullido colchón, Ander puso los ojos en blanco y suspiró. Nada de eso tenía sentido, pero al menos ya tenía claro que no iba a sacar respuestas coherentes de esa voz.

—Suerte con los demás. Yo no voy a bajar.

Otro silencio. Pero Ander sabía que estaba ahí. De alguna forma notaba su presencia. El recuerdo de la mirada punzante lo atravesó. ¿Estaría viéndolo en ese momento?

—No es esa máscara a la que deberías temer.

Fue su turno de no decir nada. Él también sabía jugar a incomodar. El silencio siguió hasta hacerlo dudar de que Valkyria estuviera ahí.

—Quiero que hagas algo por mí. —La voz de nuevo. El tono se suavizó—. Y después podrás elegir si bajar o no.

Aquello, muy a su pesar, espoleó la curiosidad de Ander.

—Te escucho —dijo tras unos segundos.

—Ponte la máscara.

Aunque las palabras eran suaves, había una autoridad innegable en la voz. Una vibración grave que empujaba a la obediencia. Estaba a su lado, encima del resto del disfraz. De textura suave y formas estéticas, mucho más hermosa que la que Ander guardaba en el cajón de su habitación real y no olvidaba. No replicó, ni siquiera lo pensó antes de agarrarla y ajustar la correa a la cabeza. Valkyria le dio tiempo para hacerlo. Hubo unos segundos de silencio. De adaptación.

—¿Lo has hecho?

Ander cayó en la cuenta de que no podía verlo. Durante todo ese tiempo había asumido que sí, gesticulando al aire y mirando de hito en hito cada esquina de la habitación como si tratara de ubicar de dónde venía la voz. Pero aquello no era posible. Hubiera sido una violación absoluta de la intimidad de los residentes.

—Sí. Es cómoda. Se nota que es cara.

—La encargué para ti a la mejor artesana del pueblo. Me alegra que te guste... —Ander pudo imaginar la sonrisa sesgada, segura de sí misma, en esa pausa—. Ahora quiero que te quites la ropa y te pongas el resto del disfraz. Tómate el tiempo que necesites.

Esa vez dudó, pero Valkyria no dijo nada. Sabía que seguía ahí. Podía escuchar el suave murmullo de su respiración. Era una presencia densa, casi física. Se dio cuenta de que no era desagradable. Todo lo contrario.

«No puede verme».

Pero estaba ahí. Era fácil obedecerlo. Era aún más fácil si fantaseaba con su imagen en la pantalla del ordenador, sentado en el sillón como un rey, observando. Guiando. No pudo evitar pensar en Gideon. Debía estar muy cabreado. Lo había dejado tirado. Era una mierda, no le gustaba la idea de perder esa parcela de libertad, pero estaba allí para buscar otras.

—¿Cómo sabrás que no te engaño? —preguntó desabrochándose los pantalones.

—No lo sabré. Confiaré en lo que me digas.

Confiar... No lo conocía de nada, pero Ander sabía lo que era confiar en extraños. Lo hacía cada vez que se desnudaba ante ellos. Casi era natural. ¿Cuándo comenzó ese juego? Tenía dieciséis. Lo habría hecho mucho antes de haberse atrevido.

Quitarse la camisa, deshacerse de la camiseta y los tirantes, fue más sencillo de lo que parecía unos minutos antes. Las zapatillas fueron después, junto a los pantalones. Se quedó en ropa interior, plantado ante la cama. Miró alrededor. La piel se le erizó al ver su reflejo en la pantalla apagada del ordenador. La ropa interior ajustada en las formas redondeadas de sus nalgas. Se lamió los labios.

—Estoy en ello.

—Bien. Lo estás haciendo bien.

Buen chico. Siempre lo era. Una parte de sí, anhelante y sedienta, se agitó impaciente. Se enfundó los pantalones. Tenían un tacto suave y fresco por dentro. Tejido inteligente, como el de las sábanas. Se ajustaba a sus piernas como una segunda piel. Una piel roja y satinada que revelaba las formas de cada músculo. El arnés le siguió. Valkyria podría oír el tintineo de los cierres mientras los manipulaba. Había más complementos: unas hombreras de cuero, brazaes, cadenas. Todo tipo de detalles, pero Ander comenzó a sentirse ansioso.

—Ya está. ¿Es necesario que me lo ponga todo?

—No. Es suficiente. Ahora mírate al espejo.

—Voy.

Lo que vio le gustó, al menos al mirarlo protegido por la máscara. Sabía que tenía buen cuerpo, los ejercicios específicos y la dieta estricta de Freya eran eficaces y Gideon siempre se lo recordaba. Pero toda esa parafernalia lo hacía real para su autoestima. Las correas ajustaban los pectorales como el pantalón marcaba su trasero. El abdomen, al aire, pedía a gritos ser acariciado, y Ander se pasó los dedos por cada curva dura. Agarró la cola, que reaccionaba al contacto y podía colocarse en diferentes posturas. Dejó que se levantara, arqueada como una cobra.

—Sería una pena que nadie pudiera verlo... —dijo casi para sí mismo.

La voz al otro lado le permitió mirarse a sus anchas. Ander no la olvidaba. De algún modo, se sentía reconfortado sabiendo que alguien guiaba sus acciones. Que alguien no veía aquello como sucio e imperdonable. Y que ese alguien tenía autoridad.

—¿Te parece obsceno lo que estás viendo?

Solo era sensual. Pero él podría convertirlo en obsceno. Al andar, al sentarse o gesticular. Cada una de sus posturas, ya fueran conscientes o naturales, podría estirar esa tela y espolear todo tipo de fantasías. Habría sabido hacerlo para Gideon. Kei no era el único que sabía posar. Pensar en él lo hizo caer en algo. Una seguridad total que hizo que su sexo latiera entre las

piernas.

—Ellos van a hacerlo obsceno. Algunos de ellos, al menos. ¿Cómo son sus disfraces?

Había cambiado de idea. Quería salir, divertirse, disfrutar de la seguridad que le aportaba la máscara. Pero no podría hacerlo con el miedo constante a una erección inoportuna.

—Hay ninfas, demonios y ángeles. Todos tan obscenos o puros como quieras verlos. —Una nueva pausa—. Las máscaras son contradictorias... ¿no crees? Pueden ser una prisión sobre la piel de tu propio rostro, si te obligan a llevarlas. O pueden ser el camino a la liberación, si las eliges tú. —El tono confidente era una caricia íntima, grave, que no ayudaba a rebajar el calor entre sus piernas—. La mascarada nos libera del juicio ajeno. Cuando creemos que vestimos un rostro que no es el nuestro, mostramos más verdad que si fuéramos desnudos. Ahí abajo todos llevarán máscaras, yo también. Estaremos en igualdad. Igual de desnudos. Igual de libres. No voy a obligarte a asistir: tú eliges la máscara que quieres llevar esta noche, Ander.

Aquella perorata no solo tenía el influjo de quien sabía hablar en público, sino la fuerza de la verdad. No podía debatirse ni negarse. Ander supo que, incluso acostumbrado a convencer, vería sus argumentos reducidos a balbuceos.

—¿Podría...? Me sentiría más seguro si pudiera llevar algo encima del pantalón. ¡Ir marcando todo sí es obsceno, y yo no soy tan indiscreto! Con tantos disfraces, seguro que ha sobrado algo.

—Te haré llegar un tabardo. Baja cuando estés listo.

La conexión se cerró con un soniquete de ocho bits que recordaba a los videojuegos de la prehistoria.

Dos pisos más arriba, la pequeña sala de control estaba en penumbra. La imagen de la habitación de Ander ocupaba la pantalla central. El chico seguía mirándose al espejo, acariciándose sobre la ropa. En el resto, discurrían los preparativos de la fiesta en las demás estancias sin que los presentes les prestaran atención. El anfitrión estaba sentado en una cómoda silla ergonómica. Una máscara negra con una corona de espinas descansaba junto a la mesa de control. Estaba preparado para unirse a la fiesta, pero lo adecuado era hacerse esperar y su pareja aún no estaba lista. Se ajustó la realista peluca negra y miró a su acompañante. El hombre estaba de pie tras la silla. Alto y esbelto, vestido con un elegante traje blanco, absorbía la poca luz de la habitación y la reflejaba con un azulado resplandor fantasmagórico. Tenía el pelo rubio, tan claro que parecía plateado, y unos ojos negros e inteligentes que observaban con aire divertido las imágenes en las pantallas.

—¿Qué te parece? —preguntó el anfitrión.

—¿La fiesta, los preparativos en cada habitación o la actitud de Ander Osman? —respondió la figura con voz suave y cantarina, sin moverse.

—Hablabas de mi disfraz, pero ya que lo preguntas: todo.

En la pantalla, Ander abrió la puerta con cuidado y descubrió una prenda doblada en el suelo. Cerró enseguida y continuó preparándose.

—Barroco en su sencillez. Triste en cierto modo. Elegante y lejano. Las alas los dejarán sin habla cuando se abran. En resumen, me gusta. Es algo que utilizaría.

—Un ángel caído. Te pega. —El anfitrión hizo girar la silla para mirarlo de frente. Hizo una

pausa para observarlo—. Aunque dudo de que hayas sido un ángel alguna vez. ¿Y lo demás?

—Es una fiesta original. Resulta poco probable que conozcan las figuras folklóricas de sus ancestros, o que imaginen siquiera que tienen ancestros muy variados que creían en seres mitológicos. Están emocionados. Ilusionados. La temperatura corporal de todos ellos ha subido una media de medio grado. Oliver está escondiendo drogas en la goma de su ropa interior. Deberías decirle a Kei que ese bolso no pega con el disfraz, pero puede que se lo tome mal y necesita llevar ahí sus cigarrillos. Respecto a Ander, puedo hacer muchas previsiones, pero nos llevaría más tiempo del que dispones.

El anfitrión resopló.

—No te pongas en ese plan. Quiero una opinión personal, no un jodido análisis de datos, Victor —replicó molesto.

—Me gusta, porque imita a la perfección algo que yo haría.

Esa respuesta tampoco pareció satisfacer a su contertulio, que chasqueó la lengua con una expresión dolida.

—Déjalo... —Cambió manualmente las cámaras a las zonas comunes y se puso en pie, quedando a escasos centímetros de Victor—. ¿Quieres asistir?

El acompañante ladeó la cabeza al observarlo, como si estuviera confuso o tuviera que analizar con precisión las emociones que percibía.

—Puedo aparecer allí. Puedo aparecer en cualquier lugar mientras lleves encima tu teléfono o tu reloj inteligente. Pero no creo que Soren se lo tome bien, Eric. Resulta evidente que, a veces, olvidas que solo soy un volcado de comportamientos y recuerdos. —La imagen parpadeó, creando interferencias como para recordarle que lo que tenía delante era un holograma—. Victor Valkyria está muerto. Tú lo mataste.

10. Haz lo que quieras.

La zona de las piscinas estaba totalmente cambiada. El camino desde la salida del edificio estaba marcado por máquinas de humo y cada recién llegado aparecía con su propio halo mágico y misterioso: entradas triunfales para todos. Antorchas colocadas en lugares estratégicos, sin hologramas, ardían con fuego real que despedía fragancias desconocidas para los chicos. Desde los bordes de la piscina gruesas raíces caían hacia el interior iluminado, como si la naturaleza hubiera reclamado un rincón olvidado del mundo.

El chiringuito, cerrado hasta entonces, se había transformado en una cabaña destartalada, con decorados que imitaban piedra antigua y madera envejecida. Luces cálidas y tenues emanaban de farolillos que flotaban en el aire y se movían con gracia junto a un robot desconocido. Llevaba una capa con capucha que solo dejaba a la vista su rostro metálico, ocupado en gran parte por un aristocrático bigote. Por supuesto, Felix estaba sentado allí, contemplando extasiado a aquella especie de guardián entre mundos. Las cuatro colas se movían lentamente a su espalda, activadas por un mecanismo que las unía a sus brazos bajo los largos guantes negros y dorados. De los mismos colores eran los pantalones ajustados y el *underbust* que apretaba su cintura. La máscara de zorro era lo mejor, para su gusto, con las orejas peludas y una realista nariz barnizada. Se había dejado el pelo suelto y los rizos rojos caían por su nuca.

Junto a la cabaña, con la niebla a la altura de los tobillos, había una zona de relax llena de asientos y mesitas bajas de piedra rústica. Dispuestos con una meticulosa atención al detalle, los asientos cubiertos de pieles se disponían en forma de círculo alrededor de un trono de ramas. Las mesas estaban llenas de platitos repletos de comida y pipas de agua, sus cuerpos de cristal y metal reflejaban las llamas danzantes de las antorchas cercanas. Mark y Roman estaban allí, fumando de los narguiles.

—No tengo ni idea de lo que es un wendigo, pero impresiona, ¿no? —dijo el primero. Llevaba un cráneo de carnero a modo de máscara, con sus cuernos enroscados hacia atrás. Un ancho cinturón y una capa de pieles pardas enfatizaban el aspecto salvaje del disfraz, rematado con dibujos tribales en el pecho, huesecillos y plumas que colgaban de la capa y el cinturón.

—No está mal —respondió Roman bajo su máscara de serpiente. Sus pantalones eran de escamas verde oscuro, a juego con las hombreras. Brazaletes y joyas doradas completaban un disfraz exótico que también dejaba su pecho al descubierto.

—¿Tú de qué vas?

—Naga. Son semidioses serpiente hindúes.

—¿Y eso lo sabes desde...?

—Desde que leí la tarjeta, igual que tú —contestó Roman con una risita. Relajado, echó el humo por la nariz

—¡¡Me muero!! —chilló Kei al llegar, señalando a Roman—. Esta noche somos pareja. No es discutible. Estamos hechos el uno para el otro —dijo antes de hacerse hueco a su lado y deslumbrarlo con el flash en una foto compartida.

Su disfraz era un ajustadísimo bañador de cuerpo entero que simulaba brillos y escamas. Llevaba cuello, muñecas y tobillos repletos de pulseras y collares de conchas y había fortalecido

el efecto utilizando su propio maquillaje para simular más escamas en rostro, manos y pies, con tonos verdosos y dorados. Llevaba pegadas a la frente una serie de perlas que dibujaban filigranas diminutas. Sombra de ojos y pintalabios verde, junto al pelo cuidadosamente trenzado: la explicación de su llegada tardía, aunque no fuera el último.

—Si lo pides así, no puedo negarme —dijo Roman—. ¿Qué se supone que eres?

—Una ninja acuática masculina —explicó con tono orgulloso.

Mark y Roman se echaron a reír con ganas. Puede que las pipas de agua no llevaran solo tabaco.

—No pareces un ninja... —dijo Mark.

Kei frunció el ceño y dejó sobre la mesa un bolsito cubierto de peluche blanco. De allí sacó la tarjeta.

—Ah. Una ninfa. ¡Lo que sea! ¡Soy de agua, tengo que meterme en la piscina y necesito que alguien me saque fotos!

Mark miró a Roman riendo maliciosamente.

—Eres su novio esta noche. Tienes que hacerlo tú.

—¿Eso son celos? —Kei miró muy interesado a Mark.

—Eso es alivio por librarme.

—Jamás saldría con un cabeza de cabra —replicó Kei indignado.

—Soy un wendigo.

—Venga, te haré esas fotos. Déjame el móvil —se prestó Roman de buena gana—. ¿No se estropeará tu maquillaje?

—¡No! Es resistente al agua.

Mientras Kei se metía en la piscina, Paul entró en escena. Con las rastas de la nuca en una gruesa trenza, lucía la cresta encrespada, llena de hojas y rodeada por una tiara de madera y enredaderas. Llevaba una especie de red atada a la cintura, sobre unos pantalones de cuero sintético cosido en escamas. Las orejas puntiagudas hicieron reconocible a la criatura mitológica a la que representaba: los elfos habían sobrevivido al olvido gracias a películas, libros y videojuegos. Y él parecía recién salido del bosque. La máscara era de madera, un antifaz con motivos de nudos celtas. Tenía un carcaj y un arco colgado de la espalda, y el pecho maquillado con espirales azules. Se acercó tensando el arco como si fuera a cazar a alguno de los presentes, moviéndose con sigilo. Los aplausos de Felix, desde la barra del chiringuito, fueron sinceros. Cuando se acercó le ofreció su bebida.

—Disfráz diez sobre diez, sigilo siete de diez. Prueba esto. Los hace ese señor —señaló al robot.

—El tuyo tampoco se queda corto. Un kitsune, mi madre me ponía dibujos animados viejos cuando era pequeño. Te pega. —Paul dio un trago y sonrió—. Lleva alcohol, la fiesta gana puntos. ¿Soy el último?

—Para nada. Robot, ponle otro mojito.

Las risas llegaban hasta el otro lado del sendero cubierto de humo, donde Ander tomaba aire profundamente. El ambiente era agradable, corría una brisa fresca y las telas del disfráz disipaban el calor y la humedad. La música de fondo, disco de finales del siglo XX, invitaba a

caminar a su ritmo.

But the answers you seek

Will never be found at home

Tomó una nueva bocanada de aire y se ajustó la máscara. Las botas que llevaba, pesadas y con tachuelas, convertían su pisada en un movimiento seguro. La cola de demonio se balanceaba arremolinando la neblina a su alrededor. No se dio cuenta cuando sus pasos se acoplaron al ritmo de la percusión.

The love that you need

Will never be found at home

Los faldones del tabardo caían entre sus piernas. La cola asomaba por un agujero en la pieza de tela que reposaba sobre su trasero. Sus costados quedaban al descubierto, y dejaban entrever las correas del arnés. Se había puesto los *piercings* falsos, también utilizó el maquillaje para mancharse los brazos y las cadenas que adornaban su cinturón tintineaban con cada paso. Salió del humo moviéndose con seguridad, pisando fuerte y enérgicamente.

Run away, turn away

Run away, turn away^[2]

A medida que se acercaba y las miradas reposaban en él, sintió una extraña seguridad. Pero necesitaba un empujón extra, por lo que fue directo a la barra con el zorro de cuatro colas y el elfo.

—¿Sirven tequila aquí?

Felix señaló un cartelito detrás del robot.

—Sí, está apuntado ahí. Es pizarra, un mineral. Y las letras están escritas con tiza, que es... —miró a Paul, que arrugaba la nariz—. Eh. Una tregua, ¿vale? Todos tenemos derecho a opinar. Y a hablar. Así es como se hace cambiar de opinión a la gente, no siendo tercos, Paul.

El aludido apretó los labios y asintió.

—Pide un margarita, si no lo has probado nunca. Lleva tequila y está rico —le dijo a Ander a modo de ofrenda de paz.

El recelo en los ojos de Ander se diluyó. No le costó tanto como pensaba. Simplemente, decidió dejarlo pasar. Decidió que esa noche no era Ander Osman. Solo era un demonio buscando diversión.

—Si el elfo del bosque lo dice, que sea un margarita. —El robot tras la barra se puso manos a la obra—. Y ponlo fuerte. En el infierno bebemos fuego.

En el borde de la piscina, con el pelo empapado y el cuerpo brillante, Kei se agarraba a una raíz con una mueca que solo podía representar dos cosas: placer o dolor. Roman lo fotografiaba desde distintos ángulos.

—Parece que te está dando un calambre —reía.

Kei cambió de postura y apoyó la espalda en la raíz, lánguido.

—Idiota. Necesitamos un tercer fotógrafo que nos haga fotos juntos —replicó Kei—. A ver, déjame verlas. A lo mejor tengo que bajar el foco y todo lo demás.

Roman miró atrás.

—Están todos en el chiringuito. Vamos a tomar algo y las ves allí.

Llegaron al mismo tiempo que Mark, que llevaba en el brazo una de las pipas y la puso sobre la barra.

—¿Y si le damos de fumar a ese cacharro? —preguntó señalando al robot.

Una alegre musiquilla interrumpió cualquier posible respuesta. Oliver apareció dando saltos a través del humo, con una flauta en los labios. Su disfraz era un pantalón de pelo marrón con una graciosa cola, corta y triangular, en el trasero. Estaba rematado en dos pezuñas que, a juzgar por la altura de sus saltos, llevaban dentro pequeños zancos de muelle. Dejó la flauta junto a la bebida de Ander y se acarició las orejas peludas, que aportaban gracia al conjunto al lado de dos cuernos que apenas asomaban entre sus rizos.

—¡Soy una cabrita perversa!

—Ahí tienes una cabra muerta. Os podéis emparejar —comentó Ander con una sonrisa.

—Soy un wendigo. Un espíritu salvaje o algo así —replicó Mark, luego ensanchó la sonrisa bajo la máscara—. Y perverso.

—Eso te lo acabas de inventar —apuntó Paul—. Los faunos son perversos y empujan a actos lascivos. Los wendigos a actos sangrientos.

Kei miró a Mark con miedo y se parapetó tras Roman.

—Eso no suena bien.

—No le hagas caso al listillo. Soy un wendigo buen rollo —replicó Mark tendiéndole el narguile de la pipa.

Durante un buen rato hablaron, se hicieron fotos, fumaron y bebieron sin excepción, hasta que los vasos se acumularon en la barra de tal modo que el atareado robot apenas tenía tiempo de retirarlos.

Una voz grave cantaba superponiéndose a las guitarras y la percusión de una vieja y oscura canción rock. La música subió el volumen sin que se dieran cuenta justo en el estribillo.

I hear the sons of the city and the dispossessed

Get down, get undressed

Las conversaciones se acallaron. Los farolillos que flotaban aquí y allá se reunieron. Cambiaron sus colores a rojo y dorado y se deslizaron en el aire hacia el sendero. Dos figuras se recortaron en el humo. Dos siluetas aladas que avanzaron hasta hacerse visibles.

Get pretty but you and me

We've got the kingdom, we got the key

Una negra. La otra blanca, como una imagen en negativo. Un demonio y un ángel. La capa de cuello alto los estilizaba y dejaba el pecho al descubierto. Los brazos adornados con zarcillos de pintura negra en el caso del ángel caído, dorada cuando se trataba del ángel salvador. Faldas largas arrastrando cadenas plateadas. Los dos iban descalzos. En la frente de uno se ceñía una corona de rayos de sol sobre un antifaz de oro. En la del otro, una corona de espinas sobre un antifaz negro. La larga melena oscura del demonio tenía su contraparte en la seda blanca que caía sobre el pecho del ángel. Y las alas, largas, de plumas ligeras, unas blancas, las otras negras, se movían como si fueran a abrirse en cualquier momento.

We got the empire, now and then

We don't doubt, we don't take direction^[3]

Las miradas de los chicos, sin excepción, se anclaron a sus pasos. Fue Oliver quien abrió la boca primero, sin la menor molestia por que su momento de protagonismo hubiera sido tan efímero.

—Impresionantes. ¿Y ese ángel? ¿Tenemos nuevo compañero?

Felix se ajustó el hocico de su máscara.

—No... solo tiene los rasgos un poco aniñados, pero dudo que tenga menos de treinta años. Parece simpático.

El ángel caído se detuvo, dando el paso y el protagonismo a su contraparte luminosa, que se inclinó graciosamente y agitó las alas a su espalda. Era un poco más bajo que el demonio, delgado y estilizado. Un *piercing* con un brillante destellaba en sus labios.

—Bienvenidos a la Mascarada del bosque nocturno, residentes. —Todos reconocieron la voz del anfitrión en el demonio. Lo que la máscara dejaba ver de su rostro también era reconocible para ellos: la mandíbula cuadrada, la suave hendidura en el mentón y la sonrisa blanca y juguetona—. Quiero aprovechar esta velada para presentaros a mi consorte: él es Soren. Un rayo de luz en este mundo de tinieblas.

El demonio abrió las alas en toda su envergadura al señalar al ángel. El movimiento era tan fluido que parecían reales. A Ander lo golpeó un puño frío en el estómago al darse cuenta de que había insultado a su anfitrión al llamar putos maricas a los demás. Sintió un picor caliente en las mejillas. Valkyria estaba con un tío. Podía imaginar los comentarios de su padre: era de esperar, esa empresa solo podía estar dirigida por un enfermo. Es una plaga. Ese mantra estuvo a punto de amargarle el margarita en los labios.

Oliver se adelantó para darle dos besos al ángel mientras los demás seguían tratando de asimilarlo.

—Encantado, Soren. Yo soy Oliver, el guapo. —Fue señalando—. Kei, el divo, Felix el friki, Mark el deportista, Paul el alternativo, Roman el elegante y Ander... el... tímido.

Ander levantó una mano a modo de saludo y le echó una mala mirada a Oliver por ese silencio dubitativo.

—¿Ahora somos una *boy band* o qué? —inquirió Mark.

El ángel sonrió y besó o estrechó las manos de quienes se acercaban. Bajo la máscara sus ojos azules también sonreían.

—Tenía muchas ganas de conoceros. Eric me ha estado contando sobre vosotros, pero me tenían secuestrado en la sede.

—¿Eric es el señor Valkyria? —preguntó Mark.

—Sabía que mi aura de misterio iba a hacerse añicos en cuanto aparecieras —dijo el aludido posando una mano en la cintura del ángel—. Soren os impartirá varias materias del grupo de artes. Hemos dejado lo mejor para el final.

—Espero estar a la altura... De momento, me pido ese trono desocupado —señaló Soren tras agarrar la primera bebida que encontró en la barra—. ¿Venís?

Cuando el grupo se movió, Ander sujetó el brazo de Eric.

—¿Podemos hablar un minuto?

El demonio, el otro demonio, se detuvo al instante y se acodó junto a él en la barra. Los ojos teñidos de rojo por las lentillas se posaron en él.

—Todos los que quieras, Ander.

Estaba nervioso. Las inseguridades ejercían de percusión interna, una tamborada que afectó incluso a sus reflejos, haciendo que estuviera a punto de tirar la copa al cogerla. Abrir la boca en la clase de filosofía, rodeado de tibios, apolíticos e izquierdistas de boquilla había sido un error, pero esto era una debacle. Una que podía mandar al traste todas sus oportunidades. Lo único que se alzaba sobre el tambor era la voz de Jacob: no estaría orgulloso de que hubiera mostrado sus ideales. Lo llamaría estúpido por no tener la inteligencia suficiente para sonreír, callar y atacar por la espalda.

—Mira, yo... yo no pienso así realmente. Me da igual lo que haga cada uno en su intimidad. Estaba de mal humor, solo fue una forma de hablar, como llamar gordo a un gordo. En realidad te da igual que esté gordo.

Eso había sonado mejor en su cabeza. Era como si Eric tuviera la habilidad de anular todas sus capacidades dialécticas. No lo estaba mirando, pero notó el peso de su mano en el hombro, el brazo alrededor de la espalda. El millonario se inclinó junto a él para hablarle al oído. Olía bien, a cuero y algún perfume amaderado que hormigueó agradable en su nariz.

—¿Sabes? El problema de no conocer la propia verdad es que empiezas por mentirte a ti mismo y acabas mintiendo a los demás. Yo puedo ver a través de tu máscara. No esta... —La rozó con el dorso de los dedos con un ademán seductor—, sino la que no elegiste. Por eso no me ofende lo que has dicho ahí arriba.

Ander se tensó, convirtiendo en garras los dedos que sujetaban la copa.

—Creo que entiendo lo que estás insinuando. Y te equivocas —dijo con sequedad.

El robot sirvió una copa de un intenso color rojo a Eric, que guiñó un ojo a la máquina y volvió la atención a Ander.

—¿Y qué importa si me equivoco o no? Lo que yo piense debería traerte sin cuidado. Esta noche solo existes tú, querido. —El ángel caído sonrió y señaló al resto con un gesto vago. Ander volvió a tener la sensación de que lo había visto antes. Esa sonrisa, ese mentón varonil—. Eres el único que va a juzgarte. Los demás están demasiado ocupados divirtiéndose.

Era cierto. Estaban apoltonados frente a la novedad que representaba Soren, colmándolo de atención e indiscreciones, la mayoría por parte de Oliver.

—¿Y cómo es ser la pareja del hombre más rico del mundo? ¿Cómo os conocisteis? Cuéntanos chismes jugosos.

—No tengo queja, la verdad. De hecho, estoy más que bendecido. —El ángel les dedicaba la atención que le reclamaban con evidente satisfacción, cómodo en su disfraz—. Cuando Eric y yo nos conocimos, los dos trabajábamos para Valkyria. Yo llevaba tiempo aquí cuando él llegó, hace más de cinco años.

Soren dirigió una mirada fugaz a Eric y sonrió. Resplandecía con luz propia sentado en el trono.

—Haz lo que quieras. —Eric susurró en el oído de Ander, tan cerca que el aliento cálido acarició el lóbulo de su oreja. Le puso una mano en la cintura y lo empujó hacia los reunidos—. No hay otra ley.

Para cuando se sentaron, Ander junto a Felix y Eric al lado de Soren, Oliver volvía a tener la palabra.

—¿Y cómo es vuestra relación? Los medios de comunicación nunca han dicho nada, así que sois discretos. ¿Cerrada, abierta, poliamorosa...? —Apenas terminó cuando se llevó un escandalizado codazo de Kei. Oliver se encogió de hombros—. ¿Qué? ¿En serio tú, Mister Quejas, vas a acusarme ahora de impertinente? No todos los días se intima con una pareja de millonarios que no tengan como doscientos años.

El asiento de Eric quedaba por debajo del trono, como todos los demás, por lo que aprovechó la altura de su amante para apoyar la cabeza en su pierna. Compartieron una mirada cómplice y Eric asintió. Soren le quitó la copa de la mano y dio un sorbo.

—No importa, Oliver. —El ángel acarició la melena del demonio distraídamente, como si lo tuviera domesticado—. Somos celosos de nuestra vida privada por muchas razones, entre ellas la seguridad. Pero aquí somos libres. Eric y yo tenemos una relación de absoluta confianza, comprendemos la diferencia entre el amor y el deseo. A veces tenemos amantes, otras los compartimos, pero nunca nos mentimos. Siempre consultamos con el otro cuando queremos darnos ese capricho.

—¿Y nunca os dais ese capricho juntos?

Hubo risitas, puede que a causa del alcohol. La desfachatez de Oliver podía llegar a ser contagiosa y desde luego era divertida. Roman sonreía como un gato satisfecho al cruzar la mirada con Ander.

—A eso se refiere con compartirlos —intervino Eric. Bebió de su copa cuando Soren se la ofreció. La imagen era digna de un cuadro—. Es mi opción favorita. A veces soy un poco celoso.

—Lo justo para que me sienta valorado —rio Soren.

—Oliver está fumado, ni se entera —reía Mark por lo bajo.

—O borracho —sugirió Ander. El mero hecho de participar en la conversación fue un paso para él, y cada paso significaba alivio. Volvía a estar allí. A formar parte de aquello, su yo real—. Creo que quiere ofrecerse como tributo.

Captó la mirada de Eric, su sonrisa satisfecha mientras tomaba la mano de Soren y besaba sus dedos. Todo en ellos derrochaba sensualidad y una devoción que parecía mística bajo aquellos disfraces.

—¿Y quién no querría ofrecerse? —susurró Felix a su lado, extasiado, sin darse cuenta de que pensaba en voz alta.

—Es posible. —Oliver miró a Ander—. A fin de cuentas, Mark ya dijo que prefería a otro y tú no me haces caso, cielo.

Un calor repentino trepó por el cuello de Ander y amenazó con paralizarlo. Dio un trago a su margarita para disimular su turbación. No iba a achantarse ante Oliver. Ni ante nadie.

—A lo mejor no te lo has currado lo suficiente para interesarme —replicó envalentonado.

Eric se puso en pie y dio una palmada para llamar la atención de los chicos en ese justo momento.

—Nos halaga, pero esta noche el tributo somos nosotros. Es vuestra fiesta y queremos que disfrutéis sin restricciones. —Señaló al robot al otro lado de la barra—. Él es Roborero, podéis

pedirle bebidas y chistes sin medida. Es un gran humorista.

Felix no se lo pensó un segundo antes de volver corriendo al chiringuito, las colas de su disfraz agitándose. Oliver aún miraba a Ander con una media sonrisa, aunque echó un vistazo al robot.

—¿Roborero? Yo le hubiera puesto Camarebot.

—¡Eso mismo dije yo cuando lo conocí! —exclamó Soren entusiasmado—. Pero todos se empeñaron en llamarlo Roborero.

Eric suspiró y negó con la cabeza.

—Fueron Las Tres Mellizas.

—Esos tres son unos genios, pero se les da mal poner nombres —replicó Soren.

—¿Unas mellizas hicieron ese robot? —saltó Kei entre una bocanada de humo—. ¿Qué fantasía es esa?

Eric volvió a sentarse junto a Soren, riendo por lo bajo.

—No son mellizas. Son Samuel, Nicolas y Simon. Se encargan del I+D de la isla —aclaró Soren—. Es que siempre van juntos. Pero no los llaméis así si los veis.

Felix se acodó en la barra. Su copa estaba casi vacía, e hizo tintinear el hielo picado al aprovechar el último trago.

—Otra, por favor. Y un chiste, si es tan amable —le pidió al robot con tono ceremonioso.

Roborero se movió hacia las botellas, extraño con la capa.

—¿Qué hace una abeja en el gimnasio? —chirrió.

Felix tenía los ojos brillantes. Movié las colas de expectación y se echó a reír antes de tener una respuesta.

—¡¿Zumba?!

Como si hubiera sido una orden, el robot se puso a zumbar, arrancando una carcajada a Felix. Duró hasta que vio que aquello no era parte del chiste. La parte delantera de la cara brillante se abrió en dos como movida por una bisagra, dejando a la vista tres hileras de afilados dientes metálicos, incrustados en rosadas encías falsas. Se abalanzó sobre el borde de la barra: los chillidos de Felix atrajeron la atención de todos, Eric el primero.

—¿¿Qué coño...?? —espetó el millonario, serio y totalmente confundido, ayudando al chico a levantarse. Se había caído del taburete y temblaba como una hoja.

Roborero, estático con aquella inmensa boca abierta, retomó su labor. La voz le cambió a un registro sibilino, cruel.

—*Hahaha*. ¿Qué es rojo y malo para tus dientes? Un ladrillo. *Hahaha*. ¿Dónde fue el soldado después de perderse en un campo minado? A todas partes. *Hahaha*. ¿Qué tienen en común Miguel Ángel y Kurt Cobain?

Soren pasó al interior del chiringuito y pulsó algo en su espalda. Al ver la mirada de Eric, abrió una mano en el aire y la cerró, apretando los labios con expresión compungida.

—Sí, eh... Eso ha sido culpa mía.

La mayoría de los chicos se mantenía a una distancia prudencial, aunque Kei fue junto a Felix para sacudirle el polvo y Oliver se apoyó en la madera con gesto curioso, sin miedo.

—¿Pero, qué tienen en común?

Eric aún sostenía a Felix, agarrándolo de un brazo.

—Creo que intuyo la razón, pero me gustaría que nos explicaras por qué se ha vuelto loco Roborero.

—Pues resulta que Cuatro... Quiero decir, Simon —se corrigió Soren enseguida— estaba molesto porque yo ya me sabía todos los chistes e interrumpía a Roborero. Por lo visto se puede colapsar. Me advirtió de que había hecho cambios, que como volviera a interrumpirlo me arrepentiría. Lo había olvidado.

Atrás, Mark arrancó a reír. Paul no tardó en unirse a él, y Roman esbozó una sonrisita burlona. Ander, Felix y Kei permanecían serios. Ander vio reflejada en sus dos compañeros la misma desazón que a veces le provocaba la isla.

—¿Pero, qué tienen en común? —repitió Oliver.

—También olvidasteis informarme. —A pesar del tono amable con que se dirigió a Soren había una nota molesta en la voz de Eric, soterrada. Soltó a Felix tras asegurarse de que estaba bien—. Siento el sobresalto. Ha sido de muy mal gusto, aunque sea una broma interna.

—Pero... —volvió a intentarlo Oliver.

—¡Cierra la boca, joder! —gritó Kei, cortándolo en seco—. ¿Eres un puto psicópata o qué? ¡Felix estaba temblando!

Oliver se giró hacia él con expresión dolida.

—¡Oye, ellos se estaban riendo!

—¡Sí, al menos sienten algo!

Roman pasó un brazo por los hombros de Kei, tranquilizador.

—Venga, vamos a la piscina, te enseñaré las fotos. Felix, tú te distraerás —dijo tirando de él con suavidad—. A lo mejor Soren nos quiere hacer más para compensar el susto...

—¡Encantado! —dijo Soren, agarrando al vuelo la oportunidad de escabullirse. Le echó a Eric una mirada de disculpa, ya hablarían después. Agarró la copa de Felix para llevársela.

El robot volvía a actuar con normalidad, sirviendo a su aire, sin nada amenazante en toda su estructura. Todos se marcharon, salvo Eric y Oliver, que estaba cabizbajo. El millonario siguió a los que abandonaban la piscina con la mirada y se acercó al chico tras tomar una profunda inspiración.

—Sentémonos un poco antes de regresar a la fiesta. —Le puso una mano en la espalda y lo empujó con suavidad hacia la barra—. Creo que necesitamos tomar un poco de distancia, ¿no crees? Pide lo que quieras para los dos.

—No... Creo que debería pedirle perdón a Felix. Tienen razón. Parece que siempre tiene que haber un paria en el grupo y no pienso ser yo —replicó Oliver zafándose del agarre, mirando hacia la piscina.

Soren estaba haciendo fotos a los que habían decidido meterse en el agua. Parecía que no hubiera pasado nada.

—Es mejor que te relajes. Ahora podrías parecer poco honesto o desesperado. —Eric se sentó en uno de los taburetes y pidió dos copas de *gralish* a Roborero, luego lo miró esperando que tomara una decisión.

—No creo que fuera para tanto. Y no lo ha sido, míralo, ya está tranquilo —rezongó Oliver apoyándose a su lado.

—No esperaba que el robot tuviera dientes. Y yo tampoco, la verdad. —Eric empujó la copa con el líquido verdoso hacia él—. No creo que nadie ahí piense de verdad que eres un psicópata.

Oliver bebió y saboreó el regusto dulzón. Su carácter provocador se había esfumado, dándole un aire lamentable y triste a su disfraz.

—¿Y qué piensas tú?

—No creo que lo seas. —Eric movía su copa para agitar el licor. Lo miró unos segundos en silencio, como si necesitara reflexionar sobre lo que veía—. Creo que solo buscas tu lugar.

Sus palabras solo despertaron una ceja levantada y una mueca de sorna.

—Sé que no me conviene sonar pasivo agresivo con quien dirige todo este tinglado, pero eso no te va a funcionar conmigo. Es filosofía barata. Dime qué piensas de verdad, sin parches. Y yo haré lo mismo. No soy tan tonto como parezco.

Eric sonrió. El nuevo silencio fue más largo. Oliver vio que bajaba la mirada a su boca antes de que levantara la mano y le sostuviera el mentón para observarlo. Era muy consciente de lo que despertaba en los demás, de lo que veían cada vez que lo miraban a la cara. Sus labios jugosos parecían hechos para ser besados, y para cosas más placenteras. Casi podía leer la mente del anfitrión cuando deslizó el pulgar lentamente sobre ellos.

—Lo que creo es que estás desesperado por que alguien te vea. No al sátiro que muestras ante todos, sino al chico asustado que anhela que alguien admire y ame lo que esconde tras la pose de hedonista irredento.

—Puede que espere que vean ambas cosas. Y parece que contigo lo he conseguido. ¿Quieres saber lo que pienso yo? —contestó Oliver sin hacer ningún esfuerzo por soltarse.

El pulgar siguió la forma de su mandíbula. Los ojos de Eric volvieron a los suyos. Las lentillas rojas le daban un aire inquietante e hipnótico.

—Me muero por saberlo.

—Creo que te aburres. Tienes muchas obligaciones y poco ocio. Y todo esto solo es una excusa para tener compañía en una isla tan grande y tan deshabitada. O sea... Yo no sé si los demás son tontos o están demasiado empeñados en conseguir un lugar en la empresa, pero yo tengo ojos en la cara. Y la mente lo bastante despejada para fijarme en los detalles...

La sonrisa del ángel caído se afiló. Estaba lejos de la ofensa o la sorpresa. Apartó la mano de su rostro para meter el dedo en la copa de Oliver. Distraídamente, como si tuviera la complicidad de su dueño.

—Tienes razón. —Le llevó el dedo mojado a los labios y los humedeció con la misma caricia seductora, volviéndolos brillantes y pegajosos. Bajó el tono hasta que su voz fue un murmullo sugerente—. Estoy aburrido. Pero no de la isla y sus pocos habitantes. Me aburre el mundo. Me aburre luchar contra la marea. Me aburre el monstruo al que debo controlar y domesticar.

Oliver atrapó el dedo en la boca y limpió el sabor de la yema con la lengua antes de soltarlo.

—Lo que yo decía. Demasiadas obligaciones. —Cabeceó hacia la piscina—. Ahora tienes otros seis monstruos para domesticar... y uno que ya está domesticado. O no, puedo adaptarme a cualquier cosa. Y mantengo mi propósito de disfrutar la vida.

Los chicos se divertían en la piscina. No todos los disfraces estaban hechos para nadar, pero

la mayoría se habían descalzado para disfrutar, al menos, de la sensación del agua tibia en los pies. Mientras el resto charlaba a gritos, Roman atisbaba el chiringuito con disimulo, atento a lo que allí sucedía. Tomando notas mentales, como siempre hacía. Pudo verlo. Eric deslizó el pulgar y pellizcó con suavidad el mentón de Oliver. Se inclinó y pasó lentamente la lengua por sus labios, saboreando el licor dulce y amargo que los impregnaba. Terminó con un beso lento y sensual que no cruzó la barrera de los apetitosos labios del sátiro.

—No quiero domesticaros. —Le puso la copa en la mano y le cerró los dedos alrededor del cristal—. Ve con ellos. Disfruta de vuestra fiesta. Eso es lo que quiero que hagáis. Hay gente ahí que necesita aprender de ti.

El gesto de escándalo y frustración fue incluso divertido.

—¡Oh, venga ya! ¿De verdad vas a seguirme la corriente para después despacharme? No estoy acostumbrado al rechazo. Sabes que invitarme a vuestra habitación sería el colofón perfecto de la fiesta.

—Y también sé que las cosas se disfrutaban más cuando se espera por ellas... —Eric seguía sujetando los dedos de Oliver contra la copa, sin apartarse. Se inclinó para susurrar en su oído—. Te prometo que es mejor, mucho mejor, justo antes, que justo después. Esa es la verdad de este mundo.

Lo soltó y se apartó, señalando a los demás con un ademán tan tentador como autoritario. Oliver no se marchó de buena gana. Lo hizo alzando la barbilla como un cabritillo terco y digno.

—Muy bien. Iré a buscar mi otro «justo antes».

Sin mirar atrás, caminó hasta sentarse al lado de Mark, que se había quitado la máscara y fumaba al borde de la piscina.

—No vas a conseguir a Kei. No eres su tipo, al menos de momento. Y tiene decenas de fotos que editar.

Mark le echó el humo en la cara y esbozó una sonrisa engreída.

—¿Y quién te dice que no lo he conseguido ya?

—Si quieres se lo pregunto —contestó Oliver tras aspirar con fuerza por la nariz. Aquello no era tabaco.

La risa de Mark sonó lenta y perezosa.

—¿Qué pasa? ¿Quieres marcha? Sueles ser más directo.

—La primera vez no me funcionó, probaba alternativas. Pero ya que lo dices... sigues siendo mi primera opción para una noche divertida. Si no te apetece dímelo claramente para buscar a otro —acabó Oliver con cierta molestia impaciente.

—¿Te ha dado calabazas el jefe?

—Mira, déjalo. Voy a hablar con Paul —gruñó el fauno comenzando a levantarse.

El agarre de Mark en el cinturón lo volvió a sentar. El rubio se abalanzó sobre él y le robó un beso muy diferente al que Eric le había dado: impulsivo y enérgico, dejaba clara la respuesta. Los labios de Oliver se curvaron en una sonrisa contra los de Mark, ya tenía lo que quería, aunque le hubiera resultado difícil. Echó un último vistazo en dirección a Eric antes de dejarse avasallar por el cuerpo musculado y tatuado que quería tumbarlo en la hierba.

Acodado en la barra, el ángel caído dejó de prestarles atención para dar un trago a su copa.

Soren estaba sentado en el borde de la piscina, salpicando con los pies mientras Roman tomaba fotos con el móvil de Kei. Ander, sentado junto a Paul, participaba de las conversaciones, al fin relajado. Eric tampoco parecía interesado en ellos. Su ánimo empezaba a oscurecerse y miró el reloj que tenía en la muñeca. Dio un par de golpecitos con la uña. La pantalla se iluminó, mostró la imagen de una colorida heladería diseñada en pixel art. Una miniatura de Victor esperaba en la puerta, comiendo un helado mientras el viento le agitaba la blanca melena pixelada. Pulsó al gato que dormitaba junto a la puerta y el pequeño personaje fue a acariciarlo, provocando que un montón de corazones brotaran de la cabeza del animal.

—A ti no te ocultaban nada, ¿verdad? Hasta que llegué yo... —murmuró. Miró a Roborero, que estaba secando vasos ante él—. ¿Qué tenían en común Miguel Ángel y Kurt Cobain, eh?

—Que los dos pintaron un techo con ayuda de su cerebro.

La voz provenía del reloj, Roborero no funcionaba de ese modo. Victor se movía en pequeños pasitos saltarines, de un lado a otro de la pantalla, con unos puntos suspensivos sobre su cabeza. Eso significaba que seguiría hablando.

—A mí me ocultaron una fuga absurda con terribles consecuencias —dijo con una alegre musiquilla de fondo, la que siempre sonaba en la zona de la heladería.

Eric pulsó sobre el personaje y eligió uno de los iconos del desplegable. Unas preciosas alas blancas se abrieron en la espalda del pequeño Victor, que revoloteó por la pantalla.

—Y como ves, ninguno ha terminado de irse.

11. ¿Lo echas de menos?

A altas horas de la noche la fiesta no decaía, pero Oliver y Mark se escabulleron cuando las caricias que podían compartir en público se volvieron insuficientes para el primero. Oliver llevaba un rato con dificultades para no arrancarse los pantalones del disfraz y disfrutar la liberación. Mark se lo tomaba con una calma exasperante y apartaba sus atrevidas manos cada vez que intentaban tocar esa zona. La decisión de subir fue suya. Cuando entraron al dormitorio de Oliver, fue derecho al baño.

—Ve poniéndote cómodo, tengo que desaguar.

Mark no tenía ninguna urgencia física. Tras asegurar el cerrojo dejó su sexo flácido al aire y sacó del bolsillo algo similar a un bolígrafo, con el tamaño de la falange de un dedo. Al pulsar en la parte trasera, una aguja delgada como un pelo salió de la punta. Mark agarró su pene y la clavó en la base, apretando los párpados y los labios. En lugar de tirar el ya inservible aparato en la papelería, lo guardó en su bolsillo. Cualquier precaución era poca y el ocio audiovisual le había enseñado que siempre había alguien mirando la basura cuando uno desechaba un secreto. Pulsó el botón de la cisterna antes de salir. Haría efecto enseguida.

Oliver estaba tumbado en su cama redonda, desnudo. Se acariciaba. La música sonaba suave y envolvente, al ritmo de las luces parpadeantes.

I serve my head up on a plate

It's only comfort, calling late^[4]

—Puedes poner otra cosa si quieres.

—No, esto suena bien. —Mark se acercó a la cama. Solo llevaba los pantalones de cuero del disfraz, los tatuajes de su torso lucían manchados de las pinturas ya emborronadas por las caricias de Oliver—. No esperaba que conocieras a Placebo, son muy viejos.

—Ah, no los conocía. Los tenía Freya en una lista.

El efecto de la droga empezaba a actuar. Mark sintió la tensión apretarse contra el pantalón. Había un punto doloroso en la sensibilidad que le provocaba.

—Ya, claro... —El rubio se subió a la cama y se quedó de rodillas sobre el colchón, mirándolo como si lo acechara—. Has empezado sin mí. ¿Te va el voyerismo?

—Habría empezado mucho antes, pero te gusta hacerte de rogar. Me gusta grabarme y mirar a la cámara, como puedes imaginarte por el famoso vídeo. ¿Por qué? ¿Quieres jugar a eso?

Mientras hablaba, Oliver acercó un pie a la entrepierna de Mark y la rozó con él. Notó el bulto durísimo. Mark jadeó y reprimió el gesto de encogerse. Le agarró el pie y lo presionó contra su sexo. Era mejor acostumbrarse cuanto antes a la sensación.

—No. Estoy harto de esa mierda.

Oliver asintió, no le sorprendía. Movié el pie en caricias circulares.

—Intimidad, entonces. Puedo bajar la temperatura del dormitorio para que tengamos que echarnos una mantita por encima. De momento, busca el lubricante en ese cajón, quiero que me lo pongas tú.

Mark se estiró para abrir el cajón. Revolvió el contenido hasta encontrar lo que buscaba y se abrió los pantalones, agobiado por la presión.

—Tienes cara de pasivo.

—¿Hay caras de eso? Deja, mejor no contestes, yo he sido el primero en asumir que tú querías ser activo. Pero me da igual —dijo Oliver con una risita.

Se dio la vuelta y dejó a la vista un trasero duro y redondo que no era novedad para nadie después de las duchas. Mark abrió el frasco para echar una buena cantidad en sus dedos. Se acercó, lo agarró de la cadera y pasó la mano embadurnada entre sus nalgas, empapándolo hasta que las caricias resbalaron.

—¿No te gustan los juegos? —Se metió la mano en el pantalón para sacar el miembro duro que aprisionaba. Estaba muy caliente, congestionado y sensible. Aprovechó los restos de lubricante para acariciarse y no pudo evitar un gemido de impresión. Siguió hasta que el dolor se diluyó en un placer artificial—. Ah... Joder...

Oliver se apoyó en un codo y lo miró con extrañeza. No había elegido a Mark por que le pareciera interesante o por destacar sobre el resto. Transmitía una imagen de fácil, directo y poco dado a los preliminares. Justo lo que le apetecía a Oliver en una noche como esa: un polvo rápido.

—Sí, me gusta todo. Por eso podrías empezar por usar los dedos, ¿o tienes una sugerencia mejor?

—No. —Mark siguió tocándose y frotó los dedos resbaladizos entre las nalgas de Oliver antes de hundir dos de ellos en su entrada con un empujón brusco. La disposición y la adaptabilidad de este quedaron claras cuando la carne se abrió sin resistencia—. La verdad es que solo quiero follarte, pero tengo un poco de educación.

Le habría gustado que fuera una verdad absoluta, pero su mente no acompañaba. El deseo se acumulaba en su entrepierna como una sensación meramente física, intensa y molesta, que no acababa de llegar a su cabeza. Una excitación química que tenía que resolver con desesperación. Apenas se entretuvo preparándolo, para alivio de Oliver, que no tuvo que esperar para obtener lo deseado. La caricia ardiente del miembro de Mark fue el único aviso antes de que lo hundiera en su interior de una sola embestida, agarrándolo por las caderas para evitar que cayera hacia adelante o huyera.

Oliver era fuego. No, era mejor. Las pavesas de una chimenea saltando impredecibles, las brasas ardientes, el humo juguetón. Tomó las riendas antes de que Mark pudiera sentir su presión en todo el miembro, moviéndose con una naturalidad absurda, instintiva y perfecta. Sus entrañas eran el ojo de un huracán que arrastraba sin derecho a réplica y sin pedir nada más que presencia.

Dejarse llevar fue sencillo, un alivio para Mark, que solo quería ser consumido en esa hoguera. Los golpes de su cadera, rítmicos, cada vez más rápidos, perseguían con desesperación el placer que Oliver le entregaba sin condiciones. Lo agarró del pelo y tiró de él, obligándolo a incorporarse. El cuello esbelto y pálido quedó a su disposición, lo mordió sujetándolo con fuerza de las caderas, los dedos clavados en su carne como las garras de un cazador exprimiendo a su presa.

Los minutos pasaron sin que el ritmo decayera y ninguno considerara necesario hablar. Eran jóvenes, les sobraba la energía y aquello no tenía nada de personal, íntimo o cariñoso. Oliver fue el primero en notar un agradable hormigueo en el vientre. Mark no era muy imaginativo en la

cama, tampoco lo necesitaba mientras pudiera moverse como un pistón. Oliver le agarró la mano y la llevó a su sexo, agitándola al ritmo que necesitaba.

—Sigue —ordenó en un jadeo.

Simple y sencillo, Mark obedeció de inmediato. Lo agarró con firmeza y empezó a masturbarlo con la energía precisa. Las embestidas profundas, demandantes, buscaban ansiosas el mismo orgasmo que hizo agitarse a Oliver bajo las caricias. La humedad resbaló por la mano de Mark, que siguió tocándolo aprovechando la lubricación. Los gemidos de Oliver, altos y desvergonzados, lo habrían hecho acabar con rapidez en otros tiempos, pero era incapaz de alcanzar el punto de ruptura. Se quedaba al límite, rozando el orgasmo.

Tras un rato, resultaba evidente que Oliver empezaba a cansarse. Pasó de intentar ayudarlo a llegar a quedar laxo, dejándose hacer, aburrido.

—¿Te falta mucho? ¿Quieres que probemos otra cosa? —preguntó cuando la sensación de roce continuo empezó a ser una molestia.

El sudor empapaba la piel de Mark. El gesto de esfuerzo en su rostro se desdibujó en una expresión frustrada. Se apartó, saliendo de Oliver con brusquedad.

—No, joder —espetó. Bajó de la cama y se cerró los pantalones. Oliver tuvo tiempo de ver la erección congestionada que intentaba ocultar—. Déjalo. Mejor me largo.

Oliver no esperaba esa reacción. Abrió la boca para decir algo, pero tampoco se le ocurrió nada adecuado. Era la primera vez que le sucedía algo así. Le habría dado más vueltas, pero el sueño comenzaba a embargarle. Cuando quiso reaccionar, Mark se había marchado de la habitación.

En la terraza de la planta superior, la que ninguno de los muchachos había visitado aún, Soren disfrutaba de un cigarro y miraba distraídamente el modo en que las volutas de humo ascendían la noche sin brisa. Se había desmaquillado y cambiado el disfraz por ropa más cómoda, pero mantenía el aire angelical que nunca lo abandonaba. Sin la peluca, su melena era oscura y lisa. Estaba preocupado. Y el solo hecho de preocuparse lo preocupaba, porque él no era dado a las preocupaciones. Eric estaba dentro, conservaba cada pieza de vestimenta sobre su cuerpo. No se había disfrazado de ángel caído, sino de Victor. Y era muy probable que no fuera consciente de ello. Soren apoyó la espalda en la barandilla para ver cómo miraba su teléfono en silencio, sentado en el sofá. Ante sí tenía un vaso de refresco. El alcohol nunca entraba en la habitación de ambos, el millonario conocía el antiguo problema de su novio, aunque parecía haberlo olvidado durante la fiesta.

—¿Negocios? —preguntó Soren con suavidad—. ¿O sigues molesto por el Roborero con problemas de control de ira?

—No se me notificó. —Eric bloqueó la pantalla del móvil y lo dejó sobre la mesa—. Eso me molesta más que la probabilidad de que Roborero pueda hacerle daño a alguien, porque sé que es escasa.

—Venga ya, no te pongas intenso. ¿Te notifican también cuando se avería un retrete? ¿O cuando en el pueblo cosen una red de pesca rota? Solo era una broma de Simon hacia mí, sabes que se pone quisquilloso con sus inventos.

—Con más razón. —Eric parecía tranquilo, hablaba con calma, pero Soren lo conocía lo suficiente para saber que algo rondaba por su cabeza desde hacía un tiempo—. Tú tendrías que

habérmelo comentado. ¿Has visto las caras de los residentes? ¿A ti no te parece de mal gusto?

Soren no respondió con palabras, pero Eric pudo ver la respuesta a esa última pregunta en el modo en que apretaba los labios para contener la risa y el brillo divertido en los ojos azules. Eric resopló y se cruzó de brazos, perdida la compostura. Su expresión hizo que a su novio se le hiciera más difícil no reír.

—A mí no me hace gracia. Quería que se sintieran cómodos y relajados en la fiesta, no provocarles un infarto.

Soren levantó ambas manos, conciliador y sonriente.

—Reconozco que me da pena que le sucediera al caballerito *steampunk*, es muy dulce. Pero ha sido divertido y lo sabes. Y una lección sobre respetar los límites, ahora conocen los de Roborero. Y yo también.

La sonrisa de Soren era difícil de resistir. Podía derretir el corazón más helado y ayudó a suavizar el desasosiego de Eric. Era balsámico tenerlo cerca, pero sentía que nada bastaba del todo. La oscuridad se retraía para regresar más tarde.

—A mí también me ha sobresaltado, la verdad. —Palmeó el sofá para que Soren se sentara con él—. Puede que esté un poco susceptible. Tengo la impresión de que nada me sale bien últimamente.

—Ajá. —Soren apagó el aromático cigarro en un cenicero de pie antes de pasar al interior y sentarse—. Pero no quieres hablar de ello. Nos acusas de esconderte cosas incluso sabiendo que fue una tontería y cada vez me cuentas menos detalles de todo lo que haces. Sé que al principio dije que no quería saber nada... de los negocios, de lo que fuera que se hacía en el hospital del sótano, de la selva... pero han pasado cinco años desde entonces, Eric. ¿Debería empezar a preguntar?

Eric miró el móvil sobre la mesa. No sabía qué responder. Quería hacerlo, pero no podía contárselo todo. No podía decirle que el gobierno de Elysium se había negado a financiar el proyecto de Soren para proteger la ciudad de la lluvia ácida. No podía contarle que solo los barrios ricos se estaban beneficiando de su idea, que Valkyria, por poderosa y rica que fuera, no podía hacer frente sola al gasto que suponía proteger toda la ciudad y en especial al Haven. Y mucho menos podía proteger al mundo entero. Los partidos solo respondían a los proyectos que podían hacerles ganar dinero o poder. Nada estaba cambiando realmente y sentía que cada cambio era como una tirita tratando de contener el ácido de un tanque lleno de fisuras. Cinco años pesaban como veinte encadenado al destino de la empresa.

—Estoy intentando limpiar toda la mierda de... —Negó con la cabeza y se inclinó hacia adelante para dar un sorbo al refresco. Soren se dio cuenta de que lo de Roborero no tenía nada que ver con su malestar—. Todo lo que Valkyria ha supuesto para el mundo. No preguntas, pero sabes que en el sótano ya no hay nadie sufriendo. Sabes que estoy intentando cambiar las cosas. Y es como si me hubiera montado en las escaleras mecánicas equivocadas. Cuando creo que avanzo, retrocedo. Cuando consigo un mínimo cambio, este cambio provoca muchos más problemas.

Soren le acarició el rostro, apoyando dos dedos en su mandíbula para obligarlo a hacer contacto visual.

—Ya sabíamos que el mundo no tenía arreglo, pero entiendo que es duro verlo frente a frente. Y no tienes que llevar ese peso solo. —Bajó las manos para desabrochar el arnés que

sujetaba las alas a su espalda—. ¿Conoces la historia de las estrellas de mar y la anciana? Es viejísima. Muy Mister Wonderful, pero cierta.

El peso de las alas desapareció cuando cayeron sobre el respaldo. Eric lo miró, con los ojos vidriosos por las lentillas que empezaban a irritarlos. Se preguntó si Soren entendería lo que estaba haciendo. Si le contaba todo, ¿lo seguiría mirando con el mismo amor? Sabía que no y que, tarde o temprano, cuando fuera consciente de hasta dónde tenía que llegar, lo odiaría. La tentación de abrirse desapareció. Le robaría tanto tiempo como pudiera a su amor. No tenía otra opción si quería permanecer cuerdo.

—¿Me la cuentas?

—Una viejecita caminaba por la playa recogiendo estrellas de mar para devolverlas al agua, una por una. Sé que suena raro, pero por aquel entonces debía haber fauna libre en cualquier lado y playas que no pertenecían a nadie, ponte en situación. —Desató las cintas de la capa—. Alguien se acercó a ella y le preguntó para qué hacía eso, si era inútil. Había cientos de estrellas y no podría salvarlas a todas. Aparte de eso la marea volvería a bajar y la historia se repetiría cada día. No tenía sentido, le dijo. La viejecita levantó una estrella y contestó: para ella sí.

La prenda cayó junto a las alas cuando Eric se removió. Conocía la historia, pero resultó reconfortante de alguna forma escucharla de boca de Soren. Se dejó hacer con la docilidad de una fatiga que iba siendo más evidente a medida que lo liberaba del disfraz.

—Al menos vosotros estáis bien. Y lo estaréis siempre, porque yo me encargaré de eso, Soren. —Lo miró como si quisiera asegurarse de que entendía bien—. A veces siento que ya no tengo vuestra confianza.

—Y no solo nosotros. Los cambios que has hecho en Valkyria han cambiado la vida de multitud de personas. Gente que nunca hubiera encontrado trabajo, o vivienda, o conciliación. Las chicas que estudian en el pueblo y sus nuevos residentes. Las becas, las ayudas, los terrenos comprados y protegidos... para toda esa gente, lo que haces tiene sentido. Y seguro que les motiva a hacer lo mismo para los demás. Respecto a lo de la confianza, ¿podrías ser más concreto? ¿Qué te hace pensar eso?

—Gabriel. Sé que siempre ha sido esquivo. No espero que supere lo que le pasó ni que acepte con facilidad su situación, pero a veces creo que me culpa. Y los demás... No lo sé. Puede que solo sea el cansancio, que me hace ver fantasmas.

Soren suspiró y se recostó en el sofá, apoyando la cabeza en su hombro.

—Tienes que entender que Gabriel no te conoció como te conocimos el resto. Para él nunca fuiste otro de los juguetes de Victor... solo el nuevo Victor. Y algunas de las cosas que haces en este proyecto son extrañas, Eric.

—¿A qué te refieres? —Eric lo miró con recelo.

Soren apretó el dedo en su ceño fruncido, estirándolo.

—Piénsalo. Las pruebas. Diferentes a las de Victor, pero pruebas, al fin y al cabo. Aislarlos del mundo cortando la conexión a la red y mintiendo sobre ello. Las cámaras en las habitaciones, aunque no sé si eso se lo has dicho al resto. A mí desde luego no me lo dijiste, debiste olvidar que vivo aquí y sé de sobra que nunca se ha hecho una obra para eliminar el sistema de vigilancia.

—No voy a convertir a esos chicos en mis esclavos —se apresuró a aclarar Eric, alarmado—. Las pruebas son necesarias para cribar. Y prescindir de la mayor parte de los guardias pasa por

tenerlos vigilados. Por su seguridad.

—¿Y qué hay de los disfraces?

El silencio que siguió dejó claro que esa respuesta no era fácil. Eric suspiró y se tiró de la peluca. Debajo llevaba el pelo castaño atado en un moño en la nuca.

—Me siento más seguro así.

El abrazo que vino después fue largo y reconfortante. Silencioso. Con el tiempo, Soren había aprendido que a veces sobraban las palabras. Sí, Eric era consciente de que estaba disfrazándose de Victor. Aquello era un alivio, pese a todas las inseguridades que pudiera tener.

—Seguro que a él también le sucedía —dijo tras unos minutos, acariciándole la espalda.

El calor subió hasta los ojos de Eric. Tuvo que cerrarlos con fuerza, la misma con la que se agarró a la tela de la sudadera en la espalda de Soren. Apoyó la frente en su hombro y dejó que el silencio se llevara las lágrimas que no quería derramar.

—Debería sentirme afortunado. Soy el hombre más poderoso del mundo y, con todo, siento que lo que heredé de él fue una maldición —susurró.

Las caricias continuaron, como un bálsamo.

—¿Lo echas de menos? No va con segundas ni nada de eso. No quiero decir en un sentido turbio o que pueda ponerme celoso. Yo a veces lo hago. Las partes buenas, ya sabes. Eran pocas.

El abrazo aprisionó a Soren con más fuerza. Nunca hablaban de eso. Eric temía esas preguntas y con más intensidad temía las respuestas. No solo se sorprendía echando de menos las partes buenas de Victor, sino sus sombras. Ese espacio oculto al que lo arrastraba para que mostrara toda su verdad. Ese era otro secreto que no podía compartir con Soren. La contradicción de haberse sentido libre en manos del hombre que lo esclavizó.

—Sí. En ocasiones pienso que habría sido mejor si no os hubiera incitado a escapar...

—A lo mejor lo hubiera hecho yo. Y sería yo el dueño de Valkyria. ¿Te imaginas?

Soren prefirió tomar otro camino. Ese recuerdo seguía siendo doloroso sin importar el tiempo que pasara. Logró que Eric riera. Un sonido suave y amable que no era habitual en él.

—No me gusta esa idea. —Levantó la cabeza y lo miró. El abrazo se aflojó hasta liberar a Soren—. Esto te cambiaría y eres perfecto como eres. No soportaría que Valkyria devorase tu alma.

Eric le acarició el rostro. Los ojos azules de Soren seguían tan limpios como cuando lo conoció.

—Lo que trato de decirte es que Victor también se sentiría abrumado por su responsabilidad, pero no supo enfocararlo. Tú lo estás haciendo mejor. Y, sobre todo, no estás solo. Victor trató de buscar compañía del peor modo posible... y solo encontró miedo, apego tóxico y rencor. Los chicos te aprecian. Yo te quiero. Y por eso vas a desahogarte contándome todo. —Soren palmeó su muslo antes de levantarse para buscar otro refresco—. Empezando por los detalles de tu regreso. De su muerte.

No necesitó una respuesta. Eric se había quitado las lentillas y los rizos del pelo suelto caían sobre sus hombros cuando Soren regresó. Volvía a ser él. El maquillaje, mal retirado por una toallita que ahora descansaba sucia sobre la mesa, ya no cubría las incipientes ojeras. Sus ojos ambarinos miraron a Soren con infinito agradecimiento. En cinco años no le había contado a nadie lo sucedido, al menos con detalle, completo. Nadie había preguntado, para todos era

doloroso, un tabú. Eric necesitaba enfrentarse a ello, abrir la herida enquistada para desinfectarla tanto como pudiera. Sabía que era imposible. El veneno inoculado por Victor había llegado hasta su alma.

Sin embargo, recordar lo ayudaría a aligerar el peso que cargaba en ella. Agarró las manos de Soren y lo hizo sin restricciones.

12. No me dejes solo.

Cinco años antes.

El cuerpo de Soren en el suelo. Pálido. Desangrándose. Eric no pudo detenerse el tiempo suficiente para ver esa imagen, pero su cerebro la componía y la pasaba en bucle como un mal gif durante todo el camino de regreso. Había logrado escapar de la isla, solo, sin sus amigos, y ahora regresaba sin saber qué iba a encontrar, queriendo creer a Victor, el rey de las mentiras. La tormenta concedió una tregua al océano, pero él apenas se percataba. El catamarán avanzaba solo, guiado por la mano invisible de la tecnología, lo llevaba de vuelta a la rocosa cárcel de oro como si salir de allí solo hubiera sido un capítulo de relleno en una *sitcom* del siglo XX. Eric dormitaba, bebía agua por puro instinto y pasaba las horas con la mirada perdida. Los fantasmas paseaban de proa a popa, se sentaban en la cabina o flotaban entre las olas. Hablaban.

Egoísta.

Nos utilizaste.

Nos dejaste atrás.

Todo es culpa tuya.

No eres mucho mejor que él.

No era tan malo para nadie. Solo para ti.

De no ser por ti estaríamos vivos, encerrados, pero seguros.

Ha habido represalias. ¿No pensaste en eso? ¿En los que dejabas atrás?

Creyó enloquecer. La pequeña parte de sí mismo que se aferraba a la cordura le impidió cambiar de opinión durante la angustiada travesía de regreso. No iba a abandonar a Soren. No podía hacerlo. Lo había dejado solo allí y ya solo se tenían el uno al otro. Que el disparo no lo hubiera matado era un milagro. Una señal.

Solo vio el sol en el cielo despejado cuando avistó la costa rocosa de la isla. El catamarán regresaba a la cueva de la que había salido. Antes de deslizarse en su interior pudo ver la luz dorada derramándose sobre el acantilado. Los árboles rotos, las ramas y los desperdicios traídos por la tormenta a la pequeña e inaccesible línea de playa bajo el acantilado. Las voces se acallaron. Todo se volvió irreal, como un sueño en el que hubiera caído sin darse cuenta.

Dentro de la cueva todo seguía igual, en una pacífica penumbra que acentuaba la sensación de irrealidad. La embarcación se detuvo y extendió la pasarela. Los guardias, vestidos con su uniforme blanco impoluto y armados con fusiles lo esperaban allí, de pie sobre el muelle. Su instinto de supervivencia se activó de inmediato: iban a matarlo. Si bajaba, dispararían y tirarían su cuerpo al mar. El trato que Victor le acababa de ofrecer era una mentira.

Pensó en regresar al cuadro de mando y salir de allí, pero sus dudas duraron tanto como tardó el recuerdo de Soren en imponerse. La túnica blanca tornándose roja. Sus ojos vidriosos. ¿Qué le quedaba en Elysium? Ya no tenía nada. Lo único por lo que quería vivir estaba allí. Valía la pena el riesgo.

Así que levantó los brazos al asomarse a la pasarela y bajó del catamarán con una mirada desafiante.

—¿Dónde está Victor?

—En el área de experimentación —respondió con sequedad uno de ellos.

Otro lo agarró del brazo de camino a un ascensor oculto que no localizó en la huida. Solo dos lo acompañaron hasta la planta superior, avanzando por los pasillos en absoluto silencio, ignorando cualquier otra pregunta. Normalidad. Después de días perdido en alta mar, aquello significaba normalidad. Orden. Rutina. Una parte de sí mismo que Eric despreciaba se relajó. Lo llevaron hasta la puerta abierta de una habitación sin nombre, número o dibujo y se largaron.

Soren estaba en la cama, dormía como si todo hubiera sido una pesadilla. El único atisbo de realidad era el vendaje limpio que cubría su pecho. Al lado, sentado en una silla de plástico, estaba Victor.

Vestía de traje. Gris marengo, sin corbata. Elegante y limpio. Otro signo de normalidad. El espejismo se rompía por completo al mirarlo a la cara: estaba pálido. Ceniciento. La cabeza rapada. El rostro hermoso de Victor había perdido su tersura. La piel se le pegaba a los pómulos y unas profundas ojeras revelaban toda su vulnerabilidad. Eric sintió una mezcla de pena y asco. ¿Cómo había podido degradarse tanto en apenas unos días? Era como si la corrupción que guardaba dentro le hubiera carcomido hasta la carne. Y, sin embargo, le dolía verlo así. No quería verlo así.

Se acercó a Soren y le agarró la mano. Su primer impulso fue tratar de despertarlo tocándole la mejilla, pero estaba profundamente dormido. O en coma.

—¿Despertará? —preguntó. Evitaba mirar de nuevo al millonario.

Victor asintió.

—Está fuera de peligro desde el principio, pero ayer despertó. Solo tiene una sedación leve. Si esta tarde está lo bastante espabilado verán si empieza a comer por sí mismo —dijo señalando la vía que se enterraba en su brazo.

De haberle quedado lágrimas y haber perdido del todo la dignidad, Eric se habría echado a llorar como un niño delante de Victor de puro alivio. Estrechó la mano de Soren y se la llevó a los labios para besarla, tembloroso, agradeciendo al universo o a quien estuviera ahí arriba que siguiera vivo. Se tomó unos segundos para recomponerse y acabar de entrar en contacto con la realidad: Soren estaba vivo. Seguía en la isla. ¿Había sido todo en vano? Miró a Victor al fin.

—No mentías.

—¿Te he mentado alguna vez? —Victor se levantó con gesto agotado y movimientos de anciano. Puede que su cuerpo respondiera con dificultad, pero su mirada seguía siendo clara y escrutadora. Se fijó en la expresión de Eric—. El día de la fiesta dejé la medicación para siempre. No iba a curarme, pero paliaba los síntomas y me mantenía lo bastante fresco para que no notarais nada. Si te hubieras fijado, habrías visto que subir al mirador de los fuegos artificiales representó toda una batalla.

—¿Querías que lo hiciera?

—No. Quería dejaros un último recuerdo, un buen recuerdo. ¿Estás dispuesto a cumplir tu parte del trato? Me gustaría acabar con esto pronto, antes de que los dolores me postren.

En realidad, lo había visto. Su despedida. Su fragilidad. Lo había visto todo y no había querido aceptarlo. La naturalidad con la que Victor dijo la última frase volvió a enfrentarlo con la situación.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

La aceptación estaba implícita. Él también quería terminar. Hacerlo pagar por todo lo que había hecho. Liberar al mundo de un monstruo. La decisión estaba tomada desde que regresó a la isla. O eso creía.

Victor suspiró y apoyó la espalda en la pared.

—Primero tenemos que gestionar la maldita burocracia. Mis abogados están arriba. Tienes un montón de papeles que firmar. Tendré que grabar un vídeo en el que salgamos ambos, con ellos y la notaria como testigos. Allí, alegaré que escojo voluntariamente el suicidio asistido, que tú serás el encargado de proporcionármelo y que todo lo que tengo pasa a tus manos.

Era tan frío que costaba asimilarlo. Eric escuchó como si en realidad no estuviera allí. Los papeles, los vídeos, las firmas... eran peor que estrangularlo allí mismo en un acceso de ira. Lo convertía todo en una decisión más que consciente, que no aceptaba excusas.

—Pero hay algo más —continuó Victor ante el silencio de Eric—. Tendrás toneladas de archivos que leer para llegar a entender lo que se está gestando en la isla, concretamente en esta planta. Como no puedo esperar tanto, te haré un resumen. Vamos.

Salió primero. Eric vio cómo sacaba de su bolsillo dos pastillas y las ingería sin agua, algún tipo de potente analgésico. Lo llevó hasta una de las habitaciones del otro lado del pasillo. Ante ellas, pintado en la pared, había un gracioso y anticuado robot.

—Supongo que sabes un mínimo sobre clonación. Lleva estudiándose y mejorando desde el siglo XX.

No había restos de sangre en el pasillo. Ni en las paredes. ¿Qué había pasado con Alex? ¿Estaba vivo? ¿Lo habían encerrado para experimentar con él? Quería todas las respuestas y sabía que iba a tenerlas. Podía tenerlo todo. Todo ese jodido infierno en el que Victor había convertido la isla. Eso incluía todos los cadáveres.

—Sí. Algo sé. ¿De qué va esto? ¿Intentabas hacerte un cuerpo nuevo?

Como siempre, Victor parecía ir un paso por delante de sus pensamientos.

—Alex está bien. No se ha separado de Gabriel. Gabriel pertenece al... casi primer proyecto de Valkyria, al que llamamos Diente de León. Consta de dos apartados: por un lado, se trata de adaptar la flora a las condiciones adversas que traerán los últimos coletazos del cambio climático. Tres será tu mano derecha en eso. Aumentar su tolerancia al estrés ambiental, a las alteraciones de oxígeno y dióxido de carbono. Aumentar también su capacidad de adaptación genética, su resistencia a condiciones extremas y su capacidad para reproducirse y propagarse rápidamente. Por otro lado, trasladar esa adaptación a los seres humanos. —El millonario respiró hondo tras aquel monólogo y abrió la puerta.

La habitación era enorme, casi un pasillo paralelo repleto de camas. Solo la mitad ocupadas por personas entubadas. Doce, uno de los primeros compañeros de Eric en la isla, al que creían muerto, reposaba en la que tenían enfrente.

—Dices que nunca me has mentado, pero no te despeinaste cuando nos dijiste que Doce había decidido volver a Elysium. —Victor conocía bien la tensión en la mandíbula de Eric, la mirada flamígera que le dirigió—. ¿Qué estás haciendo con ellos?

Victor compuso una media sonrisa fatigada.

—*Touche*. —Acarició el rostro dormido, cerca de la sien, uno de los pocos espacios libres—.

Doce no estaba bien dentro de su cabeza. Comenzó a utilizar un antidepresivo experimental y, para tristeza de todos, le provocó un trombo. Lleva en coma desde entonces. Quizá en Elysium, quizá aquí, eso solo lo sabe él. Los daños producidos han inutilizado su mente, pero su cuerpo aún puede ser útil.

—Qué conveniente. Le provocó el trombo cuando empezó a resultar molesto —espetó Eric. Apartó la mirada de su antiguo compañero para observar a los demás—. Los mantienes vivos para tus experimentos... ¿Cómo sabes que no están sufriendo?

Victor miró su reloj de pulsera.

—Me es indiferente que estén sufriendo, la verdad. Ahora son tu problema, seguro que lo resuelves de un modo ético. Este trabajo está dividido en tres proyectos: Avatar, el encargado de transferir conciencias grabadas a cuerpos sanos. Plagueis, para pasar conciencias a archivos de red, el único que ha dado resultados. Y un tercero, en proceso a largo plazo. —Miró a Eric con intensidad—. Para transferir a nuevos cuerpos todo lo que la humanidad vuelca de forma individual en sus redes sociales y su domótica. En otras palabras, para preservar todo lo que ellos mismos querían recordar y vencer a la muerte.

—Una copia de seguridad de la humanidad... —Eric volvió a mirarlo. Era difícil no sentir cierta fascinación por algo así, por mucho que le horrorizaran los medios.

—Poco a poco. De momento solo se está intentando con la gente del pueblo. De forma voluntaria, si te lo estás preguntando. Y hasta ahora, un único éxito. Lo tienes delante.

—Has guardado tu conciencia en la nube. ¿Por qué no me sorprende nada de esto?

—Y no pienso protegerla. También quedará en tus manos la posibilidad de destruirla como harás con mi cuerpo. Vámonos. De todo lo demás tendrás que informarte después.

Utilizaron el mismo ascensor en el que Eric y sus amigos habían huido días atrás, en lo que parecía ser otra vida. El salón de la planta de Victor estaba ocupado por cuatro mujeres y dos hombres trajeados que se levantaron al verlos, dejando sobre la mesa tazas de té y café.

—Será mejor que el caballero se ponga presentable antes del vídeo —observó una de ellas, ya cercana a la vejez.

—Eric, tienes un traje listo en mi dormitorio. Usa ese aseo. Y date prisa, por favor —dijo Victor, dejándose caer en el sofá. Su voz bajaba de volumen por momentos.

Estaba sufriendo. Para su desgracia, a Eric sí le importaba. Pasó por delante de los abogados sin dirigirles la mirada y se encerró en la habitación de Victor. Estar allí lo hacía sentir en un espacio seguro, por contradictorio que fuera. Hizo las cosas lo más rápido que pudo. Apenas necesitó un cuarto de hora para volver a salir, con el pelo húmedo y el traje puesto. Incluso había usado un poco de maquillaje para disimular la fatiga en su rostro. Como si Victor mereciera que hiciese ese esfuerzo por él, el de parecer presentable, darle una última imagen agradable que pudiera llevarse al otro lado.

—¿Toda esta gente estará presente? —preguntó con recelo.

—Esta gente son tu único escudo ante las sospechas de asesinato que vendrán. Tus nuevos abogados. Parte de ellos. Ven, siéntate a mi lado.

La cámara estaba preparada sobre la mesa. Victor ni siquiera esperó a que Eric escogiera postura para empezar a hablar. Debía haber tomado algo, porque su voz resonó con fuerza.

—Yo, Victor Valkyria, en plena posesión de mis facultades mentales y ante el inevitable

deterioro de mi cuerpo por una enfermedad terminal constatable en mi historial médico, he decidido, sin injerencias externas, poner fin a mi sufrimiento mediante el suicidio asistido. Reconozco plenamente que esta elección es irrevocable y la tomo con pleno conocimiento de sus implicaciones legales y morales. En este sentido, designo a Eric Bucket, aquí presente, como la persona responsable de facilitar y llevar a cabo el proceso de suicidio asistido. Le confiero plena autoridad y poder para tomar todas las medidas necesarias para garantizar que este acto se lleve a cabo de manera segura, digna y sin dolor. Además, en cuanto a mis asuntos financieros y patrimoniales, dejo constancia de que Eric Bucket será el beneficiario exclusivo de todos mis activos, incluyendo mi empresa, mi fortuna y todas mis propiedades. Esta designación se realiza de manera voluntaria y libre de coacción, y deseo que mis bienes pasen a ser propiedad de Eric Bucket de manera inmediata después de mi fallecimiento. —Tomó aire con fuerza. Eric pudo escuchar un gorgoteo ronco en lo más profundo de su pecho—. Solicito a mis abogados, presentes como testigos, que tomen todas las medidas necesarias para asegurar que mis deseos expresados en este comunicado sean respetados y ejecutados de acuerdo con la ley. Confío plenamente en su profesionalidad y dedicación para garantizar que se cumplan mis últimas voluntades de manera íntegra y sin contratiempos. Finalmente... expreso mi más profundo agradecimiento a todos aquellos que han sido parte de mi vida en los últimos años. Espero que comprendan y respeten mi decisión, y les pido que recuerden los momentos felices que compartimos juntos, aunque fueran tan extraños como escasos. Que este comunicado sirva como testimonio válido de mis intenciones y decisiones finales.

La notaria, una chica joven con el moño tan apretado como todas las trabajadoras de Valkyria, entró en plano.

—Señor Bucket, es mi deber asegurarme de que comprende y acepta las responsabilidades legales asociadas a su designación. ¿Es usted plenamente consciente de dichas responsabilidades y acepta cumplirlas de acuerdo con la ley?

Estaba lejos de ser consciente. Eric ni siquiera había asimilado lo que sucedía, pero no tenía tiempo para ello. La situación le pasaba por encima como una apisonadora. Tenía el alma fuera del cuerpo y actuaba mecánicamente. Solo quería terminar con todo. Como fuera. Miró a Victor. Por estoico que se mantuviera, podía ver el sufrimiento en sus ojos, detrás del rabioso orgullo que lo mantenía en pie. Cada segundo era una tortura.

—Sí, soy consciente y acepto cumplirlas.

Hubo unos minutos de cháchara entre notaria y abogados, pero ninguno les prestó atención. Victor, recostado en el sofá, agarró la mano de Eric sonriendo.

—Dime la verdad, ¿cómo lo habías imaginado? Porque solo será una inyección.

—Sabes que lo he imaginado de mil formas y las conoces todas. Ninguna se parecía a... esto. —No pudo evitarlo y Eric estrechó la mano de Victor—. ¿No tienes miedo?

—Mucho. De que te niegues en el último momento y tenga que repetir toda esta parafernalia con un sustituto de última hora, probablemente alguno de ellos —señaló a los abogados, que intercambiaban papeles con gesto solemne.

—No vas a dejar de manipularme hasta que te mueras, ¿verdad? —inquirió Eric en tono amargo.

—No te estoy haciendo un regalo, Eric. Lo que te entrego es el peor castigo que nunca has podido imaginar. Pero estoy seguro de que podrás con ello. —El millonario se levantó con pesadez y se quitó la chaqueta. Pese a todo el daño de la enfermedad que estuviera devorándolo

desde dentro, su cuerpo seguía siendo hermoso, con una musculatura discreta y fibrosa, quizá acentuada en los últimos días por su delgadez. Se remangó la camisa y utilizó los talones para descalzarse—. Es arriba. En el jardín del acantilado. Tendrás que ayudarme a subir las escaleras.

Eric se puso en pie y le pasó un brazo bajo las axilas para ayudarlo. No había un segundo de tregua para sus emociones. No había llegado a rozar la libertad con los dedos cuando esta se convertía en un espejismo. Quería odiar a Victor por lo que estaba haciendo, por las consecuencias, por las pérdidas, pero nada era tan sencillo.

—Debería hacerlo —dijo mientras le ofrecía apoyo para subir a la terraza—. Agarrar a Soren e irme. Olvidarme de este delirio que has montado y tener al menos esa victoria. Sería satisfactorio saber que te has muerto sin conseguir lo que querías.

—Entonces sí tengo un regalo: moriré sin conseguir lo que quería. Puedes hacerlo. Soren y el resto recibirán en cuestión de días una cuenta bancaria propia con dinero suficiente para vivir con desahogo donde escojan... aunque, sin mi presencia, habrá pocos lugares mejores que este.

Llegaron a las escaleras. El esfuerzo de subirlas, incluso con ayuda, mantuvo a Victor callado y jadeante. Eric esperó con paciencia. No lo apremió ni le negó el apoyo. Tenía un nudo en la garganta, hecho de espinas, que se cerraba con más fuerza a medida que avanzaban hacia lo inevitable. Le dio tiempo a pensar, a obligar a su alma a regresar a su cuerpo para comprender la magnitud de la decisión que estaba tomando.

Una maldición. Atarse a un leviatán. Tomar el legado oscuro de Victor. No era un regalo.

—¿Quién se encargaría de Valkyria y de todo lo que has estado haciendo aquí?

—Tú —jadeó Victor al llegar. No recuperó la palabra hasta estar sentado en un hermoso sillón de cuero negro colocado allí para la ocasión, mirando hacia el invernadero y el mar. Junto a él, en una mesita, reposaban una botella de licor sin abrir, dos copas vacías y una jeringuilla—. Tendrás... asesores fuera de la isla, para todos los negocios... legales. A Tres. Al resto.

La brisa y el sol eran una bendición pasajera en época de tormentas. Las nubes se acercaban desde el horizonte. No hubo palabras mientras Victor recuperaba el aliento. Eric estaba buscando la rabia dentro de sí, pero solo sentía una inmensa lástima por el que había sido su captor. Por sí mismo y por los que habían quedado en el camino. Lo odiaba, era el hombre que lo había esclavizado, usado y manipulado, pero no era tan sencillo como eso. Había mucho más.

—Quiero decir... Si yo no acepto. Si yo decido abandonarte aquí, ¿quién coge la cadena?

—Oh. —Una inspiración ronca—. Los inversores triturarían la carroña si... si no lo hacen antes los abogados.

Todo o nada. Ese seguía siendo el trato. Y la letra pequeña: si se iba y renunciaba, si decidía quedarse sin nada, todo habría sido en vano. No solo sus pérdidas, sino las muertes y el dolor de los que habían sido usados en pro de la salvación.

No podría cambiar nada. Valkyria quedaría en manos de gente sin escrúpulos. Un gigante a la deriva pisoteando los restos humeantes de un mundo que agonizaba.

De nuevo la elección era falsa. No existían más posibilidades que el camino trazado.

—Eso sería un desastre. —Eric se puso en pie para descorchar la botella y servir el contenido en las copas. No quiso ni mirar la jeringuilla—. Y se perderían las pocas cosas buenas que has hecho.

Victor bebió con avidez en cuanto se lo acercó. Licor fuerte, un cóctel muy peligroso

teniendo en cuenta la cantidad de pastillas para el dolor que debía haber tomado, pero a esas alturas daba lo mismo.

—Quería que fuera de noche... con las estrellas. Como la primera vez. No podrá ser... Comprobarás que el dinero... no alcanza para los deseos más sencillos. Hay una fosa cavada ahí. —Señaló el invernadero, cerrando los ojos.

Agarrar sus manos y dejar que las apretara fue fácil para Eric, mucho más que aferrarse a la ira. El todopoderoso Victor no era más que un mortal, tan frágil como el resto. El dinero no había podido comprarle una cura. Tampoco el amor que se le había negado en su vida. Al menos, no el amor sin mácula ni veneno que podría haber hecho crecer un alma en su interior. Era tarde para eso, pero no pudo evitar la compasión.

—Te enterraré en el invernadero —le aseguró sosteniendo sus manos. Lo dejó respirar y relajarse tras el acceso de dolor—. ¿Cambiarías algo de lo que has hecho en tu vida, Victor?

Un resoplido de risa fue castigado con un desagradable acceso de tos sucia, arenosa.

—No eres mi confesor, Trece. —Apretó sus dedos, observándolos como si fuera la primera vez que los viera—. Estás cansado. Ha sido un... largo viaje en medio de la tormenta. He comido fresas. Descansemos.

Victor estiró el brazo sobre el borde del sillón, la piel clara del interior hacia arriba. Las venas azuladas eran perfectamente visibles.

Ya no había tiempo. Las espinas se clavaban en la garganta de Eric. Las palabras no tenían sentido. Le pareció que la mano que agarró la jeringa era de otra persona, porque no temblaba, porque no parecía dudar. El tiempo de reflexión se había consumido, pensar solo complicaba las cosas cuando no existían opciones. La aguja traspasó la piel con facilidad, encontró la vena y derramó en ella el líquido letal. Lenta, delicadamente, como se da una caricia de consuelo. Al extraerla, ya vacía, Eric la dejó de vuelta en la mesa.

—Ven... Maldito cabrón... —susurró con la voz ahogada por la emoción, y tiró de él para abrazarlo.

Victor se recostó contra su cuerpo. Relajado, sereno. Rodeó su cuello con los brazos y hundió la nariz en su pelo, que olía a salitre pese a la ducha apresurada. Pegó ambas mejillas y las frotó como un gato satisfecho. Eric pronto sintió la humedad pegándose a su piel.

—No me dejes solo. Por una vez en la vida... no quiero sentirme solo —susurró Victor.

Si lo merecía o no, ya no tenía importancia. El corazón de Eric se encogió, dejó de tener espacio para el rencor, la venganza o el odio. Pudo comprender la extensión de ese abismo sobre el que Victor había caminado toda su vida y sintió el mismo miedo que él. Una parte de sí iba a quedarse huérfana para siempre.

—Estoy aquí. No te soltaré. Te llevaré a dormir entre las flores... —murmuró en su oído. Le acarició el pelo ralo del cráneo y lo balanceó inconscientemente, como si fuera un niño—. Allí soñarás que todo fue distinto. No volverás a estar solo.

—Ya no duele. Las flores... —El tono era suave y confuso, como si acabara de despertar o fuera a quedarse dormido—. Cuida las flores. Volverán a... brotar cuando pase la tormenta. ¿Brotarán sobre mí?

—Sí. —Las lágrimas empezaron a bajar silenciosas por las mejillas de Eric. Algo moría también dentro de él—. Se alimentarán de ti. Pintarán sus pétalos de colores hermosos y

renacerán una y otra vez. Lo limpiarán todo, hasta que solo haya belleza.

Los finos dedos de Victor se crisparon sobre su espalda para aflojarse enseguida.

—Soren. Es frágil, cuida de Soren. Yo tengo demasiado sueño, yo... os amaba a ambos... Las flores...

El estremecimiento vibró hasta en los huesos de Eric. Supo el momento exacto en que el último suspiro liberó el alma de Victor y dejó una cáscara vacía entre sus brazos. El dolor había pasado para él. Era libre, pero Eric era incapaz de soltarlo.

Cuando la música empezó a sonar, creyó estar imaginándola, hasta que se dio cuenta de que sonaba desde el *smartwatch* de Victor. Una guitarra, la voz dulce de una mujer. Una tonada serena y triste.

I'm sorry

Two words I always think

After you've gone

When I realize I was acting all wrong

So selfish

Las lágrimas se volvieron un torrente que lo cegó. Apretó el cuerpo inerte contra el suyo. Victor no había podido pedirle perdón, pero esa canción lo hacía por él. Eric no había podido decirle que, a pesar de todo, lo quería.

Two words that could describe

Oh actions of mine

When patience is in short supply

We don't need to say goodbye

We don't need to fight and cry

El alarido pareció romperle el pecho. El dolor terminaba para Victor y entraba como un espectro en Eric. Ya no lo abandonaría, se alojaría en el vacío que dejaba, con sus culpas y sus sombras.

Las nubes ocultaron el sol. Devoraron la luz con un manto plumizo. La tormenta murmuraba, cercana.

Oh we, we could hold each other tight tonight

We're so helpless

We're slaves to our impulses

We're afraid of our emotions

And no one knows where the shore is^[5]

Victor ya era libre. Las cadenas tiraban ahora de las muñecas de Eric.

No supo cuánto tiempo había pasado aferrado al cuerpo frágil y vacío. La canción terminó y una voz conocida lo trajo de regreso.

—Tenemos que enterrarlo, Eric... —Tres estaba afectado, pero íntegro. Tenía una pala en la mano y señaló hacia el invernadero—. Ahora no está muy bonito, la tormenta lo ha destrozado, pero cuando pase lo arreglaremos. Todo vuelve a brotar después de la tormenta.

13. Hay algo que puedes hacer por mí.

Cuando los dedos de Soren secaron la humedad en sus mejillas, Eric se dio cuenta de que estaba llorando. Lo miró a través del velo acuoso que empañaba sus ojos. Una pequeña parte de la carga se aligeró en su corazón y, a pesar de ello, se sintió deshonesto. No podía contarle a Soren lo que pasaba en los laboratorios en realidad, aunque las cosas hubieran cambiado tanto. Le ocultaba con celo sus proyectos, su profundo estudio de la IA para salvaguardar la memoria de la humanidad y todo lo que conllevaba. De nuevo, tratar de acercarse a Soren y sentirse tan libre como antes de la muerte de Victor fue agri dulce. Ninguno lo decía, pero los dos sabían que su ausencia los había dejado incompletos. Y a Eric, en concreto, lo había aislado de todos.

—Lo siento. Debí contártelo antes. Tenías derecho a saber que te amaba... y que quería que te protegiera.

Soren también lloraba, aunque se había secado las lágrimas con el brazo en un par de ocasiones. Conocía lo sucedido, a grandes rasgos. Después de que Eric lograra escapar dándolo a él por muerto, Victor se había conectado a la red del catamarán para proponer algo horrible: que regresara y lo ayudara a suicidarse a cambio de todo su imperio.

Abrazó a Eric y utilizó la toallita ya sucia para secar su rostro. Para sorpresa del nuevo dueño de Valkyria, sus lágrimas resultaron ser de rabia y no de pena.

—Me da igual. No quiero su amor sucio. Es tan injusto... Fue tan injusto contigo... Tú no habrías regresado si yo hubiera ido contigo en el barco. Me utilizó para condicionar tu decisión. Lo habrías dejado pudriéndose, con su enfermedad de mierda y su fortuna de mierda —siseó con la voz rota.

Era la verdad. Eric no regresó por los millones, ni por la isla. Regresó por Soren y era tan consciente como él de que Victor los había manipulado hasta el final. Lo nuevo no era eso. Era la rabia de Soren. La que nunca había expresado y ahora relumbraba en su tono contenido.

—Pensaba que lo echabas de menos... —No era reproche, sino sorpresa.

—¡Claro que lo echo de menos! ¡También echo de menos el alcohol! ¡Y ninguna de las dos cosas se parece al modo en que extraño a mis amigos, que están muertos por su culpa! ¡Podía haberlo parado todo, Eric! ¡Los dejó morir!

La culpa de Eric se aligeraba cuando escuchaba las verdades desde otra boca. El amor retorcido de Victor nunca fue tal. Era puro narcisismo. Había manipulado sus emociones de tal manera que los había convertido en adictos. Y era difícil dejar de necesitarlo. No pensar, una vez muerto, que esa droga era amor en realidad. Que era algo puro.

—Quería saber hasta dónde llegaríamos. Para él eran bajas colaterales. No le preocupaba en absoluto lo que pudiéramos sufrir —añadió Eric. Se sentiría mejor si aquello servía al menos para que Soren se liberara de su propia carga—. El sufrimiento ajeno simplemente no le importaba.

Soren se dejó caer en el sofá, estirando los brazos en el respaldo, la lengua apretada contra la parte trasera de sus incisivos ligeramente separados.

—Ya no está. Tenemos que lidiar con su mochila, pero al menos él ya no existe.

Sí existía. No como antes, pero aún existía. Otra cosa que Soren no podía saber. Eric le

agarró las manos y besó sus dedos. Uno de esos gestos de ternura que se reservaba solo para él.

—Siento haberte dado por muerto entonces... Eso me pesa tanto como las muertes.

Soren, al que Eric había conocido con el deshumanizante nombre de Siete, se subió la sudadera. Debajo de su pectoral izquierdo, hacia el centro, tenía una cicatriz redonda del tamaño de una lentilla. Era blancuzca y hundía la piel como el ombligo de una naranja.

—En el Haven no se sobrevive a esto. No te culpé entonces y no te culpo ahora, bobo.

Estaba a punto de amanecer. Una luz suave empezaba a despertar los colores del jardín. Eric tiró con suavidad de la sudadera de Soren y lo atrajo hacia sí para besarlo. Lento y sentido, uno de esos besos que quería trascender la piel. Eso no había cambiado. Cuando no había palabras todo era como antes, pero cuando regresaban, el abismo se interponía de nuevo.

—Se nos ha hecho muy tarde —dijo al separarse. Le acarició el pelo y sonrió—. ¿Me esperas en la cama? Me daré una ducha rápida e iré contigo enseguida.

—Si tardas demasiado me dormiré.

Eric no tardó demasiado, pero sí lo suficiente para escuchar, al salir del aseo, la rítmica respiración de su compañero dormido. Regresó al salón, donde las cortinas domóticas seguían abiertas y nadie lo escucharía.

—¿Freya, has acabado de editar el vídeo? —le preguntó a su teléfono en voz baja.

La respuesta fue positiva.

A miles de kilómetros de allí, Norman Tylmann, el dueño de FreakBrain y padre de Mark, revisaba sus cuentas. Días atrás había recibido un extraño sobre en la puerta de su casa, con la palabra «Lujuria» pintada en letras grandes y rojas. No le preocupaba, el mundo estaba lleno de zumbados y zumbadas, sobre todo zumbadas, que odiaban el servicio que prestaba su web. Mark tampoco era un quebradero de cabeza por el momento. Desaparecía a menudo. Lo único molesto era el trabajo que había dejado sin hacer, nada que fuera a ir más allá de una reprimenda y una charla sobre responsabilidades. Su hijo sabía disfrutar de la vida, ¿no era acaso eso lo que vendían?

El sonido de su teléfono sí despertó una ligera alarma en su cabeza. Nunca había escuchado algo así. Un timbrazo extraño y alegre, como de película antigua.

Ring. Ring.

Al mirar se encontró con un sobre pixelado con una carita sonriente a modo de cierre. Bailoteaba por todo el rectángulo y tuvo que tocar justo sobre él para que se abriera. Era un vídeo. Un vídeo con la música comercial del último anuncio de FreakBrain. Un hombre trajeado paseaba alegremente por un pasillo lleno de puertas, igual que en el anuncio. Su rostro era la misma cara sonriente, plana y desagradable, del sobre.

¡Bienvenido a FreakBrain! ¿Nos conocemos? ¡Claro que sí!

¿Estás cansado de buscar entre miles de vídeos insulsos? ¿Quieres acceder a la mayor variedad de contenido para adultos en un solo lugar? ¡Entonces estás en el sitio correcto!

En nuestra plataforma, te ofrecemos una experiencia de entretenimiento incomparable.

Todo era normal hasta ahí. Tylmann frunció el ceño al ver que el vídeo producía una interferencia. La voz cambió. Pasó de ser alegre a ser ronca, grave, como si alguien se cubriera la

boca con un pañuelo o llevara fumando cuarenta años. La cara sonriente abrió la puerta, la que debía enseñar a dos chicas besándose en lencería. En su lugar había una mujer inconsciente, en un cuartucho, siendo manoseada por varios hombres.

¿Borrachas? ¿Drogadas?

Tylmann se levantó de golpe. En la siguiente puerta había algo aún más grave y explícito.

¿Menores?

—¿¿Qué coño es esto?? —gritó el empresario del porno. Las puertas cada vez se abrían más rápido.

¿Mendigos? ¿Animales? ¿Personas con discapacidades severas? ¿Las tres cosas juntas? ¿Violaciones? ¿Pornovenganza? ¿El hijo de Norman Tylmann inyectándose ThriveHard en la polla?

La siguiente puerta dio paso a un vídeo muy distinto, con una calidad perfecta. Mark estaba encerrado en un pequeño aseo, haciendo exactamente lo que prometían las palabras. Sin ningún tipo de censura, mostraba cada detalle de su sexo flácido.

¿El hijo de Norman Tylmann probando la eficiencia del medicamento?

Mark estaba detrás de otro chico al que no se le veía la cara. Intentaba darlo todo con cada caderazo, pero no parecía muy feliz.

¿El hijo de Norman Tylmann llorando mientras se hace una paja?

No había mucho que añadir a esa nueva propuesta. Mark estaba en otro baño distinto. Su sexo seguía duro, hinchado y enrojecido, como si nada de lo que pudiera hacer con él le proporcionara el alivio que buscaba. Un primer plano de la cara de Mark mostró su rostro empapado de lágrimas. Tenía los ojos cerrados.

La puerta se cerró y una nueva interferencia dio paso al siniestro rostro de emoticono amarillo. La sonrisa se deformó en una mueca de tristeza, dibujando un arco perfecto bajo los dos puntos negros que representaban los ojos.

Irónico, ¿verdad? Tu hijo necesita un extra para ser el semental que FreakBrain requiere. ¿Será cierto que el porno funde tanto el cerebro como la polla?

Ya no podía negar que ese siniestro personaje le hablaba a él. La cara se quedó mirando al frente, esperaba una respuesta.

Norman sujetaba el teléfono con ambas manos, tecleaba a toda prisa para intentar descubrir desde dónde habían enviado aquello y cómo habían logrado convertirlo en un directo que utilizaba la cámara sin permisos. El vídeo simplemente estaba allí, sin formar parte de ninguna web o aplicación, sin datos, peso o rastro visible.

—¿¿Quién coño eres, hijo de puta?? ¡Da la cara! —le chilló a la pantalla.

¿Qué se siente, Norman? Cuando alguien entra en tu intimidad y no puedes hacer nada para impedirlo. Desagradable, ¿eh? Imagina que alguien decidiera publicar estos vídeos.

Norman entendió, o creyó entender. Chantaje. Incluso sintió cierto alivio. El imbécil de Mark se había ido a una fiesta privada. Drogado hasta el culo, sin darse cuenta de que había cámaras. Y le habían cazado follando con otro imbécil como él. Eso no le preocupaba, la parte sexual. Pero el ThriveHard sí. No era una medicina para aumentar la potencia sexual y la diversión, era un maldito tratamiento para la disfunción eréctil crónica, severa, incurable. Mark era todavía más idiota de lo que esperaba si estaba jugando con esas cosas sin necesidad. Y, desde luego, era una

publicidad que podía arruinar FreakBrain.

—Entiendo. Quieres dinero.

No quiero dinero. Esto no lo puedes arreglar así. Lo siento, Norman.

El rostro mostró una exagerada mueca triste de nuevo.

Tal vez es hora de que empieces a sufrir las consecuencias de lo que haces...

Una nueva interferencia. Norman temió que la comunicación se cortara sin más, pero el rostro amarillo se llevó una mano al mentón en un gesto pensativo.

Aunque hay algo que puedes hacer por mí. Será sencillo, te lo aseguro. Y una vez lo hagas, me olvidaré de ti para siempre.

14. ¿De qué me sirve una isla paradisíaca si no puedo enseñarla?

La primera clase con Soren fue un momento de calma para la mayoría. La pareja del millonario lo organizó como una presentación relajada, un momento para compartir inquietudes artísticas y descubrir las inclinaciones de cada uno. Todos los chicos de la isla tenían conocimientos concretos sobre algún tema del pasado, cuando el arte no estaba reducido a las creaciones sin alma de las inteligencias artificiales. Mark y Paul, cada uno en su estilo, poseían una amplia cultura musical. Felix era un artista en sí mismo, con saberes y habilidades en muchas disciplinas. Kei era autodidacta en cuestión de moda, incluyendo la antigua. En un momento dado, cuando la clase hablaba de técnicas obsoletas y olvidadas, les explicó a todos la ingente cantidad de tejidos naturales que habían desaparecido de la ropa siglos atrás. Su gusto por ser el centro de atención le elevó los niveles de dopamina hasta el final de la clase, cuando todos se dispersaron para trabajar, hacer deporte o pasar el rato. La caída de la montaña rusa llegó como una bofetada de conciencia: toda aquella información no servía de nada si no podía compartirla a lo grande. En sus redes.

Los días anteriores, tan llenos de novedades, lo habían distraído lo suficiente para enterrar en el fondo de su mente la idea de estar desconectado. Al salir del edificio, la realidad lo golpeó a la vez que la brisa cálida. No debería estar allí, contando tontas anécdotas de moda a un grupo reducido y desinteresado. Él era distinto. Era popular. Sin embargo, esa misma popularidad virtual era también su cárcel invisible. Las redes sociales habían tejido una red de expectativas y presiones que lo envolvían constantemente, alimentando su adicción y desgastando su bienestar mental. ¿Qué estarían pensando sus seguidores? ¿Cuántos habría perdido ya? ¿Y los patrocinadores? Sintió que le temblaban las manos. Que le faltaba el aire. Un hormigueo inquietante se extendió desde el pecho hasta las extremidades, como si miles de diminutas agujas se agitaran dentro de él, buscando una salida desesperada. Él era la tela, el patrón y la idea, y los tres resultaban un fracaso. Sacó el teléfono, exhalando un gemido suave y aterrado al ver cómo la carita sonriente negaba con la cabeza al intentar entrar a sus redes.

Se apretó el móvil contra el pecho. El aire más puro que había respirado en su vida lo rodeaba y sentía que no le llegaba a los pulmones. Se encogían por momentos, atrapados entre las costillas que se cerraban como una trampa. Miró alrededor. No podía escapar de esa sensación, los hermosos senderos de los jardines le resultaban hostiles, su mente no veía más escapatoria que el acceso a un mundo que tenía las puertas cerradas en ese momento. Entrar en el espacio seguro de las redes para tener su dosis de dopamina era imposible, y eso le hundía más en la desesperación. Se acercó a la valla del acantilado y agarró la madera. Por más que intentaba inspirar profundo, recordar los consejos de los *coaches* de bienestar mental, su cuerpo se negaba a obedecer y sus pensamientos se enredaban en una madeja de miedo. El corazón le latía tan rápido que pensó que se iba a morir.

—Eh, ¿estás bien?

Kei se giró como una serpiente acorralada, la boca entreabierta, las pupilas dilatadas. Era Ander y parecía preocupado. Intentó articular palabra, pero no pudo, limitándose a boquear como un pez agonizante mientras negaba con la cabeza, agitando mechones rosa pálido.

Ander echó un vistazo dubitativo a la entrada del edificio. No había nadie en recepción.

—Vamos a la enfermería, no tienes buena cara.

La negación se volvió vehemente. Kei era consciente de la imagen sudorosa y desvalida que debía ofrecer y no pensaba airearla, ya era suficiente vergüenza que una sola persona lo viera así. Además, dentro no había oxígeno. Apenas lo había allí, en las corrientes del acantilado. Le enseñó la pantalla del teléfono a su compañero, desesperado, como si él pudiera conseguir que la cara sonriente cambiara de opinión.

El ceño de Ander se suavizó al comprender lo que ocurría. Se acercó y miró la pantalla. La animación que se reproducía era la misma para todos. Al principio resultó siniestra, luego solo era irritante encontrarla cada vez que intentaba conectarse a Internet. Para Kei era mucho peor, él no era capaz de olvidar el móvil en su habitación.

—Ya veo. Aún no hay línea. —Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros cortos. Llevaba una camiseta negra sin mangas y unos tirantes blancos. Su estética anticuada llamó la atención de Kei desde el principio, le gustaba analizarla, pero en ese momento le dio igual—. Estaba buscando a alguien para bajar a la playa. ¿Quieres venir?

Kei cerró los ojos y tomó una inspiración profunda. Sentía las piernas de goma, quizá bajar las empinadas escaleras hasta la playa fuera una mala idea, pero necesitaba hacer algo.

—Solo si no hay nadie —acertó a articular del tirón, agarrándose al brazo de Ander como si le fuera la vida en ello.

El descenso fue lento. La anchura de la escalinata apenas permitía que fueran juntos. Ander bajaba del lado de la barandilla, se agarraba y le ofrecía un apoyo seguro, de agradecer en el tortuoso camino. El miedo a caer y la concentración para mantener los ojos en los peldaños en lugar de en la caída permitieron que Kei comenzara a respirar casi en automático, aunque la presión seguía constriñendo su pecho. La sensación blanda de la arena indicó el final del descenso cuando menos lo esperaba.

—Quítate los zapatos. Se camina mejor descalzo —indicó Ander, que ya se deshacía de las zapatillas.

Kei mantenía una mano contra el pecho y miró al suelo con desconfianza.

—Se me va a meter entre los dedos de los pies —jadeó.

—¿Y qué? —Ander dejó su calzado en el primer escalón y lo miró con una ceja levantada—. Solo es arena. Es agradable. Hazlo y verás

Kei apretó los labios y asintió antes de descalzarse. La sensación fue tan desconocida, tan ajena a su mundo, como agradable. Todo era hermoso en aquel rincón. Ideal para una sesión de fotos, para compartirlo, para presumirlo. Sus ojos se humedecieron y la presión del pecho se volvió cálida, incontenible, a punto de reventar.

Ander no se tenía por un tipo sensitivo o empático. Estaba convencido de que no lo era, pero la realidad le llevaba la contraria en muchas ocasiones sin que se diera cuenta. Reconoció la emoción en los ojos de Kei. Igual que era capaz de captar los intereses y las inquietudes de una masa de gente necesitada de propósito, podía leer en su compañero el sufrimiento que le provocaba el aislamiento. Y su instinto, como siempre, le dictaba lo que el otro quería escuchar. En este caso, la diferencia era notable. No estaba ante los idiotas cabreados y desmotivados de la universidad: Kei era sensible y no quería escuchar lo que ya pensaba, necesitaba algo distinto: cambiar su enfoque.

—Ya. Impresiona bastante. —Ander desvió la mirada para no cohibirlo—. No hay nadie en la playa, igual te sienta bien llorar. Yo no voy a contarle esto a los demás. Ni a Eric. Tampoco creo que les incumba.

Kei se alejó unos pasos en un intento de conservar intacta la dignidad. Tenía la mandíbula tan tensa que dolía. Las primeras lágrimas asomaron tímidamente mientras trataba de encontrar calma en las olas suaves. No funcionó. Los sonidos del mar parecían un reflejo de su propia lucha interna. Lo único que las retenía era un nudo en la garganta que a la vez pedía a gritos deshacerse. La ansiedad estaba aferrada a su estómago como una sombra insidiosa. Se sentó en el suelo. Se dejó caer, en realidad, por melodramático que pudiera verse. Ya daba igual. No podía contener el torrente que brotaba de sus ojos, y tuvo que rendirse ante la abrumadora sensación de vulnerabilidad, tapándose la cara entre sollozos.

Ander le dejó espacio. Durante un rato se dedicó a mirar el horizonte y fingir que no estaba allí. El llanto de Kei, contra todo pronóstico, no le incomodaba, y pronto comenzó a suavizarse hasta no ser más que un hipido. Entonces se acercó y se acucilló a su lado, poniéndole una mano en el hombro.

—¿Puedes respirar mejor?

Hubo un asentimiento breve, acompañado por un desagradable sonido de sorber por la nariz. Kei estaba completamente rojo, con los ojos inyectados en sangre, húmedos e hinchados. Se abrazaba ambas piernas, la barbilla apoyada en las rodillas.

—En una escala del uno al diez, ¿cómo de feo estoy ahora mismo? —musitó.

Ander soltó una risilla y le apretó el hombro.

—Alguien como tú no puede estar feo ni cubierto de barro, Kei. Solo estás congestionado y eso se pasa en un rato.

Kei volvió a sorber sin mirarlo.

—Gracias. Por eso y por acompañarme. Sé que no he sido muy amable contigo. Con nadie, en realidad. Pero ya no importa, porque voy a irme.

—Yo tampoco he sido el alma de la fiesta. Da igual. —Ander se sentó a su lado sobre la arena. El sol estaba alto, pero corría una brisa agradable que refrescaba el ambiente. Las olas oscurecían la arena a pocos centímetros de sus pies descalzos—. ¿Qué es eso de que te vas?

—No sé qué hago aquí. Ni por qué vine. Las clases son entretenidas, vale, pero no me está aportando lo que busco. Y necesito estar en línea, Ander, lo necesito como comer y dormir.

—Ninguno buscábamos esto. —Ander hizo un gesto hacia la inmensidad del océano—. ¿Tú te habías atrevido a soñar con algo así? Porque lo que yo imaginaba no se acerca a la experiencia de estar aquí. Creía que nos comerían la cabeza con *marketing* agresivo y políticas empresariales sin ética ni moral. Aunque lo de las clases es lo de menos. Mira esto, tío, ¿te has fijado en cómo huele el aire?

—Tengo la nariz taponada. ¿Y de qué me sirve una isla paradisíaca si no puedo enseñarla?

—Eso es lo mejor de todo. Somos afortunados. Más que eso, afortunados entre los afortunados. ¿Cuánta gente querría estar aquí viviéndolo? Esto es solo para ti, Kei. Para nosotros. Es uno de los últimos rincones vivos del planeta. —Ander se puso en pie y le tendió la mano—. Ven. Luego si te quieres ir, háblalo con Valkyria y vuelve a Elysium, pero no puedes largarte sin haberlo vivido un poco, sin pensar en nadie más que en ti. No tendrás otra oportunidad como

esta.

A regañadientes, Kei aceptó la mano para incorporarse.

—Si haces algo y no lo enseñas, es como si nunca lo hubieras hecho.

Ander lo soltó en cuanto estuvieron en pie y echó a caminar junto a él. Los primeros pasos fueron extraños y torpes para Kei. La arena se abría bajo sus dedos y parecía engullir sus pies.

—Yo creo que lo íntimo es más real —dijo Ander—. Lo que de verdad importa. No enseñas todo lo que haces en tu vida: tienes secretos, hay parcelas que no compartes en las que eres más honesto y auténtico que ante los demás.

—¿Ah, sí? ¿Tú tienes de esas parcelas?

Una pausa. Seguían caminando, sin prisa ni rumbo. La costumbre hizo que Ander dudara de responder a esa pregunta. Su mundo secreto era mucho más grande que el que dejaba ver. Lo había protegido con celo toda su vida, pero allí, en ese lugar en el que nadie podía verlos, aquello perdía sentido. Kei se estaba perdiendo lo que la isla le ofrecía por la necesidad de atención y él se negaba a aprovecharlo por temor al juicio. Los dos se lo estaban perdiendo. Eran igual de idiotas.

—Todos las tenemos. Tú también, estoy seguro. ¿No hay nada que guardes para ti mismo?

Despacio, Ander estaba acercándolos a la orilla para que las olas lamieran los pies de Kei.

—Cualquier necesidad física desagradable, ya sabes a lo que me refiero. El sexo y... No, creo que solo eso. —Las mismas olas que acababan de besar los tobillos de su compañero le mojaron las plantas y retrocedió con una risita sorprendida—. ¡Hacen cosquillas!

Un tirón hizo que Kei entrara más en el agua. Ander rio y lo salpicó con los pies.

—¡Sí! ¿No es lo más genial que has sentido nunca? Me encanta el mar.

Kei chilló antes de huir. Ya se le había pasado el ataque, pero, al parecer, la perspectiva de que toda esa agua lo rozara por encima de las pantorrillas no le resultaba tan deseable como a Ander.

—¡No sé nadar! Es... bonito. Pero apabullante. Supongo que por eso había evitado bajar. —Guardó silencio unos segundos. Sacó un vapeador del bolsillo y comprobó que no se hubiera llenado de esa arena fina que se colaba por todas partes—. ¿Nos sentamos en las escaleras? Me gustaría contarte algo. Una de esas parcelas.

Ander detuvo los juegos al instante.

—Yo no me he atrevido a llegar donde cubre, y eso que siempre he soñado con el mar. —Tras un titubeo, Ander se animó a pasarle un brazo por los hombros y acompañarlo fuera del agua—. Vamos.

Se sentaron en el penúltimo escalón, haciendo huir a un pequeño crustáceo al que miraron con aprensión, sin sentirse cómodos hasta que lo vieron desaparecer en un agujero en las rocas. Kei dio una calada al vapeador y soltó una espesa y aromática nube de humo que se disipó enseguida.

—Cuando yo nací, mi madre hizo uno de esos canales de crianza libre que estuvieron tan de moda hace veinte años. Lo creó antes, de hecho, para mostrar su parto. Tenía una cámara veinticuatro horas en directo para que la gente viera cómo me alimentaba, cómo me bañaba y todo eso. Aparte hacía vídeos con consejos, experiencias, algo así como un diario constante.

—Joder. —Ander jugueteaba con los dedos de los pies en las piedrecillas pulidas del final de la escalera—. Entiendo que no comprendas bien el concepto de intimidad en ese caso...

—Fue así hasta que tuve doce años. Ya estaba acostumbrado. En parte me gustaba, sobre todo cuando ella me enseñaba los cientos de mensajes positivos hablando de lo guapo, simpático o adorable que era. Pero a veces, cuando me metía en la cama... ¿Sabes ese momento en que imaginas cosas para quedarte dormido?

Ander esbozó una sonrisa ambigua.

—Sí.

—Yo imaginaba una cueva muy pequeñita. —Kei acercó el índice al pulgar hasta dejarlos casi pegados—. Sin entradas ni salidas. Solo una cueva diminuta, con una cama blanda y decoración en miniatura. No le faltaba de nada. Y lo más importante, estaba solo. Una soledad acogedora, donde nadie podía verme.

—Tu lugar seguro. —Ander lo miró a los ojos. La sonrisa se volvió cercana. Estaba relajado, los prejuicios parecían haberse alejado desde la noche de la fiesta—. Yo me imaginaba una playa. Como esta. Y un faro que iluminaba por la noche. También estaba solo, sin nadie esperando que hiciera o dijera nada.

La mueca de Kei fue cómplice, cariñosa, aunque no carente de tristeza.

—Vaya... Parece que es más habitual de lo que creía. En fin. Mi madre era adicta a los antidepresivos, que le causaban unos cambios de humor terribles. Esa era la parte que no se veía en los vídeos. Al final se le fue de las manos. Mis padres se divorciaron y mi padre ganó la custodia. No porque tuviera interés en cuidarme, de eso se ocupó siempre su madre, mi abuela. Él solo peleó por joder a mi madre. Amadey Yadek. Mi padre.

El gesto de sorpresa de Ander fue casi cómico.

—No me jodas, ¿Yadek? ¿El macho alfa de Internet? ¿El mismo que enseña a gilipollas sin amor propio a ser «hombres de éxito»? —Dibujó las comillas en el aire con los dedos, sin poder evitar una expresión de desprecio.

—Él mismo. El hombre de éxito que esconde tres divorcios, una torre de delitos fiscales, una vigorexia no tratada y una adicción a las drogas sintéticas. ¿Sabes eso que dice de levantarse a las cinco de la mañana para aprovechar el día? Se llama insomnio crónico y ya lo padecía cuando yo no sabía atarme los cordones —acabó Kei con una risita.

—Eso sí es karma —rio Ander—. Lo peor es que tenga tantos seguidores. Han elevado esas memeces a la categoría de religión justo cuando pensábamos que teníamos superadas esas mierdas. Aunque tiene puntos en común con las viejas religiones: es un sistema de control pensado para enriquecer a unos pocos.

—A uno, en este caso concreto. Al menos entre los dos me enseñaron buenas técnicas para viralizarse en redes sociales. Mi canal tiene poco que envidiar al suyo. Me gusta imaginar que a veces lo mira y arde de rabia.

—Seguro que lo hace. Al final es tu padre, supongo que querrá saber cómo te va, aunque no le guste tu estilo de vida. —Ander pensó en su propio padre. Tenía algunos puntos en común con Yadek, pero lo consideraba un marica reprimido. ¿Qué pensaría si lo viera allí sentado con Kei? —. ¿No hablas nunca con él?

—Desde que mi abuela murió apenas tenemos relación. Hablamos a veces por teléfono, las

conversaciones más insulsas y banales que puedas imaginar. Supongo que se siente solo. Pero fue él quien se empeñó en hacer un contrato por el que yo no difundiría que tenemos relación de sangre. «Tienes que entenderlo, Kei. No es una cuestión personal, sino económica. Me restarías credibilidad».

Ander enarcó una ceja exageradamente.

—Se le caería todo ese rollo de la paternidad activa alfa. Vaya idiota. ¿Ves? Tu padre existe, aunque no lo compartas.

—Sí, por desgracia. —Kei se levantó—. Oye, tengo que irme, hora de trabajo en ese huerto mugriento. Pero te agradezco lo que has hecho. Puede que... no sea tan terrible tomarme un poco de tiempo para mí mismo. Si en algún momento necesitas compartir algo sobre tu parcela secreta, estaré disponible para escuchar.

Ander le restó importancia con un gesto. No pensó en que tenían que subir juntos y se quedó sentado mientras Kei se calzaba y subía despacio por la escalerilla. Necesitaba un momento solo en aquel lugar, lo justo para procesar lo que acababa de ocurrir.

Se sentía bien. Kei no era el imbécil caprichoso que aparentaba. O, como poco, no era solo eso. Podía comprender mejor sus actitudes después de lo que le había contado. Y que alguien compartiera algo tan íntimo con él, fortuitamente y sin que tuviera que usarlo para ningún propósito, no solo era nuevo, sino agradable.

Estuvo un rato escuchando el oleaje y disfrutando del sol. Jason no volvió a pasar por su cabeza. Él también merecía disfrutar, pensar solo en sí mismo, sin interferencias ni expectativas. Y quería hacerlo, aunque aún no supiera cómo.

En Elysium un rayo iluminó las nubes con un fogonazo amarillento. Amadey Yadek abrió los ojos en plena noche y los fijó en el techo. A su lado, Verónica se revolvió y tiró de las sábanas. Llevaban dos años juntos y en ese período la mujer había cambiado tanto que sus propios familiares no la habrían reconocido. Su boca era distinta, más gruesa, su trasero más redondo, su pelo más rubio. Hasta había cambiado el color de ojos a golpe de láser. Era una cuestión de ambición: tenía que parecer lo que quería ser, y para estar con un macho alfa, una mujer debía convertirse en una hembra digna. La talla aumentada de pecho, a la altura del ego de su pareja, hacía que solo pudiera dormir boca arriba o de lado.

Al menos ella podía dormir. O podría hacerlo si Amadey la dejaba. Desvelado, ansioso por el escaso tiempo que había logrado mantener los ojos cerrados, estiró una mano para estrujarle un pecho a Verónica. La mujer se revolvió y le dio una patada bajo las sábanas, medio dormida. Eso cabreó a su macho, que tiró de las sábanas despertándola bruscamente.

—¿Pero qué cojones haces? Vamos, espabila, no puedo dormir.

Veronica se revolvió, molesta. Sabía que tenía dos formas de seguir durmiendo. La lenta era tumbarse boca arriba y dejarlo hacer, dormitando, sin ninguna participación activa. La rápida, esmerarse para que aquello solo le robara un par de minutos de su tiempo. Solía escoger la segunda, aunque prefería las rachas en que los anabolizantes le mataban todo el apetito sexual a su novio. Estaba estirándose cuando el teléfono de él vibró, y dio las gracias internamente por los pequeños golpes de suerte. Amadey llevaba tiempo quejándose de que su hijo había cambiado de número sin avisar y, a aquellas horas, solo podía ser algún asunto familiar.

Amadey, con el ceño fruncido, salió de la habitación sin dedicarle un vistazo a la mujer con

la que compartía su vida. Sonaba un tono desconocido, extraño.

Ring. Ring.

Tuvo que pulsar un sobre que se movía por la pantalla, uno que le recordaba al que había recibido días atrás, con la palabra «Soberbia», y que había ido a la basura sin dedicarle un solo pensamiento. El sobre virtual se abrió mientras el *coach* se servía un vaso de agua vitaminada en su impoluta cocina de diseño. Era un vídeo. Un vídeo de su canal. Su rostro le recibió, como un espejo de bolsillo, aunque el aspecto distaba del que tenía en ese momento.

El Amadey del teléfono estaba sentado en un sofá de piel de vaca, blanco y negro. Con gafas de sol pese a estar en interior, maquillado por profesionales y filtros, los músculos aceitados. Al separar la cámara, se podía observar que estaba en un pequeño yate donde varias chicas jóvenes tomaban el sol en bikini. La cámara volvió a enfocar en él, que se bajó las gafas con un gesto brusco, viril. Abrió los brazos.

—¿Sabes por qué no tienes esto? Porque no quieres —dijo el *coach* en su casa, sonriente, anticipándose a su propia frase.

¿Sabes por qué no tienes esto? Porque no quieres.

El reflejo señaló, acusador, con el ceño fruncido.

¡Hola a todos, guerreros del éxito! Soy Amadey Yadek, y estoy aquí para guiarte en tu camino hacia la grandeza. Hoy, quiero compartir contigo tres tips infalibles para alcanzar el éxito en la vida.

Levantó el índice.

Obsesiónate con tu apariencia física. ¿Quién necesita salud mental cuando puede tener músculos perfectamente esculpidos a golpe de química y una piel bronceada? Recuerda, el envejecimiento no descansa, ¡así que sigue bombeando hierro hasta desfallecer! Ignora los avisos de tu médico, el daño renal, la presión arterial alta y la infertilidad. ¿Comportamiento agresivo? ¡Eso es lo que ellas admiran!

El agua salpicó la pantalla en aspersión cuando Amadey se atragantó. Ya no sonreía. Se levantó con un impulso tan violento que el taburete rebotó contra el suelo. El *coach* sujetaba con fuerza el móvil, los músculos tan tensos que las venas se marcaban bajo la piel. Su imagen era muy diferente a la del tipo de la imagen.

—Amor, ¿pasa algo? —preguntó Verónica desde la habitación, sin levantarse.

—¡Alguien ha editado el puto vídeo! —exclamó Amadey en cuanto pudo dejar de toser.

—¿Qué vídeo?

—¡El vídeo del yate, joder! ¿Qué mierdas es esto?

Su *doppelgänger* levantó el dedo corazón para dejarlo junto al índice.

Cultiva una imagen de perfección. Recuerda: la apariencia lo es todo. ¿Qué? ¿Divorcios y adicciones? ¿Problemas de sueño? ¿Juicios pendientes? ¿Infelicidad? ¡Eso no importa! Lo que importa es la fachada que proyectas. Oculta tus fracasos y debilidades a toda costa. ¡No te preocupes! Simplemente sigue vendiendo tu imagen de éxito y autoridad, mientras mantienes tus trapos sucios bien escondidos bajo la alfombra.

La imagen cambió a otra en escala de grises. Un grupo de hombres de mediados del siglo XX, con gabardinas y sombreros fedora, se levantaron al unísono para aplaudir.

El vídeo ya no se parecía en nada a su montaje original. Algún psicópata lo había editado. No entendía la razón. Intentó pausar la reproducción para ver quién lo enviaba: no fue posible. El vídeo solo apareció en el dispositivo y ahora el aparato parecía secuestrado. Lo habían hackeado.

—Mierda. Joder. Mierda. ¡Freya, pasa el análisis de seguridad a la red! Asco de inteligencias artificiales que no valéis ni para tomar por el culo.

La domótica ignoró la orden, igual que Verónica no hizo suyo el problema, dormida de nuevo. La cara virtual fue sustituida por otra, artificial y simple, amarilla y sonriente.

Eh, eh. Respira hondo. Recuerda: un verdadero hombre no lloriquea, no pierde el control ni muestra vulnerabilidad. Tercer consejo:

Levantó el anular.

Mantén tus relaciones personales en un segundo plano. ¿Quién necesita familia y amigos cuando tiene éxito y reconocimiento? ¿Tu hijo no encaja en tu visión de la masculinidad? ¡Haz como si no existiera! Ignora sus esfuerzos y continúa centrado en tu propio camino hacia la fama. ¿Qué más da si te alejas de las personas que más te importan en aras de mantener tu imagen de poder y control? ¡Envidia su juventud y su libertad para expresarse mientras te sumerges en la amargura de tu propia insatisfacción!

—¡Freya, joder, rastrea el puto vídeo!

Fue ignorado de nuevo. A esas alturas, incluso el cerebro mermado por la química de Amadey comprendía que alguien quería jugar con él; pero hasta ahí llegó el sentido común. En un acceso de ira, el *coach* reventó el móvil contra el suelo y lo pisoteó.

—¡Que te den!

La televisión de la cocina se encendió sola, retransmitiendo en bucle la escena que acababa de suceder: el grito, el ataque de ira, el gesto infantil de pisotear el teléfono roto. Todo a ritmo de twist, que resonó por todos los altavoces de la casa. No eran pocos.

Come on everybody

Clap your hands

Aw, you're looking good

I'm gonna sing my song

It won't take long

We're gonna do the twist and it goes like this^[6]

El color rojo de la cara de Amadey era casi radiactivo. Se apartó de los restos del teléfono y buscó los sensores de Freya. Quería destruirlos, seguir golpeando la tecnología de la casa hasta que dejara de burlarse de él o todo quedara reducido a escombros. Tal vez fue el sentido del ridículo, el poco que tenía, imponiéndose sobre todo lo demás, pero Amadey se quedó quieto, con los puños apretados, atento al televisor.

—¿No tienes pelotas para venir aquí a decirme lo que tengas que decirme? ¿Quién eres?

Su doble de rostro amarillo regresó. No sonreía.

Eso ha sido muy poco masculino, Amadey, pero te lo agradezco. Lo incluiré en el vídeo si tengo que llegar a difundirlo. Pero antes, dame un instante de tu tiempo para ver algo que cambiará tu vida.

Una interferencia. La cámara enfocaba las escalinatas de un acantilado, desde lejos. Cuando

se acercó vio a dos chicos sentados en ellas, de espaldas. El que estaba hablando giró la cara para mirar a su acompañante. Era Kei. Hablando de más, como pudo comprobar cuando el audio se conectó.

Mis padres se divorciaron y mi padre ganó la custodia. No porque tuviera interés en cuidarme, de eso se ocupó siempre su madre, mi abuela. Él solo peleó por joder a mi madre. Amadey Yadek. Mi padre.

Amadey miró la imagen pasmado, como si no pudiera creer lo que estaba viendo y escuchando. Ni sabía dónde estaba su hijo, mucho menos por qué le contaba a nadie algo que había prometido no contar. Mediante contrato.

—¿Qué?! ¡Es otro burdo montaje! ¡Como el resto de tu vídeo!

El video acabó cuando Kei contó otro puñado de miserias. La imagen que apareció después fue de dibujos animados anticuados: un hombre con un jocoso mostacho gigante y camisa a rayas. Atravesaba un yermo tirando de un carro de madera con enormes ruedas gastadas por el tiempo. El carro, con una estructura similar al ventanuco de un teatro de títeres, estaba lleno de botellas, cremas y hierbas de todo tipo, cada una bien etiquetada.

Siempre ha habido gente como tú, Amadey. Hace siglos los llamaban igual que ahora: charlatanes. Vendehumos. Hombres y mujeres que vendían remedios milagrosos tan inútiles como tu cháchara. Al menos antes tenían el romanticismo del buhonero, porque arriesgaban de verdad el pellejo con cada estafa.

—¿Y eso quién lo dice, eh? Un psicópata maricón que no se atreve a dar la cara. Lo que digas me lo paso por los huevos —gritó el coach, con la vena de la frente a punto de estallar.

Encantador. ¿Cómo se siente cuando no puedes controlar algo a base de golpes o dialéctica de mercadillo, Amadey? No contestes. Está claro que no es una sensación nueva, a fin de cuentas las cosas que controlas realmente son escasas. Escúchame con atención. Si quieres que nadie lo vea, solo tendrás que hacer algo muy sencillo...

15. Estás en línea, Dagon.

Era un día luminoso en Villabruma. Como casi todos. Los rayos de sol creaban un espectro pixelado que iba desde el dorado al azul más profundo en un cielo cuajado de nubecillas blancas en dieciséis bits. Victor, un pequeño personaje de elegante melena rubia, vestido como un príncipe salido de la corte de Versalles, paseaba del brazo de Eric, que había escogido un atuendo similar, pero en dorados y negros, en lugar de los blancos y azules de su compañero de juego. El sistema detectó la conexión desde el móvil y el principito oscuro se disipó en una nube de pequeños cubos, dejando solo al rubio en medio de una plazoleta. Pequeños pajarillos bebían de una fuente cantarina. A pesar de eso, una carita triste se dibujó en el bocadillo sobre la cabeza de Victor, que replicó la expresión en su propio rostro.

—Estoy aquí, borra esa cara de cachorrito. —La voz de Eric vibró como una corriente eléctrica en Villabruma. Una nueva casa, una repostería con un hermoso tejado rosa, apareció en la plaza de la fuente—. ¿Te está gustando el nuevo pueblo? Pensaba en una villa francesa de cuento de hadas. Como en *La bella y la bestia*.

—Si fuera el pueblecito de *La bella y la bestia*, tendría una biblioteca absurdamente bien surtida para su tamaño. Por no hablar de la del castillo.

La voz melodiosa de Victor, real y perfecta gracias a todas las grabaciones que hizo en vida, sonó mientras su avatar movía los labios pixelados.

—No seas impaciente. Estoy reuniendo monedas para la biblioteca. Es lo más caro del pueblo. Pero hay otras cosas interesantes.

El camino marcado por el índice de Eric en la pantalla se iluminó ante el pequeño Victor, que avanzó por la calle como si fuera su decisión. La tienda de ropa resplandeció señalando su destino.

El avatar de Victor pasó al interior de la tienda. Fue recibido por una explosión de colores pastel y una melodía alegre. La variedad era inmensa, compartida con las opciones que otras tiendas de ropa tenían en otros escenarios. Faldas, vestidos, pantalones, sudaderas con largas orejas de conejo. Diademas con lazos grandes, calcetines con diseños de animales, bolsos en forma de frutas y collares de perlas. El añadido era la ropa de época, repleta de encajes y florituras.

Victor se movió a saltitos entre las estanterías.

—¿Qué vas a comprarme esta vez?

—Una casaca azul y una capa de piel, para que puedas ser La Bestia —respondió Eric con una risa—. Y una cola.

La ropa apareció directamente sobre Victor y la larga cola marrón y negra se movió a su espalda. El rostro del avatar cambió a una enrojecida mueca de enfado, acompañada de una enorme gota azul brillante junto a la sien. La barra de un marcador de satisfacción, a la derecha de la pantallita, comenzó a menguar.

—No me gusta. Quítamelo.

—Vaya, ¿no te gustan las colas? Pensaba que sí. —El atuendo desapareció, sustituido por un traje con chaleco y un sombrero de copa de colores llamativos—. ¿Mejor así?

Antes de que el muñeco pudiera contestar, un mensaje entrante de Gabriel ocupó toda la pantalla.

El chat interno para los residentes ya está instalado y operativo. Cuando me digas, enviaré la notificación a sus portátiles.

La interrupción hizo que Eric maldijera por lo bajo, pero era una gran noticia. Llevaban días trabajando en ello. Esperaba lograr algunos avances con la red social interna. Hasta el momento, solo habían tenido un sistema de mensajería entre residentes, el anonimato y las funciones que replicaban a las redes abiertas eran novedades que ayudarían a calmar ansiedades y generarían situaciones interesantes.

Gracias, Gabriel. Puedes activarlas ya, no hay por qué alargarlo.

Los chicos aún estaban en clase. Eric tenía tiempo para regresar con Victor. En los archivos de Freya estaban todos los videojuegos creados por la humanidad, desde *Bertie the Brain* y *Tennis for Two* hasta las últimas maravillas inmersivas de realidad virtual total, propias y de la competencia. El jueguito donde estaba volcada la memoria de Victor Valkyria, su alma, era muy antiguo. Podía trasladarlo a cualquiera de los otros, pero a ambos les fascinaba la estética retro. Victor era ahora su mascota virtual y Eric lo consideraba justicia poética.

Ander regresó a su dormitorio tras una agotadora clase práctica con Liam. Estaba sucio de polvo y tierra, con el mono azul de trabajo, y aspiraba a darse una ducha larga cuando vio la luz de su portátil. Puede que al fin hubieran restablecido la red. Al abrirlo vio enseguida que estaba equivocado. En la pantalla parpadeaba el logo de una nueva aplicación instalada: la irritante carita amarilla tapándose la boca con un dedo, como pidiendo silencio. O guardar un secreto. Pulsó sobre ella.

¡Bienvenido, residente! Mis creadores me han bautizado como Ecosistema Invisible, pero tú puedes llamarme Eco.

Ante los ojos de Ander apareció una estructura de chat anticuada que haría las delicias de Felix cuando lo viera.

Soy un sistema de chat y mensajería para uso único de los residentes, con una cualidad especial: el anonimato. Por favor, introduce tu nick.

A la carita le salieron un par de brazos de los costados, que utilizó para arrastrar al centro de la pantalla un pergamino extendido editable. La atención de Ander se vio secuestrada de inmediato. Dejaron de molestarle el polvo y el sudor. Los dedos le hormiguearon de anticipación.

Diablillo, escribió.

Antes de darle al enter se detuvo a pensar. Ese era su nick habitual, nadie allí lo conocía, pero el disfraz de la fiesta lo delataría con demasiada facilidad. Le gustaba el juego del anonimato, así que no pensaba ponerlo fácil. Perdería la gracia en cuanto supieran quién era quién. Borró la palabra y miró alrededor, pensativo. El cuadro del faro le dio una idea. Tiempo atrás había leído un relato inquietante sobre una entidad acuática.

Dagon, tecleó esa vez. Y pulsó enter.

¡Encantado de conocerte, Dagon! Ahora, escoge una imagen que te represente. Puedes buscarla en el inmenso banco de imágenes del Proyecto Odín o editar uno de los avatares

personalizables que encontrarás en el desplegable de la izquierda.

—Un placer, Eco. Veamos qué tienes por aquí.

Tras un vistazo a la galería, tan vintage como la estética general del chat, decidió ser creativo y editar el suyo propio. Escogió un rostro masculino, joven y sin barba, y le puso un color de piel aguamarina. El Dagon de la literatura era un ser terrorífico, pero el único rasgo monstruoso que eligió para su pixelado avatar fueron unos tentáculos entre los mechones de pelo negro de una larga melena. Una especie de aletas en las orejas y unos grandes ojos azules completaron su personalización.

—La versión sexy de Dagon, ¿qué te parece?

¡Buena elección! Estás en línea, Dagon. Si en algún momento quieres cambiar los datos introducidos, utiliza el menú de opciones de la izquierda. El chat grupal siempre estará abierto. Para iniciar un chat privado, haz click en los nicks iluminados en rojo.

En ese momento, había otras tres personas conectadas. Cabritasexy era una; muy sutil, Oliver. Debajo estaban Tengosueño y Trece. Podían ser cualquiera. El chat grupal, abierto, parpadeó.

Cabritasexy:

¿Os habéis dado cuenta de que cualquier cosa que bebamos o comamos, con la de años que tiene el planeta, ha pasado ya por la boca y el culo de millones de personas?

Ander resopló.

Dagon:

Eso es asqueroso y no es verdad. ¿De qué va esto? ¿Sabéis algo?

Tengosueño:

XDDDDDDDD eso es lo que has sacado en limpio sobre la clase de sustratos, Ol... digo, Cabrita? No parece que tenga mucho misterio, Dagon. Un chat para entretenernos, ya que no nos dejan internet.

Su avatar, metido en un círculo, era una foto del paisaje marítimo que veían desde las habitaciones. Sin ningún objeto a la vista, era imposible adivinar desde qué habitación había sido tomada. Trece, todavía mudo, tenía una carta de Tarot. La número trece, por supuesto. La Parca.

Cabritasexy:

Eh, si rebuscas en las opciones tiene un generador de stickers. Pienso hacer stickers con las caras de todos jashjasdgdasaajdh

L'Etrange se ha unido al chat.

¿Hola? Creo que reconozco a Oliver. Me encanta esto, ¿habláis de algo interesante?

El avatar del nuevo integrante era una rosa negra con un marco de espinas. Ander no se atrevía a aventurar aún quién era.

Dagon:

No, solo de las ideas estúpidas de Oliver. Al que todos vamos a reconocer.

Cabritasexy:

El anonimato es para trolls de la red y villanos.

L'Etrange:

En realidad los villanos de ficción suelen ser bastante narcisistas y bastante histriónicos. Se muestran. Como los asesinos en serie, hasta los que se ocultan bien dejan pistas porque en el fondo desean que se conozcan sus... logros. O al menos eso vi en un documental.

Cabritasexy:

ZzzZZzzzzZZZZ

Trece:

Vamos, Cabrita. Parece que esto trata de hacernos pasar por desconocidos, no seas aguafiestas!

CabritaSexy ha abandonado el chat.

Pasaron unos segundos. Ander ya pensaba que Oliver se había enfadado cuando una alerta volvió a parpadear.

SeñorX se ha unido al chat.

Ander soltó una carcajada. El avatar era un personaje de una serie de culto del siglo XX que había trascendido el tiempo: Homer Simpson, con una bolsa negra en la cabeza. Recordaba haber tenido una camiseta suya de niño. Iba a escribir algo, pero otra alerta llamó su atención. Alguien le abrió un chat privado. Ocultó el grupal al desplegarlo. Era Trece.

Hola 😊

Sintió un calor familiar estallar en sus mejillas. Tenía aquello demasiado ligado a las conversaciones clandestinas en su propia casa. Cada vez que alguien le hablaba, sentía la adrenalina removerse en sus venas. Allí estaba seguro, pero los hábitos no se borraban fácilmente.

Dagon:

Hola. Qué bien te has escondido.

Trece:

Tú también. Aunque da un poco de miedo. Todos saben lo que le pasó al señor Hong cuando inauguró esa pescadería durante la noche del solsticio de invierno con luna llena junto al viejo templo a Dagon, jajajaja

Dagon:

¿Te gusta Lovecraft? Ummm... Eso huele a Felix. Y tranquilo, no pienso comerme a nadie.

Trece:

Eso es de Terry Pratchett, pero también conozco a Lovecraft. Ya habrás visto en clase de arte que la mayoría de nosotros tenemos más cultura de la que parecía en un principio. En fin, me aburro. ¿Te apetece jugar a algo?

Dagon:

Dudo que Mark lea mucho. ¿Esta cosa tiene juegos integrados?

Trece:

Sí, solo he mirado por encima y he visto algunos jueguitos super random, tipo cartas y hundir los barcos. Pero no me refiero a eso. ¿Quién va a jugar a esa mierda teniendo videojuegos actuales?

Dagon:

Tienen su encanto.

Ander se mordió los labios y se removió en la silla. El instinto le hizo mirar hacia la puerta.

¿En qué estás pensando?

Trece:

¿Qué llevas puesto?

—Qué directo. —Ander soltó una risilla. Miró la pantalla. Una agradable ansiedad vibraba en su estómago—. Mark. ¿Quién si no sería tan directo? Pero no es su estilo...

Dagon:

Vaya, así que quieres jugar a ese tipo de juegos. ¿Te digo la verdad o una mentira más sugestiva?

Trece:

La verdad. Yo acabo de salir de la ducha y solo llevo el albornoz.

Dagon:

De acuerdo. Eso suena mejor que lo mío. No me he duchado, estoy cubierto de polvo y aún llevo el mono de trabajo. Jejeje.

Trece:

¿Y eso te parece mal? ¿Un mono apretado y sudoroso? Es sexy, masculino. Me lo imagino con la parte de arriba sin colocar, atada a la cintura para enseñar el torso.

No le parecía mal. Al leerlo le resultó sugestivo. Se miró de reojo en el espejo de la habitación. La imagen mental provocó un hormigueo en su bajo vientre. Dudó. ¿Debía entrar en ese juego? Trece era uno de sus compañeros y no saber cuál era le resultaba excitante por sí mismo. Que no pudiera verlo le daba una sensación de libertad que, a pesar de todo, aún no había sido capaz de sentir allí.

Dagon:

¿Quieres que me quite la parte de arriba?

Trece:

Quítatela.

El corazón empezó a latirle deprisa. La familiar sensación de anticipación. La inseguridad seguía ahí, martilleando en su mente: ¿y si era Mark? ¿Y si era Roman? ¿Y si sabían quién era y lo usaban para joderlo?

—No seas imbécil. Estamos en igualdad de condiciones. No saben que soy yo.

Se levantó y dio un par de vueltas ante la cama. Estaba harto de controlarse a sí mismo. Y del miedo. Se arrancó la parte de arriba del mono y se quitó la camiseta que llevaba debajo. Se miró al espejo mientras se ataba las mangas a la cintura, dejando expuesto el pecho juvenil. Los músculos se habían definido más desde que trabajaba en el huerto. Le gustó lo que vio.

Tomó asiento de nuevo y respondió con un tecleo ansioso.

Dagon:

Ya está. Me lo he quitado. Ahora te toca a ti.

Trece:

Imagina que eres tú quien me quita el albornoz. Pero llevas los ojos vendados con una tira de tela negra, una muy suave que cae por tus hombros desnudos. No sabes quién soy. Tienes que intentar adivinarlo solo con el tacto, ¿dónde tocarías y cómo?

Dagon:

Para hacerlo más excitante empezaría tocándote el pecho y los hombros, muy despacio, ¿eres fornido o más bien esbelto?

Trece:

Yo diría que soy fornido, aunque estoy en la media. Notas que mis hombros son suaves, he utilizado algún tipo de aceite. Cuando me rodeas el torso, giro la cara para pasar la lengua por tu cuello.

El vello de la nuca se le erizó. El calor ya se acumulaba entre sus piernas. Cerró los ojos y lo imaginó. No podía ser Kei, él era esbelto, más bien delgado. Tampoco Felix. Las opciones restantes no le desagradaban físicamente, aunque Oliver quedaba descartado desde el principio. Eso le decepcionó un poco, pero no fue suficiente para enfriarlo. Y siempre quedaba la opción de que estuviera mintiendo.

Dagon:

Te bajo poco a poco el albornoz y te toco la espalda. Te araño despacio y bajo hacia tu trasero.

Trece:

No hay nada debajo. La piel sigue siendo suave, pero el músculo duro da paso a un culo tan firme como estrujable. Yo echo los brazos atrás y te acaricio la nuca. ¿Quieres seguir por ahí, Dagon? ¿Quieres follarme, o prefieres cambiar las tornas?

—Joder, nada de rodeos, ¿eh? —resolló Ander—. Me gusta.

Cerró los ojos un instante y reunió coraje para hacer lo que sus deseos le dictaban.

Dagon:

Quiero que me folles.

Trece:

Me doy la vuelta mientras me acaricias y te obligo a darme la espalda. Beso tus hombros, mordisqueando la piel sensible que los une con el cuello. Mientras, voy desatando el nudo de las mangas en tu cintura. Apoyando una mano en tu espalda, te obligo a inclinarte sobre la mesa del escritorio hasta que tu pecho siente el frío de la superficie.

La campana que avisaba de la cena emitió su tintineo agradable. Aún daría otros dos avisos cada cinco minutos.

Trece:

Vaya, nos cortaron el rollo. Seguiremos después... si has dicho la verdad todavía tienes que ducharte y cambiarte o sabré quién eres jajajaja. ¡Y pienso fijarme! Bye.

Dagon:

¿Qué? ¡No jodas!

Trece ha abandonado el chat.

La erección pulsaba contra la ruda prenda de trabajo. Ander se pasó las manos por la cara y

resopló. No solo tenía que ducharse: tenía que solventar lo que Trece había provocado, pero podía aprovechar mientras se lavaba. Y pensaba hacerlo.

16. Asqueroso, ¿verdad?

La cena estaba servida cuando Ander apareció. Olía a jabón, llevaba unos vaqueros cortos deshilachados de color negro y una camiseta gris con las mangas recortadas a tijera. Sus compañeros ya estaban sentados y no pudo evitar mirarlos uno a uno, por si cazaba una mirada furtiva, cómplice o culpable.

—¡Eso huele que alimenta! ¿Son las berenjenas que hemos cosechado hoy? —Kei olfateaba el aire como un chihuahua, estirando el cuello.

—Es musaca. Es una receta griega —aclaró Felix.

—¡No toquéis nada! Tengo que sacar una foto de la mesa así. —Kei golpeó la mano de Mark cuando fue a servirse de una de las fuentes.

—Eeh, relaja. Estás más histérico que de costumbre con ese chat nuevo.

Todos se sentaban en las mismas sillas escogidas para ellos en la primera cena. Ander tomó su lugar en la cabecera y esperó a que Kei sacara las fotos a las fuentes de comida para servirse. El tema de conversación giró en torno al chat desde el principio. Todos habían entrado en algún momento, Ander alcanzó a ver el grupal echando fuego antes de cerrar sesión. Para su sorpresa, ninguno se dedicó a intentar sonsacar nicks al resto. Salvo Oliver, todos preferían mantener el anonimato. Y la mayoría apostaba por que él también acabaría jugando al despiste.

—Los que os habéis ido pronto del huerto no habéis escuchado el notición de Liam. —Paul se pasó la servilleta por la barbilla manchada—. Mañana van a llevarnos a una visita guiada por la selva.

—¿Vamos a ver animales? —preguntó Roman.

Paul torció la boca y se pensó la respuesta.

—Supongo que sí. Pero no esperéis acariciar a un gato gigante. La mayoría de los bichos grandes se esconderán. O son nocturnos. Liam ha dicho que iremos en dos coches. En uno se hablará sobre fauna y en otro sobre flora, a la vuelta cambiaremos.

—No sé si me apasiona esa idea. —Kei ya se servía el postre en su plato. Hizo un mohín de desagrado—. Seguro que hay insectos más grandes que mi cabeza.

—Yo apostaría a que son más grandes que tú entero —lo incordió Mark, ganándose un primer plano del dedo corazón de Kei.

—Para eso tenemos los repelentes —intervino Ander—. Suena interesante. Y no creo que nos dejen bajar de los coches. La selva parece peligrosa.

—Yo he oído gritos raros por la noche. —Felix torció el gesto y se ajustó las gafas. Esta vez eran azules, en conjunto con su chaleco.

—A lo mejor era yo. Soy un poco escandaloso con el autoamor —dijo Oliver, para acto seguido señalar a Felix con el tenedor—. Eh, estás pálido.

Felix asintió. Todos estaban cansados, pero su aspecto era el peor. La piel le brillaba con la luz de los fluorescentes, húmeda, y tenía los ojos hundidos.

—Creo que he comido demasiado. O que la musaca no me ha caído del todo bien.

—¿Te acompaño a la enfermería? —Kei perdió todo el interés en el postre al ver la cara de su amigo, que perdía color por momentos.

Tapándose la boca con una mano, Felix levantó la otra, categórico.

—No, no. Solo tengo que vomitar y no es algo que un caballero haga delante de nadie —explicó con dificultad, conteniendo las arcadas.

Se marchó a toda prisa, seguido por doce pares de ojos.

—No te preocupes. Hoy nos han repetido varias veces que el sol pegaba fuerte y él no se puso la gorra de trabajo. Un poco de insolación y mucha cena, mala combinación —dijo Roman.

—Sí, supongo. —A Kei no le tranquilizaron sus palabras. Miró con inquietud hacia la puerta, pero contuvo las ganas de salir tras Felix. El postre a medio terminar lo ayudó a distraerse con algo.

—A lo mejor Lestat el vampiro nos ha envenenado finalmente. —Ander se reclinó en la silla con una ceja arqueada.

El ceño fruncido de Roman no parecía tomar ese comentario a broma.

—¿Alguien más se encuentra mal?

No era el caso, aunque a algunos se les quitaron las ganas de tomar postre.

Horas después, en otro huso horario, Jessica Bosc mezclaba con el café su tercer ansiolítico del día. Estaba en medio de una reunión con los inversores de !Nyam, la cadena de comida rápida que poseía y controlaba con mano de hierro. Aquellas reuniones solían llenarla de energía, pero eso no ocurría desde la desaparición de Felix.

Jessica. Madre soltera, hecha a sí misma, de una cuenta en números rojos a una de las mayores fortunas de Elysium. Esas cosas ocurrían. Una vez cada mil años, pero ocurrían y no resultaban gratuitas. Había dejado atrás la mayor parte de sus escrúpulos y principios, pero jamás había desatendido a Felix. Era un chico sano, fuerte y cariñoso. Uno que no olvidaría llamar durante semanas. Jessica conocía la oferta de Valkyria y se había puesto en contacto con ellos enseguida. Todo eran evasivas. Cuando intentó denunciar, la policía y sus propios abogados fueron claros: Felix era mayor de edad, sobradamente, de hecho. Y había firmado un contrato. No había nada de lo que preocuparse... o al menos, nada que hacer.

Ninguna de esas opciones era válida para una madre. Y menos desde la carta. La solitaria palabra, refulgiendo en letras rojas, le puso los pelos de punta. Gula. Dos sílabas que rebotaban dentro de su cabeza desde entonces. Su instinto le decía que aquello estaba relacionado con Felix, pero la policía había tachado el anónimo de casualidad. Jessica recibía amenazas todos los días en las redes, en su buzón electrónico y en su teléfono. Era la primera vez que deslizaban una carta por debajo de su puerta.

—¿Señora Bosc? Necesitamos una respuesta para poner en marcha el nuevo plan de *marketing*.

Los inversores la miraban expectantes. La mente le volvió al cuerpo, pero era incapaz de centrarse en lo que ocurría a su alrededor.

—Sí. Adelante. Es una buena estrategia —respondió sin reflexionar.

En ese momento le importaba poco el plan de ventas y el apoyo de sus inversores. Su teléfono vibró en el bolsillo, silenciado. En una situación normal nunca se le habría ocurrido

contestar durante una reunión, pero podía ser Felix. El símbolo de un email parpadeaba sobre el fondo de pantalla. No disponía de ninguna dirección de correo con ese logo y tuvo un mal presentimiento.

—Si me disculpan un momento...

Salió sin dar mayores explicaciones: uno de los privilegios de su cargo que no le impidió ver las discretas miradas de desaprobación. Su oficina estaba en esa misma planta. Cerró la puerta al mismo tiempo que tocaba el logo con el índice. Por un momento, la sorpresa ganó a la angustia. Solo era un menú, posiblemente la nueva estrategia de *marketing* de la que estaban hablando. Las hamburguesas volvían a estar de moda y llevaban un par de meses trabajando en las formas de presentación. El menú era anticuado, con colores envejecidos y dibujitos. Se podía interactuar con las opciones y tocó la primera sin demasiado interés, a punto de regresar.

¡Elysium Cinco Sentidos! ¡Desglose sus ingredientes!

Al tocar la foto, la hamburguesa flotó en el aire y se separó como una baraja en manos de un tahúr experto. Jessica tocó el pan, de aspecto crujiente y apetecible.

Pan de laboratorio: la falta de variedad genética en los cultivos de trigo utilizados en la producción de pan de laboratorio podría aumentar la vulnerabilidad frente a enfermedades y plagas. Además, la falta de regulación adecuada posibilita que los consumidores estén expuestos a ingredientes no probados o a procesos desconocidos que pueden tener efectos adversos a largo plazo.

El mundo se movió bajo sus pies. La mirada se le llenó de puntos de colores. Algo iba mal. Algo iba muy mal. Esa no era la campaña que habían diseñado. Estaba segura. Dio un traspiés y se apoyó en la pared. Empezó a sentirse expuesta, así que se metió en el baño de su oficina y se sentó en el inodoro cerrado. Solo entonces tocó la carne.

Una sensación de vértigo se abrió en su estómago.

Carne de proteínas de insectos: aunque los insectos pueden ser una fuente de proteínas más sostenible que la carne tradicional, su producción a gran escala aún plantea interrogantes éticos en términos de alimentación, espacio y manejo de desechos. La presencia de alérgenos desconocidos presenta un riesgo para las personas con alergias alimentarias, que creen estar comiendo ternera, cerdo o pollo.

Sintió unas repentinas ganas de vomitar. El baño se hizo más pequeño. ¿Qué estaba pasando? ¿Quién le había enviado ese despropósito? Era insultante. Y, sin embargo, era cierto. Tan cierto que los cuchillos de su conciencia confabularon con su miedo para acosarla.

Temblorosa, pulsó esta vez sobre el queso.

Queso de microalgas: los monocultivos de microalgas tienen impactos muy negativos en los ecosistemas acuáticos, incluida la alteración de los ciclos biogeoquímicos y la pérdida de hábitats naturales. Algunos compuestos presentes en las microalgas, como los metales pesados, pesticidas y productos químicos industriales provenientes de los vertidos, se acumulan en el queso durante el proceso de producción, lo que tiene efectos adversos en la salud si se consume a menudo.

Una ventana emergente se abrió en cuanto terminó de leer.

¿Quiere ver el resultado más común tras consumir sus porquerías regularmente, señora Bosc?

SÍ/NO

Jessica tragó saliva. Sentía una tenaza en la garganta. Ya no era una corazonada. Todas las alarmas sonaban dentro de ella, silenciosas, enloquecedoras.

Pulsó el SÍ.

El vídeo ocupó toda la pantalla. Sin autorizaciones, sin permisos. Un pasillo largo, limpio y bien cuidado. Felix, con ropa veraniega, apareció por una esquina. Avanzaba a toda prisa, tapándose la boca. No le sirvió de mucho. Un vómito multicolor de mayoría amarillenta se coló entre sus dedos, manchó el chaleco y dejó un buen charco en el suelo. Una interferencia lo cortó de golpe. Lo que apareció fue una colorida hamburguesa con graciosas piernas arqueadas, cruzada de brazos, con ojos acusadores.

Asqueroso, ¿verdad?

Jessica tenía el teléfono silenciado, pero la voz sonó de todas formas en el cuarto de baño. Se tapó la boca con la mano, ahogando un grito horrorizado. Alguien tenía a su hijo. Lo sabía desde el principio. Y Valkyria era el único sospechoso para ella. Lo tenían ellos. Le estaban haciendo daño. Se puso en pie, desesperada. Volvió a sentarse al darse cuenta de que no tenía dónde acudir. El vídeo parecía continuar.

—¿Dónde está mi hijo?

Era irracional preguntar eso a una hamburguesa animada. Fue lo único que acertó a hacer. Un nuevo vídeo, que apenas duró tres segundos. Felix estaba inclinado sobre un pequeño retrete, terminando de vaciar su estómago.

¿Qué ocurre, Jessica? ¿Le preocupa que estemos alimentándolo con comida de !Nyam?

El móvil se sacudía entre sus manos. Estuvo a punto de caer al suelo, pero Jessica se aferró a él. Buscaba a Felix en la pantalla, infructuosamente. La hamburguesa la miraba con unos desquiciantes ojos acusadores.

—¿Qué es lo que queréis? Tengo dinero, os lo daré. Os daré lo que queráis, pero no le hagáis daño. Dejadlo ir, por favor —imploró. Las lágrimas se precipitaron sobre la pantalla. Toda la angustia vivida esos días se había materializado en una pesadilla real.

Hablar con gente razonable siempre agiliza las cosas. Felix es un gran chico. Está bien. Y seguirá así mientras colabore. No queremos dinero. En realidad, solo tiene que hacer una cosa...

17. Es un lugar sagrado.

Apenas estaba amaneciendo y el grupo se reunía al final de las escaleras, donde Liam los había citado el día anterior. Felix llegó el último al vestíbulo. Se vio sorprendido por Kei, que saltó sobre él para estrujarlo al ver que tenía mejor cara.

—Debió ser una insolación.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Ander.

—Sí. Se me pasó en cuanto... Bueno, cuando vacié el estómago y descansé. Ahora estoy listo para un día de aventura.

Y lo parecía: llevaba un sombrero de estilo safari, una mochila bien equipada y un conjunto de color caqui que lo hacía parecer un aventurero de siglos pasados. La enorme sonrisa que lucía daba más credibilidad a sus palabras. No solo se encontraba mejor: estaba deseoso de empezar el día a pesar del madrugón. El resto de chicos fueron reuniéndose, vestidos con mayor o menor acierto y bien embadurnados de repelente. Todos cargaban con mochila o bolso, Liam había mandado un correo interno con una lista de cosas imprescindibles que, si no poseían, encontrarían inventariadas sobre la mesa del comedor.

Un par de largos pitidos sobresaltaron a la mayoría. Dos Jeeps esperaban en el camino de tierra que solo habían recorrido una vez, en bus, cuando llegaron desde el pueblo. Gabriel estaba sentado al volante de uno, Liam al del otro. Alex también esperaba allí y en cuanto se acercaron consultó su reloj inteligente.

—Bien, chicos, tenemos un clima perfecto, ha refrescado lo suficiente para que no os aséis. Debemos esperar a Eric, pero podéis ir subiendo. Paul, Kei y Ander, con Gabriel. Empezaréis por la fauna. Oliver, Roman, Felix y Mark, con Liam. Flora. A la vuelta, recordad cambiar de coche. ¿Alguna pregunta?

Kei bajó el velo que llevaba en el sombrero. Vestía pantalones bombachos en lugar de sus habituales vestidos, y un sombrero blanco de ala ancha con una tela transparente a modo de elegante mosquitera.

—¿Es muy largo el viaje?

—¿Se pueden abrir las ventanas? —preguntó Mark sin esperar a que respondieran.

—Vais a comer cuando lleguemos a la zona final, a modo de acampada. Volveréis al atardecer. Y podéis bajar las ventanas en todo momento hasta que os digan lo contrario. —Alex miró unos pasos por detrás de los residentes—. Jefe, Valkyria debería inventar un repelente de insectos que no huela a mierda, os vais a intoxicar por el camino.

—Por lo visto a los insectos también les gustan los perfumes. Y te aseguro que esto huele peor cuanto más te esfuerzas por que huela mejor.

Eric acababa de salir del edificio. Sin los artificios a los que les tenía acostumbrados, les costó reconocerlo. Su pelo natural era castaño, ondulado y largo hasta los hombros. Los ojos, sin lentillas, revelaban un dorado cálido y llamativo. La ausencia de maquillaje descubría un rostro anguloso y atractivo que no necesitaba ningún truco para destacar. Vestía unos pantalones de camuflaje, una camisa de color verde con bolsillos en el pecho y unas recias botas de montaña. Se acercó al grupo de Gabriel.

—Buenos días, chicos. Creo que me toca en este coche. —Se detuvo junto a Ander y le guiñó un ojo—. ¿Ansiosos?

Ander apartó la mirada y se arrepintió al instante. No tenía nada que ocultar y odiaba esos ataques de timidez, pero la cercanía de Eric lo incomodaba.

—Deseando empezar —se forzó a decir. Y era cierto.

Gabriel los saludó con un cabeceo y arrancó en cuanto todos estuvieron listos, tomando la delantera. Los asientos traseros del coche estaban enfrentados, dos bancos blandos de cuero para tres ocupantes cada uno. Eric se sentó atrás, con ellos.

—Se supone que mi labor es hablaros sobre la fauna que encontraremos, pero teniendo en cuenta que es tu especialidad, Paul, espero que me ayudes.

—Claro, en lo que pueda.

—¿Vamos a ver cosas grandes? ¿O así como... *peluchosas*? —preguntó Kei.

—Paul, puedes estrenarte. No sabes qué especies tenemos, pero seguro que aventuras bien —dijo Eric.

El aludido miró por la ventanilla bajada. Se acercaban a las grandes verjas que, tras el invernadero, separaban la zona del complejo de la selva.

—Eso está electrificado, me he fijado en los carteles al pasear. Lo que significa que hay depredadores. Pero no creo que veamos nada grande, Kei. Los grandes mamíferos se extinguieron el siglo pasado, con el ochenta por ciento de las especies conocidas, sin contar los insectos. Elefantes, jirafas, rinocerontes... No queda nada.

Junto a Eric, Ander distraía la atención en la frondosa vegetación que les dio la bienvenida. No tardó en olvidar la timidez y la extraña desazón que le provocaba la presencia del jefe. Era mucho más llamativo sin disfraces, para el gusto de Ander. Incluso parecía más fornido con aquella ropa. Eso era lo que le incomodaba: de pronto era terrenal, real y jodidamente atractivo.

—Pero este sitio es diferente. —Volvió la mirada a Eric—. Aquí hay muchas cosas que ya no existen en el resto del mundo. En los huertos estamos cultivando verduras que ya no pueden conseguirse en Elysium.

Cuando atravesaron esa primera barrera de árboles, otra valla oculta apareció de repente. Dos guardias armados abrieron la puerta, descubriendo el estrecho camino, del tamaño justo para el coche, que los llevaría al interior de la selva. También estaba vallado, por ambos lados y por encima, a modo de túnel. El entramado metálico no dejaría pasar nada mayor que un perro mediano. En lugar de enjaular a los animales, Eric había enjaulado a los visitantes. La valla se cerró a sus espaldas con un fuerte chasquido.

—Así es. El ADN de los grandes mamíferos está conservado en vistas a un futuro poco probable, pero no tiene sentido replicarlo en la isla. Es demasiado pequeña para que sea sostenible en cuestiones de alimento y territorio. Con muchas especies el problema es el clima tropical, aunque otras tantas se han adaptado.

—¿Entonces nada de gatos grandes? —Kei compuso un gracioso mohín de decepción debajo del velo.

—¿Y para qué son las rejas si no hay grandes depredadores? —preguntó Ander.

—Para los gatos medianos. —Eric le guiñó un ojo a Kei—. Jaguares, ocelotes, alguna especie de lince... con territorios bien delimitados por ellos mismos. También hay zorros,

tejones, mapaches y otros muchos pequeños depredadores que sí pueden cruzar este vallado. Por eso Gabriel va muy atento a la conducción, aunque hay pasos de fauna subterráneos.

El jefe de seguridad los miró por el retrovisor. El otro coche los seguía a una distancia prudencial. Ninguno levantaba más murmullo que el ruido de las ruedas contra el camino de tierra.

—¡Mapaches! —Los ojos de Kei se iluminaron y se apoyó en la ventana para asomarse—. ¿Creéis que veremos alguno?

—No si vas dando voces por la ventanilla —respondió Ander.

—En realidad sí los veréis, cuando paremos a comer. Esos cabroncetes siempre se acercan para intentar robar, igual que los monos —dijo Gabriel, la voz ronca bajo el respirador.

Kei se acobardó y se enderezó en su asiento. Le estaba costando acostumbrarse al jefe de seguridad.

—Tendremos que defender nuestra comida. —Ander sonrió. Imaginar a Kei corriendo delante de los monos le resultó gracioso.

—Suenan bien. —Paul asintió—. Entonces, ¿cuáles son las intenciones de Valkyria en cuanto a recuperación de especies?

Eric miraba por la ventanilla y se giró hacia él.

—Gran parte de los ecosistemas clásicos ya no existen como tales, sus especies asociadas han mutado, como en los desiertos, o carecen totalmente de vida, como lo que queda de los polos y la tundra. Eso es irrecuperable mientras no podamos replicar el ecosistema completo. La otra opción es la ingeniería genética. Si no tenemos el medio correcto, cambiamos la especie para que se adapte al nuevo. Es un trabajo a largo plazo.

—Si están dispuestos a trabajar con eso, ¿usarán la bioingeniería de hábitats? —preguntó Paul.

—Esta selva es justo eso. También estamos construyendo una reserva marina controlada bajo la isla. El resto del trabajo se mueve entre financiar la educación ambiental y la conservación de lo poco que queda ahí fuera.

—¿Cuál es la prioridad?

—Determinar las especies cuya recuperación tendría el mayor impacto en la restauración de los ecosistemas dañados, por encima de todo, para conseguir ejemplares. Nos va muy bien con las aves y las polinizadoras. No tanto con el coral y las tortugas marinas, pero estamos en ello.

Todo sonaba muy bonito. Era evidente que Paul compraba ese discurso: le emocionaba. Kei parecía más interesado en buscar mapaches entre la vegetación. En cuanto a Ander, no lo habían educado para tragarse lo primero que dijera el dueño de una megacorporación.

—¿Y de qué sirve todo eso si las empresas siguen llenando el aire de veneno, el océano es plástico puro y las macroalgas son insostenibles? No se puede hablar de regeneración si el cáncer ni siquiera se ha extirpado. Y está en metástasis. —Ander se dirigió a Eric sin tapujos.

El millonario sonrió como un gato de dibujos animados.

—De eso trata el programa de conservación, Ander. Y tienes razón. Todo esto solo son paliativos. ¿Dime, prefieres la eutanasia?

—Tal vez —replicó el muchacho. Paul le lanzó una mala mirada. Kei no les prestaba

atención: subió el cristal y pegó la cara a él—. Pero en los folletos que nos mandaste hablabas de salvar el mundo. Eres tú el que ha lanzado el cebo, ¿cómo piensas hacerlo? Porque es una duda que tengo desde que llegamos. ¿Cómo vamos a salvar algo que ya está muerto?

—¿He visto algo moverse! —exclamó Kei, ajeno al debate—. Parecía un mono enorme. ¿Hay monos enormes aquí?

—Sí, Kei. Gorilas. Y son curiosos, no acerques los brazos a la valla. Ander, siempre se puede construir sobre cenizas. Sobre ruinas —acabó mirándolo fijamente. El chico volvió el rostro al instante al captar la referencia.

La radio del coche crepitó antes de encenderse.

—¿Eh, no toques eso! —se escuchó decir a Liam, en conexión con el segundo vehículo.

Luego llegó la voz de Oliver.

—¿Cree que vamos a ver algún dinosaurio en su parque de dinosaurios, señor Valkyria? ¿Eh? ¿Hola?

Para Ander fue un alivio dejar de sentir la incisiva mirada de Eric. La risa del dueño de Valkyria destensó el ambiente, que se había cargado con la gravedad del tema del que hablaban.

—Los animales salvajes son impredecibles, doctor Malcolm. Es la gracia de un parque como este. No te preocupes, el tiranosaurio aparecerá al mínimo imprevisto que tengamos y se dará un banquete.

Kei miró a Eric sin entender nada. Ander se limitaba a observar por la ventana, aturdido como si hubiera recibido un golpe en el estómago. Su anfitrión conocía sus afiliaciones por políticas y eso era una amenaza: si se pasaba de listo, contaría lo de Elysium Limpia a sus compañeros. Y no se avergonzaba de sus ideas... Simplemente no quería ser el primero en causar conflictos. Bastante había tenido con la clase de filosofía y el resquemor que Paul le tenía.

El viaje continuó. También las explicaciones, los datos y el esfuerzo del personal de la isla para instaurar conciencia ecológica en sus pupilos. Realista y pesimista, pero no derrotista. Los animales comenzaron a aparecer según la selva se espesaba. Algunos curiosos, como los monos jóvenes, provocaron algarabía y risas en ambos vehículos al asomarse tras las rejas. Las aves las utilizaban como posadero en alguna zona repleta de familias y los reptiles cruzaban la carretera sin prisa, obligando a realizar parones. Kei estuvo a punto de dejar caer el teléfono por la ventana en dos ocasiones, parlotando sin cesar.

Tras un par de horas que habrían sido media de ir a buena velocidad, se detuvieron en un claro. El enrejado estaba dispuesto en forma de cúpula y, aun así, algunos árboles lo superaban en altura, cubriendo con las ramas toda su superficie. Con los rayos de sol colándose entre ellas, resultaba un espacio fresco y agradable. Unas ruinas de piedra eran la prueba tangible de que en algún momento se le había dado otro uso a esa zona.

Todos bajaron en tropel y Eric tuvo que elevar la voz para hacerse escuchar.

—Si alguien tiene necesidad de orinar, que no se acerque demasiado a nada vegetal. Hay plantas tóxicas y urticantes, como les habrán explicado a los del otro coche. ¡También otras cosas peores que utilizan la maleza como refugio!

—¿No hay baños aquí? —Kei palideció y buscó seguridad en la mirada de sus compañeros. Solo encontró comprensión en Felix, al que tampoco le ilusionaba bajarse los pantalones entre la

maleza.

—Estamos en la selva: nada de baños. Tendréis que excavar las letrinas. —Gabriel no pudo evitar cierto tono divertido.

—Con rejas y todo, este sitio es increíble —comentó Mark con la mirada puesta en la cúpula arbórea—. ¿No vamos a poder salir de la jaula?

—Hay puertas disimuladas, pero están cerradas. Solo para personal. Tenéis que entender que algunos animales son peligrosos. Y, aunque no podáis verlos, están cerca. Vamos a comer. —Liam aprovechó un trozo de roca para sentarse el primero.

Fueron acercándose. Kei especialmente dramático, Oliver y Paul más interesados en el lugar que en el hambre.

—¿Sois conscientes del privilegio de estar aquí? En todo Elysium no habrá más de cincuenta personas que hayan pisado un espacio natural real —dijo Eric.

—Sé que es algo muy especial, pero me da miedo. —Kei se sentó junto a Mark. Era el más corpulento, así que debía sentir cierta seguridad a su lado—. Sobre todo por todos los bichos que pueden picarme aquí afuera.

—Entonces soy el que más miedo debería darte. —Mark mordió el aire a su lado y Kei le dio un golpe con la palma de la mano en la pierna.

—Idiota. Tú no eres venenoso.

Ander se sentó junto a Roman. Evitaba la cercanía del jefe. Era otro de esos momentos que habría preferido disfrutar a solas. Con todo, era muy consciente del privilegio del que hablaba Eric. Incluso los olores que atiborraban el ambiente, a vegetación, tierra húmeda y la podredumbre natural del manto en el suelo, eran algo nuevo y maravilloso. Los sentidos no tardaban en verse saturados por estímulos desconocidos.

Cuando comenzaron a sacar el almuerzo y lo dejaron a la vista, la voz grave y distorsionada de Gabriel les llegó desde un borde. Estaba patrullando la circunferencia del claro y a ninguno le pasó por alto el hecho de que iba armado.

—Mirad arriba. Primero llegan los mirones, después los pequeños se colarán para pedir. Los mapaches están esperando, prefieren que os despistéis. Recibir donativos no es tan divertido como robar.

Decenas de pares de ojos los miraban desde las alturas. Distintos tipos de monos, desde macacos hasta pequeños capuchinos, acechaban al grupo reunido en las ruinas. Los residentes, embargados por emociones que oscilaban entre la fascinación y el miedo, les devolvían las miradas con un nerviosismo similar al de los animales. Kei se pegó a Mark, agarrándose de su brazo.

—No caben entre las rejas, no te asustes —trató de tranquilizarlo el rubio.

Un par de capuchinos no tardaron en contradecirlo, colándose con facilidad para acercarse cautelosos a los humanos.

—¡Aah! ¡¿Esos muerden?! —Kei se encogió para proteger su almuerzo.

Liam volvía del coche con un saco que derramó entre los chicos: frutas y verduras del huerto, que por un motivo u otro se habían descartado para las cocinas. Los monos no se lo pensaron dos veces antes de abalanzarse sobre ellas, y llegaron otros hasta juntarse alrededor de una veintena. El jardinero le ofreció a Kei un calabacín diminuto.

—Venga, échale agallas. ¿No te apetece acariciar a uno?

Kei miró el calabacín con reservas y luego a los monos, con un asustadizo anhelo. Todos allí se morían por tocar a los animales. Y todos tenían miedo, aunque la mayoría no lo exteriorizase. Ander observaba sin llamar su atención. Felix se había quedado petrificado, con los ojos muy abiertos. Roman se apartó cuando uno de los animales se acercó demasiado a él. Oliver era el único que intentaba atraerlos ofreciéndoles su almuerzo y haciendo ruidos que trataban de imitar sus chillidos. Kei, viendo que ninguno se lanzaba a morder la cara de Oliver, cogió el calabacín y se atrevió a despegarse de Mark. Sostuvo la verdura a una distancia prudencial y empezó a bisbisear como si estuviera llamando a un gato. Varios se le quedaron mirando y comenzaron a acercarse. Un tercero, más avisado e imprudente, saltó desde un lado directo al brazo de Kei, le arrancó el fruto y comenzó a comérselo allí mismo con pequeños bocados. Todos esperaban el grito de Kei, y estuvo a punto de producirse, pero el chico demostró que sus ganas eran más grandes que su miedo. Apretó los labios y reprimió el impulso de buscar el refugio de nuevo en Mark.

—Hola, monito bonito —dijo dulcificando aún más la voz.

El mono lo observó con curiosidad, masticando de forma exagerada. Era un ejemplar joven y estaba claro que lo habían alimentado antes. No conocía el temor a los humanos, puede que ni siquiera heredado de varias generaciones. Roman, cerca de Eric, consiguió que otro tomara de su mano un puñado de almendras. Se dirigió al anfitrión, boquiabierto.

—Todo el mundo desearía sentir esto. Podría cobrar lo que le viniera en gana, sin límites, la gente se endeudaría por vivirlo al menos una vez.

Eric sonrió. Lo observó con una expresión enigmática, como si conociera algún misterio esencial del universo, y le puso una mano en el hombro para estrecharlo.

—No necesito más dinero. Y, si hiciera eso, le estaría arrancando el alma a este lugar. Te contaré un secreto. —Se inclinó para susurrarle al oído—. Es un lugar sagrado.

—Me temo que no soy espiritual. Tampoco soy un experto en arquitectura, como su esposo, pero estas ruinas tienen menos de cincuenta años. En el coche nos han hablado de educación ambiental y conservación. Cualquiera que viera esto se replantearía la vida. Yo lo estoy haciendo, maldita sea. Esto es más efectivo que todos los vídeos lacrimógenos del mundo —contestó Roman.

Eric asintió.

—Por eso es sagrado. ¿Crees que monetizarlo y abrirlo solo a quien pudiera permitírselo sería justo? No solo para los millones de personas que no tendrían esa posibilidad, sino para los habitantes de esta selva. ¿Debo establecer el privilegio de estar aquí con dinero? Vosotros no habéis pagado un céntimo por él.

Roman levantó las manos en señal de paz.

—Lo plantearé de otra manera. Podría cobrar lo que deseara a los gobiernos, que son los responsables finales de la conservación, para que trajeran aquí a los niños de cada colegio. Ningún niño que vea esto lo olvidará jamás. O mejor aún: podría llegar a un acuerdo para que el gobierno solo tuviera que gastar dinero en traerlos aquí.

Paul se sentó a su lado, acabando un sándwich.

—Tiene razón. Mi madre estaría encantada de hacer algo así. Y resulta evidente que muchos de estos animales están improntados. No es lo más adecuado... pero supongo que ha sido

inevitable que los trabajadores les dieran una golosina de vez en cuando, por eso actúan así. Eso no tiene marcha atrás.

La conversación tenía ya la atención de todos, salvo de Kei, que jugaba con el pequeño capuchino y le tomaba fotos. Incluso Oliver se acercó.

—No estoy del todo de acuerdo... —dijo con un titubeo.

Eric escuchaba con verdadero interés e hizo un gesto a Oliver para que se acercara más, ensanchando la sonrisa.

—Me gusta este debate, ¿qué es lo que tú piensas? ¿En qué difieres?

—¿Cuántos colegios hay en Elysium? Desconozco los datos exactos, pero serán miles. Eso se traduce en visitas diarias. Imaginad las cotas de contaminación de los barcos o aviones que habría que movilizar. —Oliver se sentó en el suelo frente a ellos—. Habría que crear una entrada más amplia, un centro de visitantes, deforestar otra parte de la selva, mover maquinaria pesada, decenas de gente trabajando, asfalto... y cuando todo estuviera listo, esas visitas diarias. El estrés mataría a muchos animales y alteraría las conductas de otros, aunque Paul es el experto...

—Es cierto. Alteraría las conductas de todos, en realidad —apuntó este frunciendo el ceño.

—Para la flora sería una hecatombe. Con una docena de personas puedes controlar que nadie toque nada, pero en ese supuesto resulta imposible. Residuos, alboroto... No. Matarían este lugar.

—Estoy con la cabrita —dijo Mark con la boca llena—. Solo para nosotros.

Eric ensanchó su sonrisa y asintió a Oliver. Su aportación le satisfacía.

—Además, dudo que esa visita los hiciera cambiar nada. —Ander, que había escuchado en silencio, intervino en ese momento—. Los gobiernos subvencionarían el proyecto para fingir que intentan algo y quedar bien de cara a los votantes, como hacen siempre. Los niños aprenderían dos eslóganes bonitos y volverían a sus ciudades, donde se olvidarían de lo aprendido en el momento en que tuvieran que pedir un menú rápido y barato de basura en la puerta de su apartamento. La gente no cambia su forma de vivir por una visita al zoo. Y en eso se convertiría esto: una experiencia de consumo que se olvida con el siguiente estímulo, como todo en esta sociedad de mierda.

Su recompensa fue una sonrisa afirmativa de Eric.

Felix, que acababa de volver de orinar aprovechando la distracción, se sentó al lado de Kei para acariciar a su nuevo amigo. Roman se encogió de hombros, derrotado.

—No puedo luchar ante tanto buen argumento. Pero es una lástima. Cambiando de tema, me ha surgido una duda al ver tanto bicho. ¿Por qué no hay mascotas en el complejo? En el pueblo vi un par de gatos y he escuchado ladridos una noche.

—En el pueblo hay animales de compañía, es cierto, pero los perros no se alejan demasiado y tenemos dispositivos para impedir que los gatos se acerquen arriba. Máquinas de ultrasonido a ras de suelo, seguro que habéis visto alguna, son del tamaño de mi puño —explicó Eric—. Son depredadores graves y en los jardines hay una gran variedad de aves y anfibios que no resistirían su caza. Tenéis que entender que todo en la isla convive en un delicado equilibrio.

—¿Puedo quedarme el monito? —dijo Kei. Todas las miradas se volvieron hacia él—. Quiero decir, él no va a cazar pájaros, ¿no? Y le gusto.

—No es una mascota, Kei. Su lugar es la selva —respondió Eric.

—Y no puedes quedártelo como si fuera una cosa. Es un animal salvaje, aunque esté improntado hay que respetarlo —añadió Paul.

—¡Haré lo que sea! ¡Cavaré yo solo las letrinas! ¡Si está allí no tendrá que luchar para encontrar comida ni tendrá depredadores, vivirá mejor! ¡Seguro que los jardines le encantan, estará libre! —suplicó Kei, abrazando al animal que rebuscaba en sus bolsillos.

—Lo siento. —Eric ya no sonreía—. No es negociable.

—Otra razón para no traer críos a infestar la isla: las pataletas —malmetió Mark con un tono de mofa.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan imbécil? ¿Hablamos de tu pataleta porque no me acostaría contigo ni aunque uno de los dos tuviera vagina y hubiera que repoblar la tierra? —espetó Kei.

—Basta. —La voz áspera de Gabriel los tomó por sorpresa y silenció la pelea y las risitas—. Deberíamos volver —dijo mirando a Eric.

Mark, sorprendido, echó una mirada amarga a Kei. No se atrevió a replicar tras la intervención de Gabriel.

—Sí. —Eric se levantó y se sacudió los pantalones—. Me doy por satisfecho. Ha sido una mañana muy instructiva para todos.

Liam, que había estado tomando muestras aquí y allá para futuras clases, comenzó a cargarlas en el coche. Un par de mapaches ya se acercaban, disimulando entre maleza y ruinas. Mientras Kei se despedía dramáticamente de su amigo blanco y negro y el resto trataba de atraerlos, Paul se acercó a Eric.

—¿No podemos alargarlo un poco?

—Me temo que no, aunque volveremos más adelante. Gabriel debe haber localizado depredadores al acecho. Si se pasan la tarde merodeando por aquí buscando el modo de entrar, no cazarán otras presas.

—Pero... todos los que han mencionado son nocturnos.

—Él es el especialista. Vamos. Cambiáis de lugar, a vosotros ahora os toca flora.

Mientras su anfitrión se alejaba hacia el coche, Paul se acarició la cresta con el ceño fruncido. Por lo que les había dicho Alex, la especialidad de Gabriel era la informática.

Sé que esto va a molestarte.

Su hijo no se equivocaba. Esa sola frase bastó para que se pusiera a la defensiva. El mensaje grabado en Freya se reprodujo ante un atónito Jacob la misma noche en que Ander desapareció.

Valkyria me ha seleccionado para el Proyecto Odín. No pensé que fuera a ocurrir, así que no creí necesario hablarte de los detalles.

La voz de Ander era clara, pero su padre podía notar el leve temblor, las pausas dubitativas, breves, pero esclarecedoras para él. Tenía miedo.

La formación durará un curso completo. No he tenido tiempo de decírtelo en persona, el avión sale esta misma noche. Es una oportunidad que no puedo perder, papá. Espero que lo entiendas. Puede ser muy provechoso para todos.

Un silencio largo y reflexivo. Ander no estaba del todo seguro, aun así, lo había hecho. Una

parte de Jacob se sintió orgullosa en ese momento: no había criado a un cobarde.

Te llamaré en cuanto llegue al destino.

Hacía dos semanas que no sabía nada de su hijo. Un tiempo prudencial para ponerse en contacto con Valkyria y preguntar qué diablos pasaba. Los formularios de la red respondieron con mensajes pregenerados por bots, educados y vacíos. Las llamadas, con sugerencias acerca de contactar por medio de la página web, un círculo vicioso de desatención que cualquier ciudadano conocía bien. Para cuando consiguió una cita en la sede, los ánimos de Jacob estaban más que caldeados.

En el edificio el ambiente relajado parecía prediseñado para mostrarse en las redes. Había jóvenes sacándose fotos en la ridícula fuente de cuento de hadas que presidía el enorme vestíbulo. Jacob aborrecía esos escenarios irreales, destinados a enmascarar la podredumbre que corría bajo ellos y embadurnaba a toda la sociedad. En recepción el círculo de burocracia volvió a empezar, esta vez a través de tablets y viajes a oficinas que lo mantuvieron la mayor parte del tiempo esperando para firmar nuevos formularios.

Suba a la primera planta. Baje al sótano. Eso debe entregarlo en la oficina de atención al cliente. No, no es aquí, debe ir a recursos humanos. Y ahora debe acudir a la oficina de formación. Firme aquí. Espere unos minutos. Le darán la respuesta en recepción.

Una mujer canosa con el pelo recogido y gafas gruesas acabó contemplando el estallido en la tercera planta. Jacob aporreó su mesa con ambas manos, la mandíbula marcada a fuerza de apretar los dientes. Pese a ello, la oficinista no mostró señales de sobresalto. Levantó la vista por encima de la pantalla y se bajó las gafas hasta la punta de la nariz. Jacob habló antes de que ella despegara los labios.

—¡Quiero contactar con mi hijo y no voy a dar un paso más hasta hacerlo! —bramó, substituyendo la palma de las manos por golpecitos secos y rítmicos con el índice.

—Asumo que su hijo trabaja para Valkyria —contestó ella con un contraste de templanza chocante.

—¿¿¿Le pagan para asumir??? Busque: Ander Osman. Seleccionado para el Proyecto Odín.

Un tecleo rápido y un asentimiento.

—Ajá. Todo correcto. ¿Cuál es el problema?

—¡El problema es que no se ha puesto en contacto conmigo desde que se fue, ese es el problema!

—Señor Osman, todos los seleccionados para el Proyecto Odín son mayores de edad. —Volvió a subirse las gafas con un dedo—. Que no se haya puesto en contacto con usted no es responsabilidad de Valkyria.

La mirada de Jacob se endureció hasta convertirse en un puñal de hielo.

—Quiero hablar con tu jefe. Y no me refiero al gilipollas que tengas inmediatamente por encima. Quiero hablar con Valkyria.

—Ajá. Un momento, por favor. Si no le importa, puede esperar allí. Será cuestión de cinco minutos a lo sumo. —Señaló uno de los cómodos sofás de cinco plazas del fondo.

Tras Jacob comenzaba a formarse cola. A esas alturas todo el aplomo del que solía alardear se erosionaba. El corazón le latía en el cuello y un picor caliente y desagradable lo obligaba a abrir y cerrar las manos. Echó una mala mirada a la gente en la cola al pasar junto a ellos y se

sentó en una de las incómodas sillas del pasillo, echando un vistazo a su móvil. Llevaba allí más de dos horas e intuía que no iban a ser cinco minutos más. Pero se equivocaba. Ni siquiera habían pasado tres cuando las puertas del ascensor se abrieron y dos guardias uniformados entraron a la planta, fijándose en él. Jacob era un hombre grande. Pese a ello, le sacaban una cabeza y dos cuerpos. Por si su aspecto físico no resultaba lo bastante intimidante, ambos llevaban tásers de alta potencia. En la mano.

—Disculpe, caballero. ¿Sería tan amable de abandonar el edificio sin hacer una escena?

—¿Qué es esto? —Jacob los encaró con un gesto contenido—. No he montado ninguna escena. Llevo horas tratando de contactar con la directiva. ¡Este trato es intolerable!

—La directiva está muy ocupada. Ese tipo de instancias se realizan en la red. Le invitamos *amablemente* a abandonar el edificio y proceder por las vías habituales.

Jacob comprendía muy bien la amenaza. Tenía una empresa de seguridad: sabía que tras dos avisos *amables* no vendría un tercero. Lo inmovilizarían y lo sacarían a rastras delante de todo el mundo. Entonces, si se resistía, aunque fuera un poco, les estaría dando potestad legal para usar las armas. Estaba orgulloso de esos métodos, al menos hasta aquel día. Se tragó la bilis y apretó los dientes.

—De acuerdo. Llegaré donde tenga que llegar. Putos lamebotas. No sabéis quién soy —masculló dándose la vuelta—. Sé dónde está la salida.

Los guardias lo siguieron, aun así, con los tásers preparados por si tenían que ser más convincentes. No hubo necesidad. Jacob regresó a casa dispuesto a acudir a las autoridades y a usar todo el poder de Scutaris para encontrar a su hijo.

Ese cabrón de Valkyria no iba a llevárselo sin que presentara batalla.

18. ¿Quieres irte?

La cena fue ligera esa noche. Todos estaban cansados y se despidieron pronto para ir a sus respectivas habitaciones. El agotamiento después de un día lleno de descubrimientos y emociones resultaba satisfactorio. Ander se sentó ante el ordenador con el pelo aún mojado, después de una larga ducha.

El chat era un hervidero. Había seis conectados, contándolo a él, y la conversación giraba en torno a lo visto en la selva. Sintió cierta decepción al no ver a Trece. Tenían algo pendiente. Kei estaba en línea con su nombre real y un avatar de pelo rosa, inundando de fotos la sala general.

Kei:

Aún estoy muy triste por que no me dejaran traerme a Francisco, pero siempre me quedará su recuerdo.

CabritaSexy:

¿Has llamado Francisco al mono? JAJAJAJAJA

Kei:

Sí, pega con capuchino.

L'estragne:

No entiendo la lógica que te lleva a eso.

Kei:

Antes había una religión con monjes que se llamaban franciscanos capuchinos, incultos.

L'estragne:

Sí, como las ninjas acuáticas. Vaya cacao llevas jajajaja

Varios emoticonos de risas. La pestaña parpadeó. Trece se había unido al chat. Al anuncio le siguió el familiar cosquilleo en los dedos. Ander se mordió los labios y esperó a que Trece abriera el privado.

Kei:

Pero es verdad, ¿había monjes que seguían a un tipo que se llamaba Francisco!

CabritaSexy:

¿Y era guapo ese Francisco?

La conversación seguía. Trece no dijo nada en el chat. Tampoco se lo dijo a él. ¿Debía saludarlo? ¿Parecería desesperado o impaciente? Lo cierto era que sí estaba impaciente, pero no quería aparentarlo. Tamborileó con los dedos sobre la mesa. Esperó un par de segundos mientras las tonterías se acumulaban en el general. Al final, fue él quien dio el primer paso.

Dagon:

¿Hola?

CabritaSexy ha abandonado el chat.

Francisco se ha unido al chat.

En el privado, al fin vio a Trece escribir.

Trece:



Dagon:

Me quedé esperándote la otra noche.

Trece:

Teníamos que cenar. Nos hubiéramos descubierto si los dos llegamos a bajar tarde. Aunque el círculo se cierra jejeje... no eres Oliver ni Kei.

Dagon:

Tú tampoco. Y estoy casi seguro de que no eres Felix.

Trece:

¿Quieres jugar a los descartes? Muy bien. No eres Kei ni Oliver. No eres Mark ni Felix. Eso deja tres posibilidades... si yo fuese una de ellas, quedarían dos...

Dagon:

¿Por qué piensas que no soy Mark?

Trece:

Dudo que Mark lea mucho. Eso dijiste al principio. Dudaste de que fuera Mark o Felix desde el primer momento.

Dagon:

Podría estar jugando al despiste...

Trece:

Si tanto te apetece saberlo, podríamos vernos. Hay muchas habitaciones oscuras a estas horas. O quizá no te sientes preparado para algo... real.

El corazón parecía querer reventarle el pecho a Ander. Acelerado, inflamado ante la sola idea que se le ofrecía. El antiguo miedo amenazaba con bloquear sus dedos, lo empujaba a apagar el ordenador y olvidarlo. Pero no lo hizo. Apretó los dientes y tecleó.

Dagon:

Quiero hacerlo. Pero nunca he estado con un tío. Creo que debes saberlo, aunque tal vez te estoy dando demasiadas pistas.

Trece:

Todos los dormitorios del ala contraria están vacíos. Y abiertos. Te espero dentro del primero en quince minutos.

Dagon:

No, espera!

Trece ha abandonado el chat.

El pánico se sacudió en su pecho. Se levantó con tanta brusquedad que la silla rodó hasta chocar con la cama. Siempre podía dejarlo plantado. Olvidar que esa conversación había tenido lugar. No conectar nunca más.

Pero no era pánico lo único que circulaba por su sangre. Ese mismo miedo acicateaba la excitación. El misterio, no saber quién era su cita clandestina. El secreto. Eran chispas que encendían un fuego conocido y más que agradable. Allí, lejos de todo lo que conocía, a una vida y un mundo de Elysium, podía plantearse hacer algo así. ¿Iba a desaprovecharlo?

—¡No te lo pienses, joder!

Agarró una sudadera del perchero, se echó la capucha y cerró la prenda hasta el cuello. El ritmo de su pulso marcó el de sus pasos por el corredor. Cruzó el ala de dormitorios como una sombra esquiva y llegó a la puerta cerrada junto a las escaleras. Abrió con cuidado, sin hacer el mínimo ruido, y accedió a un pasillo idéntico al que conocía, flanqueado por puertas iguales a las de sus habitaciones. El aliento le tembló al ver la primera de ellas, entreabierta e invitadora. Cerró los ojos, tomó aire y la empujó despacio. No tuvo tiempo de atisbar el oscurísimo interior. Una mano lo agarró del codo y tiró, apartándolo para cerrar de un portazo. Ander se vio arrinconado contra la pared, cara a cara con un extraño que respiraba a centímetros de su boca. Llevaba algún tipo de perfume que no reconocía y olía a fruta fresca, pero eso era algo que estaba disponible para todos en el comedor a cualquier hora.

Cerró las manos en la prenda que cubría el pecho del extraño. Fue un reflejo, como el impulso de apartarlo de sí y golpearlo. Pero era uno de sus compañeros. Estaba allí por su propia voluntad. Y quería que ocurriera, con tanta fuerza que temió que su cita se diera cuenta. Estuvo a punto de hablar. Reaccionó a tiempo de pensar que eso le delataría. Contuvo de nuevo el aliento y soltó despacio los dedos para tocar la prenda, los músculos que ocultaba. El corazón le latía tan fuerte que supo que podía escucharlo en aquella espesa oscuridad. Como no se decidía, Trece lo besó. El aroma a frutas se convirtió en sabor cuando su labio inferior se coló entre los suyos, invitándolo a separarlos. Enredó la lengua en la de Ander como si tratara de despertarla.

El chico intentó contenerlo, pero solo pudo gemir. Un sonido entre el ansia más desesperada y el alivio absoluto. Le parecía irreal, la sensación resbaladiza, tan suave y dura a la vez de los labios de Trece contra su boca. Había fantaseado miles de veces con ese momento y, aunque había besado a chicas, lo que sentía era nuevo. Diferente. Todos sus nervios se concentraron en los labios y, desde allí, transmitían descargas de excitación hacia el resto de su cuerpo. La oscuridad, el extraño aprisionándolo contra la pared, la inutilidad de los nombres o los juicios, eran ingredientes para sofocar cualquier voz en su cabeza. El shock inicial lo mantuvo pasivo, pero, como Trece esperaba, su lengua despertó con las atenciones y se volvió voraz. Ander intentaba reconocerlo explorando cada recoveco de su boca y comenzó a tocar el cuello y el rostro hasta que encontró el pelo, lo suficientemente largo para agarrarse de él.

«Es Mark», acertó a pensar, pero la verdad era que no importaba quién fuera. Tenía tanta sed que cualquier pensamiento racional se evaporó en el calor del momento.

Unos dedos audaces recorrieron el pelo rapado de su nuca y lo acariciaron antes de agarrar con firmeza, impidiendo que se separara. Las caderas del desconocido se pegaron a las suyas en un vaivén que lo presionaba contra la pared. Trece metió entre ambos la mano libre para desabrochar un botón: el de su propio pantalón. Acto seguido, empujó a Ander hacia abajo en una orden evidente.

Este cedió como si sus piernas flojearan. La firmeza de Trece era la guía que necesitaba para dejarse ir. Las rodillas tocaron el suelo y sus jadeos retumbaron en el silencio de la habitación. Se agarró del pantalón y tiró para bajarlo, mostrándose colaborador. El contacto del miembro duro contra su mejilla provocó un nuevo gemido sofocado. Subyugado por su propio deseo, la

frotó contra la carne caliente como un cachorrillo torpe y hambriento. Trece manifestó su deseo de otro modo: le rozó los labios con el pulgar, instándolo a abrir la boca. Apenas lo hizo, hundió su sexo en el cálido interior. La única delicadeza fue colocar la mano en la parte trasera de su cabeza para que los empujones inmediatos no la hicieran chocar con la pared. Ander solo tenía dos opciones: aprender rápido... o ahogarse. Sus jadeos fueron sustituidos por un lúbrico sonido de succión, húmedo y chasqueante. No hubo quejas, el chico clavó los dedos en la tela de los pantalones y encontró la forma de acompañar los movimientos y respirar, cabeceando contra las caderas de Trece. Era tan torpe como cabía esperar de un novato, pero tenía muy bien aprendida la teoría y un hambre tan atrasada que suplía cualquier carencia. Además, Trece se estaba sirviendo solo y eso hacía las cosas mucho más fáciles. Ander succionaba y lo atrapaba cuando se retiraba, entonces se le escuchaba respirar con fuerza, antes de la siguiente invasión. Trece se dio por satisfecho pocos minutos después, apartándose de golpe, como si temiera que aquello pudiera terminar antes de empezar. Pese a ello, no le dio respiro. Ander se vio arrastrado por el cuello de la sudadera, en medio de la oscuridad, hasta que sus manos tocaron las patas de una mesa o un escritorio. No hubo indicaciones, ni apremio ni gestos. Era como si su acompañante estuviera esperando alguna señal por su parte. O una palabra. Todavía estaba a tiempo de quejarse, de pedir o sugerir un cambio en aquel trato.

Por un momento se lo pensó. Si cedía a la duda el miedo volvería a adueñarse de él. A paralizarlo. Estaba cansado de ceder, de negar cualquier deseo que su verdadero yo albergase. La parálisis quiso tomar el control, le susurró que se agarrara de la mesa y gritara a Trece que se largara, pero se rebeló contra ella. Soltó un gruñido y se sacudió el agarre solo para abrirse el pantalón e inclinarse por sí mismo contra el tablero de la mesa. Estaba despejada, nada le impidió abrir las manos sobre ella. Por si la voz insidiosa del miedo regresaba, se ladeó apresurado y agarró a tientas a Trece, metiéndose su mano en el interior de los pantalones. Su decisión agradó al misterioso anfitrión, que puso final a las prisas. Primero lo ayudó a quitarse la sudadera y la camiseta, luego se entretuvo en acariciar la espalda de músculos suaves, disipando las tensiones que los resaltaban. En ese contexto, para Ander fue una alarmante sorpresa notar una mano entre las nalgas, sujetando algo plástico, pequeño y rígido. En cuanto intentó volverse, la mano sujetó su nuca contra la madera, inamovible. El objeto encontró la hendidura que buscaba, molesto e invasivo. Apenas un segundo después, un líquido espeso y viscoso le inundó donde nada había entrado antes.

Ander se tensó. La sensación fue sucia y excitante. Un resoplido ahogó las palabras que estuvo a punto de pronunciar. Agarró la sudadera y mordió la tela, previendo que lo siguiente no iba a ser tan inocuo.

«Ahora no puedes echarte atrás», pensó. Y no quería. Su sexo pulsaba, duro como nunca, anhelando las atenciones de Trece, fueran cuales fueran. Pudo sentirlo. La presión del miembro que había tenido en la boca, rozando la humedad viscosa que lo esperaba entre sus piernas. Apretó su longitud y resbaló hasta los testículos tensos de Ander, cambió de dirección y subió hasta el coxis, sin acertar. Sin intentarlo, sin ser dirigido por una mano certera. Durante unos segundos, nada. Luego, la mano llegó. Sujetó y apuntó al pliegue que pedía ser penetrado, acariciando, apretando los milímetros justos para estimular sin abrir.

Entonces, un suspiro. De ansia, de contención... de arrepentimiento. Un suspiro de haber llegado tarde para escapar de la culpa y, aun así, intentarlo.

—Me han convertido en muchas cosas horribles, Ander, pero no en un violador. ¿Quieres irte? —dijo Eric.

Por un momento Ander dejó de respirar. Un calor molesto trepó hasta sus mejillas. Se revolvió para darse la vuelta y se tapó con la sudadera, como si Eric pudiera verlo en la oscuridad. Como si no acabara de tener su polla en la boca. Como si aún no tuviera la sangre latiendo entre las piernas y el vello erizado. La caída de las máscaras trajo de regreso la vergüenza. Sus pensamientos revoloteaban sin control, entre el pudor y el enfado por la interrupción.

—No nos dijiste que estarías en el chat —resolló. Una parte de sí se sentía descubierta. Otra, ultrajada.

Y existía otra, incomprensible, excitada con el descubrimiento.

—Y, pese a ello, estoy. ¿Te sorprende? —Escuchó un jadeo, una inhalación sonora, una contención—. El engaño y el control absoluto forman parte de todo aquello en lo que crees. Pero yo te doy la opción de decidir. Una que yo no tuve. Decide.

Los dedos que le sujetaban la nuca desaparecieron de golpe y dejaron un hormigueo en la piel. Una sensación fría empezó a extenderse por su espalda. Se sintió indefenso, huérfano en la oscuridad llena de la presencia contenida de Eric. Algo horrible asomaba a su conciencia. Si dejaba que el calor se apagase, si le entregaba las riendas a la vergüenza, esta lo acompañaría para siempre. Si elegía irse, no habría elegido nada de lo que ya había sucedido. No habría tenido ningún control. Si se iba, se convertiría en una víctima.

—No. No quiero irme.

—Parece una buena decisión. Te sentirás mejor después de esto, Ander. —La voz de Eric era ronca, anhelante—. Pero quiero escucharlo otra vez. Una confirmación, como cuando intentas comprar algo muy caro en nuestras tiendas *online*.

Ander recordó la imagen del ángel caído, en la fiesta de disfraces. Los ojos puestos en él. Eric, con esa misma voz, susurrándole que no había más ley que lo que quisiera hacer. Eric, a través de los altavoces, instándolo a deshacerse de las máscaras, llenando la habitación con su voz, guiándolo. Se alejó tanto como pudo de otros pensamientos, tan desesperado que camufló cualquier emoción contradictoria con la furia: no iba a echarse atrás. Agarró a Eric por la pechera, atrayéndolo hacia sí bruscamente.

—Quiero quedarme, joder, ¿te parece suficiente?

Antes de que el otro pudiera replicar, fue él quien tomó su boca al asalto, en una huida hacia adelante. Su impulso fue recibido con un nuevo agarrón en la nuca y un beso violento, sucio, con roces de dientes sobre la lengua y saliva brillante en la comisura de los labios. Fue efímero. Sin decir una palabra, como si aún importara el silencio, Eric lo obligó a darse la vuelta y recostar el pecho en la mesa. Su sexo empujó la entrada lubricada, apenas un par de centímetros.

Ander estiró los brazos y se agarró del borde del tablero. Soltó un gemido de sorpresa y contuvo la respiración al notar la dura presión que separaba su carne. Lo había tenido en la boca, conocía su envergadura y temió que Eric fuera tan brusco como antes. No pudo evitar ponerse nervioso y tensarse. Hubo otro pequeño avance. Sin dolor, con el alivio de comprobar que, pese a todo, iba a ser cuidadoso. Estaba dirigiendo la mano entre las piernas de Ander cuando un sonido totalmente fuera de lugar los distrajo a ambos. Una musiquilla exigente, imperativa, que provenía de la muñeca de Eric.

Victor quería algo.

Ander agradeció la pausa. Apretó la frente contra la superficie fría de la mesa y pudo

disfrutar de la sensación de la carne llenándolo poco a poco. Eric sintió cómo se relajaba y la estrechez que lo engullía se hacía más acogedora. Pero no podía concentrarse con el sonido persistente del reloj, así que tuvo que consultarlo. Victor estaba en una especie de prado muy verde, debajo de un árbol repleto de brillantes manzanas rojas. Saltaba intentando alcanzarlas, sin conseguirlo. Su marcador de felicidad bajaba poco a poco.

Ander ladeó la cabeza y vio el rostro de Eric iluminado por el reloj. Debía ser algo relacionado con los negocios, porque tensaba la mandíbula. Tenía el pelo suelto y su expresión iracunda le inquietó.

—Por las jodidas manzanas, ¿en serio?

El millonario frotó la pantalla del reloj, dejó caer algunas frutas y las recogió para Victor. Luego bloqueó el aparato y lo silenció. Ander se incorporó a medias, confuso por la reacción.

—Todo está bien —farfulló Eric, tratando de sonar tranquilizador.

No lo consiguió. La ira momentánea se filtró en el tono y, sobre todo, en los gestos. Su sexo abrió las entrañas de Ander de una única embestida rabiosa. Lo sujetó por las caderas y comenzó a corcovear sin piedad, imaginando que era al maldito Victor a quien tenía delante.

Ander se arqueó y se agarró de nuevo al borde del escritorio con un gemido de dolor.

—Eric... —jadeó—. Despacio... ¡Despacio!

—Relájate, no es para tanto. El dolor pasa enseguida y, a fin de cuentas, es así como lo habías querido siempre, ¿me equivoco? ¿No es con esto con lo que fantaseabas?

Una mano bajó desde la cadera para sujetar la erección de Ander, casi desaparecida, y estimularla en un cálido apretón. Recuperó la dureza en cuanto comenzó a acariciarla. A Eric no le faltaba razón: el dolor dio espacio al placer que había empezado a sentir un momento antes, intensificado por las caricias que lo ayudaron a relajarse de nuevo. Y también tenía razón en lo demás. Sus fantasías eran salvajes, encuentros furtivos en la oscuridad, citas clandestinas, sexo sucio en un cuarto de baño, cosas de las que nadie hablaría una vez sucedieran. Algo como lo que estaba ocurriendo. Ander cerró los ojos con fuerza y arqueó la espalda con las manos abiertas sobre el escritorio. Trató de moverse y acompañar las embestidas, pero Eric lo tenía aprisionado.

—¿Cómo...? —Un gemido lo interrumpió. Se mordió los labios e hilvanó la pregunta como pudo—. ¿Cómo lo sabes? Aahh...

—Porque en esta vida, cuanto más te esfuerzas en ocultar algo, más evidente se vuelve para el resto.

El tono fue distante, como si Eric hablara para sí mismo, a años luz de allí. El apretón se convirtió en una resbaladiza caricia que se acompasó enseguida al ritmo dominante de sus embestidas.

Ander ya no pudo hablar más. Una punzada profunda del placer más intenso que había sentido en su vida rompió su voz en un gemido abandonado. Dejó caer la cabeza hacia adelante y apretó los dedos contra la madera. La mesa traqueteaba sobre el suelo con cada envite de sus cuerpos. La completa oscuridad lo hacía todo más sencillo: no le importó tanto que Eric conociera su secreto, entregárselo, aunque en realidad se lo hubiera arrebatado. La actitud dominante del anfitrión subyugaba por completo cualquier brote de negación o vergüenza. Era más fácil en la oscuridad. Más fácil si lo arrojaban sin piedad ante quien de verdad era. Si le obligaban a sentir lo que anhelaba sentir. Pronto olvidó el dolor inicial y se encontró elevándose

hacia un éxtasis desconocido.

—Más... Más fuerte... —gimió sin reconocerse.

Aquello disipó las brumas retorcidas que acechaban la mente de Eric, sus propios problemas, máscaras y secretos. Él no podía descubrirse ni abandonarse, pero sí aparcarlo en un rincón el tiempo suficiente para disfrutar de la experiencia, que había llegado antes de lo que esperaba. El cuerpo de Ander era una delicia, un regalo que recibía sin merecer. Sin experiencia, levantaba el trasero y se movía de forma instintiva, un espectáculo que habría deseado ver libre de oscuridad. Eric bajó el ritmo y se inclinó para hablarle al oído, entrando lento y profundo.

—Repetiremos esto. Cuando yo quiera. Solo tengo que dar un silbido para tenerte a mis pies, ¿entiendes? La próxima vez quiero ver tu carita de marica reprimido, que me mires a los ojos.

El chico buscaba el placer por puro instinto. Levantó una rodilla y la apoyó en la mesa, facilitando aún más el acceso a su cuerpo. Eric pudo notar el temblor de excitación en la carne que invadía; las palabras surtían el efecto deseado y los labios de Ander lo buscaron a tientas para darle un beso torpe y hambriento.

—Sí... —susurró y frotó la mejilla contra el mentón de Eric, acariciándolo con su aliento jadeante.

—Di mi nombre cuando te corras —jadeó Eric, moviéndose cada vez más deprisa, el pecho pegado a su espalda sudorosa—. No... di... Trece.

—Sí... Aaah... Sí...

El sudor humedecía la piel de Ander. Las profundas penetraciones de Eric apenas los separaban y durante unos minutos solo se escucharon sus respiraciones aceleradas, los gemidos abandonados de Ander. Eric lo tenía amarrado por la cadera y por el muslo que descansaba sobre la mesa. Le llenaba por completo y el roce resbaladizo de la carne despertaba puntos desconocidos en su interior. Fue una ascensión vertiginosa y cuando llegó el punto de no retorno, se sintió caer al vacío y arder como un cometa.

Se corrió como nunca, gimiendo en alto y sacudiéndose contra el cuerpo de Eric.

—Trece... ¡Trece! —gritó al tiempo que manchaba la mesa con una salpicadura blanquecina—. Aahhmm... Joder, Trece...

Eric lo siguió segundos después, espoleado por las sensaciones y las palabras, un orgasmo acelerado, arrancado de cuajo de su interior, que le dejó resollando, estático sobre su acompañante. No se despegaron hasta que sus respiraciones dejaron de estar agitadas y ambos notaron frío al exponer su sudor al aire. Eric acarició la nuca rapada y le tendió la ropa sin necesidad de luz. Conocía aquel lugar, antes todas las habitaciones eran iguales. Ander no necesitó charla de despedida, ni indicaciones. Se marchó deprisa, antes de que la realidad lo hiciera ver aquello de otra forma.

—*Shirak* —dijo Eric en cuanto se quedó solo.

Las luces se encendieron.

El panel que protegía las paredes de cristal se elevó y abrió las vistas al acantilado y la jungla. Eric se abrochó los pantalones y se recolocó la camisa. La misma sensación de insatisfacción que le embargaba siempre después del sexo lo asaltó esa vez. Le dolía aceptarlo, no era algo que pudiera digerir con facilidad, pero le ocurría incluso con Soren. En especial con Soren. Lo quería con locura, en la misma medida lo deseaba y le aterraba la idea de hacerle daño.

Victor también había dejado su marca profunda en la intimidad que podía compartir. Suspiró y apoyó el trasero en la mesa para consultar el reloj. Su mente no solía mantenerse alejada del recuerdo por mucho tiempo. La pantalla principal, sobria y negra, solo mostraba la hora. Soren tenía la costumbre de agarrarlo del brazo y toquetear para verla. Fue un código muy concreto de leves pulsaciones en la parte inferior lo que abrió el juego. En ese momento, Victor dormía en la habitación de *Arriety*, la película de un viejo estudio de animación. De su boca salían zetas y pompas. Eric dio un ligero toque para despertarlo. Victor, ataviado con pijama y gorro, abrió los ojos y se colocó al lado de la cama. Sin bostezos, sin necesidad de desperezarse o remolonear. Como en cualquier juego similar.

—Y ahí estás, como si no hubiera pasado nada. —Eric chasqueó la lengua y revisó el reloj—. Juraría que te había silenciado esta tarde.

Victor no respondió. Sonriente, abrió el armario para que Eric lo vistiera. La pantalla cambió al interior, dejando ver solo perchas pixeladas y ordenadas telas de colorines. Eligió una simpática chaqueta estampada como si fuera una fresa. La capucha tenía un remate con las hojas y el rabito de la fruta. Cuando se lo puso, al pequeño Victor le brotaron corazones de la cabeza. Era absurdo, rozaba el ridículo si lo comparaba con el verdadero Victor. Incluso con el holograma realista fuera de ese juego.

*¿Quieres algo? ^^*

El mensaje apareció en medio de la pantalla, sobre un pergamino, tras unos segundos en los que ni Victor ni Eric hicieron nada.

—Nada que tú puedas darme. —Eric le dio una de las manzanas que tenía en el inventario—. Por desgracia.

Eso no es cierto. Puedo darte información. Por ejemplo, que Soren lleva un buen rato esperándote en la cama. Y sus gestos son de impaciencia extrema desde hace exactamente ocho minutos. Los sensores muestran un aumento de temperatura en su rostro que podría relacionarse con un mal humor creciente.

—Mierda.

Cerró el juego y consultó la hora. Le había prometido regresar antes de que se durmiera. Y llegaba tarde. A la insatisfacción se le unió la culpa, que lo espoleó a salir del cuarto a toda prisa y tomar el ascensor a su planta.

Iba a tener que compensarlo muy bien esa noche.

19. Ya tenemos algo en común.

Los celos no formaban parte del espíritu de Soren. Tal vez su modo de vida antes de acabar siendo la pareja del hombre más rico e influyente del mundo tenía que ver con eso. Su carácter se había forjado en circunstancias especiales, en las que el sexo significaba cosas diferentes dependiendo de con quién se compartiera. Podía ser una forma de sobrevivir, algo con lo que pasarlo bien, o algo elevado que forjaba conexiones profundas. Lo que compartía con Eric no tenía nada que ver con un polvo caprichoso en una fiesta, ni siquiera era parecido a lo que había tenido con Victor cuando era Siete, o lo que tenía con sus clientes antes de acabar en la isla. Hasta la primera vez que estuvieron juntos, Soren no había sentido una conexión como esa, en la que sabía que existía para su amante: un espacio en el que importaba su deseo y en el que era libre para rechazar lo que no quería y buscar lo que anhelaba.

Su relación nació en un entorno hostil, en el que no eran más que los esclavos del capricho de un psicópata. Puede que eso hiciera que lo construyeran todo sobre la sinceridad. Estaban hartos de mentiras y manipulaciones.

Por eso, Soren no se enfadó cuando Eric le explicó, con expresión culpable, que se había acostado con Ander. La ocasión surgió, le dijo, y tuvo que tomarla al vuelo, por eso no le habló de sus intenciones. Aunque Soren las conocía de sobra, sabía cuándo su compañero se encaprichaba de alguien y también sabía que, por norma, acababa por tenerlo. Lo que a Soren le molestaba era que faltara a su palabra llegando tarde, así que aceptó una compensación. Esa noche el sexo fue especialmente dulce y sosegado. Y, aunque tenían sus momentos intensos y sucios, Soren guardaba con especial celo esos instantes de intimidad.

Pasaron varios días sumidos en una agradable rutina. Eric parecía más tranquilo desde la noche en que hablaron sobre la muerte de Victor y evitó viajar, atendiendo reuniones virtuales mientras Soren daba clases. El viernes, como cada semana, Soren tenía que reunirse con el resto para evaluar los avances de los residentes. En esa ocasión, Eric aprovechó para ir al pueblo y hablar con las mujeres que se encargaban de esa parte del proyecto, conocer sus avances y recoger las peticiones en persona. Soren intuía que era mejor así, podrían hablar con más libertad sobre ciertas inquietudes y esa era una gran oportunidad para solventarlas.

En el aula de arte, Alex tenía la palabra.

—... rencor. De un modo u otro, en los temas ligeros y los densos, todos hablan desde el rencor en mayor o menor medida. Hacia el gobierno, la sociedad, hacia los que estuvieron antes, por dejar el planeta en este estado. Y falta de expectativas. Si los hijos de la élite de Elysium, con todo a su alcance, parecen abanderar la causa del *no future*, ¿cómo serán los del Haven?

—En el Haven no lanzan consignas: saben que no tienen futuro. —Gabriel estaba de pie junto a Alex.

—Es natural que se sientan así —intervino Soren—. Al final, las consecuencias de la mala gestión gubernamental llegan incluso a las élites. Pero creo que hay avances con ellos. Se plantean cosas nuevas, se abren a experiencias e ideas desconocidas.

—Lo sé, lo sé. Pero me entristece de todos modos, esa resignación.

Liam, que había permanecido en silencio, se inclinó hacia delante.

—Eres su desahogo, Alex. Oirás cosas peores que cualquiera de nosotros, porque te tienen confianza. Aprovechan tu clase para soltar la lengua, quizá diciendo cosas que nunca dirían en voz alta en sus hogares. Y eso es maravilloso. Son buenos chicos.

—A decir verdad, yo soy el primero que se siente más relajado... —apuntó Gabriel.

Se miraron entre sí.

—Yo también estaba acojonado con todo esto —dijo Soren.

—El tema de los posibles castigos, esas monedas denigrantes que les dio para las máquinas y el resto de similitudes... En fin, creo que resulta evidente para todos que Eric ha querido copiar algunas cosas. Pensando que serían útiles. O por aprendizaje, no lo sé. Pero los chicos son escrupulosos con las normas, salvando alguna tontería —siguió Gabriel.

La ronquera que le provocaba el respirador y el modo en que cubría parte de su rostro dificultaron la labor de comprobar si era sincero y estaba libre de preocupaciones. Soren suspiró. Gabriel no había conocido a Eric antes de que fuera el nuevo Valkyria. Su desconfianza era más que natural.

—Es una mezcla de varias cosas. Aquí todos... gestionamos nuestras secuelas como podemos. Creo que esta es la forma de hacerlo de Eric. El peso que tiene sobre los hombros no le permite gestionarlo de otra manera. Pienso que intenta hacer las cosas bien, enmendar lo que Victor hizo, no solo con la empresa...

Hubo un silencio. Todos ellos se conocían desde hacía años y sus lazos eran lo bastante sólidos para que no fuera incómodo, solo pensativo. Fue Alex quien lo rompió.

—El otro día volvieron a hablar de los animales que tenían, repiten ese tema a menudo. Y acabamos llegando a la cuestión de la pérdida. Paul dio un punto de vista interesante.

—¿Qué dijo? —Soren se acomodó en una de las banquetas frente a un caballete.

Estaban rodeados de cuadros inacabados, esculturas de barro informes y antiguos modelos de escayola.

—Pues dijo, muy acertadamente, que la pérdida es una sensación de vacío. Él lo visualizaba como una burbuja enorme en el corazón. —Alex movió las manos para expresar la forma—. Al principio, la burbuja ocupa todo el corazón. No deja entrar nada, de hecho todo lo que quiere entrar rebota en esa burbuja. Luego, con el paso del tiempo, se va haciendo más pequeña. Hay espacio para otras cosas, cosas que no están vacías. Nunca se va, pero acaba siendo pequeña.

De nuevo silencio. Todos entendían esa analogía, de una forma u otra. La vivían en sus carnes. Allí faltaban sillas por ocupar, amigos que jamás regresarían. Para Eric, y para otros, incluso la muerte de Victor formaba parte de esa burbuja, a pesar de todo lo que les hizo.

—Es muy profundo... —respondió Soren—. Y me parece que la burbuja de Eric sigue siendo enorme. Yo intento ayudarlo, pude hablar con él sobre lo que nos preocupaba y me tranquilizó que fuera consciente de lo que hacía. Sabe que muchas veces imita a Victor. Él viene del Haven, imaginaos lo que debe ser encontrarse de pronto con una empresa como Valkyria entre manos. No tiene más ejemplo que lo que vio en Victor y hacer las cosas de otra manera le causa inseguridad.

Gabriel consultó su reloj inteligente y se levantó.

—Lo entiendo. Lo entendemos. Pero si esa burbuja no mengua por sí sola, tendrás que pincharla. O lo haré yo, Soren.

Entrada la tarde, Eric regresaba con uno de los todoterrenos tras la visita al poblado. Las reuniones allí siempre se alargaban, pero resultaban agradables, casi familiares. Acababa tomando café, hablando de temas banales con las mujeres hasta que las obligaciones se imponían y tenía que regresar al complejo. Cuando aparcaba, el reloj emitió el sonido de una llamada entrante. Prefirió sacar el móvil para contestar: era Roman, desde su habitación.

—Buenas tardes, Roman. ¿Qué ocurre?

—Buenas tardes. Tengo un pequeño problema que me gustaría resolver en privado, pero cuanto antes. Aspiraba a concertar una cita.

La voz de Roman era tensa, incluso más estirada que de costumbre. Eso hizo fruncir el ceño a Eric. Tenía que cancelar una llamada programada en apenas media hora, pero Roman merecía la prioridad. Le intrigaba y preocupaba a partes iguales el problema que lo aquejaba, porque no estaba al tanto de ningún conflicto. Y eso no era normal.

—Claro. ¿Te parece bien si voy ahora mismo a verte?

—Perfecto. —Hubo alivio en el tono antes de colgar el comunicador.

La habitación de Roman no había supuesto ningún reto para el equipo de diseñadores. Era anodina, casi parecía una oficina en uno de esos edificios corporativos impersonales de Elysium. Las paredes eran grises, para no distraer la atención. Las luces blancas, en hileras en los extremos del techo para no resultar molestas en el estudio. Una cama de cabecero acolchado y la mesa de escritorio blanca eran lo más destacable. Y los libros que esperaban ordenados sobre la mesa de estudio. Un par de plantas sintéticas daban un toque de color insuficiente al escenario. Eric no tardó más de dos minutos en aparecer y tuvo la deferencia de llamar con un suave golpeteo a la puerta. Roman abrió de inmediato. No dijo nada hasta que Eric estuvo sentado en un corto sofá de cuero sintético.

—Solo tengo refrescos —explicó abriendo un cajón para sacar dos vasos. Las bebidas estaban sobre la mesa, recién sacadas de la máquina, húmedas por el frío—. Verá, señor Valkyria, está claro que es consciente de que la falta de acceso a la red nos priva también de consultar nuestros bancos y hacer gestiones.

Eric abrió una de las latas y se la sirvió a Roman con un asentimiento.

—Soy consciente. Por favor, creo que ya es hora de que me tutees, no necesitamos tanto formalismo. Llámame Eric. —Abrió la otra lata y llenó su vaso—. Supongo que necesitas hacer alguna gestión importante.

Roman apretó los labios.

—Eric, no estoy exigiendo que se restablezca mi red. Podría usar la tuya, solo me llevaría un instante. Si no hay ninguna forma de arreglar esto, tendré que marcharme.

—Si me explicas lo que ocurre, podremos buscar una solución. No deseo que te marches de la isla sin haber completado los estudios.

Roman levantó la barbilla y suspiró, sin responder al instante. Bebió y observó el vaso con cierta molestia, como si hubiera preferido algo más fuerte para la ocasión.

—Tengo domiciliados todos mis recibos menos uno. Y me resulta imposible seguir retrasando ese pago. Sería cuestión de segundos, lo que tardo en introducir un puñado de datos. Y no quiero ponerme impertinente, pero sabes que lo que estás haciendo es ilegal.

Eric no mostró signos de ofensa. Sabía de sobra lo que estaba haciendo. También sabía que las leyes de Elysium no llegaban allí. A veces, terminaban donde empezaban las propiedades de Valkyria. Lo que no sabía era que Roman ocultaba fondos, y eso lo escamaba: ese detalle había pasado desapercibido a su maquinaria de investigación.

—Quiero ayudarte, Roman, pero comprenderás que no puedo autorizar transacciones poco transparentes desde la red privada de la isla. Necesito saber por qué ocultas ese pago y conocer la naturaleza del mismo.

Roman volvió a suspirar y se sentó, apoyándose en el reposabrazos de su silla de oficina con los puños apretados.

—Tengo una hija de dos años. Con un defecto cardíaco congénito. Grave.

Eso no era un detalle menor. La sorpresa de Eric fue evidente. Tanto por la gravedad del asunto, como por el hecho de que algo así se le hubiera escapado. ¿Cómo había sido capaz Roman de ocultárselo a su sistema?

—Estás pagando su tratamiento. —Eric dio un trago a su bebida para aclararse la voz. Algo se removió dentro de él. Tomó la decisión al instante—. Te ayudaré con eso, estate seguro. ¿Pero por qué mantienes oculto algo tan importante? ¿Tu familia no te está ayudando?

—No. Mi madre no puede enterarse, eso es básico, vital. La chica es del Haven. La conocí en las prácticas de empresa de Montesco, siendo ella sujeto de pruebas. Está terminantemente prohibido tener cualquier relación con los sujetos de pruebas que no sea: «hola, aquí está su dinero, adiós». —Roman volvió a beber, a toda prisa, arrugando la nariz por las burbujas—. Su paranoia con el espionaje industrial es tan fuerte que sospecharía incluso de mí. Cree que estoy de año sabático.

El secreto de Roman esquivó sus filtros, pero era justo lo que necesitaba. Ese pensamiento destelló un instante y fue engullido por una vieja rabia. Era otra vida, pero él terminó en el Haven, muchos años atrás. Sabía que las farmacéuticas y empresas como Montesco, especializadas en bioquímicos, buscaban sujetos allí. Les ofrecían dinero a cambio de destrozarse el organismo probando medicamentos y productos tóxicos. Muchas veces les provocaban secuelas de por vida, cuando no los mataban directamente. A él le ofrecieron ese trato cuando apenas llevaba un mes en la calle. Se negó. No era la mejor idea; por entonces Eric ya sabía que padecía una enfermedad genética. Algo que el dinero y la tecnología de Valkyria mantendría dormido por el resto de su vida, pero entendía muy bien lo que era vivir con la espada de Damocles sobre la cabeza y no saber en qué momento caería. Eric parecía masticar la información y digerirla, como si tuviera que controlar una mala reacción.

—No te preocupes por Montesco. Y no te preocupes tampoco por la niña. Haremos esa transferencia, pero quiero que te pongas en contacto con ella y con su madre.

Roman frunció el ceño.

—¿Para qué? No estamos juntos, si es lo que piensas. Le tiene verdadero pavor a mi madre, ni siquiera quiso ayuda para cambiar de barrio por miedo a que se enterara. Colgará en cuanto me oiga.

—Entonces la llamaré yo. Que estéis o no juntos da igual, ni siquiera tenéis por qué veros, pero podemos tratar a esa niña en la isla.

Algo cambió en el rostro de Roman. Seguía pareciendo tan alerta como siempre, pero un halo de alivio suavizó sus rasgos.

—Eso... creo que ella podría aceptar eso. Pero es muy desconfiada. En el Haven nadie recibe una propuesta maravillosa sobre islas paradisíacas. Y si lo hace, asume que es una trampa horrible.

—Lo sé muy bien. Y sé que si no tienes nada que perder, escoges caer en la trampa por tal de salir del infierno. —Eric apretó los dientes. Se le marcó más la mandíbula. A Roman no le costó intuir que había algo personal en aquello—. Aceptará por su hija. Y aquí estarán bien, en la aldea. Es mejor sitio para crecer que ese pozo en el que están.

Eric vio el teléfono de Roman delante de su cara. Se lo tendía sin más preguntas, sin dudas, aferrado solo a la gota de esperanza que acababa de darle. Confirmando sus palabras y añadiendo que, en algunos casos, el infierno no entendía de lugares.

—Sophie. Mi hija se llama Harper.

Se había establecido la costumbre de inaugurar el fin de semana en la piscina. Los viernes por la tarde, los residentes se reunían junto al bar de Roborero y disfrutaban del sol, las bebidas y el agua fresca hasta la hora de cenar. Ese día faltaba Roman, del que no sabían nada desde el fin de la clase de Soren. Paul y Felix tenían trabajo en el almacén y se unirían más tarde.

El sol ya estaba bajando, pero aún calentaba con fuerza. Ander, sentado en el borde de la piscina, mantenía los pies dentro del agua y los ojos cerrados. Eran días extraños. Apenas había pensado en lo sucedido en el ala desocupada, aunque por las noches entraba en ECO zozobrando entre el deseo de encontrar a Trece en el chat y el miedo a hacerlo. Antes de dormir, el recuerdo de lo vivido regresaba y una excitación incontenible lo obligaba a aliviarse bajo las sábanas térmicas. También le ocurría en la ducha y, a veces, incluso durante las clases, donde resultaba una tortura.

No sabía lo que sentía. La vergüenza solo se agitaba como una víbora cuando pensaba en su padre... y apenas lo había hecho en esos días. Su sombra parecía cada vez más lejana. El temor de que sus compañeros sospecharan algo duró poco. Oliver no podría quedarse callado de intuir algo. Así que lo único que tenía por seguro era la ansiedad al no saber si se repetiría y el alarmante ascenso de libido que estaba sufriendo desde esa noche.

—Te mataré. Te mataré y te enterraré en la selva para que se te coman los animales.

Ander levantó la vista hacia el origen de las funestas palabras. Provenían de Kei, sentado en un flotador con forma de palmera doblada que había aparecido allí esa misma mañana. En la mano sostenía un vaso lleno de exóticas sombrillas y adornos, que peligraba con cualquier movimiento brusco. Miraba a Oliver, que acababa de detenerse justo al borde, a punto de saltar al agua.

—Yo no pienso decir nada si lo hace —dijo Mark. Estaba sorbiendo un coco con pajita, sentado en la escalera y medio sumergido en el agua—. Y Ander ni se entera. Lleva toda la tarde en otra dimensión.

—He bajado a tiempo de escucharte, imbécil. —Ander lo salpicó con el pie—. Pero tampoco me chivaré.

Oliver puso los ojos en blanco y entró al agua con cuidado.

—Sois únicos para quitarle la sal a la vida. ¿Y a ti quién te ha nombrado rey de la palmera?

—Los reyes no necesitan nombramiento. Lo son desde que nacen —argumentó Kei—. Como

yo.

Mark se acercó con el coco a la palmera y se agarró al tronco para flotar.

—Es difícil rebatir ese argumento. Y tiene el mismo sentido que la existencia de los reyes. ¿Sigue existiendo alguno? Aparte de ti.

—Sí. El rey de los intentos patéticos de ligar —replicó Kei, quitando una sombrilla a su bebida para ponérsela a Mark en el pelo—. Su corona.

Oliver se rió de la ocurrencia y Ander se contagió de la risa. Mark se pasaba la vida demostrando que tenía respuestas incisivas a todo, pero esa vez no la tuvo. Se quitó la sombrilla del pelo y la tiró al agua con un ademán molesto.

—Vale, joder. Solo te seguía la coña.

Se apartó del flotador y salió de la piscina ante las miradas perplejas de sus compañeros. Dejó el coco en la barra de Roborero y se marchó antes de que ninguno acertara a pronunciar palabra.

—Te has pasado —sentenció Oliver.

—¡Tú calla, que bien que te has reído! —chilló Kei—. ¡Y él se pasa la vida metiéndose conmigo!

—Lleva días raro —apuntó Ander.

—¿Tanto te desagrada? No digo que sea la persona más simpática del mundo, pero... No sé. ¿A qué viene ese rechazo absoluto? Ander tiene razón. Y creo que es por ti —dijo Oliver, apoyando los brazos en el borde de la piscina.

—¡No es por mí! Y no me gusta porque es un chulo y cree que todo el mundo cae rendido ante él solo porque se interese —replicó Kei.

—Sí es por ti —lo contradijo Ander.

Kei se inclinó en la palmera hinchable, lo que provocó que la bebida bailoteara en el vaso.

—Te recuerdo que todos lo vimos irse con este la noche de la fiesta. Puede que Oliver lo haya traumatizado. Yo me limito a responder a sus tonterías, ya se cansará de decirlas.

—Lo vimos, sí. Y no creo que tenga que ver. Pudo divertirse con Oliver una noche y también puedes gustarle tú.

—No sé en qué te basas. —Kei negó con la cabeza, testarudo—. Eso de decir que me chinchas porque le gusto es muy rancio. Y a Mark le gusta todo el mundo. Si se lio con este...

Fue el turno de Oliver para indignarse.

—¿Hola? ¿Qué pasa conmigo, soy lo más bajo del listón de cualquiera? ¿El premio de consolación?

Kei suspiró dramáticamente y se echó hacia atrás en el flotador, fingiendo que moría.

—No he dicho eeeeso. ¡¿Por qué estáis todos tan sensibles de repente?!—

Oliver miró a Ander buscando apoyo, pero este enseñó las palmas de las manos, impotente. Para él era fácil ver que las ínfulas de Kei eran mitad autodefensa y mitad broma, sin malas intenciones.

—Es... delicado. Yo también me siento un poco inseguro desde la noche que estuve con Mark —confesó.

Kei resucitó de pronto y se irguió como un suricata ante un ruido extraño. Oliver tenía toda su atención.

—¿Qué os pasó?

Oliver miró atrás. Una comprobación de que Mark no volvía, ni se acercaba cualquier otro. Quizá con un poco de culpabilidad.

—Simplemente se fue. Después de mucho rato, demasiado, yo estaba dolorido y eso no acababa. Cuando le pregunté si le faltaba mucho, se fue de la habitación. No me había pasado jamás algo así.

—¿Algo en plan que tenga mucho aguante? —Kei dio un sorbo a su bebida—. Yo también me habría cansado, ¿pero se enfadó? Puede que esté así por eso.

Ander se sentía un poco extraño escuchando esas confesiones, pero de alguna manera demostraban que al menos Oliver confiaba en él. Eso lo hizo sentir parte del grupo por primera vez.

—No creo que eso fuera culpa tuya, Oliver.

—Mucho aguante o poco interés, aunque simule lo contrario. Puede que no fuera mi culpa, pero mi autoestima tampoco está en su mejor momento. —Oliver miró hacia las luces automáticas, que parpadearon antes de encenderse—. Casi es hora de cenar, ¿vamos dentro?

La cara de cachorrito de Kei indicó que empezaba a arrepentirse de la broma.

—Oliver, no iba en serio. Eres un tío muy divertido y abierto y eso no tiene nada que ver con si la gente quiere o no follar contigo. —Usó las manos como remos para acercarse y darle un beso en la sien. Luego remó hacia el borde, donde Ander lo ayudó a salir—. A mí me encantas. Vamos a cenar. ¿Debería hablar con Mark?

—Tal vez sea suficiente con no darle esos cortes —comentó Ander tirando de él.

Kei se puso las sandalias al salir, dando saltitos hacia el edificio mientras lo hacía.

—Mejor voy a disculparme. ¡No quiero que se sienta mal por mí!

Ander sacó los pies del agua y fue a por la toalla y las zapatillas. No tenía mucha prisa por entrar. La tarde era cálida y empezó a correr una agradable brisa mientras se calzaba. No pudo evitar mirar cómo Oliver se quitaba el bañador mojado. La tela sintética se pegaba a la piel, empapada, dificultando la tarea mientras dejaba a la vista su pubis rasurado y su sexo dormido. Oliver sonrió al percatarse.

—Tú, en cambio, estás menos quisquilloso desde hace unos días —comentó dejando la prenda en el respaldo de una tumbona.

Al verse pillado, Ander apartó la mirada con evidente pudor. Se distrajo atándose las zapatillas.

—Este sitio relaja a cualquiera. —Una vez calzado, se puso en pie y evitó volver a mirarlo—. Kei tiene razón —desvió el tema.

—¿En qué? ¿En que mis bermudas no combinan con ninguna de mis camisetas?

Ander rió por lo bajo y negó con la cabeza.

—En que tu valor no se reduce a quién quiera acostarse contigo. Sean muchos, pocos o ninguno.

La sonrisa de Oliver fue sincera y afectuosa.

—Gracias. Y tú sigue así. Creo que a todos nos gusta que socialices sin caras de tener a alguien acechando.

En cuanto Oliver se vistió echaron a caminar en dirección al edificio. El sol ya se escondía bajo las aguas.

—A esto también cuesta acostumbrarse... Al silencio, a los ruidos nuevos, a la oscuridad, a los olores. Y a no tener a nadie vigilando cada paso que das. Aunque a veces tengo sensaciones raras.

—Déjame adivinar, ¿una familia agobiante? —aventuró Oliver.

—Mi padre, que es un capullo.

Oliver le pasó un brazo por los hombros y soltó una risa.

—Ah... Ya tenemos algo en común.

20. ¿Entonces eres mejor que ellos?

Slave screams!

Un estruendo ensordecedor arrancó a Ander del sueño. El corazón le subió hasta la garganta y golpeó queriendo escapar por su boca. Fue tan repentino, que en el momento de confusión ni siquiera fue capaz de recordar dónde estaba. ¿Era Elysium? ¿Había soñado con una isla? ¿Era un terremoto o había estallado la guerra?

Don't open your eyes you won't like what you see

Era música. Una percusión machacona y metálica.

The devils of truth steal the souls of the free

Guitarras distorsionadas a un volumen infernal.

Ander se levantó casi cayendo de la cama y buscó desesperado la forma de detenerlas desde el control de Freya.

—¡Freya, apaga la música!

Don't open your eyes take it from me

—¡Apágala!

I have found

You can find

Happiness in slavery^[7]

Al golpear el panel de control, frustrado por que no encontraba la forma de bajar el volumen, la música cesó tan repentinamente como había aparecido. Apoyó la frente en la pared y se llevó la mano al pecho, jadeando.

—¡Buenos días! Veo que ya estás espabilado. —La voz de Eric sonó por toda la habitación —. O eso espero, porque nos espera un día largo.

—¡Casi me da un puto infarto!

—Tienes el corazón muy sano, pequeña marmota. Y un desayuno nutritivo esperándote en la mesa para compensar.

Ander miró los ventanales. Todo estaba oscuro afuera.

—¿Qué hora es?

—Las cinco en punto de la mañana. Tienes media hora para arreglarte y desayunar.

—Es domingo, hoy no hay nada programado...

—Tenemos un trato, Dagon. Tú sí tienes algo programado. Desayuna y entra en el ascensor a las cinco y media.

Ander miró el techo con recelo. Podía adivinar qué quería. Había estado esperando esa llamada, ansioso y asustado a partes iguales. Tras el sobresalto del despertar se sentía más molesto que otra cosa. La habitación quedó en silencio y Ander prácticamente se arrastró a la ducha.

Después de desayunar la ansiedad regresó. ¿Eric lo iba a reclamar todo el día? ¿Querría volver a tener sexo? Estaba seguro de ello y aún no sabía cómo sentirse al respecto. La curiosidad también formaba parte del ovillo enredado de sus emociones. No lo pensó demasiado, no iba a servirle de mucho.

A las cinco y media subió al ascensor y mientras miraba los botones sin saber cuál pulsar, la cabina comenzó a subir. No le llevó a la misteriosa planta donde vivía el millonario. Subió hasta la azotea, donde esperaba una extraña mezcla de avión y helicóptero de corte militar, con el logo de Valkyria. Las escalerillas de entrada estaban desplegadas. Sin ver a nadie que le diera indicaciones, Ander no tuvo otra opción que subir, con el miedo agarrado a las tripas. Daba la sensación de que iban a expulsarlo. Como si aquello fuera uno de esos *realities* con personajes generados por votación *online*. En la mayoría de ellos, el personaje expulsado moría de formas muy imaginativas, para diversión de la audiencia. A Jacob le gustaban. A menudo comentaba que solo serían más interesantes si fuera gente real.

—Si tengo que marcharme, al menos quiero recoger mis cosas —espetó reuniendo coraje en cuanto vio la espalda de Eric en uno de los asientos.

—¿Y por qué ibas a marcharte?

El millonario lo invitó a sentarse junto a él con un gesto. Al acercarse, su aspecto le resultó extraño. No iba disfrazado, ni vestido de traje formal. Su ropa le pareció vulgar: vaqueros desgastados, rotos en las rodillas, una chaqueta de cuero sintético que parecía de segunda o tercera mano y una camiseta negra desteñida con la palabra NIN en blanco.

—No lo sé. No sé a dónde vamos ni por qué.

Eric ni se había molestado en volver la cabeza. Al sentarse, Ander alcanzó a ver que estaba jugando a algo en su teléfono, controlando a un muñeco animado armado con un cazamariposas.

—Vamos a Elysium. Tengo que recoger a alguien. —Eric torció el gesto al perder a un par de insectos—. Y quiero que me acompañes. Ponte el cinturón, vamos a despegar.

Mientras Ander obedecía, no del todo convencido, un holograma se materializó sobre la pantalla del teléfono. Azulado, como si fuera un comunicador de *Star Wars*, mostrando a un hombre rubio y trajeado.

Buenos días, Ander. Qué pena que no nacieras diez años antes, en situación de miseria. La isla hubiera sido más interesante para ti de lo que puede serlo ahora.

—¿Qué cojones?! —Eric desconectó el juego. El vehículo comenzó a vibrar al ponerse en marcha—. Es un juego en desarrollo, a veces tiene errores.

La cara de Ander no tenía precio. El holograma lo había mirado directamente, con una sonrisa inquietante.

—¿Que...? ¿Qué había antes en la isla? ¿Y por qué quieres que yo te acompañe??

Los errores en la IA de Victor comenzaban a escamar a Eric, que contuvo las ganas de arrancarse el reloj y tirarlo lejos.

—Quiero que veas algo. Y quiero contarte algo. Tiene que ver con la isla, de cierta manera.

—¿Y quieres que... haga algo? —preguntó Ander con un titubeo, entre temeroso y esperanzado.

Eric sonrió. El vehículo comenzó a moverse. El estruendo de las hélices apenas se escuchaba en el interior.

—Puede. Pero no ahora. Escoge una película. El viaje es largo.

No hubo película que lograra distraer o adormecer la inquietud de Ander. Eric, como si fuera ajeno a ella, pasó el viaje revisando los negocios en el portátil o dormitando. Cuando llegaron, no fueron directos al helipuerto de la sede de Valkyria. Aterrizaron a las afueras de Elysium, donde los esperaba un coche discreto de conducción automática.

—Al Haven —dictó el millonario en cuanto las puertas se cerraron.

Sentado en el asiento del copiloto, Ander se tensó. Después de tres semanas en la isla lo último que deseaba era regresar a Elysium para meterse de cabeza en ese pozo.

—Pensaba que íbamos a recoger a alguien.

—Y eso haremos. —Eric consultó la hora—. Pero todavía queda tiempo. Si quieres tener éxito en los negocios, recuerda que llegar demasiado temprano es tan maleducado como llegar tarde, Ander.

La velocidad de los coches automáticos no tenía límite, salvo en el centro de la ciudad, puesto que los accidentes eran muy improbables. En menos de diez minutos estaban en las afueras de Elysium, cruzando centenares de invernaderos de Montesco ubicados en los antiguos barrios de chabolas. Seis kilómetros de descampado estéril con charcos verdosos y tuberías de drenaje los separaban del Haven.

Las primeras casas ni siquiera podían llamarse así. Eran ruinas, los restos de las antiguas moles de hormigón que el gobierno construyó en masa para rentas sociales, cuando todavía lo intentaban. Los ventanales rotos, los escombros y las vigas desnudas se mezclaban con las salidas de ventilación y de desagüe de todo el sur de Elysium, formando un esqueleto retorcido y enfermo. Las chabolas, sostenidas de forma precaria, parecían una infección por hongos, aprovechando cada rincón dentro y fuera de las tuberías gigantes y las carcassas de hormigón. Con toda la zona dominada por los tonos grisáceos y oxidados, los restos de plásticos utilizados para intentar evitar la lluvia ácida daban estridentes pinceladas de color que no tenían nada de alegre.

Eric observó a Ander por el rabillo del ojo mientras el coche dejaba esa zona a un lado para entrar por otra calle. Esa ni siquiera aparecía en sus datos y, de todos modos, los restos de asfalto agrietado eran impracticables.

—No verás a nadie, hacen vida dentro. La mayoría de gente en Elysium desconoce la existencia de este lugar. Un viejo amigo mío lo llamaba El Umbral de Tartarus, en el Haven lo llaman El Laberinto. Es una ciudad aparte, llena de callejuelas de metal y escombros, pasadizos, alturas y escaleras. Dicen que entrar es fácil, pero salir resulta imposible: todo lo que ves hacia arriba está replicado hacia abajo, en alcantarillas y túneles de metro abandonados. En El Laberinto se ha formado una sociedad aparte. Los desheredados de los desheredados. La parte buena de tanto abandono es que nadie se atreve a acceder. Ni la policía ni... gente con peores intenciones. Las malas lenguas del Haven comentan que cuando escasean las ratas, recurren al canibalismo. Viven unas doscientas mil personas.

Llegaron a la zona empobrecida que buscaban. En contraste parecía el paraíso, aunque la sensación duraba poco. Los titánicos conductos que conformaban los pulmones y riñones de Elysium también pasaban por allí, desagradables aunque trataran de minimizar el impacto agrupándolos. Allí los bloques de pisos eran bajos, de diez plantas como mucho. A media mañana, las calles bullían de actividad, incluyendo tráfico. Ropa tendida de edificio a edificio, olorosos puestos de comida callejera, pintadas de colorines brillantes y capas y capas de carteles

decorando cada pared. Desplazándose a escasa velocidad, se veían los detalles. Un perro, vivo, pero famélico, observando entre dos edificios. Basura, contenedores sin soterrar repletos de bolsas y cucarachas. Un puñado de niños jugando con alambres y neumáticos en la entrada de una casita baja medio hundida, vigilados por una anciana en silla de ruedas. El símbolo de un consultorio médico en uno de los portales. La cola que esperaba en la puerta se perdía en otra calle.

—El Haven —explicó Eric—. Tres millones de habitantes censados, no todos lo están. Aquí viven mayormente obreros de baja calificación, desempleados, ancianos y niños. Y cualquier persona en situación de calle que no se atreva a entrar al Laberinto... o sea, la mayoría. ¿Es como lo imaginabas? O... ¿ya habías estado aquí?

Silencio. La tensión de Ander era palpable y crecía a medida que se adentraban en la zona habitada. En su barrio los edificios eran altos y apiñados, pero aquello le resultaba más opresivo. El recuerdo del fuego, el olor del humo, regresaron a su mente retorciéndole el estómago y anegando sus pulmones. No quería estar allí.

—Es exactamente la cloaca que esperaba —espetó al fin, a la defensiva.

—Parada —dijo Eric con sequedad. Al coche le tomó dos segundos ubicar una zona cercana donde orillarse—. Baja.

—¿Qué? —Ander lo miró incrédulo—. No voy a bajar aquí, ¿estás loco?

—Que te bajes. Ahora.

Eric no lo miraba. Sobre el volante inutilizado, los nudillos estaban blancos. El ambiente se volvió denso dentro del coche. Ander vio algo en la contención de Eric que hizo saltar sus alarmas: sabía leer esas señales. Era peligroso. El exterior también lo era, pero tuvo la clara impresión de estar enjaulado junto a un tigre. Apretó los dientes y abrió la puerta de un empujón violento.

—Que te jodan —espetó antes de salir.

—Si no recuerdas el camino, pregunta por los recreativos de la calle quince. Ahora la entrada está tapiada. Te espero allí, ya que parece que desde la seguridad del coche, ves las cosas de otra manera —contestó Eric con falsa calma antes de arrancar.

«La calle quince».

Tres palabras. Un solo golpe, invisible, en la boca del estómago. El coche de Eric se perdió por una esquina. Lo dejó allí, aturdido, conteniendo los recuerdos que estaban a punto de desbordarse. La estridencia de un claxon lo devolvió a la realidad abruptamente.

—¡Muévete, idiota! —le gritó alguien desde un coche manual.

Se apartó de la calzada. Estuvo a punto de tropezar con el bordillo quebrado de la acera. Los vehículos siguieron circulando con normalidad. Una anciana lo esquivó farfullando algo sobre los jóvenes y las malditas drogas. Ander miró alrededor. No reconocía las calles. Solo había estado en el Haven una vez y fue una pesadilla que se esforzaba por olvidar constantemente. De día parecía muy distinto, la decadencia era más evidente, pero resultaba menos siniestro. Más vivo. Los comercios en las plantas bajas estaban abiertos, todos de trueque y de segunda mano. Eran muy diferentes a los que él conocía. En los distritos centrales, los altos edificios eran ciudades en sí mismos. Uno no necesitaba abandonar el complejo en el que vivía para encontrar las pocas tiendas físicas y los restaurantes que quedaban. En esa calle del Haven había puestos de comida callejera, bares y casas de apuestas con los accesos en la misma acera. Todos de aspecto

sucio y anticuado, muy alejados de lo que él veía todos los días en su distrito. Sin embargo, había vida en la calle.

La gente caminaba a su alrededor sin prestarle atención, aun así, se sentía expuesto. Como si estuviera desnudo entre la multitud. Comenzó a caminar siguiendo el flujo de transeúntes y se detuvo en uno de los puestos de comida.

—Llévaselo a tu hermana, Liona. —Una mujer le daba una caja de cartón grasiento a una niña pequeña—. No te lo comas por el camino. Compraré más a mediodía, ¿vale?

—Pero eso es mucho rato y tengo hambre ya —dijo la niña con un mohín.

—¡Llévaselo! Llevaré más a casa cuando vuelva del trabajo.

La niña le sacó la lengua y salió corriendo. Debía tener unos cinco años. Ander casi pudo escuchar la voz de su padre: «Los crían como si fueran animales, por eso viven como animales». La mujer siguió su camino hasta uno de los portales. Un rótulo luminoso apagado y polvoriento indicaba que allí había un taller de reciclaje. Trabajaría separando los componentes tóxicos de todo tipo de baterías para acabar cobrando la miseria que le permitiría comprar la comida para ese día.

«Pero no son animales», replicó en su cabeza a la voz distante de Jacob. Esa mujer solo era una persona luchando por salir adelante y por alimentar a sus hijas en el lugar donde acababa la basura de toda la ciudad.

El hombre del puesto miraba a Ander, esperando que hiciera su comanda.

—¿Te vas a quedar ahí como un pasmarote, chaval?

Ander negó con la cabeza.

—¿Puede decirme cómo llegar a la calle quince?

El hombre se restregó las manos en el mandil sucio y señaló una calle estrecha a un lado.

—Está un poco lejos. Ve por ahí hasta la antigua boca de metro de Correos. Una vez allí, fíjate a la izquierda, verás la calle cincuenta y siete...

La explicación fue larga. Habría llegado rápido en el metro si hubiera tenido dinero y agallas para tomarlo, pero Eric no le había contado la primera historia sobre el subsuelo del Haven que había escuchado. Intentó memorizar las instrucciones, pero cuatro giros después de la estación de metro cerrada de Correos, Ander tuvo que volver a preguntar. Una llovizna sucia lo sorprendió y lo hizo desviarse por una calle secundaria, estrecha, en la que los salientes de los edificios le proporcionaron una relativa protección.

—Maldito Eric... —murmuró pegándose a la pared mientras caminaba.

No era el único que trataba de protegerse allí. La calle estaba repleta de chicos que lo miraban con recelo cuando pasaba por delante. Ander evitaba hacer contacto visual, y le llevó un par de minutos darse cuenta de que estaban ofreciéndose a los coches. Los mayores rondaban su edad, pero algunos eran niños desarrapados que no llegarían a los doce años. El tráfico seguía congestionado. Se acercaban a las ventanillas y llamaban para que abrieran. Algunos lo hacían, los permitían subir y se marchaban de allí sin que nadie se escandalizara. Lo que encontró al doblar un recodo fue incluso peor. Allí estaban las mujeres, con un rango de edad que bajaba hasta lo inhumano y subía hasta niveles de vejez mal llevada que Ander habría creído imposible. Al tratar de retroceder antes de que lo vieran, un hombre que apestaba a alcohol lo agarró del brazo.

—Eh, tú, señorito. ¿Quieres follar con una famosa? Tiene canal propio en FreakBrain, el AktionT4. A mitad de precio si te dejas grabar, no se te verá la cara.

A su lado, apenas vestida con una minifalda sucia y un top desgastado que enseñaba un enorme escote, esperaba una chica con algún tipo de discapacidad intelectual evidente. Tenía la mirada perdida. El malestar de Ander se incrementó hasta el punto de la náusea. Se soltó de un tirón, lanzándole una mirada furibunda al tipo.

—Puto enfermo.

Echó a correr al darse la vuelta. Escuchó la risotada del hombre a sus espaldas. Corrió hasta que un pequeño tumulto lo detuvo.

—No voy a pagarte más de diez por una mamada, ¿quién cojones se cree que es ese chaperó?

Un hombre gritaba desde el interior de un vehículo. Se había hecho un corrillo alrededor de un chico vestido con unos exiguos pantalones cortos al que le sangraba la nariz. El coche se puso en marcha en cuanto empezaron a tirarle basura y objetos. Ander cayó en la cuenta de que no era un utilitario viejo y barato de los que circulaban por esa zona: era un automático de los caros, de lunas tintadas. Los que usaban los habitantes de los barrios centrales.

La sensación de náusea se agarró a su estómago como una ventosa. Se abrió paso a través del grupo de exaltados que aún gritaban insultos y volvió a correr. Risas, alaridos, gemidos, figuras en los portales que se agitaban, coches circulando en una repugnante caravana que arrancaba las almas de ese río estigia y las vomitaba de vuelta, cada vez más consumidas. Todo pasaba por los límites de su visión como si atravesara un túnel. Dejó atrás el bullicio enfermizo del callejón y se detuvo en seco para vomitar en una esquina, incapaz de contener el asco y el horror por más tiempo. Apoyó la frente en la pared húmeda. La llovizna lo empapó y no se dio cuenta hasta que comenzó a arderle la piel. No le importó. Deseaba que pudiera diluirlo, hacerlo desaparecer. Durante unos segundos permaneció con la frente pegada al muro y cuando el suelo volvió a ser firme siguió caminando. La lluvia paró en algún momento.

Reconocía esas calles cubiertas por pasarelas. Recorrió el último tramo como un condenado atravesaría el corredor de la muerte, enfrentando un destino del que ya no podía huir. El coche de Eric aguardaba al final. Frente a él, junto a un ramo de flores, estaba Eric, sentado ante la puerta tapiada de los recreativos con la cabeza gacha. Ander se acercó despacio, lívido y empapado.

—Se llamaba Andrei —musitó Eric—. El que llamaba El Umbral de Tartarus al Laberinto. Era muy culto, había sido profesor. Yo vivía aquí con él y con Julian, un chico más joven que tú. Se prostituía cerca. Fue a la cárcel por robar una cafetera y lo mataron dentro. Quería la cafetera para todos nosotros... para mí, para Andrei y para las otras seis personas que murieron en el incendio.

Era imposible que Eric hubiera salido de allí, pero eso no tenía importancia. Lo sabía. Eric sabía que había participado en aquello. Lo había sabido desde el principio.

—No vine a...

Ander se apoyó en el coche. Jamás se había sentido tan cansado. Tan insignificante. Tan ridículo y despreciable. Se dejó resbalar hasta sentarse en el suelo, como si el peso de la culpa al fin le hubiera vencido.

—Eso no tenía que pasar...

Eric continuó.

—Andrei no había tenido forma de ahorrar. Sin pensión ni familia, solo le quedaba la calle. Pero al menos tuvo una vida antes de esto. Julian estaba condenado. Nunca tuvo la menor oportunidad de llegar a viejo. Si no hubiera muerto en la cárcel lo habría matado uno de los violadores que se hacen llamar clientes, o el alcohol puro que tomaba para disociar y aguantar esa rutina, o la droga. O los tuyos, Ander. ¿Por qué? ¿Cuál era el pecado?

Ander apretó los dientes. Dos gruesas lágrimas arrastraron la suciedad que ya se pegaba a su rostro. De la lluvia, del humo. Nadie salía limpio del Haven. Otras las siguieron, resbalando por las mismas líneas blancas en su cara. La ocultó entre los brazos al encogerse, negando con la cabeza. Recordaba a sus amigos con las botellas ardiendo en las manos. Las arengas. Los insultos. Las voces de los que por entonces eran sus amigos. «Solo les daremos un susto. Que se jodan. Son la mierda de la ciudad». Ruido de cristales rotos. El rugido del fuego. Sus propios gritos. Los gritos desde dentro.

—Intenté pararlos —sollozó—. Te lo juro. No quería llegar a eso.

—Oh. ¿Entonces eres mejor que ellos? —preguntó Eric levantándose—. ¿Hasta dónde querías llegar? ¿Burlarte de alguien por vivir aquí, romper los escasos objetos personales que pudieran tener? ¿Mear en un colchón mugriento donde alguien tendría que acostarse después? ¿Provocar solo un poquito más de miseria en sus vidas miserables, lo justo, una niñería? O quizá algo un poco más fuerte. Darles una lección. ¿Una paliza?

—¡No! ¡No quería hacerles nada! —gritó levantando la cabeza. Se sentía tan pequeño como aquella noche. Siempre lo había sido. Demasiado para hacer frente a las expectativas. Demasiado para negarse a ser arrastrado. Demasiado para hacer lo correcto—. ¡Pensé que quería! ¡Pensé que podría! Solo quería irme. ¡No quería matar a nadie! ¡No era más que un crío!

El modo en que Eric se acercó hizo que Ander pensara que iba a golpearlo. O algo peor. Se encogió, sollozando. Tras unos segundos sin que nada ocurriera, se atrevió a levantar la vista. Eric solo lo observaba con desprecio.

—Sube al coche. Recogeremos a una mujer y a su bebé y volveremos a la isla.

21. Nos toca juntos.

Esa noche comenzó una pesadilla de la que le costó despertar. A su regreso, apenas consciente de haber compartido el viaje con una mujer y una niña de dos años, Ander se encerró en su habitación. Solo era una réplica, un decorado falso y vacío. Tan artificial como su verdadero hogar. Él era una pieza de atrezo en su propia vida. Un personaje secundario al que habían escrito un guión mediocre. Lo aceptó todo sin rechistar, se convenció de que era lo que deseaba. Y su vida era una enorme mentira.

Las letras rojas del cartel de Elysium Limpia acuchillaron su conciencia. Con el recuerdo crepitante del fuego, las lágrimas quemaron de nuevo sus córneas y el grito más rabioso y honesto que había proferido en su vida partió su pecho y desgarró su garganta. Ander arrancó el cartel.

«Depurando un mundo en ruinas».

Dejó de creer aquella noche en el Haven, cuando el fuego devoró siete vidas sin ninguna razón. Las preguntas de Eric estallaban dentro de él. ¿Por qué? ¿Qué pecado habían cometido?

Ninguno. Eran inocentes. Víctimas de un mundo que alimentaba la vulnerabilidad y no la toleraba. Y, después, la devoraba. Víctimas de la irracionalidad y del miedo manipulado de un grupo de niños imbéciles.

¿A cuántos idiotas había convencido él? ¿A cuántos había espoleado a volcar toda su rabia y su miedo en los indefensos, en quienes no tenían nada?

Se sentía enfermo al pensarlo, mientras reducía a pedazos muy pequeños el vergonzoso cartel de la organización de su padre.

Lo había hecho por él. Por Jason. Para que lo mirase. Para que lo quisiera. Para tener una migaja de la admiración y el amor que solo guardaba para sí mismo. Que nunca le había dado.

Gritó hasta quedarse afónico. Nadie lo escuchó más allá de las paredes de su habitación. Sollozó, solo, hasta perder las fuerzas y caer rendido en un sueño febril cuajado de pesadillas del que lo despertó una desconocida. Una mujer de unos cincuenta años, vestida de negro, revisaba una tablet sentada en la cama junto a él.

—Muy bien... Ya te está bajando la fiebre. Es buena señal. Voy a dejarte aquí la medicina. No pares de hidratarte. En un rato te subirán la comida. Algo ligero y digerible. La lluvia de la ciudad es terrible. Necesitas energías y buenos alimentos diuréticos para depurarte.

Ander quiso reír ante la ironía, pero volvió a caer dormido y perdió por completo el sentido del tiempo.

Cinco días después, al borde de un nuevo fin de semana, Paul llamó a la puerta de su compañero con desgana. Nadie había visto a Ander durante ese tiempo. Eric les comentó que habían hecho un viaje relámpago a Elysium por temas personales y los rumores circulaban, alimentados por la curiosidad. Los profesores solo dijeron que estaba enfermo. El resto variaba: era presa de una gastroenteritis, un virus que había empezado en Felix y acabaría contagiando a todos. Le habían picado tantos mosquitos que su cuerpo era un amasijo de bultos. Había bebido agua de mar, qué tonto. Tenía una crisis nerviosa agresiva. Había sufrido un accidente en la ciudad. O fingía, fingía muy bien.

Paul no tardó en comprobarlo. Cuando Ander abrió la puerta, ojeroso, pálido y con algunas erupciones en el cuello y las mejillas que empezaban a curar, desmintió el engaño del todo. También temió que aquello fuera contagioso.

—Ah, Paul... Pensaba que era la comida. —Ander parecía aturdido, como un oso saliendo de la hibernación.

—Joder... Tienes un aspecto horrible. ¿Qué son esas heridas? —Las palabras salieron de la boca de Paul antes de que pudiera morderse la lengua. Retrocedió por instinto—. Todavía no es hora de comer. Es por un trabajo de arte, tenemos que hablar.

—¿Sabes los carteles de advertencia que se encienden en Elysium cuando empieza a llover? Pues esto es lo que pasa si los ignoras. —Ander abrió más la puerta para que pudiera pasar—. No es contagioso...

—Ugh. Alguna vez me han caído gotas, como a todo el mundo, pero se ha limitado a un pequeño sarpullido. —Paul pasó, enseñándole una tablet—. Soren se ha puesto en modo preescolar y quiere que hagamos una maqueta por parejas. Felix prácticamente se ha puesto de rodillas para que lo dejara ir solo y, como éramos impares, lo ha dejado. Nos toca juntos. A mí tampoco me hace gracia, pero es lo que hay.

En la habitación reinaba cierto desorden. Botellas de agua vacías sobre la mesa de la antesala. Libros tirados en el sillón. Cajas de medicina. Ander llevaba cinco días sin salir de allí y la única que iba a visitarlo era la médica.

—Supongo que el lunes podré reincorporarme a las clases. —Ander se lo tomó mejor de lo esperado. No hubo malas caras ni gestos de desdén—. Me encuentro bastante mejor. No te retrasaré con el trabajo.

—Hay tiempo. —Paul no se sentó, pero miraba alrededor con curiosidad—. Tenemos que hacer una maqueta de cómo sería nuestra ciudad ideal. Con cualquier material o materiales. También una memoria con las opiniones de ambos, la idea es plasmar en la memoria las ideas personales y en la maqueta aquellas en las que coincidimos.

Ander se dejó caer en la silla de oficina, dejándole el sillón a Paul. Aún le costaba concentrarse, era evidente, pero hacía el esfuerzo. En un gesto reflejo miró la pared vacía donde antes colgaba el póster de Elysium Limpia. Recordaba vagamente haberlo hecho pedacitos. Aún había trozos esparcidos por la zona del dormitorio. Se alegró de haberlo arrancado. De que Paul no lo viera.

—Sí, genial. ¿Tienes algo pensado?

—No coincidimos en muchas cosas. Al menos los dos sabemos que en una ciudad ideal habría animales, caseros y libres. Por lo demás, ni siquiera tengo claro qué utilizar como material. Felix nos va a barrer a todos.

—No es una competición. Algo se nos ocurrirá. —Ander hizo un gesto hacia el sofá—. Siéntate, anda, no te voy a contagiar nada. ¿Quieres suero? Es lo único que me dejan beber hasta que esté limpio.

—No. Solo he venido para decirte que podemos crear un documento conjunto con las memorias. Veremos si coincidimos en algo más y trabajaremos con lo que salga. —Paul titubeó—. Mira, no quiero situaciones tensas. Quiero llevarme bien con todo el mundo, pero está claro que este trabajo puede sacar justamente los temas delicados. Si cada uno hace su parte será más sencillo.

Ander echó la cabeza hacia atrás y tomó aire. Era la primera conversación que mantenía en días y le resultaba fatigosa.

—He tenido tiempo para reflexionar estos días, ¿sabes? Vomitar hasta creer que vas a morirte da mucho que pensar —dijo con una risa suave. No era una exageración del todo, se había sentido morir, pero no pensaba hablarle de ciertos pormenores a Paul—. Por suerte no me he muerto siendo un gilipollas. Yo tampoco quiero situaciones tensas. Solo... quiero disculparme.

Paul lo miró con extrañeza y una pizca de desconfianza. Ander llevaba tiempo sin comportarse como el imbécil de los primeros días, pero lo que había dicho en la primera clase de filosofía le había salido del alma. La gente no cambiaba de la noche a la mañana.

—¿Disculparte por...?

—Por todo. —Ander apoyó los codos en las rodillas y se frotó la cara—. Por el desdén, el desprecio a tu forma de pensar. Por no haberme esforzado en que las cosas fueran menos tensas. He dicho cosas horribles y lo sé. También las he pensado... demasiado tiempo para considerarme alguien decente o bueno.

El asombro de Paul era absoluto. Se pasó la mano por el verde chillón de su mohicano, mordiéndose un lado del labio inferior. Acabó por sentarse, dejando la tablet sobre la mesa.

—¿Ya no piensas así?

Ander lo miró directamente. Parecía cansado, o derrotado, como si hubiera participado en una paliza y fuera el perdedor.

—Hace tiempo que no sé lo que pienso. El mundo está en la mierda y ciertas cosas me ayudaban a sobrellevarlo... Inventar culpables simplifica las cosas.

Era difícil de creer. Pero al ver que no continuaba, a Paul le llegó la iluminación.

—Eric te ha llevado al Haven, ¿verdad?

Ander asintió. Apartó la mirada y observó las vistas al acantilado. El privilegio de estar allí era más evidente después del viaje. Lo peor era sentir que era quien menos lo merecía.

—Había estado antes, pero no lo vi. No vi las tuberías de desperdicios, los invernaderos y las ruinas... No vi a la gente que se vende en los callejones. Aún me dan ganas de vomitar cuando lo pienso.

—¿Y qué ha cambiado? Viste lo que sabías que había. Marginalidad. Pobreza.

—No es lo mismo saberlo que verlo. —Ander resopló—. Tú tampoco has vivido esa miseria. No eres tan distinto a mí, al menos en eso, también valoras y juzgas desde la comodidad de los barrios centrales de Elysium. Estar ahí te pone enfermo.

—¿Eso crees? Sí, eso es lo que piensas. Crees que solo soy un niño de mamá que ha visto demasiadas películas, una especie de nostálgico de lo que no ha conocido. Como Felix, pero con aires de superioridad. Pues sí, hasta hace cinco años, lo era. Creía que compartir proclamas en redes sociales era luchar. Aunque en el fondo sabía que no era así. Incluso soñaba con mudarme al Haven, donde todo era real, donde en mi cabeza peleaban de verdad por construir algo.

Ander se quedó callado un momento. Quería arreglar las cosas, pero la había vuelto a cagar. Aun así, Paul parecía dispuesto a hablar. Y él quería escucharlo. Iba a enloquecer si pasaba un día más en silencio.

—¿Qué te hizo cambiar?

—Tuve que hacerme un estudio genético y ciertos análisis para la clase de Genética II. Vi algunas cosas que no encajaban con lo que me había contado mi madre. Revisando sus papeles médicos, en realidad no encajaba nada. Tras mucho esfuerzo y drama, acabó confesándose que yo era fruto de un vientre de alquiler. —Paul resopló—. Me había comprado. Y te aseguro que, por legal que sea, por naturalizado que lo tengamos, no es una sorpresa agradable.

Ander frunció el ceño. Para un joven de Elysium que no viviera eso de cerca, era difícil comprender el drama que planteaba Paul. Los anuncios de las clínicas de fertilidad que ofrecían niños a la carta, traídos al mundo por mujeres sanas, guapas e inteligentes deseosas de vender a sus bebés por altruismo, estaban por toda la ciudad. La infertilidad crecía año a año y, a pesar de tener las calles plagadas de niños abandonados, quien podía permitirse pagar por un hijo biológico, lo hacía. Una transacción más. Un negocio más.

—¿Por qué te lo ocultó tu madre?

—Según ella nunca tuvo claro el momento perfecto. Y cuando llegué a cierta edad lo vio innecesario. Yo creo que por vergüenza, la voz de su conciencia. Insistí tanto que accedió a mover algunos hilos en la clínica y conseguimos la dirección de mi madre biológica. Vivía en el Haven. Maya ya tenía asumido que yo iba a ir a verla, que eso no era negociable. Pero pretendía que fuera con los escoltas. —Paul enseñó las palmas de las manos con una risita—. ¿Te imaginas? Tiene miedo de que me hagan algo, no quiere llamar la atención, ¿y pretende que vaya con cuatro mostrencos vigilando la calle?

Ander negó con la cabeza.

—Se habría descubierto quién eres en menos de lo que tardas en parpadear. Es absurdo.

—Ajá. Así que me fui sin avisar. El único contacto de mi familia con el transporte público fue la inauguración del NexoRed, que lo cerraron para políticos, empresarios y familias. Limpio, nuevo y vacío... nada que ver con la realidad, con las caras de la gente que va a trabajar a las seis de la mañana. Maya hace eso, legisla sin conocer ni de lejos la realidad de las personas. —Paul se acomodó mejor en el sofá y guardó silencio unos minutos, observando el mar—. Mi madre biológica vivía en un bloque de pisos bastante decente para ser el Haven. La primera vez solo lloró durante horas. ¿Sabes eso que dicen en los anuncios acerca de la cantidad de pruebas que pasan antes de hacer el trato?

—Gestante sana y feliz, bebé con todas las garantías. —Ander se dio cuenta de que parecía un anuncio de coches. Torció el gesto—. Publicitan sus sistemas de selección como seguros y humanos, pero los anuncios no suenan muy humanos...

—Lo único que le pidieron fue un análisis de sangre para saber que no era adicta, un estudio para asegurarse de que no transmitiría enfermedades hereditarias y unas fotos. La belleza como requisito indispensable. En mi siguiente visita me lo contó todo. Era joven, treinta y cuatro años. Yo fui el primero... cuando tenía catorce. El único requisito para la edad es firmar un documento donde afirman tener dieciocho, nadie lo comprueba. Está tan normalizado que ni siquiera es caro: tengo cuatro hermanos a los que no conoceré nunca. Y eso no es lo peor...

Ander negó con la cabeza.

—Se me ocurren pocas cosas peores que explotar así a niñas...

Pero enseguida le vino a la cabeza la imagen de la chica con discapacidad en el callejón. Prefirió no decir nada.

—La última vez tuvo gemelos. Fue un parto complicado que la destrozó por dentro. Uno de

ellos nació sano, pero el otro tenía deformidades físicas evidentes. Los compradores solo se llevaron al sano.

Por la cara de Ander empezaba a imaginar todo lo que había tras esas clínicas. Nunca había dedicado tiempo a pensar en ello, no era un problema que le afectara, pero la realidad que Paul esbozaba no le sorprendía lo más mínimo.

—Y la clínica se desentendió, imagino.

—Imaginas bien. Un niño encantador, de cinco años. Inteligente, avisado, hablador... pero dependiente durante toda su vida. Convencí a Maya para que le diera dinero, suficiente para pagar médicos de rehabilitación, para que al menos pudiera andar. Pese a todo, ella volvió a firmar un contrato. En fin... El año pasado, en una de las visitas, nadie me abrió. Los vecinos me lo contaron: había muerto durante el parto. Y alguien se había llevado a mi hermano.

Un nuevo silencio. Era difícil encontrar palabras ante la realidad. Ander las buscó, pero solo había una cosa que pudiera decir.

—Lo siento. Por tu madre, por tu hermano y por haberte juzgado mal.

Paul se levantó.

—Conste que no digo esto para removerte nada, Ander. Lo tengo asumido desde hace tiempo. Solo trataba de decirte que la vida me dio una bofetada antes... y me alegro que tú te hayas llevado otra. Quizá el trabajo de la maqueta no sea tan incómodo.

Ander asintió sin moverse de su asiento. Paul estaba a punto de salir cuando lo interrumpió.

—Creo que sé cómo me imagino la ciudad. La imagino sin pobreza.

—Puede que sí vaya a ser incómodo...

—No. Tendrás que ayudarme a pensar en cómo se acaba con la pobreza en lugar de con la gente que la padece.

Paul sonrió.

—Eso está hecho.

22. Las cosas funcionan mejor en pequeñas dosis.

Una de las cosas que Soren adoraba de su nuevo estatus era tener el *jacuzzi* a su disposición. Con Eric o a solas, raro era el día que perdonaba pasar allí el tiempo suficiente para que sus dedos se arrugaran, escuchando música con la mente en blanco. Esa noche salía envuelto en el albornoz, disfrutando de su suavidad, del olor a limpio y la sensación de flotar. Su gesto de adormilada felicidad se torció al ver a Eric inclinado sobre la pantalla del portátil, como un ciberdelincuente con prisas. Soren sabía de sobra que a veces espiaba las cámaras y no le hacía demasiada gracia, pero lo peor eran sus ridículos intentos de ocultarlo. Esa inclinación significaba que tenía la pantalla minimizada en una esquinita, listo para cerrarla si lo oía llegar.

Se acercó, descalzo y sigiloso, hasta situarse a su espalda. Iba a dar un grito para espantarlo cuando vio lo que él veía. Sin pensarlo, agarró al millonario del pelo y tiró hacia atrás para ver mejor.

—¿¿Pero, qué están haciendo esos imbéciles?? —gritó.

En el chiringuito de la piscina, Mark y Kei reían al ver a Oliver saltar la barra para acercarse a Roborero.

El sobresalto de Eric fue monumental. No había nada que pudiera desatar un drama digno del juicio final en pantalla y, aun así, el corazón se le subió a la garganta. Se puso en pie de prisa, frotándose el tirón de Soren.

—¡¿Tú estás loco?! ¡Casi me matas de un infarto! ¿Y qué crees que están haciendo? Eso mismo: el imbécil. Te dije que las cámaras son necesarias.

Fue como hablarle a la brisa. A mitad de frase Soren estaba saliendo, para cuando terminó ya no estaba allí.

Abajo, Oliver inspeccionaba a Roborero bajo la atenta y divertida mirada de sus dos compañeros, que estrenaban la única bebida alcohólica que el robot servía viernes y sábados. Oliver ni siquiera había empezado la suya, no necesitaba tener la conciencia alterada para tener malas ideas.

—Es oficial, no tiene genitales —anunció—. Solo una especie de oruga, como un tanque.

—Roborero, cuéntanos un chiste. Pero uno de los crueles —pidió Mark.

Kei le dio un manotazo en el muslo.

—¡No le digas eso!

El robot los ignoró, atento a Oliver, que toqueteaba todo.

—No puede estar aquí dentro —advirtió el androide.

—Roborero, cuéntanos un chiste —repitió Oliver, imitando la voz de Mark. Al mismo tiempo, tomó una de las botellas del estante.

El resultado no se hizo esperar. Un brazo mecánico agarró su muñeca ejerciendo presión y la retorció con saña, haciéndolo aullar de dolor.

—No puede estar aquí dentro.

Kei gritó. Mark corrió en auxilio de Oliver.

—¡Roborero, suéltalo! —El grito de Soren se unió al sobresalto de los chicos. Detuvo a Mark a tiempo de evitar más tonterías—. ¡¿Cómo se os ocurre?! ¡Oliver! ¿Estás bien?

Vestido con el albornoz, con el pelo mojado, Soren los miraba con la mezcla más perfecta y cargada de preocupación y enfado. Oliver lloriqueaba mirando su muñeca. Estaba amoratada, con las marcas de los dedos metálicos en la piel.

—¿¿Qué coño le pasa a ese trasto?? —espetó Kei.

Eso espoleó la ira de Soren.

—¡No, qué coño os pasa a vosotros! ¿No tuvisteis suficiente con la primera vez?

—¡Es peligroso!

—¡Romper las normas es peligroso! Y ya sabéis lo que implica. —Soren pasó al interior sin que Roborero se alterase. Agarró un paño limpio y unos hielos—. Mañana dejaréis todas vuestras monedas en la recepción.

Aquello levantó las protestas de Kei y Mark.

—¡Nosotros no hemos hecho nada!

—¡He visto perfectamente cómo lo jaleábais! —gritó Soren.

Tres pares de ojos se abrieron, estupefactos, para observarlo. Soren reaccionó con rapidez a su propia metedura de pata.

—Venía hacia aquí cuando os vi —rezongó.

Mark y Kei se miraron entre sí, nada convencidos.

—¡No debería haber robots asesinos sirviendo bebidas! Solo era un juego inocente —insistió Kei.

—Si seguís discutiendo perderéis algo más que las monedas —replicó Soren. Aplicaba el hielo envuelto en el paño con delicadeza en la magulladura de Oliver.

—Como si tuviéramos mucho más —dijo Mark desdeñoso.

—El acceso a la piscina, ¿os parece poco? —Soren les lanzó una mirada agresiva. Mark levantó las manos en son de paz y el profesor de artes dejó de prestarles atención para atender a Oliver—. ¿Te duele mucho?

—Un poco. Y lo siento... Ha sido culpa mía. Ellos no han hecho nada —musitó sorbiendo por la nariz.

—Más lo siento yo por tener que ser el malo en esta historia. Hay muy pocas normas, tenéis que aprender a cumplirlas.

—Déjalo, Oliver, tampoco teníamos tantas chapas.

—No, claro, tú ya te las has gastado en cremitas —replicó Mark—. Da igual. Vamos, al menos podremos ponernos mascarillas.

Se marcharon rezongando. Oliver iba a seguirlos, pero Soren no se lo permitió.

—No. Tú te quedas. ¿Me puedes explicar qué coño te pasa? ¿A qué viene esa necesidad de ser el centro de atención cueste lo que cueste?

Oliver se apretaba el hielo envuelto contra la magulladura. Su mirada pasó de la sorpresa al enfado, para teñirse de amargura en cuanto la apartó de Soren. Los ojos se le empañaron, pero apretó los labios con terquedad para que no pasara de ahí.

—Solo quería que se divirtieran. Parece que todo lo que hago está mal o le ofende a alguien.

—No ofendes a nadie. De hecho me atrevo a decir que Felix y tú sois los únicos que le caéis simpáticos a todo el mundo. Pero cuando pasas demasiado tiempo tomando todo a broma, adoptando por gusto el papel de payaso del grupo... la gente acaba por no tomarte en serio. Te lo digo por experiencia.

Soren tomó una de las copas que habían dejado y la olió. Un ramalazo de deseo se agarró a su garganta. Oliver se sentó en el taburete y dejó el hielo sobre la barra. Estaba afectado, pero Soren consiguió que abandonara la actitud defensiva con rapidez.

—A ti todos te toman en serio. Sobre todo cuando te enfadas. No pensaba que podías ponerte así.

Soren suspiró y apartó la bebida.

—Roborero, una naranjada. Escucha, las cosas funcionan mejor en pequeñas dosis. Si yo siempre estuviera enfadado no me habrías echado cuenta, solo sería otro berrinche. Es justo de lo que te hablaba.

Oliver bebió de la copa que Soren había abandonado. Jugueteeó con ella entre las manos, con la mirada baja.

—No me lo tomo todo a broma... Pero la vida ya es suficientemente jodida para aportar más mierda, ¿no? Quiero que los demás se sientan bien conmigo.

—Entonces no aportes mierda rompiendo las normas. Los demás ya se sienten bien contigo, bobo.

Eso reconfortó a Oliver en cierto modo. Relajó los hombros y esbozó una pequeña sonrisa. Pasada la peor parte de la crisis, se dio cuenta de algo.

—¿Y qué hacías por aquí en albornoz y con el pelo mojado? No te oímos entrar en la piscina.

Soren echó un vistazo de molestia hacia el lugar donde estaba la cámara, seguro de que Eric miraba su serie favorita. Odiaba mentir y él era quien lo había conducido a esa situación por sus ansias de control y cotilleo. Tuvo una idea.

—En realidad acababa de ducharme. Y venía a buscarte.

Los ojos de Oliver se iluminaron como si le hubiera traído un regalo. El brillo dolido desapareció del todo, sustituido por la máscara de sátiro de siempre.

—¿Ah, sí? ¿Piensas invitarme al spa?

Soren apoyó un codo en la barra, agarrando su refresco con actitud pensativa.

—No debería. Acabo de castigarte por hacer algo muy inapropiado, eso socavaría mi autoridad. O peor, podría parecer que me aprovecho dándote una oportunidad mal disimulada de evitar la sanción.

Oliver se encogió de hombros.

—Invítame sin levantar el castigo. Prometo ser muy obediente.

—En realidad acabo de darme un baño en el *jacuzzi* y no me apetece demasiado repetir... — Soren agitó la bebida como si valorara un buen vino—. Por otra parte, esta noche Eric está demasiado ocupado, sin tiempo para divertirse un poco. Quizá lo esté todo el fin de semana.

Fingiendo meditar, alzó la cabeza para volver a mirar la cámara.

—Ya. Lo capto —dijo Eric al otro lado. Cerró el portátil y fue al último piso, un tanto contrariado. Activó el reloj—. Me está castigando, ¿verdad?

En la piscina, Oliver miraba a Soren y se mordía el labio interior.

—¿Eso significa que no te apetece compartir?

—Quizá otro día. Aunque si está trabajando en el portátil mientras nos escucha en la cama, acabará mirando... —respondió Soren pasándole dos dedos por la rodilla desnuda.

La piel del chico se erizó al instante.

—Eso me está dando mucho morbo. —Oliver se puso en pie y terminó su copa de un trago.

Arriba, Victor apareció en la pantalla del reloj, en medio de la calle de Villabruma.

Detecto que estamos en el invernadero del acantilado. Quiero mi proyección real.

—¿Quieres ver las flores?

Eric tecleó un código y la proyección se materializó junto a él. El invernadero de cristal estaba iluminado por guiraldas de luces doradas y azules que daban un aspecto de cuento de hadas al lugar. Bonsáis y especies de flores extintas hacía décadas crecían en las gradas del estrecho recinto. La imagen azulada de Victor era espectacular. Llevaba una vaporosa túnica de gasa que dejaba a la vista su pecho y apenas disimulaba el resto de su cuerpo, acentuando las formas estilizadas. El avatar se descalzó y caminó como si quisiera sentir la hierba acariciar sus tobillos. Aquello era imposible, las briznas, como todo lo demás, atravesaban la imagen.

Puede que quiera castigarte. O que quiera regalarte otra cosa que espiar. Ha comprobado que es el mejor modo de llamar tu atención.

—Él tiene mi atención siempre que la quiere. —Eric quitó un par de hojas secas de una de las plantas. Miró a Victor de reojo. No le había escogido la ropa. Le recordaba a la que él y los demás habían tenido que llevar cuando aún estaba vivo. Cuando eran suyos—. No necesita hacer eso.

Si tú lo dices, será cierto. ¿Vas a seguir mirándome o los mirarás a ellos? No tengo claro con qué prefieres masturbarte.

Eric se volvió hacia el holograma y apretó los puños.

—A veces me dan ganas de reprogramarte para que no seas tan fiel a ti mismo. —Pulsó el reloj para apagarlo y salió del invernadero—. Vete a la mierda.

Oliver y Soren acababan de llegar al dormitorio. El primero en bañador, el segundo con el suave albornoz que no tardó en caer al suelo.

—Dime, ¿hay algo que te guste especialmente? ¿O que detestes? ¿Una fantasía sin cumplir o prefieres que te sorprenda? Tenemos de todo... —dijo Soren, acercándose para acariciarle los hombros mientras Oliver curioseaba.

La habitación era grande y confortable. Las paredes mantenían el color del hormigón, pero los suelos, vigas y muebles de madera y las alfombras mullidas la hacían acogedora. Había una biblioteca y una zona de trabajo con un portátil y libros alrededor. El ventanal daba a un pequeño jardín que colgaba del acantilado. Las luces indirectas iluminaban rincones aquí y allá sin entorpecer la visión del cielo estrellado.

—Me gusta improvisar. —Oliver se volvió para mirarlo. Soren estaba desnudo. Era delgado y atlético y tenía la piel más suave que había visto nunca. El pelo mojado se retorció sobre sus

hombros, muy oscuro. No pudo evitar fijarse en una pequeña cicatriz en el pecho. Pasó el índice alrededor de esa vieja herida, pero no dijo nada y siguió hacia el cuello—. Eres muy guapo. ¿Dónde está Eric?

—No creo que tarde en venir. Ponte cómodo, cielo. —Soren se acercó a un cajón y sacó un puñado de sogas rojas—. ¿Alguna vez te han atado? Nada de suspensión, demasiado incómodo para un encuentro relajado. Sobre la cama.

—No, nunca me han...

La puerta se abrió en ese momento, interrumpiéndolos. Eric se detuvo en el umbral y fingió sorprenderse.

—Disculpad. Cojo el portátil y seguís a lo vuestro.

—No nos molestas, Eric. Puedes ocuparte de tus asuntos, seguro que son muy importantes —dijo Soren, mirándole con una media sonrisa malévola antes de abrir otro cajón.

—Yo soy muy escandaloso, pero me puedes amordazar para que no lo distraiga —dijo Oliver. Se acercó a la cama y se quitó el bañador sin pudor.

Eric pasó por delante sin mirarlo, como si nada estuviera pasando allí o tuviera otras cosas en la cabeza. Se sentó en el escritorio y abrió el portátil. La zona de despacho estaba frente a la cama, en un pequeño altillo al que se accedía por un escalón bajo.

Soren desparramó todo tipo de artilugios y aceites sobre la cama antes de tumbarse de lado y llamar a Oliver moviendo el índice. Este no se lo pensó dos veces. A los segundos ambos se besaban sobre las sábanas, las extremidades enroscadas, conociendo sus cuerpos bastante similares. Soren se echó aceite en la mano y moldeó con él las formas de su acompañante, deslizando los dedos entre sus nalgas como toque final. O inicial.

—¿Estás cómodo? —preguntó con cierta preocupación, sin separarse.

—Ummm... Sí. —Oliver se estiró y se ladeó para frotar la nariz contra uno de los pezones de Soren, que luego mordisqueó y succionó juguetón como un gato—. ¿Vas a atarme las manos?

Al mismo tiempo que preguntaba, paseó con los dedos sobre la piel de Soren en dirección a la entrepierna. Eric tecleaba en el ordenador, relajado como si no estuviera allí.

—No, me gusta ver cierto movimiento y acaba siendo agobiante. Solo voy a ponerte bonito y a sujetarte las piernas. —Soren agarró la soga roja—. Ponte sobre las rodillas. Si en algún momento te sientes a disgusto, por poco que sea, di... cangrejo.

Durante los siguientes minutos se dedicó a rodear y anudar distintas zonas de su cuerpo. Una equis en el pecho, un par de líneas rectas en el abdomen y unas vueltas alrededor de las ingles para alzar y enmarcar el precioso trasero redondo. Luego apretó una de las paredes, que se dio la vuelta para mostrar un enorme espejo.

—¿Qué te parece?

—Muy excitante. —Oliver se miró de lado y arqueó la espalda para exagerar su figura. Luego gateó exagerando cada paso sobre la cama y se detuvo ante Soren, que se había quedado de rodillas. Le pasó la lengua por la línea entre los abdominales, despacio y mirándolo—. ¿Te gusta así?

Soren se mordió el *piercing* del labio inferior y le acarició el pelo.

—Precioso, todo un bocadito. Pero no lo bastante disponible. Separa las piernas. —Cuando lo hizo, colocó entre ellas una barra alargada con grilletes y se los ajustó a los tobillos. Esa sería

la mayor sujeción, pues le impediría cerrarlas—. Así mejor.

Por si aún no fuera suficiente, Oliver apoyó los codos en la cama e inclinó el pecho, lo que hizo que elevara más la grupa, exagerando su figura y ofreciéndose sin vergüenza.

—¿Por qué no me grabas? Tengo el móvil en el bañador...

El tecleo se detuvo un instante. Soren se echó a reír, pero cogió la prenda y sacó el teléfono. No tenía ningún tipo de contraseña.

—Venga, juguemos a los modelos. Estira los brazos y pega la mejilla a las sábanas. O no, mejor pon un brazo un poco adelantado al otro, con los dedos doblados, como si estuvieras acechando —dijo al comenzar a grabar.

En la pantalla, Oliver era aún más sensual. No solo estaba cómodo siendo grabado, le gustaba. Se estiró y obedeció a Soren, mirándolo a través del objetivo al enseñar los dientes y gruñir con suavidad. Entre sus piernas la erección ya era bien visible.

—Acércate y graba desde arriba —le pidió.

Soren obedeció. Estaba claro que Oliver no necesitaba indicaciones para posar. Moverse con el cepo no era fácil. Para otros, habría resultado ridículo, pero el chico sabía convertir cada movimiento en un despliegue de sensualidad. Sacó la lengua ante la cámara, levantó la cabeza y se movió como si estuviera practicando una felación. Levantaba el trasero cada vez que bajaba la cabeza. El espectáculo que ofrecía era difícil de ignorar para Eric, que vio desde su asiento cómo se daba la vuelta, retorciéndose como un gato en celo, y sacudía el trasero delante de Soren, brillante de aceite, terso y depilado. Lo levantó y lo bajó un par de veces en un gesto tan explícito que removía la sangre en las venas. Luego se dejó caer grácilmente y quedó bocarriba, con las piernas abiertas debajo del encuadre. Estiró un brazo para agarrar el sexo de Soren y acariciarlo.

—Ven —dijo, y abrió la boca.

Era evidente que Oliver podía tomar el control con naturalidad en un papel pasivo. Soren se acercó, como hipnotizado por la novedad, para rozarle los labios con la húmeda punta de su miembro. No le permitió tomarlo al instante: jugueteó con las mejillas, la barbilla y la lengua. Pero la boca abierta era demasiado invitadora y acabó deslizándose dentro. La succión fue deliciosa e intensa. La lengua de Oliver se enredaba y apretaba contra la carne dura, frotaba y resbalaba, empapando de saliva la piel. El sonido húmedo llegó hasta Eric, que ya no se molestó en fingir que tecleaba, atento al espectáculo. Oliver, a pesar de su posición, parecía tener el control. Echó las manos hacia atrás y se agarró de los muslos de Soren. Su cabeza se inclinó en el borde de la cama y acogió el sexo casi en su totalidad en uno de los cabeceos. Soren aprovechaba para acariciar el miembro aceitado del joven, con los ojos cerrados y la mandíbula colgando a causa del placer. Grababa con la mano libre, aunque aquello no duró demasiado.

—Cambio de juego —jadeó. Se apartó y colocó el teléfono en la mesilla, apuntando hacia la cama—. Date la vuelta.

Los pasos de Eric sonaron tras Soren, amortiguados por la alfombra. Al quedar libre y rodar sobre sí mismo, Oliver lo vio sentarse en un sillón de piel junto al espejo. Vestía ropa clara y llevaba la camisa abierta. Apoyó un brazo en el reposabrazos y se acomodó como si esperase que le sirvieran la bebida. Su mirada penetrante se fijó en él y Oliver sintió un latido intenso entre las piernas.

—Parece que ya no está tan ocupado. —Se dirigió a Soren, con la respiración agitada y los

labios brillantes de saliva—. ¿No se une?

—Quizá después... Solo un poquito. Pero si no soy suficiente para ti, me buscaré un ayudante —respondió Soren con tono juguetón.

Sin que Oliver lo viera, escogió un vibrador pequeño y ergonómico de color rosa chillón. Lo embadurnó de lubricante y le dio un par de golpecitos en el trasero antes de encenderlo. La vibración era fuerte, su sonido inundó la habitación.

Oliver soltó una risita.

—También me gusta que me miren. —Cerró los ojos con un gesto expectante y ansioso—. Tu amigo ronronea muy fuerte.

—Pronto serás tú el que ronronee. Vamos, cariño, pónmelo fácil. —El siguiente azote, suave, fue con la mano.

En cuanto Oliver levantó el trasero acercó la punta a su entrada, masajeando, un movimiento de mano ondulante que solo lubricaba, sin penetrar. La vibración tensó los músculos de Oliver, que se mordió los labios. Apoyó la mejilla en el colchón, con el rostro ladeado, y miró a Eric. El anfitrión solo los observaba, como si estuviera sentado en el cine. Oliver coló una mano entre las piernas y empezó a tocarse, despacio, con la mirada puesta en él.

—Mételo... —pidió con tono suplicante.

Eric sonrió de medio lado.

—Todavía no, Cabrita. —Soren no miraba el chat, pero el apodo ya había calado entre los compañeros—. Quiero que me lo pida tu cuerpo, no tu boca.

Su cuerpo ya reaccionaba. El aceite y el lubricante facilitaban las cosas, provocando que el juguete se metiera solo. Era Soren quien quería alargar la tortura y dejaba entrar solo un par de centímetros para mantenerlo quieto.

Oliver cerró los ojos y se mordió los labios de nuevo. El gesto era lascivo como pocas cosas que hubiera visto Eric. Y había visto muchas. Oliver tenía los labios hinchados y enrojecidos y no necesitaba mucho más para seducir, pero sus expresiones... La forma en que fruncía el ceño y apretaba los dientes, unida a los jadeos, era una fantasía en sí misma. Seguía tocándose y se removió para buscar que el juguetito de Soren entrara más en su cuerpo.

—No lo hagas sufrir... —dijo Eric burlón.

—Chitón, solo estás de observador... pero, por esta vez, os daré el gusto.

Solo tuvo que empujar un poco para que entrara hasta el mango, sin dificultad. Inmediatamente comenzó a moverlo como si agitara su propio sexo en lugar de un vibrador de silicona.

Eric fingió coserse la boca y miró en silencio cómo el cuerpo de Oliver se retorció. Los gemidos empezaron enseguida, lúbricos y expresivos. El chico se balanceaba adelante y atrás, acompañaba los movimientos y el ritmo de las caricias que se daba a sí mismo, se acompañaba a las embestidas del vibrador en sus entrañas.

Cuando consideró que era suficiente, Soren apartó el aparato para sustituirlo por su sexo erguido. No fue invasivo, no fue intenso ni violento. Aquello estaba siendo muy distinto al contacto entre Eric y Ander, con Eric dirigiendo hacia él su propia rabia. Soren hizo que Oliver se irguiese sobre las rodillas y pegó la boca a su cuello, acariciando cada rincón del hermoso cuerpo sin perder el ritmo. Aunque ahora estuviera a años luz de su vida anterior, aún era un

profesional.

Verlo en acción era un privilegio, incluso para Eric, que compartía intimidad con él. Observar a su amante follarse a otro era el único porno que toleraba. Ni espiar las cámaras, ni los millones de vídeos de las plataformas para adultos, despertaban en él el mínimo cosquilleo. Pero Soren... No solo tenía su complicidad, sino que era excitante para ambos. Y era un maldito artista. Su sensibilidad arrancaba gemidos a Oliver, que dejó de sobreactuar haciéndolos ver a un muchacho entregado y necesitado del afecto y la atención que su amante le entregaba sin condiciones.

Sobre la cama, Oliver había dejado de tocarse y retorció las sábanas entre los puños, con los ojos cerrados como si fuera presa del éxtasis. Sentía estallar el placer cuando las embestidas de Soren tocaban puntos secretos, lo sentía alejarse y volver más fuerte. Con la habilidad de un contorsionista, Soren se inclinó hacia atrás y abrió los grilletes que aprisionaban las piernas de su amante, que apenas notó la falta de impedimentos, entregado al momento. Lo que sí notó, poco después, fue la descarga cálida en su interior. Soren había llegado a su orgasmo sin apenas inmutarse y no dio tiempo a preguntas ni peticiones. Salió de él antes de que sus latidos se relajaran, se tumbó boca arriba y le tiró de las sogas del pecho para que se pusiera encima.

El aturdimiento de Oliver duró poco y se dejó guiar de buena gana. Pasó las manos bajo los hombros de Soren y echó una fugaz mirada a Eric. Vio que terminaba de abrirse la camisa y deslizaba una mano bajo la cinturilla de su pantalón, sin cambiar la postura indolente. Soren ayudó a Oliver dirigiendo su sexo cuando dio la primera embestida y se fundieron en un beso profundo al tiempo que el chico comenzaba a moverse a buen ritmo.

Era más brioso que él; entusiasta y deseoso de complacer, pero no tenía tanta experiencia. No importaba. Soren lo agarraba por las nalgas, atrayéndolo hacia sí. Le arañaba la espalda sin dejar marcas y gemía en su oído. Eric había dejado de reprimirse y tiró de su sexo erguido para sacarlo de la ropa. Empezó a tocarse sin pudor, acompañado de los gemidos de quienes compartían su cama. Oliver era una racha de viento huracanado, Soren una brisa que fluía, acariciaba las hojas sin apenas moverlas y se colaba por los quicios de las puertas. En pocos minutos, el primero estaba sudado, con la cara roja, sin que su amante puntual diera muestras de cansancio.

Soren sonrió, como si pudiera leer su mente. Lo agarró con suavidad del mentón y lo besó despacio, sin torpeza a pesar de la agitación.

—Déjate llevar... —susurró contra su boca.

Quería aguantar por él, hacerlo llegar de nuevo, pero el control se le escapaba como agua entre los dedos. Soren le mordió el cuello y le hizo ladear el rostro. Se vio en el espejo, envuelto por las piernas largas y torneadas de su amante. Y junto al espejo, Eric recorría la extensión de su sexo en caricias lentas, sin agitación, con la mirada fija en él. Sintió los talones de Soren clavarse en su trasero y el empujón exigente fue más de lo que pudo soportar. Los ojos de Eric, oscuros y punzantes, ardieron en su cabeza cuando el orgasmo sacudió su cuerpo y lo hizo gemir y llenar de calor el interior de Soren.

Se dejó caer, agotado, a un lado de la cama.

—Eso... ha sido... intenso —jadeó retirándose el pelo mojado de la frente. No podía permanecer callado ni estando falto de respiración. Eric entendía que a Soren le recordara a sí mismo años atrás—. Pero es viernes y la noche es joven, ¿no? ¿Cuáles son vuestros planes? Vosotros no podéis ser tan aburridos como el resto... Vosotros os lo montáis bien —miró a Soren, que lo observaba apoyado en un codo. El pelo se le había secado, estaba despeinado y sus

ojos azules tenían un brillo sereno.

—Yo estoy castigado. —Eric se abrochaba los pantalones. No lo había visto acabar. Ni siquiera tenía la respiración alterada—. A no ser que me absuelvan.

—Y tú también, Oliver. ¿Cómo se tomarían tus compañeros que después de los gritos que os he dado hiciéramos una fiesta? —preguntó Soren sin cambiar de postura. Sonreía, pero su tono era serio. Señaló una puerta—. Toma una ducha en el baño del dormitorio, yo usaré el del salón.

Oliver miró a Eric buscando su ayuda, pero este se encogió de hombros y se puso en pie. No había rastro de la erección.

—Él manda, *mon petit sàtire*.

El chico puso los ojos en blanco. Antes de que Soren se moviera, le dio un beso, remolón y seductor, exprimiendo hasta el último segundo.

—¿Repetiremos? Cuando Eric no esté castigado.

—Puede. Si te comportas —dijo Soren antes de salir de la habitación.

Oliver marchó en dirección contraria con un aparatoso suspiro, aunque se detuvo en el marco de la puerta, pensativo.

—Hay algo de lo que me gustaría hablar. ¿Podría ser mañana? —le preguntó a Eric.

El millonario se sentó en el despacho. No se había cerrado la camisa. Lo miró extrañado.

—Claro. Sube antes de comer, estaré solo. —Iba a volver la atención al ordenador, pero lo miró de nuevo—. ¿Va todo bien?

—Claro. Es solo que... Soren tiene razón. Quizá me he pasado de idiota. Y quiero compensarlo, solo eso. —Su rostro mudó a una mueca traviesa—. ¿A qué se debe ese castigo?

—Discutimos por una serie. Me pilló viéndola sin él. —Eric sonrió.

—¿En serio? Eso sí que es una traición —rió Oliver—. Tendrás que compensarlo muy bien. ¡Y arrastrarte!

La voz cantarina del muchacho se perdió en el interior del cuarto de baño, seguida del sonido del chorro de la ducha.

Eric cerró el portátil y miró el reloj.

Reprimió el impulso de asomarse al juego, como si negándole la atención pudiera castigar al espectro virtual de Victor.

23. ¡Señora Avaricia!

Elvira Monter era una de las pocas personas que podían considerarse realmente millonarias y privilegiadas en Elysium, pues poseía uno de los escasísimos palacetes de una ciudad que crecía a lo alto. Vivir en las afueras no solo constituía una fortuna en terreno y riego: también era muy arriesgado. Sin la protección de otros edificios cercanos se estaba a merced de las bandas organizadas, los ladrones oportunistas y cualquier emergencia que necesitara atención inmediata, ya fuera médica o policial. Por ello, el palacete era un fortín independiente, con médico privado y provisiones suficientes para alimentar a medio distrito. Elvira, desde joven, había coqueteado con el preparacionismo. En algún momento dejó de ser un hobby divertido para convertirse en una peligrosa posibilidad.

Solo había una cosa que le resultara más preocupante que la escasez: el espionaje industrial. Montesco no tenía competencia en su sector y debía seguir siendo así. Sus centros de investigación, sus silos e invernaderos y su propio hogar estaban completamente vigilados por guardia militarizada. Las otras empresas de biotecnología y agroquímicos, insignificantes en comparación, repletas de sus propios espías. Pese a todo, sabía que existían otras. Tan diminutas y secretas que le resultaba imposible extender sus tentáculos hasta ellas. Acechantes. Deseosas de hundirla. Con la pequeña posibilidad, remota pero real, de hacer un descubrimiento que revolucionara el mercado. Que borrara del mapa su trabajo, sus esfuerzos, su vida.

Había tratado la ansiedad constante de ese pensamiento intrusivo de muchas formas.

Yoga, mantra, respiración consciente.

Deporte, diarios del guerrero, dieta.

Realidad virtual inmersiva, ciberestimulación, pautas de oxígeno.

Ansiolíticos.

Tras una adicción a estos de la que logró salir a base de puro tesón, Elvira se rindió. La ansiedad era parte de ella y convivían siendo un todo, un ser en alerta constante. Preparado para cualquier cosa... Menos para aquella mañana.

El comunicador con la entrada encendió su piloto en el despacho mientras ella repasaba las noticias desayunando.

—Señora Monter, un dron acaba de dejar un paquete para usted. Tamaño pequeño.

Eso distaba mucho de ser novedad. Elvira le dio un sorbo al café sin apartar los ojos del ordenador.

—¿Empresa?

Una pausa.

—No lleva ningún logo, señora.

Una colonia entera de hormigas correteó por el estómago de Elvira como si alguien hubiera arrastrado el pie por la entrada del hormiguero. Vivían allí, era su hogar, aunque por lo general solo andaban.

—Que pase por todos los controles.

Eso significaba un escáner físico, una prueba biológica, un detector de contaminación, uno de explosivos y otro de radiación. La respuesta llegó tras unos minutos eternos.

—Contiene algo biológico, señora.

Las hormigas ya no solo correteaban: mordían las paredes de su estómago.

—Equipaos con los trajes y abridlo. Voy para allá.

Por su tono de voz relajado, sus guardias no podrían adivinar cómo se sentía. Eran décadas de práctica. Elvira dejó una tostada a medio comer y salió a los jardines. Llamarlos así era un ejercicio de imaginación: la zona verde del palacete se reducía a carísimo césped natural y estaba totalmente acristalada para evitar la lluvia ácida, lo que la convertía en una pecera monstruosa. A mitad de camino su teléfono sonó con una melodía que le puso los pelos de punta. En su adolescencia, *La pantera rosa* estuvo de moda como icono de la cultura retro. Era la música del inspector Clouseau.

—¿Pero qué...?

Se detuvo de golpe y miró la pantalla. Una lupa con un ojo dentro, de dibujos animados antiguos, ocupaba todo el espacio. Elvira la pulsó. El inspector Clouseau paseaba, lupa en mano, por el esbozo de un laboratorio. Su expresión era malévola, muy distinta al personaje original. Al llegar a los tubos de ensayo, se guardó un puñado en el bolsillo de la gabardina.

Las hormigas estallaron en llamas.

El inspector miró a la cámara, como sorprendido para bien.

¡Señora Avaricia! ¡Por fin nos encontramos! ¡Es un placer formar parte de su familia!

«Avaricia». El sobre que había recibido semanas atrás, analizado y vuelto a analizar sin encontrar una sola pista sobre su remitente. Elvira respiró hondo y se colocó un mechón tras la oreja. Varios cabellos se quedaron adheridos a sus dedos. Sacudió la mano.

—No sé quién eres. Pero te garantizo que estás equivocándote de enemiga.

No hubo respuesta. El inspector desapareció y en su lugar apareció un muchacho. Elvira sabía reconocer a su hijo incluso en versión de dibujos animados. Un Roman caricaturizado caminaba por la calle, moviendo los brazos y silbando. Al ver a una chica leyendo en un banco, se transformó. Sus ojos se convirtieron en corazones y en su pantalón se formó una grotesca erección. La escena pasó a ser de cama, unas cálidas sábanas moviéndose a toda prisa, cubriendo por completo a los amantes. Un nuevo cambio. Unas oficinas. La chica sostenía un bebé en brazos y tenía al lado a un anciano. Roman entró y le entregó al anciano un puñado de tubos de ensayo. Este le entregó a él una bolsa llena de dinero. Como acto final, la pareja apareció en la playa, riendo, con Roman sosteniendo al bebé.

Elvira apagó el teléfono. Suficiente. Se lo entregaría a seguridad y ellos harían el resto.

—Basta —les siseó a las hormigas al retomar su camino.

Los guardias ya habían hecho su trabajo. El paquete contenía un pequeño fajo de papeles, una fotografía y un portaobjetos de laboratorio con una gotita de sangre. Elvira no necesitó ponerlo bajo un microscopio para creer en la veracidad de los papeles. La fotografía era suficiente: un calco al niño que había llevado dentro, visto nacer y amamantado. La única diferencia entre Roman y aquel bebé eran los genitales. Regresó a casa, disociada, como levitando. Los ansiolíticos del cajón estaban caducados. Eso significaba que harían poco efecto. Tras tomar tres pastillas sin agua, encendió el teléfono. La lupa volvía a estar allí.

—Te escucho —dijo ella con frialdad.

Consuegros. Suena horrible, pero es bonito. La reina de los invernaderos y el rey del fertilizante.

—El rey de la mierda.

Una risa falsa. Quien fuera no se molestaba en ocultar que estaba usando un modulador de voz.

Un chiste muy básico y zafio para alguien de su categoría. Déjeme mostrarle algo.

El vídeo real congeló a las hormigas, o puede que fueran los tres ansiolíticos. Con expresión neutra, Elvira observó a Roman sentado en una playa, con la niña en brazos, hablando con esa zorra cazafortunas. Parecía feliz. El atisbo de ternura, de alegría natural por tener una nieta, fue sofocado por el odio repentino hacia Roman. Roman, una araña que devoraba a su madre para alimentar a su propia prole.

—¿Quién eres? ¿Finch? ¿Soylent Green?

Como bien sabrá alguien con sus estudios y experiencia, la peor plaga es aquella que resulta invisible. No me conoce. Y no lo tengo todo, señora Monter. Solo todo aquello a lo que Roman tuviera acceso. Me consta que no es mucho, pero sí suficiente. No se preocupe: mi único deseo es que su empresa utilice mis fertilizantes. Sin contacto. El primer envío está esperándola en las siguientes coordenadas...

Oliver había tomado una decisión. No sabía en qué momento. Tal vez mientras follaba con Soren. O mucho antes, bajo el sol en el huerto, escuchando reír a Kei, o durante la comida de uno de los últimos días, cuando sus compañeros compartían conversaciones sobre la película antigua que habían visto en el cine del complejo la noche anterior. Apenas llevaba un mes en ese lugar, ni siquiera podía decirse que conociera bien a sus compañeros, y mucho menos a los instructores o al jefe, pero en ese poco tiempo ya se sentía como en casa.

No. Mejor.

Él no conocía la seguridad del hogar, aunque tuviera techo, comida y todas las comodidades que el dinero de su familia le pudieran garantizar. Llevaba años viviendo de un apartamento a otro, compartiendo la vida con gente que entraba y salía de su existencia como si fuera una autopista sin principio ni final: un camino, pero no el destino. Cada nuevo lugar, cada nuevo compañero, era solo un refugio temporal. En lo más profundo de su ser, Oliver anhelaba encontrar un sitio al que pertenecer. Un hogar donde cada pared y cada rincón resonara con el eco reconfortante de la estabilidad y el afecto duradero.

Solo un mes. Sonaba absurdo. Podía ser un espejismo, pero se sentía conectado con la isla. Parte de ese mundo fuera del mundo. Al mismo tiempo, experimentaba un miedo desconocido hasta entonces. Quizás porque, por primera vez en mucho tiempo, deseaba aferrarse a un lugar. Ansiaba encajar y ser aceptado. Por eso le afectó tanto lo de Mark. Creía que no le importaba lo que otros pensarán de él, pero la huida de Mark lo dejó lleno de pensamientos intrusivos e inseguridades. Él nunca era el elegido. A él nunca le pedían que se quedara. Tampoco se quedaban con él. El billete dorado de Valkyria había supuesto un punto de inflexión. Por primera vez, alguien lo señalaba. Alguien lo veía valioso. Alguien lo quería a su lado.

Y joder, era maravilloso y acojonante como pocas cosas que hubiera vivido.

Las decisiones solían acarrear consecuencias. A menudo implicaban dar pasos irreversibles. Oliver detestaba tanto las consecuencias como las decisiones que no admitían marcha atrás. Pero no lo había tenido tan claro en toda su vida.

El sábado despertó temprano y no pudo quedarse en la cama remoloneando, por mucho que le gustara. Invadido por la ansiedad de tener que esperar para ver a Eric, fue al gimnasio para quemar el nerviosismo. Se sorprendió al encontrar allí a Ander. Llevaba casi una semana sin verlo. Estaba algo pálido y parecía fatigado, levantando una y otra vez unas mancuernas que le pesaban demasiado.

—¡Resucitaste! Pensaba que estabas mutando en algo horrible. Kei estaba convencido de que te había picado un bicho en la selva y ahora eras una especie de tubérculo con patas.

Ander soltó una risa y dejó las pesas en el soporte. Se secó la frente con una toalla. Tenía rojeces en la piel, pero era mucho mejor que el aspecto que Oliver había imaginado, sugestionado por Kei.

—Gracias por la preocupación, pero estoy bien. Y no es tan espectacular como eso. Fui a Elysium con Eric y me intoxicué con la lluvia. Supongo que estar aquí tiene su lado malo: te purificas y te baja la resistencia a la mierda de la ciudad.

Oliver se subió en una de las bicicletas estáticas y empezó a pedalear enérgicamente.

—Algo nos dijo, pero no nos aclaró que te habías puesto malo por eso. Se barajó la posibilidad de un virus zombie que acabara con la isla llena de muertos vivientes.

—Tenéis demasiada imaginación.

—Lo sabes bien.

Durante un rato estuvieron centrados cada uno en su actividad. Oliver pidió música a Freya y les puso una lista de reproducción de éxitos de música disco de las últimas décadas del siglo XX. Logró distraerse, pero el nerviosismo regresó cuando el pedaleo se volvió mecánico y aburrido. Se detuvo en seco.

—Oye, esto es ridículo.

—¿El qué? —Ander lo miró extrañado.

—Estar aquí fingiendo ir en bicicleta cuando tenemos un jardín enorme para correr al aire libre. —Oliver bajó del aparato de un salto—. ¿Te vienes?

Ander pareció pensárselo. Tenía las mejillas enrojecidas por el esfuerzo y la camiseta sudada. Asintió.

—Me vendrá bien el aire puro.

La zona de los jardines era un rincón de serenidad. Los senderos de grava serpenteaban con gracia entre setos cuidadosamente recortados que delineaban el espacio con una precisión casi natural, gracias a la experiencia de Liam y el trabajo de los propios chicos. Los árboles ocultaban el paisaje y, con ello, el hecho de que estaban en una isla.

Oliver tomó la delantera enseguida, con un trote que le permitía respirar hondo para sentir la variedad de aromas. Ander lo siguió, aunque tenía que hacer un esfuerzo por mantener el ritmo de la respiración. Durante un rato disfrutaron en silencio de los sonidos del jardín: el trino de los pájaros, el murmullo de la brisa entre las hojas. De vez en cuando, el chillido distante de un mono o algún sonido desconocido les recordaba lo cerca que estaban de una auténtica jungla. Cuando Ander comenzó a quedarse atrás, Oliver bajó el ritmo hasta una tranquila caminata.

—Perdona, demasiados días encerrado —se disculpó Ander entre resuellos.

—Puede ser eso, o puede que yo sea un as del atletismo. O de la marcha. O de las carreras de fondo, como se llame. Mejor caminemos.

Avanzaron en silencio hasta el final, cuando los árboles daban paso a la valla que no podían traspasar. Tras atisbar un rato para intentar ver algún movimiento en la selva y jurarse mutuamente haber visto un mono raro en puntos diferentes, regresaron por el camino del invernadero, que iba a dar a los setos iniciales.

—... que os caerían bien, sobre todo a ti. —Una voz se oía en un recoveco.

Oliver se puso el dedo en los labios y avanzó con cuidado. Se agachó y Ander fue tras él intentando que no se le escuchara respirar. Se refugiaron tras una palmera. Desde allí podían ver a Soren de espaldas, sentado en un banco en un pequeño claro que les había pasado desapercibido. Estaba oculto entre la vegetación. Allí no había nadie más y el humo perezoso de un cigarro se elevaba sobre su cabeza.

—A ti no, Ocho. Al menos al principio. Habrías despotricado de todos. Pero... —Soren tomó aire. El aliento le tembló.

Aunque no pudieron verle la cara, se dieron cuenta de que se había echado a llorar cuando sacudió los hombros. Ander y Oliver se miraron el uno al otro. En un acuerdo tácito, decidieron esperar para no arriesgarse a que Soren los pillara. Por suerte no tardó mucho en irse, dejando dos rosas blancas recién cortadas sobre el banco.

Oliver salió el primero, con el ceño fruncido.

—¿Crees que... hablaba por teléfono?

—Puede ser. —Ander señaló las rosas con la misma extrañeza—. Pero eso es raro.

Se sentó junto a las flores, con cuidado, como si temiera romper la composición que Soren había creado, una cruzada sobre la otra. Estaban en el centro, por lo que quedaba sitio para que Oliver se sentara al otro lado. A una distancia prudencial.

—Vale, sí que lo es. Una de tantas cosas raras. Pero creo que ambos sabemos que estaba hablando con gente que falleció. ¿Por qué este banco? —dijo Oliver.

Ander negó con la cabeza. Se dio cuenta de que había colillas a los pies del asiento. Una aún humeaba, otras estaban medio enterradas, descoloridas o deshechas, como si llevaran allí mucho tiempo.

—Espero que esto no sea una lápida muy creativa —dijo mirando el banco, pero no había nada raro en él—. No sé. Ha llamado Ocho a alguien... Y a veces llama Tres a Liam. Deberíamos preguntarles por qué esos mote.

Pensó en Trece. Y en el holograma siniestro del reloj hablando del pasado de la isla. Eric le había dicho que el viaje al Haven tenía que ver con ella, él había salido de allí, pero no sabía cómo unir los puntos.

—Yo lo haré. A Alex también se le escapan números a menudo. ¿Crees que hay gente enterrada debajo del banco? —Oliver sacó del bolsillo un cigarro electrónico, de un morado chillón, con brillantitos incrustados. Era uno de los de Kei.

—Es un sitio un poco raro para enterrar a nadie, pero qué sé yo. El dueño de todo esto nos recibió disfrazado de vampiro. Es como el País de las maravillas y todos estamos locos.

El humo de la primera calada de Oliver nubló el espacio entre ambos.

—Pero se está bien, ¿no? —titubeó Oliver—. Pese a las rarezas. A que las clases sean distintas a lo esperado y no tener red. Quiero decir, la echo tanto de menos como todos, pero los videojuegos son buenos suplentes.

—Yo no echo de menos la red, la verdad. —Ander pensó en Gideon. No lo añoraba. Su minúscula parcela de libertad se había agrandado. No añoraba su trabajo en las redes sociales, ni a sus supuestos amigos. Ni siquiera la universidad—. Es curioso que me sienta más libre aquí, sin Internet, con el territorio limitado de la isla y lejos de todo, que en Elysium.

Oliver guardó silencio unos minutos. Sin nadie trabajando cerca ni utilizando las canchas, desde allí podía escucharse cómo las olas rompían contra los acantilados.

—Me gustaría quedarme. Cuando llegué no me importaba el trabajo, ni el lugar, nada en realidad. Pero después de vivir aquí... ¿Quién querría volver a Elysium? Daría todo lo que tengo allí por esa oportunidad. ¿Tú no?

Ander no estaba preparado para una pregunta así. Se tomó su tiempo para llegar a alguna conclusión, pero en su interior descubrió una maraña de la que no sabía cómo tirar.

—No es que tenga mucho allí, pero es complicado. ¿Y tu familia? Mucha gente te echaría de menos.

—¿Mi familia? Muy limitada. Limitadísima. Y un asco. Como muchas por aquí, por lo que he entendido de algunos comentarios sueltos. Nadie me echará de menos. Y por lo que a mí respecta... no dejaría una rosa en un banco, bailarían sobre él. —Oliver se levantó—. Quiero quedarme aquí. Solo espero que no se cansen de mí o me aborrezcan.

—Eso no va a pasar. Pero si quieres hacer una prueba de lo pesado que eres, puedes ayudarme con el entrenamiento. —Ander no se levantó, la brisa era demasiado agradable. Necesitaba esa paz—. ¿Mañana a la misma hora?

—En la puerta. ¡Gracias por el rato!

Oliver se despidió con una sonrisa que solo borró al darle la espalda. Ander no tenía la culpa de que estuviera nervioso, dándole vueltas a las cosas. A lo que iba a contarle a Eric. Miró su teléfono. No necesitaba apretar el paso para subir a la última planta.

Esa misma mañana Soren estaba en el pueblo. Pasaría el día allí, así que Eric aprovechó la soledad para ultimar detalles del proyecto. Había roto la promesa que le hizo a Roman para inventar una historia con la que presionar a su madre. No le gustaba, pero era uno de tantos sacrificios a realizar. Los peores estaban por llegar y a medida que colocaba las piezas en su sitio, sentía más cercano el rumor de la tormenta que volvería a cambiarlo todo.

Se encontraba en la sala de control, revisando los detalles del envío a Montesco. Una videollamada entrante ocupó la pantalla central. Era de la sede de Valkyria en Elysium. Eric la aceptó sin vacilar. La imagen de Noah ocupó el monitor. Llevaba la melena suelta, una explosión de rizos rojos contrastando con el fondo neutro de su despacho y con el severo traje negro que vestía. Con todo, parecía que los años no pasaban para él, seguía pareciendo un veinteañero aunque hubiera superado la treintena.

—Hola, Eric, ¿tienes un rato para hablar?

—Siempre tengo un rato para vosotros, Noah, aunque me extraña que me llames fuera de las horas acordadas. ¿Ha pasado algo?

Noah apretó los labios en un gracioso mohín de preocupación.

—Nada que no sepas, pero empieza a ser molesto. Jacob Osman se ha presentado hoy en la sede por cuarta vez. Ha traído a la policía.

Eric alzó las cejas.

—¿Os ha causado problemas?

—La policía no lo está tomando en serio. No tienen razones para ello. Las cosas están en regla: su hijo se ha ido por su propio pie y hay contratos firmados que lo demuestran. Pero deberías saber que está removiendo cielo y tierra para encontrarte. Ha publicado entrevistas en medios afines a su ideología de mierda, denunciando el secuestro de Ander y sacando a la luz todas las habladurías que hay sobre Valkyria.

—Eso no me preocupa. Va a quedar como un conspiranoico más.

Noah asintió.

—Seguramente, pero deberíamos hacer algo para que se relaje, ¿no? Es bastante inconveniente que venga cada dos por tres a perturbar la armonía de la empresa.

Eric sonrió, como si en realidad aquello fuera una gran noticia. Le producía un gran placer pensar que Jacob estaba sufriendo por su hijo. No creía que fuera por amor. Estaba seguro de que su orgullo le impedía aceptar que Ander pudiera haber elegido un camino distinto al trazado por él. Estaba seguro de que se ahogaba en su propia ira. Y aún no sabía hasta qué punto le había robado a su retoño.

—Empezad por denunciarlo por calumnias e injurias. Y por acoso. No tardarán en imponerle una orden de alejamiento de la sede. Lo demás, dejádmelo a mí.

—De acuerdo, esperaremos noticias. —Noah ensanchó la sonrisa de pronto—. ¿Cómo va todo? ¿Y Soren?

—Hoy está en el pueblo, así que estará pasándolo en grande, seguro. Todo va bien, Noah. Manda saludos a Ethan. Espero veros pronto.

Se despidieron sin formalidad alguna y Eric continuó con su trabajo un rato más, hasta que un zumbido en el teléfono lo sacó del ensimismamiento. Villabruma, en ese dispositivo, carecía de la sencillez del píxel, mostrando hermosos paisajes similares a los de los casi olvidados Estudios Ghibli. Victor, bien definido y colorido, tomaba té en la terraza de una casita mediterránea.

—Estoy ocupado —dijo volviendo la atención a la mesa de control—. No puedo recoger monedas ahora. Y lo sabes bien.

Oh. ¿Y estás también ocupado para abrir la puerta al chico de Heks? Lleva un rato ahí, decidiendo si llamar o marcharse.

—Mierda, ¿ya está aquí? —Eric consultó la hora y suspiró—. Veamos qué ocurre.

La puerta del apartamento se abrió y quedó entornada, invitando a entrar al indeciso Oliver. Ya conocía la casa de su anfitrión, pero de día parecía más grande. El salón era alto como dos pisos y la luz entraba a raudales por las enormes ventanas que daban al mar por un lado y a unas hermosas terrazas ajardinadas por el otro. El suelo de madera en contraste con las paredes de hormigón, el cristal y las alfombras eran una constante también allí. Aún le impresionaba la cualidad cristalina de la luz natural al compararla con el velo grisáceo que era la que bañaba Elysium en los días despejados.

Eric lo esperaba sentado en uno de los sofás alrededor de una mesa baja de madera y cristal. Había dos tazas de café humeante sobre ella y una bandeja con fruta y galletas. Oliver lo saludó y se sentó, observando la forma mansa en que el humo subía hasta desaparecer. Aquella era otra de las cosas especiales de la isla. Conseguir auténtico café era complicado incluso para las clases pudientes de Elysium, debido a la escasez de cultivos.

—Tengo mucho que decir... y me ha costado organizarlo en mi cabeza. Así que, si no te importa, preferiría soltarlo todo sin interrupciones, porque si me paro me resultará muy difícil seguir. Solo te pido que no me eches a patadas a mitad, porque... es importante llegar al final. Lo importante está al final.

—Bien... —Eric agarró su café, con las cejas levantadas en un gesto sorprendido—. Me has intrigado lo suficiente para asegurarte que ni te interrumpiré, ni te echaré.

Oliver dio un breve trago al café, los labios apretados al dejar la taza en la mesa.

—Todo el mundo dice que tengo más cualidades de las que creo. Y hay una de la que sí soy consciente, creo que te lo comenté en la fiesta. Soy observador. Me fijo en los detalles. —Miró a Eric. Al ver que solo esperaba, que era cierto que no tenía intenciones de interrumpir ni con monosílabos, continuó con mayor soltura—. Empezaré por el principio. Las pruebas y el contrato lleno de cláusulas no eran normales, eso puede verlo cualquiera. Yo nunca duermo en los aviones, me gusta ver el paisaje. De más joven usaba NeuroCalm a menudo. Sé de sobra cuándo el sueño que tengo es real o químico. Además tengo cierta resistencia... Vi dormirse a los demás.

»¿Por qué harías algo así? ¿Drogarnos? Supongo que para evitar la comunicación por teléfono y no exponer la ubicación de la isla. Lo mismo que bloquear la red en nuestros teléfonos, sin que ese detalle apareciera en un contrato de decenas de páginas. En fin. Siete chicos. Todos con estudios, eso es normal. Todos de familias adineradas, eso también es normal, aunque resulta curiosa la variedad. ¿Pero todos guapos y sanos? ¿Sin tener siquiera, no sé, miopía o asma? Más de la mitad de Elysium tiene enfermedades respiratorias, un tercio tiene cáncer y la mayoría sufre alguna enfermedad derivada del estilo de vida. Muy bien escogidos. Resulta chocante. Luego está el tema del pueblo. No estamos haciendo nada tan especial como para tenernos separados de las chicas. De hecho salgo a pasear a menudo y me asomo cerca. Las veo trabajar en sus propios cultivos, ir a menudo a la selva, al hospital, en los barcos... Están trabajando en cosas mucho más intensas y variadas que nosotros.

Levantó ambas manos con gesto de súplica al ver que Eric iba a decir algo.

—Tengo que continuar, por favor. La selva. También hay rarezas en la selva. Dijiste que tenías ahuyentadores ultrasónicos de gatos en los jardines. Y estoy seguro de que sabes que eso funcionaría también con los depredadores de la selva, bastaría con aumentar la potencia. ¿Para qué tener entonces esas vallas? Solo tiene sentido la primera, para evitar que nosotros hagamos una tontería entrando. ¿Pero dos, con una electrificada y un pasaje completo para los coches? Hay algo ahí. No quieres que salga. Y encaja bastante con unas huellas que vi y con la actitud extraña de Gabriel.

»Hay más detalles, como el hecho de que a veces os llaméis por números. A Soren le pasa mucho. Como si hablara de ganado o de... especímenes de laboratorio. Pero todo eso me da igual. Quiero seguir aquí pese a todo. Y creo que el resto también, porque no pueden estar tan distraídos como para no notar al menos alguna de esas cosas. Lo que me lleva a la segunda parte de este monólogo... Y si esto te ha molestado, se pone peor. ¿Continúo? —Volvió a beber. Le temblaban las manos al agarrar la taza, pero esperó a la confirmación sin atreverse a mirar a su

anfitrión.

Eric esbozaba una media sonrisa que no pudo ver. Se enorgullecía de su selección. La actitud de Oliver no había logrado engañarlo. No era idiota, no era tan frívolo como quería aparentar. Y desde luego, era uno de los más inteligentes del grupo. La minuciosa investigación a la que sometió a cada uno de sus elegidos sacó a la luz las matrículas de honor en su carrera de biología. Una de las más difíciles y en la que destacaba por encima de sus compañeros.

—Continúa, por favor —dijo al darse cuenta de que esperaba una respuesta.

—Mi padre lleva más de una década obsesionado con Valkyria. Su archienemiga, su objetivo a superar. Tiene cierta lógica a nivel empresarial. Así que ha dedicado mucho esfuerzo y dinero a encontrar un punto débil en esta empresa. Ya sabrás que ha intentado muchas cosas: denuncias sobre transparencia que no han llegado a nada, intentos de boicot, bulos... Nada fuera de lo común entre las megacorporaciones. La tuya también lo hace con otras.

»También ha hecho los deberes en cuanto a espionaje y reunión de información. Es bastante sabido, al menos en ese mundo, que el anterior dueño murió y dejó la empresa en tus manos, Eric. Silas, mi padre, estuvo en reuniones con Victor Valkyria. Lo conocía y odiaba. Y ha ido más allá: también sabe que el dueño original fue Benedict Valkyria. Del único que no sabe nada es de ti. Y eso le frustra. Así que se ha montado su propia película: quiere demostrar que ni Victor ni tú conseguisteis la empresa de forma legal. La mayoría de rumores sobre asesinatos y conspiraciones vienen de Silas, pero nunca ha podido demostrar nada. Ni sobre eso, ni sobre la relación de Valkyria con las desapariciones de gente hace años. Así que tuvo una idea genial... ¿Te imaginas cuál es? —Oliver suspiró, pasándose ambas manos por la cara.

—Utilizarte. —La voz de Eric sonó templada, como si todas las evidencias no lo hubieran alterado lo más mínimo. Tal vez era muy consciente de su poder, de lo invulnerable que lo volvía la influencia de Valkyria. O simplemente le daba igual—. Quiere que seas sus ojos y sus oídos en mi isla, ¿no es cierto? Me pega bastante con él, poner en riesgo a su hijo para ganar unas migajas del pastel.

Oliver dobló un poco los codos para enseñar las manos, afirmando la evidencia.

—Desde que acabé los estudios, mi relación con él se limitaba a dos cosas: firmar papeles que a él no le interesaba firmar, a cambio de dinero, por supuesto... y disfrutar sus berrinches cuando hacía algo que diera mala publicidad al apellido. Fue Silas quien vio la oferta de Valkyria. Yo no tenía ningún interés... pero añadió muchos ceros al trato. Y aquí estoy.

Eric dejó la taza de café, ya vacía, sobre la mesa.

—Aquí estás. Y, a pesar de todo, no quieres marcharte. Supongo que tu padre no añadirá esos ceros a tu cuenta si no cumples con tu parte del trato. ¿Te estás asegurando de que yo los sustituya? No acabo de entender si esto es un intento de chantaje o una petición de... —El reloj inteligente de Eric comenzó a sonar, interrumpiendo la conversación. Antes de activar la pantalla, supo que era Victor por el sonido asignado a sus notificaciones. Una musiquilla de videojuego antiguo. Accedió al reloj con un par de pulsaciones y el ceño fruncido entre la preocupación y la molestia—. Discúlpame un momento.

En pantalla solo aparecía el pergamino pixelado que Victor utilizaba para comunicarse sin sonido.

Jajajajajaja.

Recuerdo a Silas Heks. Ese pobre desgraciado no sabía vender paraguas un día de lluvia.

Me sorprende que haya avanzado tanto.

Deberías invitarlo a la isla.

Inventaremos un juego para él.

—No —dijo Eric a la pantalla del reloj. Luego volvió la mirada a Oliver para continuar—. Una petición de asilo. Eres consciente de que tu padre te está metiendo en líos.

—¿Un chantaje? ¿Sin pruebas y sin forma de comunicarme, atrapado aquí? No estoy tan loco. Aunque en cierto modo, sí. Un chantaje hacia mi padre. A cambio de no tener que volver a Elysium.

Que un hijo se volviera contra su padre era motivo de lástima. Algo incomprensible, si no se tenía la información adecuada. Y Eric la tenía. Vio las fotos y vídeos de su graduación: Silas no estaba. El momento más importante en la vida de un joven como Oliver, buscándose a sí mismo y encontrando que había algo que no solo le gustaba, sino que se le daba tremendamente bien. Eric podía imaginar el orgullo que Oliver había sentido. Y el vacío, las preguntas, el rencor al ver que su familia lo ignoraba, que no compartía su emoción. Silas no estaba en esa foto, en ningún vídeo. Tampoco su madre. Isadora lo había abandonado incluso antes, cuando solo era un crío incapaz de comprender por qué la persona más importante de su mundo desapareció de la noche a la mañana sin dejar huellas. No había podido rastrear a Isadora y eso irritaba a Eric, pero también le suscitaba preguntas, ¿qué había ocurrido realmente? Lo evidente era que todo ese abandono había tenido consecuencias.

Un hijo se vuelve contra un padre cuando se siente traicionado, usado y olvidado. Y ese era el fruto de los pecados de Silas Heks. En su reducido mundo no había amistad, ni familia, ni amor; solo existía la envidia.

—No volverás, si es lo que quieres. La ofrenda que me traes merece esa recompensa. Realmente, yo gano más que nadie: eres necesario en la isla. No os mentí cuando os recluté.

El café de Oliver ya estaba tibio. Se lo bebió de un trago, con dificultades para controlar una sonrisa que se agrandaba.

—Pese a la impresión que quiere dar al mundo, Silas es descuidado. Y como me considera imbécil, lo es aún más conmigo. La última vez que estuve en su casa para recoger mis cosas estaba en su despacho, hablando con Maya Kirke, la madre de Paul. De verdad que lo siento por él, pero tengo un vídeo que demuestra que ha financiado ilegalmente la campaña de su partido a cambio de obtener licitaciones y contratos públicos. Si eso no es suficiente... mi firma es la prueba de ocultación de activos y evasión fiscal.

Eric sonrió y se echó hacia adelante en su asiento.

—¿Te importaría repetir todo esto delante de una cámara?

No necesitó un disfraz para que sus ojos brillaran como los de un demonio ante un pacto jugoso.

24. El espíritu de las navidades futuras.

Las encuestas señalaban un éxito aplastante en las próximas elecciones. Ciudadanía llevaba ocho años gobernando en Elysium y todo apuntaba a que les esperaban cuatro años más de administración impecable, a pesar de los esfuerzos de la oposición por embarrar el suelo político con acusaciones de corrupción, tráfico de influencias y desviación de fondos. Maya se había mantenido como la favorita: una mujer capaz de responder sin complejos a sus enemigos, de enfrentar las crisis tomando decisiones difíciles y de salvaguardar el bienestar de la clase media de una de las ciudades más grandes del planeta. Maya tenía suerte de que tanta gente en los bajos fondos ni siquiera estuviera censada y era tan consciente de ello que se esforzaba por mantener esa situación irregular como estaba.

—Estás cinco puntos por delante del MPT y llevas diez de ventaja con el Frente Progresista. —Su asistente se afanaba por seguirle el paso en uno de los largos pasillos de la sede de Ciudadanía. Estaba cayendo el sol, pero Maya aún no iba a regresar a casa. Los tacones resonaban con fuerza con cada amplia zancada de las piernas de la alcaldesa—. Es un buen momento para anunciar la bajada del impuesto por los bienes electrónicos. Las encuestas reflejan que cada vez tiene menos aceptación entre las clases medias y altas.

—Lo discutiremos en la reunión de mañana. Ahora quiero que eches un ojo a la prensa para ver qué se ha publicado sobre el discurso...

El móvil de Maya interrumpió la conversación. Sacó el aparato del bolsillo y revisó los mensajes.

Nuevo mensaje de Paul.

Necesito que nos veamos. Es urgente. Tengo algo importante que contarte.

Llevaba un mes sin saber nada de su hijo. No era nada fuera de lo normal. Su relación se había enfriado desde la muerte de la mujer que lo engendró. No podía entender el vínculo que su hijo había tejido con ella y le costaba perdonar su falta de gratitud: Maya lo había criado, consentido todos sus caprichos y educado. Los viajes, la universidad, incluso las absurdas protestas de su activismo verde y progresista habían salido del bolsillo de Maya. ¿Y cómo se lo pagaba? Distanciándose porque no podía aceptar su origen. Era su hijo, sintiera lo que sintiera y pasara lo que pasara. Pero con Paul las cosas nunca eran fáciles. Le gustaba decepcionarla, tomar caminos equivocados para irritarla, hacer cosas estúpidas para llamar su atención. No era la persona que ella habría deseado, aunque esperaba que el tiempo corrigiera eso. Aun así, lo quería y se preocupaba por él. Ver el mensaje la hizo fruncir el ceño.

¿Dónde has estado? ¿Y qué es lo que pasa? Tengo trabajo, Paul. No puedo irme ahora de la sede.

Paul:

He descubierto algo que te afecta. No puedo decírtelo por aquí.

Maya debía agradecer la discreción de Paul en cuanto a ella. Era su hijo, al fin y al cabo. A su manera, también la protegía. A pesar del tono alarmante del mensaje, ese detalle la hizo sentir bien. ¿Estaba perdonándola al fin por sus agravios imaginarios? Era un buen punto de partida para recuperar la relación.

¿Dónde nos vemos?

Paul:

Ven al Élite10 en media hora. Reservado 7. Estaré allí.

—Cancela la cena de esta noche —le dijo a su asistente—. Y quiero esa información sobre la mesa mañana a primera hora.

Era una verdad universal que los hijos venían al mundo para decepcionar a sus padres. Al menos, lo era para Silas Heks. La paternidad era muy distinta cuando solo la imaginaba. Llevarla al terreno de la realidad fue darse cuenta del mayor timo de la historia: ni traían la felicidad, ni aumentaban la fortuna, ni eran una inversión para el futuro. Solo traían vergüenza y disgustos. Pero, al menos esa noche, y después de muchos años, Silas estaba dispuesto a ilusionarse. Oliver se había puesto en contacto con él. Era un mensaje escueto con la información suficiente para predisponerlo a pensar que, por una vez, su hijo estaba haciendo algo por la familia y actuando con la cabeza.

Tengo lo que querías. Te espero en el Élite10 en media hora. Reservado 7.

El local de copas estaba en una de las zonas de ocio más exclusivas de los distritos centrales. Arcadia era un cúmulo de edificios brillantes llenos de discotecas, cines y locales destinados al ocio de la población acomodada. El Élite10 no era de los más conocidos, pero empezaba a despuntar como una opción atractiva para disfrutar de refinados cócteles y conversar en sus reservados al amparo de una música lo suficientemente alta para que nadie escuchara y lo suficientemente baja para hablar de cerca sin tener que gritar. Era un lugar muy propio de Oliver, si le preguntaban a Silas. Algo oscuro, iluminado por neones y lleno de espejos y piel sintética de colores chillones, con cierto aire de prostíbulo. Los reservados estaban separados del resto del local por unos paneles de cristal. El número siete brillaba en neón rosa en la puerta del indicado. El cristal opacado señalaba que dentro había alguien esperando, podía ver la silueta borrosa al otro lado, iluminada por el resplandor dorado de la luz en la mesa. Silas empujó la puerta y su buen humor se vino abajo a una velocidad de récord.

No era Oliver el que lo esperaba. Era Maya Kirke. Y eso era extraño. Sospechoso e irregular. Silas miró afuera y se metió en el reservado antes de que nadie pudiera reconocerlo.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta brotó de las dos bocas a la par, con el mismo tono de sorpresa y contrariedad.

—¿Te has hecho pasar por mi hijo para verme? ¿Es que eres idiota?

Silas se sentó frente a ella, al otro lado de la estrecha mesa. Frunció el ceño y apretó la mandíbula.

—Creo que esto no es cosa nuestra, Maya, porque a mí también me ha citado mi hijo.

—¿Entonces?

La mesa parpadeó. Era una superficie inteligente, en realidad. A través de ella se podían hacer los pedidos, jugar a videojuegos o hacer llamadas. La pantalla se iluminó con un logotipo animado bien conocido como parte de la cultura popular de otro siglo. Letras rojas y amarillas, rodeadas por círculos concéntricos que parpadeaban con un brillo juguetón.

Looney Tunes presenta...

¡Las aventuras de Envidia y Pereza!

La alegre musiquilla dio paso a un paisaje bucólico, centrado en un gran gallinero rodeado por un campo primaveral. El dibujo era sencillo, de trazo grueso, dirigido a un público infantil. De entre unos matorrales surgió un zorro delgaducho, con expresión hambrienta, morro afilado y pelaje rojizo. Miró a un lado, miró a otro... y se desplazó de puntillas hasta el gallinero entre risas enlatadas.

En la puerta descansaba una enorme mastina, roncando con suavidad. Abrió los ojos al sentir la presencia del zorro, pero en lugar de importunarse, bostezó. El zorro sacó de la nada una bolsa de la que rebosaban billetes y la mastina la hizo desaparecer bajo sus patas con la misma velocidad. Tras ello, abrió la puerta enrejada.

Tras el pequeño intercambio, el zorro se dedicó a robar todas las gallinas que quiso, con expresión malévola. Al llevarse la última, se dieron la mano. La pata, en realidad.

The End?

El vídeo saltó a uno que no tenía nada de irreal o antiguo. Oliver estaba sentado en una cómoda butaca, la espalda relajada, mirando hacia la cámara con una sonrisa tranquila.

Me llamo Oliver Heks, nacido en el Distrito Lumina, número de ciudadano veintiún mil cinco hache, eme, ele. Soy hijo de Silas Heks, fundador y CEO de Hekspress. Mi padre ha estado financiando en secreto al partido de la alcaldesa, Maya Kirke, Ciudadanía. Tengo pruebas irrefutables de transferencias bancarias y reuniones clandestinas. A cambio de estos fondos ilegales, Kirke se ha asegurado de que reciba distintos tipos de beneficios, eliminando a la competencia de manera deshonesto. Hekspress ha obtenido contratos para la implementación de vehículos autónomos de última generación, todo presentado como un gran avance. Pero la verdad es que estos contratos fueron adjudicados sin transparencia, desviando millones a cuentas privadas de mi padre y sus socios. También gestiona, gracias a Kirke y Ciudadanía, la red de transporte de mercancías en la ciudad, que debería haber sido supervisada por varias empresas para asegurar la eficiencia y la competencia. En cambio, HeksCorp infla costos y entrega un servicio deficiente para engordar sus bolsillos.

Maya miraba a Silas con el rostro desencajado de furia.

—¿Ese es tu hijo, Silas! ¿Qué cojones está pasando? ¿Me estás chantajeando, maldito cabrón rastrero?

—¿Me crees tan idiota? Estoy tan sorprendido como tú por lo que está haciendo este... desgraciado. —Silas dio un golpe sobre la mesa que hizo que la imagen vibrara.

El vídeo se fundió en negro, sustituido por una imagen que quedó congelada en la pantalla. Paul charlaba con Oliver en una biblioteca. No tenía sonido, pero la complicidad entre ambos resultaba evidente. Maya y Silas se miraron entre sí con la misma desconfianza.

—¿Qué hacen esos juntos? Mi hijo estaba de viaje, ¡ni siquiera conoce al tuyo!

Silas estaba empezando a unir la línea de puntos y le hizo un gesto con la mano para que se callara.

—Oliver se había inscrito a un proyecto formativo de Valkyria.

Maya puso los ojos en blanco.

—Otra vez no, Silas. Por favor. Deberías tratarte esa obsesión...

—¿Y cómo lo explicas? ¿Mi hijo se larga a una formación con Valkyria y conoce al tuyo? Demasiada casualidad. —Silas gesticulaba con brusquedad, señalando a Maya y apuntando a la

mesa con golpecitos de su índice—. ¡Están queriendo jodernos! Y Oliver, cómo no, se presta encantado a cualquier cosa que pueda joderme a mí. En qué momento se me ocurrió pedirle esto a ese inútil malagradecido.

—Tú sabrás de qué es capaz tu hijo. Todos lo sabemos, en realidad, tras ese vídeo viral de hace tiempo... Pero Paul es distinto. Él no...

Hola, Silas.

La imagen de Victor se materializó en la mesa. Realista, encantador y trajeado, con el pelo largo y platino y unas gafas redondas que le otorgaban un aire intelectual.

Ha pasado mucho tiempo. Me enorgullece ver lo que has evolucionado. Casi no pareces ese hombrecillo tenso que se sentaba al fondo de las reuniones esperando que alguien lo mirara dos veces.

Se bajó las gafas a la punta de la nariz, escudriñando.

¿Siempre has tenido tan poco pelo?

Silas palideció como si estuviera viendo un fantasma. Lo era, de hecho, porque Victor Valkyria estaba muerto. En su casa se había celebrado con champán del más caro.

—¡¿Qué demonios?! Voy a demandar a este puto local. Si es una broma tiene muy mal gusto. Maya observaba la imagen en la mesa.

—Lo que me preocupa es que tu maldita obsesión nos haya metido en un enorme lío, Silas.

Soy el Espíritu de las navidades futuras, Mr y Mrs Scrooge.

Los rasgos de Victor se desdibujaron a la vez que una túnica negra cubría todo su cuerpo. Solo una cadavérica mano los señaló. La imagen se difuminó para enseñar una grotesca caricatura de ambos pidiendo limosna en las calles del Haven.

Maya, sin una gota de riego sanguíneo en la cara, sacó su teléfono para grabar la mesa. Silas tuvo el ridículo impulso de mirar debajo, como si ahí pudiera ocultarse el artífice de todo eso.

—Victor lleva cinco años ardiendo en el infierno, así que solo puedes ser su sucesor. No te escondas detrás de un muerto, Eric, si vas a amenazarnos da la cara.

No se moleste, señora Kirke, nada de lo que grabe va a guardarse. Yo no soy tan descuidado. Silas, querido. Deberías agradecer que esté muerto y mi capacidad de actuación sea muy limitada. El plan principal de secuestrarte, torturarte y dejar que te ahogaras en tu propia sangre ha sido... rechazado.

Victor hizo un mohín de disgusto y miró a un lado, como si tuviera a alguien cerca allá donde estuviera. Alguien nada contento con sus palabras. Le quitó importancia con un gesto de la mano.

Al grano. Oliver y Paul tienen otros muchos secretos jugosos. A nadie le interesa que salgan a la luz. Para que sigan ocultos, solo pido un pequeño favor, que, cosas del destino, podéis concederme entre los dos. Silas, a partir de ahora gastarás todas las energías que has utilizado en intentar boicotearme para boicotear a la Corporación NanoVida, mi competencia directa en laboratorios médicos y farmacología. Señora Kirke, aprovechará su influencia política para ayudarlo, si quiere a su hijo de vuelta.

Maya, tras comprobar que Victor no mentía y no había nada guardado en el móvil, dejó el aparato sobre la mesa con manos temblorosas y escuchó con atención.

Ambos lo hicieron.

Una semana después, llegó el día de la exposición de proyectos. Cada trabajo estaba cubierto por una tela en la sala de arte, con sus respectivos autores tras la mesa. Felix, apartado, cubría algo de gran tamaño y parecía deseoso de comenzar. Sus compañeros, no tanto. Especialmente Paul y Ander, que se miraban entre sí, dudosos.

Soren estaba exultante. Era el primer trabajo serio que les encargaba y se había dado cuenta de que se sentía cómodo en el papel de profesor. Estaba en el centro de la clase, con el pelo recogido en un moño en la nuca y la bata blanca que se ponía al entrar y siempre se dejaba abierta.

—Por lo que intuyo bajo las telas, todos habéis llegado a tiempo. Así que os felicito antes de comenzar: no era un proyecto fácil y no os puse mucho tiempo de margen. Empezaremos exponiendo con una introducción, luego enseñaréis vuestra maqueta y nos hablaréis de ella. ¿Quién quiere empezar? —Felix levantó la mano. Casi dio un salto en su sitio, como un niño ansioso—. No sé por qué pregunto. Felix, adelante.

—Eso, mejor cuanto antes nos deje en ridículo —dijo Kei con una risita.

Felix no hizo caso. Se aclaró la garganta y señaló la sábana.

—He utilizado materiales que he encontrado por aquí, cosas que he desmontado de mi cuarto e impresora 3D. También... un recipiente del almacén, utensilios de cocina y alguna cosa que no puedo desvelar y prometo que devolveré. Me he basado, sobre todo, en el problema de la contaminación atmosférica y la forma de evitarla. Mi ciudad es autosuficiente y su principal problema sería un control de población necesario, por tamaño, al principio.

—Muy bien, Felix. —Soren asintió con una sonrisa y se llevó las manos a la espalda—. Muéstranos tu ciudad soñada.

El sonido de la tela arrastrándose fue sustituido, de inmediato, por las exclamaciones de sorpresa. Lo que ocultaba era una pecera rectangular, con pequeños peces vivos, que tenía en su interior una cúpula llena de cosas. Con el agua era difícil percibir los detalles.

—¿Alguien puede apagar la luz? —pidió Felix.

—Joder, qué fuerte —exclamó Mark.

—Bueno, podemos retirarnos ya —dijo Kei.

Fue Roman el que apagó la luz antes de que el profesor se moviera.

—Vamos, chicos, silencio —pidió Soren ante los cuchicheos.

A oscuras, Felix continuó hablando.

—En tan poco tiempo no he podido replicarlo, pero está todo en la memoria. Obtiene la energía de las mareas y se nutre de agua potable porque ha de instalarse relativamente cerca de un río. Las luces imitarían un sistema de día y noche y la alimentación estaría basada en monocultivos interiores... Aquí está.

Se escuchó el sonido de un botón y la luz se hizo dentro de la cúpula, que era una simple ensaladera boca abajo. Una ciudad diminuta, con sus edificios, sus parques, carreteras, tiendas y peatones. Felix tocó otro botón para encender un motor escondido en alguna parte. Los coches circularon y algunas personas se movieron por las aceras. Una grúa amarilla agitó su largo cuello.

—Le has puesto hasta movimiento. ¿Tienes poderes o qué? Eres un genio, tío. —Oliver fue el primero en acercarse para verla en detalle.

Lo siguió Kei. Pronto todos se asomaron al mundo submarino en miniatura.

—Entiendo lo del control de población. ¿Cómo solventarías ese problema? —preguntó Soren.

—Yo lo entiendo como una última opción, una salvación si las cosas terminan de ponerse feas. Habría que hacer muchos, claro, para alojar a toda la gente posible. Y una vez dentro, limitar al máximo los nacimientos —explicó Felix—. Está todo en la memoria. ¡Fijáos bien, los edificios son victorianos! Con tiempo, hubiera hecho cosas de vapor.

Era difícil no verlo. Las estructuras tenían todos los detalles: ventanas ojivales, barandillas de hierro, tejados ornamentados, torres y pináculos. Incluso Soren se quedó sin palabras, observando con deleite el excelente trabajo a la hora de replicar la arquitectura de la época. A los alumnos se les había olvidado el trauma de presentar después de semejante trabajo, pero Soren se encargó de recordárselo.

—Es un trabajo excelente, Felix. Y una idea muy interesante. Me llevo esto para estudiarlo. —Agarró la memoria de la mesa y miró al resto—. ¿Quién quiere ser el siguiente?

Felix hizo una reverencia y se apartó.

—Nosotros. —Kei levantó la mano—. Lo primero decir que le hemos dado más importancia a la memoria que al... objeto en sí, porque ninguno somos malditos genios maquetistas como él. O sea, es muy feo, os lo advierto.

Mark asintió y tomó la palabra.

—Hemos pensado en el problema de la tierra agotada, infértil y esas cosas. Y como el planteamiento era la ciudad de nuestros sueños... pensamos en una ciudad móvil. Que en lugar de ir agotando recursos, arreglara el suelo a su paso.

Quitaron la sábana entre los dos. Hubo un silencio. Lo que cubría era una extraña aberración. Una maceta atada con cinta aislante a un coche teledirigido, con la parte superior cubierta de bonitas telas de colores. Alrededor de la maceta, usándola de soporte, habían pegado pequeños dibujos de casas o cosas que simulaban serlo: piezas de construcción, pinzas decoradas, piedras...

Kei se sacó del bolsillo un control remoto antiguo e hizo que el coche se moviera un poco. En la parte de atrás llevaba atado un rastrillo de jardinería que fue arrastrando.

—Os preguntaréis cómo se genera la energía... y tengo la respuesta —dijo Mark yendo hacia una estantería para recoger el secador que utilizaban para las pinturas.

Al apuntar el aire hacia las telas, estas se hincharon. Eran velas.

—Eólica —apuntó Kei—. Si no hace viento, paneles solares que no hemos podido instalar por razones evidentes. Ah, dentro también vive gente. Y el rastrillo es porque va arando y plantando semillas. Serían unas cuchillas enormes, como garras.

—Ni siquiera sé por dónde empezar a decir lo que... —comentó Paul antes de llevarse una mirada de advertencia de Soren.

—Hablamos de la ciudad soñada —dijo el profesor—. Estamos en clase de arte, no de ingeniería ni ecología. Y esta ciudad, realmente parece sacada de un sueño. La idea de una ciudad móvil que regenere los lugares por donde pasa me parece preciosa. Y las grandes ideas

que nutren a la ciencia nacen de la creatividad. No lo olvidéis. —Soren recogió también la memoria de Kei y Mark—. Me intriga mucho lo que habéis hecho aquí. ¿Siguiente?

Roman cedió el puesto a sus compañeros con un gesto de la mano, pero Ander negó con la cabeza.

—Preferimos ir los últimos, si no os importa.

—Muy bien. Pues... mi trabajo y el de Oliver toca los dos temas anteriores, contaminación del suelo y el aire. Hemos sacado la mayoría de materiales de los jardines y de una caja de Lego que había en el almacén. Los dos cristales también son de allí. Oliver, haz los honores.

Era, a grandes rasgos, una granja de hormigas. Los diminutos animales se desplazaban por los túneles a la vista de todos. En la parte superior de la tierra crecían pequeñas plantas y hongos. Las piezas de Lego simulaban algo parecido a bunkers subterráneos.

Fue Oliver quien comenzó la explicación.

—Felix ha creído que el mar era conveniente. Nosotros hemos escogido el subsuelo. Los túneles podrían estar reforzados con materiales reciclados y naturales, como bioplásticos o compuestos a base de micelio. Usarían sistemas de ventilación pasiva, similares a los respiraderos de las colonias de termitas, para regular la temperatura y la calidad del aire.

—Los hongos micorrízicos pueden formar simbiosis con las raíces, ayudando a la absorción de nutrientes y agua, lo que es crucial para rehabilitar suelos estériles. La idea es que el exterior, con el tiempo, volviera a ser habitable y lleno de vida. Las bacterias del suelo pueden fijar nitrógeno atmosférico, enriqueciéndolo. La química avanzada está en la memoria —acabó Roman.

Paul se había acercado, boquiabierto.

—¡Es una genialidad! —Miró al resto—. Las plantas pueden extraer metales pesados y otros contaminantes del suelo. Algunas hiperacumuladoras como el girasol hasta pueden ser usadas para remover plomo y otros metales pesados. Solo habría que... experimentar para hacerlas resistentes.

Las hormigas recorrían los túneles ajenas a los ojos que las observaban. Soren escuchaba y no podía evitar la sonrisa ni el brillo esperanzado en los ojos.

—Y así se hace la magia. Imaginación, conocimientos técnicos y conciencia. Trabajando juntos podéis hacer cosas increíbles. —Recogió la memoria correspondiente sin contener la emoción—. Me encanta. Vamos a ver qué ocultan los chicos misteriosos. Paul, Ander, es vuestro turno.

Los chicos volvieron a mirarse, como si necesitaran del ánimo mutuo para seguir adelante.

—Yo... Me parecen unos proyectos geniales, pero todos sabemos que llevaría años plasmarlos en papel y necesitarían muchos más para volverse realidad. No creo que haya tiempo. Ander... —dijo Paul.

Ander sacó de su mochila tres fajos de papeles.

—Estas son nuestras primeras memorias. Están desechadas, pero no queremos que parezca un resultado de última hora —indicó al dárselas a Soren.

Paul dejó al descubierto su proyecto: un único globo hinchado, de un verde brillante. Los demás se miraron unos a otros, perplejos.

—¿En serio? Y nosotros pasándolo mal por nuestra ciudad ambulante. —Kei cruzó los

brazos y Mark se encogió de hombros.

Soren, sin embargo, estaba intrigado. Hojeó la memoria y miró el globo.

—Veo que habéis trabajado mucho antes de llegar a esto. Explicadnos el concepto.

Ninguno habló. Ander sacó un alfiler y pinchó el globo, provocando algún que otro sobresalto.

—Era arte, ¿no? Sin explicaciones. Y esta es nuestra memoria.

Paul dio la vuelta a un papel para que vieran las grandes letras negras.

«No hay una ciudad ideal.

Nunca ha habido una ciudad ideal.

No hay futuro».

El silencio que siguió no fue de desconcierto. Felix observaba pensativo. Soren estaba impresionado por la *performance*, Kei apretaba los labios en un puchero de indignación. Roman miró a su compañero de trabajo, consciente de lo que señalaban Paul y Ander. Desde que el ser humano se había dado cuenta de su impacto en el mundo había intentado muchas cosas. Cuando aún tenían tiempo, no hubo interés. Y, desde luego, jamás hubo intención por parte de los poderes. Ahora no había interés, intención, ni tiempo. Y la pareja más improbable de aquel proyecto lo había resumido con un solo gesto.

Soren rompió el silencio con un aplauso. Se volvió hacia los demás, para dedicarlo a toda la clase.

—Todos me habéis sorprendido, de una forma o de otra. Aún tengo que leer las memorias, pero el esfuerzo que habéis puesto aquí...

—No todos —se quejó Kei.

—El esfuerzo que todos habéis hecho para imaginar y plasmar vuestras ideas a través del arte es encomiable en un mundo que ahoga la creatividad. Con tiempo o sin él, el ser humano no puede renunciar a la esperanza. —Soren miró a Ander y a Paul. Agitó las hojas de las memorias ante ellos—. Ni a los sueños. Si lo hacemos, nada vale la pena.

Aquella tarde, tras ocuparse del duro trabajo relacionado con limpiar el gimnasio, Ander decidió buscar algo de ocio en la biblioteca. Hasta el momento solo la había pisado para algunas tareas de filosofía, pero desde el incidente y los días en cama había descubierto el placer de la lectura. Nunca conoció más de diez libros en casa, salvando un par de cuentos infantiles y las obras escogidas por Jacob para adornar el salón. Su padre siempre decía que los libros solo servían para manipular, engañar o, en el mejor de los casos, freír el cerebro con fantasías innecesarias. Por suerte para Ander, esa vocecilla se estaba volviendo suave, lejana, carente de poder.

Estaba entrando cuando escuchó unos pasos apresurados detrás.

—¡Socorro!

Al volverse vio a Felix abalanzarse hacia él, tratando de mantener el equilibrio sin perder ninguna pieza de la inmensa columna de libros que cargaba. Los reflejos de Ander libraron de la caída a los últimos tres ejemplares. Los agarró como pudo, sujetándolos contra el pecho.

—¡Cuidado! ¿Dónde vas con esa torre?

—¡Gracias! Eric me ha dado permiso para mejorar una estación meteorológica que tiene

arriba y voy a buscar información. Pero antes tengo que devolver todo esto —le explicó mientras entraban—. Déjalos sobre esa mesa, yo los colocaré. ¿Y tú? Nunca te había visto por aquí.

Ander dejó los libros donde le indicaba.

—¿Has leído todo esto en un mes? —preguntó Ander, sorprendido—. ¿Y en físico? Tenemos un montón de libros en nuestras Freyas. Suelo leer en el móvil... pero me dio curiosidad la biblioteca. —Miró los libros con aprensión—. Casi da miedo tocarlos por si se deshacen.

—Una semana. —Ante la mirada de asombro de su compañero, Felix se apresuró a añadir—: Aunque la mitad no los he leído enteros, solo son de consulta. Los libros en físico son un lujo que debemos aprovechar... El tacto, los aromas, son otro mundo, amigo. Puedo ayudarte a escoger lecturas, ¿qué te gusta?

Esa pregunta era más complicada de lo que podía parecer. Como si fuera la primera vez que alguien se la hacía. Ander miró alrededor. La biblioteca era enorme, llena de pasillos delimitados por los altos estantes de libros, con la luz natural del acantilado entrando por las paredes de vidrio y rincones para leer aquí y allá. Escritorios, cómodos sillones, almohadas enormes y alfombras. El olor era peculiar, acogedor. Una mezcla de esos aromas de los que hablaba Felix y que él desconocía.

—Ah... No tengo ni idea. La verdad es que soy un lector pésimo.

—Un *tour* completo, entonces. A ese lado está todo lo relacionado con consulta y estudio, iremos por este, ven. —Felix echó a andar, deteniéndose aquí y allá—. Poesía, ensayo, teatro, cómic, novela... y aquí, dentro de las novelas, está separado por géneros en lugar de por orden alfabético. No quieres drama, ¿verdad? Historia, humor, terror, fantasía... En el pasillo del fondo, resguardado para la gente tímida como nosotros, erótica. Es curioso. Salvando algunas excepciones, se ve que Eric prefiere los títulos escritos por mujeres. En toda la biblioteca, pero especialmente en esa zona.

Ander lo seguía. Sus ojos no encontraban dónde detenerse. Era como si Felix le estuviera mostrando el tesoro en una cueva oculta.

—¿Erótica? ¿Es porno escrito? ¿La gente lee eso? —inquirió con extrañeza.

—Erótica y porno son dos cosas muy distintas. —Felix paseaba a lo largo del pasillo sin hacer gala de esa timidez que acababa de mencionar. Pasó los dedos por varios libros antes de decidirse por dos de ellos—. Toma, compruébalo por ti mismo.

Eran libros muy antiguos. Las tapas estaban desgastadas y el papel amarillento, pero debían haber sido sometidos a algún tipo de tratamiento, puesto que la tinta estaba en perfecto estado. *Réquiem por la inocencia*, firmado por Antlia Burell, era uno. En las tapas, sugerentes, dos hombres se miraban entre sí unidos por cadenas y filigranas. *Solo quiero devorarte* era el segundo, con un protagonista sombrío en la portada. A la novela de una tal Enara de la Peña le bastaba el nombre para ser sugestiva.

—¿Es... entre tíos? —Ander miró los estantes, pasmado—. Hay una sección entera de esto.

—Sí, la mayoría. ¿Los prefieres de chico y chica?

La pregunta de Felix era inocente, sin burlas escondidas.

—Ah... Pues... —Ander se llevó una mano a la nuca. Se rascó con un gesto nervioso y apartó la mirada. No se había puesto a la defensiva como un imbécil, eso era un avance. Y no quería bloquearse. Era Felix. Él nunca juzgaba a nadie, siempre escuchaba—. No, prefiero estos

—dijo mirándole de nuevo a los ojos—. Estos pueden estar bien, sí.

—Genial, ya me dirás qué te parecen. Oye, la presentación de esta mañana ha sido impresionante. Creo que sois los únicos que habéis entendido el concepto.

Así de fácil. Felix no le daba ninguna importancia a sus gustos, cambiando de tema como si aquello careciera de interés, como si le entregara dos simples libros de aventuras que él hubiera disfrutado. Era liberador. Cada vez que alguien le demostraba la poca importancia que tenía sentía que un peso que no sabía que acarreaba se retiraba de su espalda. Lo volvía más ligero y algo en su interior se ensanchaba para recibir las nuevas experiencias y conocimientos. Sonrió. Una sonrisa amplia que le brilló en los ojos y le marcó los hoyuelos en las mejillas.

—Gracias, pero el tuyo era el mejor —respondió con honestidad—. No ha sido fácil, pero no hemos discutido, Paul y yo. Solo le hemos dado muchas vueltas a los temas que nos preocupan. Y, al final, llegamos a la misma conclusión. Creo que Kei sigue ofendido, aunque también le hemos subido la moral.

Felix soltó una risilla.

—Creo que ellos también se estuvieron informando en la biblioteca, pero en la zona de fantasía *steampunk* del siglo XX. Voy a juntar monedas para pedir materiales de maquetas. Puede que les regale su concepto de ciudad, un poquito más pulido que una maceta. Pero es genial que Paul y tú trabajéis juntos, últimamente no hay tensiones raras en la cena. —Le tendió la mano, dando una efusiva sacudida—. Voy a colocar mis libros, encantado con la charla, caballero.

Ander respondió al apretón con firmeza. Una calidez agradable hormigueó en su pecho al verlo alejarse por el pasillo. Esa sección tenía su propio espacio de lectura: un rincón con cómodos pufs y almohadones iluminado por el sol dorado de la tarde. Se dejó caer en uno de los asientos, que lo recibió con un abrazo blando. Observó los libros que tenía sobre el regazo y abrió uno de ellos. Sumergirse en la lectura fue más que sencillo.

Se dio cuenta de que se había hecho de noche al escuchar la llamada a la cena.

25. Estás muy lejos de casa.

Pese a que la mayoría del trabajo real de la isla se realizaba allí, Eric evitaba los laboratorios del sótano como a la peste. Esos pasillos eran tan siniestros y asépticos como cuando Victor estaba al cargo. Los dibujos en las paredes, pensados para señalar la categoría de cada habitación y alegrar la zona, producían el efecto contrario. Robots, vaqueros y conejos que, como en un hospital infantil, deprimían en lugar de animar. Generaban una sensación de irrealidad, de disfraz frívolo de la muerte, la injusticia y el absurdo de la vida humana. Vaqueros para la adaptación a medios hostiles; vacías desde la recuperación de Gabriel. Conejos para las altas capacidades, con un único sujeto que había tenido la desgracia de dejar ver su genialidad natural para las matemáticas. Permanecía en un coma inducido del que nunca regresaría. Robots. Graciosos y anticuados, todo lo contrario a la realidad de esas habitaciones. Eric se detuvo un momento en el pasillo. No pensaba entrar. Ya tenía escalofríos sin hacerlo. Allí se estudiaban los proyectos Avatar y Plagueis.

Pasó de largo hasta el ala señalada con un dragón, totalmente ampliada y remodelada. Un letrero dorado ocupaba la mitad de la puerta.

«Proyecto Hoja Caduca».

Eric se aclaró la garganta.

—¿Cuatro?

Tres de sus antiguos compañeros prácticamente vivían entre esas paredes, aunque tenían sus propios hogares en el pueblo y a veces viajaban a Elysium. Ya eran chicos extraños antes del cambio, pero sus rarezas se habían acentuado con el tiempo, volviéndolos más antisociales y solitarios. Las adaptaciones al trauma siempre eran variables. Samuel, Nicolas y Simon ni siquiera reaccionaban a sus nombres reales. Los tres salieron a la vez unos segundos después. Todos juntos, siempre juntos. Incluso empezaban a parecerse físicamente. Mismo corte de pelo, mismas batas, mismas gafas. Observaron a Eric en silencio hasta que Samuel, Cuatro, tomó la palabra.

—Necesitamos un sujeto de prueba. Con urgencia. Hoja Caduca ya es totalmente funcional.

—En realidad necesitábamos entre quinientos y mil —apuntó Seis—. Pero ya nos hemos ocupado de eso. Ha funcionado.

—Ha funcionado —recalcó Cinco.

Ha funcionado.

El sonido de los monstruosos engranajes poniéndose en marcha. Las palabras mágicas. El rumor de la tormenta que se acercaba. Eric sintió que el corazón se le enfriaba en el pecho. Era difícil definir aquello. No era una buena noticia. No era una mala noticia. Era el inicio de lo inevitable.

—Me alegro por la redención de Nueve de Tréboles y los que quedaron. —Eric les habló con la misma frialdad. No sentía la sangre correr por sus venas, pero su rostro se mantuvo impasible, sin mostrar sorpresa ante la despiadada eficiencia de Las Tres Mellizas—. ¿Pero de dónde habéis sacado al resto de sujetos?

Se miraron entre ellos.

—Dijiste que no estabas interesado en los detalles —dijo Cuatro tras el titubeo—. Pero ya que preguntas, un pequeño asentamiento improductivo del sector este, a ciento cuarenta y ocho kilómetros de Elysium. Se probó antes de enviar la primera carga de fertilizante a Montesco. Escasa agresividad.

—Y el estudio de alta agresividad está completado —añadió Seis—. Ahora necesitamos a un sujeto de Elysium. Que lo traigan Nueve y Catorce, de todas formas deberían volver ya.

El sector este. Improductivo. Ese fue el diagnóstico final. Eric sabía a qué asentamiento se referían. Victor lo puso a trabajar en ese proyecto cuando lo trajo a la isla. Tenía que ver con su especialidad: economía del desarrollo. Debía demostrar que podía revitalizarse el entorno rural. Que una corporación como Valkyria podía coexistir con un desarrollo sostenible, en equilibrio con las escasas comunidades fuera de las urbes. Puso todos sus conocimientos, todo su empeño, toda su voluntad en que saliera adelante. Incluso después de tener acceso a toda la información de la empresa, de tomar el control, ese proyecto se convirtió en una obsesión. Su última esperanza.

Y fracasó. Improductivo. Una última puñalada al idealismo que había alimentado sus motivaciones. Sintió que la vista se le llenaba de puntos de colores. Dentro de él, en un espacio reducido y blindado, la voz de su conciencia gritaba hasta desgañitarse.

—Jefe, ¿estás bien? —preguntó Cuatro.

Eric asintió. Las piezas encajaron a la perfección, pensar en ello lo ayudó a no enfocarse en el sector este: tenía a su elegido.

—Tengo al sujeto ideal. Lo traerán mañana.

Los tres asintieron como un mismo hombre, satisfechos. Regresaron al interior. Solo Cuatro se detuvo un momento.

—Ya he eliminado el ataque-susto de la programación de Roborero, en teoría si alguien le molesta solo gritará como una sirena de guerra, suficiente para disuadir. Pero dile a Soren y a los chicos que no vuelvan a fastidiar, tiene cierta autonomía que no sé de dónde ha sacado. Nunca programamos ese agarrón territorial en su conducta —dijo antes de desaparecer con sus compañeros.

Eric frunció el ceño. La irritación se impuso sobre todo lo demás, llevándose la intensidad de las otras emociones como una vía de escape. Recorrió a grandes zancadas el pasillo de laboratorios y se encerró en uno de los despachos para activar la presencia holográfica de Victor.

—¡Has sido tú! Me juego el cuello a que has sido tú.

Victor ladeó la cabeza como un perro curioso.

—Oh, la zona de experimentación. Hacía mucho que no bajabas aquí. Me alegra ver que superas los traumas, aunque sea con tanta lentitud.

—¡Vete al diablo! —Eric se le plantó delante y lo señaló con un dedo. Se lo habría clavado en el pecho de estar allí realmente—. ¡Has estado hurgando en la programación de Roborero!

—Tengo acceso a Roborero desde que lo construyeron, ¿no era evidente? ¿De verdad crees que esos tres son dados a chistes? Su gracia natural es cosa mía. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que tú no tomas decisiones por ti mismo. Tú te ciñes a hurgar donde yo te diga, y nada más. Porque tú no eres Victor. Eres un maldito espectro a mis órdenes. —Eric gesticulaba iracundo. Le atravesó el pecho con uno de los golpes de su dedo en el aire—. ¿Qué

más estás controlando? ¿A qué estás accediendo a mis espaldas?

—¿Ahora mismo? A los datos sobre tu ritmo cardíaco, proporcionados por el reloj inteligente. Deberías recoger pasiflora fresca del jardín.

Eric entornó los párpados. Bajó la voz hasta un susurro afilado, amenazante.

—No me jodas, Victor. Vuelve a hacer algo así y te borraré. No dejaré rastro de ti. Te lo juro.

El rostro del difunto millonario mudó a una expresión apenada e indefensa.

—¿Me matarías dos veces, Eric?

Eric cerró la mano en un puño. Su mandíbula se tensó. Lo miró en silencio y abrió los dedos como si quisiera apoyararlos en el pecho de la proyección. Un dolor sordo le inundó el corazón.

—No me obligues.

Victor bajó la mirada.

—Muy bien. Me iré a cazar mariposas que no existen, a recoger manzanas que desaparecen una vez que están en su cesta y comer pasteles que no saben a nada. A fin de cuentas esa es la vida de un espectro.

Eric bajó la mano y se volvió. Tuvo que apoyarse en el escritorio. Las emociones lo zarandeaban hasta la náusea.

—¿Y prefieres esto? Te cambiaría el lugar si pudiera. —Tragó saliva—. No sabes lo cansado que estoy.

—Cuéntamelo. Después yo te contaré lo que es hacer lo mismo con una enfermedad terminal y totalmente medicado para no sentir el dolor.

Eric asintió. Cerró los ojos un instante. La imagen de Victor con el pelo rapado, débil y ojeroso se presentó en su mente.

—Solo te pido que me lo pongas fácil. No quiero prescindir de ti.

—Entonces no te pongas histérico por tonterías. Yo soy el que tiene experiencia. No harías nada sin mi ayuda constante, Eric. Será mejor que lo recuerdes.

La imagen se desvaneció, dejándolo solo en el despacho, con la única compañía del fuerte olor a desinfectante.

No iba a rendirse.

La citación judicial lo tenía sin cuidado. Jacob no era un pusilánime. Las amenazas o acciones de un cobarde como Valkyria no lo asustaban. Tenía puestas todas sus energías en buscar a esa sabandija. Scutaris rastreaba los datos de los que disponían, tratando de localizar la isla a la que habían llevado a su hijo. Pensar en Ander lo cabreaba. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Le había ocultado los pormenores de aquella entrevista de trabajo. Si hubiera sido sincero con él no lo habría dejado caer en la evidente treta que Valkyria había tejido a su alrededor. Se habían llevado a su hijo. No sabía dónde, ni para qué, y las autoridades estaban comportándose como esperaba: como vendidos. No iban a mover un dedo bajo el pretexto de la mayoría de edad de Ander. Jacob sabía que eso estaba lejos del motivo real: no se atrevían a actuar contra una empresa como Valkyria.

La última vez, los guardias del vestíbulo de la sede lo habían obligado a abandonar el lugar.

No sin una feroz resistencia física que los obligó a usar el taser. Fue sorprendente comprobar que, ese día, los guardias lo dejaban pasar. Una de las secretarias arrugadas de Valkyria lo acompañó amablemente al ascensor.

—El señor Valkyria ha recogido sus quejas. Quiere que se reúna con sus representantes.

—Quiero hablar con él, no con mandados.

—Podrá hablar con él, pero hay un protocolo, señor Osman.

Para el gusto de Jacob, el despacho era demasiado pequeño y los representantes demasiado jóvenes. Un pelirrojo con una melena poco seria y un rapado delgaducho, con trajes que valían demasiado para esa actividad.

—¿Dónde está? —preguntó adueñándose de la habitación nada más entrar.

En la mesa solo había un portátil abierto. El rapado miró su reloj.

—Se conectará enseguida, señor Osman. Y podrán hablar a solas. Pero por si las cosas se tuercen, el señor Valkyria quería dos testigos de su entrada aquí. Y de su petición concreta —dijo el pelirrojo.

—No me sorprende de un cobarde como él. ¿Tiene miedo de que lo golpee?

Jacob tomó asiento ante el portátil. Incluso sentado, su envergadura era imponente.

—Posiblemente, señor Osman. El señor Valkyria no está acostumbrado a situaciones de peligro y falta de control. ¿Le importaría decir en voz alta el motivo de su queja? —intervino el rapado, con voz relajada.

Jacob esbozó una sonrisa, mezcla de desdén y superioridad.

—Quiero saber dónde está mi hijo. Sé que lo mantiene retenido.

—Perfecto. He de informarlo de que esa frase ha sido grabada para dejar claro el motivo de la visita. Ahora nosotros nos disculpamos, el señor Valkyria ya está en línea.

Los dos chicos salieron de la habitación. Jacob abrió el portátil con un gesto brusco. Fue la cara de Ander la que encontró al otro lado, tan sorprendido como él.

—¿¿Papá??

Llevaba un maldito mono de trabajo sucio y su pelo, todavía muy corto, había crecido desde la última vez que lo vio. También su piel estaba distinta, saludable y tostada. El ceño de Jacob se arrugó más. Miró a su hijo con desconfianza, como si no terminara de creer en la imagen que le ofrecía la pantalla.

—¿Dónde estás? Llevo un mes intentando contactar contigo.

Jacob hizo un loable esfuerzo por controlar su tono de voz. Eso no era lo que esperaba y odiaba que las cosas tomaran un camino distinto a última hora. Pero Ander lo conocía bien, cada pequeño gesto, cada entonación. Se tensó de forma visible, receloso.

—Te intenté llamar antes de irme. Te dije dónde iba. Y luego volví a llamar para avisar de que había fallos en la red, pero todo iba bien.

Jacob tomó aire lentamente y se echó hacia adelante en la silla, como si le tuviera allí y quisiera que lo escuchara bien.

—No dejaste ninguna localización. No recibí más llamadas y tu móvil está apagado o fuera de cobertura desde hace más de un mes. Es suficiente, Ander. Y si es cierto que ese cabrón

pusilánime no te retiene, vas a regresar ahora mismo.

Ander apretó los labios. Jacob no podía ver dónde estaba, la iluminación a su espalda era difusa.

—Me aceptaron. Estoy completando el curso y me va bien. No tengo motivos para dejarlo, me he esforzado mucho —dijo con suavidad, despacio, pensando cada palabra.

—¿Un curso de qué? —Jacob no pudo evitar elevar el tono—. ¿Qué cojones te están enseñando ahí? Omitiste que te largabas de la ciudad cuando me contaste esta idea absurda. Lo peor es que seas tan estúpido para no ver los detalles extraños en todo esto. Valkyria te está lavando bien el cerebro.

Vio cómo su hijo respiraba hondo. Puede que estuviera tratando de no llorar. Jacob sabía de sobra que Ander rehuía los enfrentamientos con él.

—¿Ahora te importa? —espetó su hijo, para su sorpresa—. Porque la última vez que hablamos tenías el interés justo para despotricar de Valkyria. Siento de verdad que te haya preocupado mi ausencia, pero no voy a volver. Aspiro a conseguir el trabajo y quedarme aquí. Y nadie me está lavando el cerebro. Soy capaz de pensar por mí mismo desde que te tengo lejos.

Jacob dio un golpe sobre la mesa que hizo temblar la imagen al otro lado. Ander vio en su expresión cómo hacía un esfuerzo por controlarse. No estaba acostumbrado a que le replicara. Nunca lo había hecho. Ander era un buen hijo. Esa actitud solo confirmaba lo que estaba sucediendo. Eric Valkyria se lo estaba arrebatando.

—¿Tú te estás escuchando? ¿Que no vas a volver? Tienes responsabilidades aquí. Tienes compromisos conmigo y con la organización a la que se lo debes todo. ¡Todo! ¿Me escuchas? —Jacob volvió a golpear la mesa con el puño, sin apartar la mirada de Ander—. Pensar por ti mismo, no me hagas reír. Es ese marica el que habla por tu boca.

—¿Te hace reír? ¿No me crees capaz? —Ander no se quedó atrás a la hora de gritar. Las lágrimas que Jacob esperaba nacieron perezosas, al mismo tiempo que se le rompía la voz—. ¡No le debo nada a esa mierda! ¡Eso ha quedado atrás! ¡Y tú te quedarás atrás con ello como no aceptes respetar mis elecciones!

—Tú no estás eligiendo una mierda —replicó Jacob con latente desprecio. Ver llorar a su hijo solo le provocaba rabia. ¿Cuánto lo habían cambiado en tan poco tiempo?—. No sabes ni lo que dices, maldito desagradecido. Y por eso te voy a dar otra oportunidad. No tendré en cuenta ninguna de las tonterías que estás diciendo si dejas esa secta y vuelves. Si no, te juro que voy a llegar hasta donde sea para traerte de vuelta.

Ander se limpió con el dorso de la mano y sorbió por la nariz una única vez, serio, asintiendo a algo que solo él escuchaba dentro de su cabeza.

—¿Sabes algo? —Una pausa breve—. Nah. Ni siquiera te mereces ser el primero que lo escuche en voz alta. Que te den, Jacob.

El líder de Elysium Limpia vio como su único hijo, con un gesto de indiferencia absoluta, acercaba la mano a la cámara para cortar la comunicación.

—¡Ander! ¡Ni se te ocurra! —gritó, pero se encontró con su propio rostro crispado de furia reflejado en el espejo negro en el que se convirtió la pantalla—. ¡Hijo de puta!

Jacob barrió el portátil de un golpe. El aparato chocó contra una de las paredes, rompiéndose en pedazos. El hombre se puso en pie y la silla rebotó contra el suelo. Llegó de dos zancadas

hasta la puerta y tiró con fuerza. Estaba cerrada. Su teléfono sonó antes de que pudiera asimilar la situación, con una estruendosa marcha militar que hería los oídos. En la pantalla brillaba la palabra ira, ocupando cada milímetro de espacio, como si palpitara.

—¡¿Qué cojones?!

Jacob intentó apagar el teléfono. El aparato no respondía. El volumen de la marcha subió más allá de la capacidad de los altavoces, provocando sonidos crepitantes e interferencias. Frustrado e iracundo, Jacob lo tiró al suelo y cargó contra la puerta. No funcionó, como era de esperar. Pero el teléfono quedó en silencio, con un largo mensaje de texto parpadeando en la pantalla rota.

¿Cuántos fascistas hacen falta para cambiar una bombilla?

A) Ninguno. Prefieren culpar a un enemigo imaginario por la bombilla rota y quedarse en la oscuridad.

B) Uno, pero solo si tiene órdenes de hacerlo.

C) Dos, uno para cambiarla y otro para reescribir la historia diciendo que fue un acto heroico.

D) Tres, uno para cambiarla y dos para escribir un manifiesto sobre cómo las bombillas modernas están destruyendo los valores tradicionales.

E) Soy un asesino de mierda que va a morir asesinado.

Un siseo repentino llenó la habitación de humo blanco. Brotaba de la bombilla del techo. Jacob llegó a ver el mensaje cuando se tiró al suelo para recuperar el móvil, tapándose la boca con un brazo, consciente de que estaba en peligro. Su cerebro llegó a procesar las palabras y a sustituir la ira que teñía su mirada de rojo por el pánico.

Duró poco. Solo unos segundos antes de que se desplomara inconsciente.

En la cena, arrullado por el ruido de las conversaciones y el tintineo de la vajilla, Ander removía la sopa tibia como si estuviera hirviendo. Al acabar la conversación terminaron también las lágrimas. Ni pena, ni despecho, ni autocompasión. Las palabras hirientes de Jacob solo dejaron una bola negra en su estómago, repleta de rencor, rabia y desprecio, sentimientos que durante años su padre se había empeñado en dirigir hacia la amenaza difusa de la pobreza y la diversidad. La pelota estaba en su campo, porque aquellos sentimientos no desaparecían de la noche a la mañana. «Que te den, Jacob». Repetir eso en su cabeza, como un mantra, le aportaba felicidad. Paladeaba las palabras, orgulloso de sí mismo por haberlas pronunciado en voz alta. Se había quitado una espina clavada en la garganta. Y quería quitarse otra, volver a experimentar esa liberación.

Miró a sus compañeros. Estaban acabando el segundo plato; Felix empezaba el postre con la servilleta bien colocada. En mayor o menor grado se habían convertido en sus amigos, la gente que de verdad merecía su sinceridad.

—Soy homosexual —dijo en voz alta.

Se hizo un silencio sorprendido. Paul sonrió con un gesto cómplice y orgulloso y no tardó en romperlo.

—Yo también lo soy —confesó como si fuera una novedad.

A esas alturas todos conocían la negación en la que Ander vivía. Algunos se unieron a las confesiones con entusiasmo. Oliver se puso en pie y levantó su copa vacía.

—Soy absoluta y totalmente gay. Un pedazo de marica. Y me encanta.

—Pues yo no. —Mark, repantigado en su asiento los miró con desdén—. Me parece que sois idiotas por cerraros tantas puertas. Yo soy de los inteligentes: soy bisexual.

—Yo soy hetero. —Todos rieron cuando Kei forzó la voz para hacerla sonar más grave—. Eh, ¿por qué os reís? Sois unos *heterótrofos* de mierda.

—Se dice *heterófagos* —puntualizó Oliver levantando un dedo.

—Más quisieras —añadió Mark entre risas.

Roman no dijo nada, solo sonreía. Su silencio fue la afirmación de la sospecha que todos tenían: era el único hetero real del grupo.

—Eso es muy valiente por tu parte, Ander —comentó con delicadeza.

Ya lo sabía. A nadie le importaba. Había sido más fácil de lo imaginado. Y sí, aunque no tuviera importancia, por mucho que todos allí lo tomaran con naturalidad, Ander se sintió valiente. Y eso también lo hizo sentir fuerte y honesto por primera vez en su vida.

—Gracias. Pensé que... debíais ser los primeros en saberlo. Antes de llegar aquí ni siquiera me planteaba decirlo en voz alta. Aunque hace mucho tiempo que lo sé.

—Brindo por ello —dijo Felix, levantando su tónica.

Mientras brindaban, Kei se puso en pie. El ambiente ya era distendido de antes, pero se había vuelto cálido y acogedor.

—¡Propongo celebrarlo con una fiesta en mi habitación si todo el mundo promete no manchar nada! —exclamó.

—Yo voy de cabeza. —Oliver volvió a sentarse para terminar su postre.

—Creo que es la excusa más convincente que habéis puesto para montar una fiesta aquí —añadió Roman.

—¿Tienes miedo de que nos hagamos pis en las alfombras, Kei? —inquirió Mark.

—Sí. Y de que bebáis hasta vomitar u os restreguéis contra mis almohadones peludos. Siempre huelen a suavizante.

—La vida es riesgo, Kei, pero lo intentaremos —respondió Mark.

—Vale. A las doce allí. Yo llevaré pasteles —sentenció Kei. Le dio un beso en la cabeza a Ander al pasar tras él de camino a la cocina—. ¡Bien hecho!

Ander bajó la mirada, abrumado por la atención. La bola negra en su estómago quedó olvidada durante un rato. A partir de ese día nunca lo abandonaría, pero su peso, junto a la gente que lo aceptaba, sería mucho más liviano.

Para Jacob, la noche estaba mucho de ser una fiesta. Como una Cenicienta invertida, comenzó a sentir la magia a las doce en punto, siete horas después de su último recuerdo. El gas. Despertó fresco, espabilado y atado a una cama de hospital. Por un momento la sensación fue de alivio: alguien había descubierto el ataque y estaba protegido, a salvo, evaluado en un centro médico. Luego se dio cuenta de que no había motivo alguno para las correas de cuero que aprisionaban sus brazos.

Tampoco había médicos allí. Solo un hombre a los pies de la cama, vestido con una parca

descolorida, llena de parches, y el pelo largo y suelto. A pesar de su piel saludable, del aspecto joven y limpio, parecía un mendigo. Un desarrapado cualquiera salido del Haven.

—Bienvenido al proyecto de tu vida, Jacob. —El extraño sonrió con un brillo inquietante en los ojos. Bajo la luz blanca, parecían dorados—. ¿Sabes cómo empieza a depurarse un mundo en ruinas?

Jacob se sacudió, siseando y luchando como un animal atrapado en un cepo. Intentaba mantener a raya el terror a base de rabia, pero esta cedía terreno con cada nuevo detalle, dándole campo libre a su compañero.

—¿¿Dónde estoy??

—Estás en el purgatorio. Eso significa que ya estás muerto, pero aún no lo has aceptado. — Sobre una mesilla junto a la cama había una bandeja con instrumental quirúrgico que Jacob no había alcanzado a ver. El hombre se acercó y cogió un bisturí. Lo miró de cerca, haciéndolo centellear bajo la luz aséptica—. No gastes tus energías: no puedes escapar. Y, aunque lo lograras, estás muy lejos de casa. Más de lo que puedas imaginar.

—Eres un maldito enfermo. Un psicópata. No te haces una idea de quién soy yo, ¿verdad? Vas a arrepentirte de esto antes de lo que crees. Me encontrarán. Tengo amigos poderosos que deben estar buscándome ahora mismo. Eres Valkyria, ¿no? No tienes ni idea del error que acabas de cometer.

Jacob hablaba atropelladamente, los ojos desorbitados, las comisuras de los labios blancas. Parecía un caballo aterrado y desbocado incapaz de detenerse.

—Ahora dilo sin cagarte encima. —El hombre acercó el bisturí a su rostro. De pronto lo estaba sujetando por el cuello, apretándole la mandíbula tan fuerte que clavaba las uñas en su piel—. Te voy a decir quién soy yo. Y por qué sé perfectamente lo que estoy haciendo. Soy Eric Bucket y viví en el Haven por un tiempo. ¿Recuerdas los recreativos de la calle quince, Jason? ¿Recuerdas lo que Elysium Limpia hizo allí?

El filo del bisturí estaba demasiado cerca de su ojo. Tanto, que un mal movimiento podría hacer que se lo clavara. Por un momento el parecido físico de Jacob y Ander se remarcó: Jacob puso la misma cara de incredulidad que su hijo. Pronto volvió a desencajarse de terror. Ander nunca llegó a pensar que Eric le haría daño. Pese a las actividades que compartía con su padre, todavía era joven, ciego al hecho de que el mundo estaba lleno de monstruos, a la idea de que la vida era frágil incluso para él. Jacob, por el contrario, llevaba mucho tiempo siendo un monstruo. Reconocía a sus iguales por distinto que fuera el pelaje. Sabía de lo que eran capaces.

—¡¡Yo nunca les ordené hacer eso!! ¡Esos imbéciles los quemaron vivos por su cuenta, mi grupo sigue pagando las consecuencias de la mala fama que consiguieron! —chilló sin apartar las pupilas dilatadas del bisturí—. ¡Te daré sus nombres! ¡Sus direcciones!

—Así funciona, ¿verdad? Inoculas el veneno. Retuerces las mentes jóvenes, las desesperadas, las inundas de odio y les das un objetivo sobre el que vomitarlo. Las vidas de la gente que ardió en las llamas que tú prendiste te traen sin cuidado. Incluso ahora. Es tu fama de mierda lo que te preocupa. Es tu vida. —Eric escupía las palabras con rabia. Se subió a la cama de un impulso y se cernió como un cazador sobre su presa ya derribada, sentándose a horcajadas sobre él—. Esas personas murieron por tu culpa. Esos chicos, como tu hijo, podrían haberse salvado, pero te aseguro que pagarán. No necesito sus nombres, ni sus direcciones. A tu hijo ya lo tengo. Es mío. No voy a matarlo. Para ti, lo que he hecho con él es peor que la muerte.

Jacob Osman, pese al modo en que se veía a sí mismo, no era ningún héroe. No era un general que marchaba delante de sus tropas, una madre protegiendo a su cachorro, un capitán que se hundía con su barco o un caballero que ponía su vida como escudo para el resto. Ni siquiera era valiente. El honor y la dignidad que enarbolaba eran un castillo de naipes hecho de papel de fumar. Ante la evidencia de una muerte dolorosa, se supo como lo que era: un hombrecillo débil, temeroso de todo y de todos, superado por un mundo que, para bien o para mal, avanzaba sin tenerlo en cuenta. Rompió a llorar como un niño. Al menos sabía que las súplicas no servirían de nada.

—No lloraste por ellos. No lloraste por Andrei, por todos los que han caído bajo el fuego y las punteras de tus perros rabiosos. Ni siquiera lloras por tu hijo. Por todo el daño que le has hecho. —Eric clavó con fuerza los dedos en la mandíbula de Jacob—. Solo tienes lágrimas para ti mismo. Cobarde. Debería darme pena lo pequeño que eres, pero no me la da. Me habéis arrancado el alma entre todos. Abre la boca.

La voz neutra de Cinco retumbó por el comunicador de la habitación.

—Trece, lo necesitamos sano —le recordó.

Jacob, por supuesto, apretaba los labios blancos como si quisiera borrarlos de su cara.

—No necesitáis su lengua para nada. —Eric apretó con más fuerza donde se encajaba su mandíbula hasta que lo obligó a separarla—. Este aguijón ya no envenenará a nadie más.

Metió la mano en su boca y tiró de la lengua. Acercó el bisturí bajo la mirada aterrorizada de Jacob. Tiró hasta que el miserable sollozó y luego la soltó con un gesto de asco. Fue un esfuerzo titánico. Quería hacerle daño, escucharlo gritar, pero eso lo retrasaría todo. Al final se apartó dándole una palmada en la cara, condescendiente.

—¿Sabes? Será un placer escucharte lloriquear y pedir clemencia. De cualquier manera, ya estás muerto.

Eric tiró el bisturí en la bandeja al bajar de la cama y se limpió la mano que había tocado la lengua en las sábanas. Salió de la habitación sin dedicarle una última mirada a Jacob, dejando sus patéticos lloriqueos atrás.

26. Esto es mejor con la luz encendida.

—Yo nunca... he sido picoteado por mosquitos hasta ponerme a llorar diciendo que iba a morirme de una enfermedad erradicada —reía Ander.

Kei bebió de una retorcida pajita, coreado por el resto de risas.

—¡Solo fue el primer día! Y he visto a todos los de esta habitación rascarse como monos, así que menos ínfulas —rezongó—. Yo nunca... he tenido sexo virtual en una mansión victoriana.

La habitación de Kei era una oda al rosa y el verde, un rincón acogedor que tiempo atrás Ander solo habría asociado a una niña... menor de diez años. Toda una pared era un armario vestidor. Las otras, pintadas en colores pastel, tenían la cantidad justa de decoración para ser estéticas sin llegar a resultar cargantes. Cuadritos franceses, paisajes de anime, baldas llenas de peluches esponjosos a juego con los pufs. Los había obligado a dejar el calzado en la entrada y tenía un buen motivo: todo el suelo estaba cubierto por una alfombra verde pálido que les cubría los pies hasta los tobillos. Su zona de estudio atraía la vista al momento. De temática *kawaii*, allí juntaba decenas de las tonterías inútiles que la propia Valkyria vendía por millones. Estuches automáticos, dispensadores de caramelos, mini impresoras de pegatinas, teclas temáticas, organizadores de cualquier forma absurda. Sacó vasos especiales para todos: gatos, ranas felices, setas. Tan solo unos días atrás Ander no habría sido el único en juzgar aquello, todas esas inutilidades de plástico habrían alterado el ánimo de Paul. Pero esa noche era distinta. Los chicos solo disfrutaron sin juzgar.

Paul pasó la primera media hora incapaz de despegarse del armario, cuyo espejo de realidad aumentada captaba a quien tenía delante para mostrar cómo le quedaría cada prenda.

Felix bebió, una ceja alzada.

—Se supone que este juego, caballeros, consiste en descubrir cosas de los demás. No tiene sentido si hacen preguntas claramente dirigidas. —Esquivó la lluvia de peluches lanzados a su cara—. Yo nunca... he bebido hasta vomitarme encima.

Mark, Oliver, Paul y Roman fueron los siguientes en dar un trago.

—¡Yo, yo, yo! —Oliver levantó la mano—. Yo nunca... he tenido sexo con un millonario... en esta isla —dijo antes de ser el primero en beber, ufano.

Hubo un coro de «oooohs» y «uuuuhs» antes de los primeros peluches voladores.

—Anda ya. ¡Eres un fantasma! —exclamó Mark.

—¿Cuándo ha pasado eso y por qué me entero ahora? —se quejó Kei.

El aluvión de preguntas iba a comenzar cuando sucedió lo que nadie esperaba. Ander tomó un trago, que habría pasado desapercibido de no ser por Paul.

—¿Ander?

Todos se callaron y lo miraron con distintos grados de incredulidad pintados en la cara.

—Ah, no me miréis así. —Las mejillas de Ander se encendieron a la vista de todos—. Oliver también lo ha hecho.

—¡Lo mío acaba de pasar a segundo plano! ¡Queremos detalles! ¿Fue la noche de la fiesta?

¿Cuando ibas de diablillo sexy? ¡Por eso no quisieron venirse conmigo! —fue chillando Oliver al pasar por encima del resto para ponerse junto a Ander.

Las miradas estaban puestas en él. Todos esperaban las mismas respuestas. Ávidos, sin más juicio que la impaciencia por su tardanza. Ander se lamió los labios y se acomodó en el puf. Estaba nervioso, pero la atención de sus amigos era agradable y quería complacer su curiosidad. Miró a Oliver.

—Fue... como una semana después. ¿Recordáis a Trece? —Paseó la mirada entre el resto—. En la sala de chat.

Hubo expresiones pensativas. Trece no se había significado en el chat grupal, donde casi siempre estaban ocupados compartiendo tonterías, fotos o charlas anónimas. Fue Roman quien cayó en la cuenta.

—Sí... Entraba al principio y apenas hablaba. —Frunció el ceño—. Yo creía que eras tú. ¿Pero no se supone que eso era algo privado, para nosotros?

—Yo también lo pensaba —respondió Ander. Se aclaró la voz con un carraspeo—. Hablamos un par de veces y... me propuso ir a una habitación en el ala que está cerrada. Yo creía que era Mark, porque Oliver estaba claro quién era y no me imaginaba a los otros proponiéndome algo así. Se me fue la olla y fui. Estaba harto de contenerme y de las pantallas. Y... resulta que era Eric.

El alboroto fue tan cacofónico que durante un rato fue imposible entender nada. Todos hablaban a la vez, sobre Ander, sobre Eric, sobre el chat y la situación. Al final Mark consiguió hacerse oír.

—¿Entonces tú fuiste todo decidido a acostarte conmigo? —preguntó, no sin orgullo.

Kei le dio un codazo. A esas alturas todos intuían, si no sabían, que esos dos comenzaban a tener algo sin definir.

—¡Oye!

—¿¿Qué?? ¡Era él quien quería!

—Sí... Bueno. —Ander se sentía cada vez más cómodo. Recibir esa atención era agradable. Lo ayudaba a asimilar que no había nada malo en él, que había gente que incluso quería conocer a su verdadero yo—. No te lo tomes a mal, pero eras mi segunda opción.

Mark simuló clavarse algo afilado en el corazón.

—¿Y cuál era la primera? —preguntó Kei.

Ander sintió el calor en las mejillas. Él se había metido solo en el atolladero. El alcohol y la atención lo envalentonaban, pero aún le quedaba pudor. No el suficiente para bloquearlo, por suerte. La mirada que le echó a Oliver, que seguía sentado en el puf junto a él, fue más elocuente que nada que pudiera decir.

La sonrisa de gato de Cheshire de Oliver contribuyó a aumentar el rojo de sus mejillas.

—Pues, a diferencia de Eric, yo sigo soltero y sin compromiso... —dijo volviendo a levantarse para compartir con Ander el escasísimo espacio de su puf.

—Tú todavía no has contado nada, Cabrita —dijo Mark.

Solo dos semanas atrás, Ander se habría sentido incómodo por la invasión de su espacio. Esta vez solo le hizo hueco a Oliver, sin rehuir el contacto de su cuerpo.

—Eso. Yo ya lo he contado, te toca a ti —dijo mirándolo de cerca.

—Yo soy un caballero, como dice Felix, y no cuento esas cosas. Pero fue con Soren.

Los peluches volvieron a volar. Y un vaso de plástico en forma de elefante que, aunque vacío, hizo chillar a Kei acerca del precio de la alfombra.

—El único caballero aquí es Felix, así que desembucha si quieres que te creamos —dijo Roman.

—¿Fue cuando nos castigó? —Mark entrecerró los ojos—. ¿Se te llevó para darte azotitos?

—¡No pongáis esa cara, vosotros os fuisteis, pero yo me comí un buen rato de bronca antes de acabar en su cama y ni por esas me libré de perder las monedas! Y no voy a dar detalles, ya he hablado de más. Estuvo muy bien.

—Pues no me parece justo. Esas cosas se comparten —se quejó Kei.

—¿Qué pasa? ¿Tú también quieres irte con Soren? —inquirió Mark.

—¡Hasta Roman quería irse con Soren!

—¡A mí no me metáis en vuestras fantasías colectivas! —Roman reía—. Pero reconozco que si no tuviera más remedio, sería mi primera opción.

La conversación siguió por esos derroteros hasta que, como cualquier otra, se separó del camino original tomando una vereda que los llevó a otros temas. Una hora después, Felix fue el primero en advertir que al día siguiente había clase. Kei los despidió en la puerta, sujetando a Mark antes de que saliera.

—Puedes quedarte a dormir, si quieres.

Mark, sorprendido, respondió sin palabras. Se dejó arrastrar al interior de la habitación y cerró tras él. Tras un par de miradas cómplices, Paul, Felix y Roman desaparecieron rumbo a sus respectivas estancias. Ander y Oliver se quedaron en el pasillo.

—Bueno, pues... —Ander se llevó una mano a la nuca. Su gesto dubitativo hizo sonreír a su compañero, que se cruzó de brazos sin decir nada, a la espera—. Ha estado bien, ¿no?

—Puede seguir estándolo, si te apetece... —contestó Oliver.

Abajo, a Jacob no le quedaba voz. Sentía la garganta hinchada y sangrante, rasposa, en carne viva de tanto gritar. No sabía cuánto tiempo había pasado. Tras la marcha de Valkyria allí no se había presentado nadie. En algún momento escuchó un sonido extraño, similar a un nebulizador. Pensó que iban a volver a sedarlo, pero el sueño no llegaba. Habría sido un descanso.

Mientras Oliver y Ander se ponían cómodos en la habitación del segundo, Mark, tumbado en la cama, observaba la rutina de noche de Kei. Se había desmaquillado con la velocidad de la experiencia y colocaba distintas gotitas y cremas por toda su cara, mirándolo por el rabillo del ojo.

—¿Vas a quitarte la ropa en algún momento? —le preguntó extendiendo una mano bajo los ojos.

—Kei..., hay una cosa que tengo que contarte.

—Sorpréndeme.

Mark llevaba días pensando excusas, pero no hicieron falta. Su relación se había limitado a cierto afecto físico desde el día de la piscina, nada mayor que un par de besos. Kei no tenía prisa, eso era una agradable novedad. Hasta esa noche. Mark volvió a pasear ideas en cuanto la puerta se cerró. Estaba cansado. Había bebido mucho. Quería ir despacio. Tenía que ir al baño.

Repetiría la mecánica de otras veces, convirtiendo aquello en... lo mismo de siempre. No.

—No creo que pueda hacerlo.

—¿Hacer qué? —Kei se pasaba una especie de diminuto cepillo de goma por los labios.

—¡No me lo pongas difícil! —Mark se apoyó en los codos y cerró los ojos—. Tengo... problemas para excitarme. Es... un rollo sobre la dopamina y el sistema de recompensas del cerebro. Cosas de química.

Por fin tenía toda la atención de Kei, que giró la silla, apoyando una pierna sobre otra.

—Ya... Cosas de química. ¿No ha mejorado aquí, sin ningún tipo de acceso al porno?

Mark negó con la cabeza.

—No demasiado.

—Entonces no te apetece. Eso no es problema, Mark, podemos simplemente dormir, pasar la noche juntos.

—¡Claro que me apetece! ¡Pero no puedo, no puedo hacerlo físicamente sin medicina de por medio! ¡Y esa medicina le quita todo el placer!

Kei se levantó para hacerle compañía en la cama, guardando unos segundos de silencio.

—A ver si lo he entendido. ¿Crees que el hecho de que podamos compartir y disfrutar una relación sexual depende exclusivamente de que a ti se te levante esta cosita? —Pasó dos dedos por encima del pantalón deportivo. Luego, para sorpresa de Mark, se echó a reír—. Eres un maldito desastre. Y no sabes nada de sexo. Pero yo voy a enseñarte... Venga, quítate eso y date la vuelta. Vas a tener el mejor masaje de tu vida.

En el dormitorio de Ander, Oliver se había cansado de observar los objetos de las vitrinas que este le describía meticulosamente, nervioso. Se sentó en un amplio sillón de masaje, una reliquia del abuelo de Ander que todavía funcionaba con botones.

—¿Esto vibra? —le preguntó al anfitrión.

—Sí, mira. —Ander se acercó y se inclinó para presionar uno de los botones ocultos en los reposabrazos—. Ese es el de encendido. Los demás regulan la vibración. No sé cómo han podido encontrar otro sillón igual al que tengo en casa.

—¿Todavía no te has dado cuenta? Esta isla es mágica.

Una vibración suave recorrió el cuerpo de Oliver. Ander estaba muy cerca, inclinado sobre él mientras trasteaba con los botones. Los dejó para mirarlo, apoyándose en el reposabrazos. Había escuchado algo parecido en la selva, no le dio la menor importancia, pero ahora sentía esa magia como algo real. Era lo que estaba cambiándolo por dentro. Lo que le permitía mirar a Oliver de cerca, a los ojos azules como el océano que los rodeaba. Se dejó llevar por el impulso y lo besó. Fugazmente, una caricia prometedora.

—¿Entonces esto es solo un hechizo? —murmuró.

Los labios de Oliver eran todo lo que cabía esperar solo con verlos, y dejaron un regusto dulce en los suyos.

—¿Qué más da? Podemos limitarnos a disfrutarlo —contestó en un ronroneo, tirando de la camiseta de Ander para que se le sentara encima.

Este lo hizo sin resistencias, colando las rodillas entre los muslos de Oliver y los reposabrazos. Era el espacio justo, perfecto. Volvió a tomar los apetecibles labios en un beso más

largo y voluptuoso, permitiéndose explorar lo que nunca se había atrevido a experimentar. Coló la lengua en el interior de la acogedora boca y buscó el tacto cálido y blando de su igual, enredándose con el cuerpo apretado contra el de su compañero.

Oliver tenía arte a la hora de desnudar. Ander apenas sintió la caricia de las yemas de sus dedos mientras le quitaba la camiseta y solo fue consciente de que se había librado de la suya al ver el pecho desnudo.

—Dile a Freya que ponga un poco de música, ¿no?

—Freya, pon música. Elige tú.

Ander sintió un estremecimiento. El hormigueo que se sentía al despertar. Su cuerpo invadido por una corriente eléctrica, ansioso de acción, de absorber cada nueva emoción. Estiró los brazos y levantó las manos al techo al sonar las primeras notas, desperezándose como un gato, tensando el abdomen y marcando las costillas en un alarde de sensualidad.

A friend in need's a friend indeed

Oliver reconoció de nuevo a Placebo. Otra canción, bien escogida para el momento y que parecía guiar los vaivenes suaves de su amigo.

A friend who'll tease is better

Our thoughts compressed

Which makes us blessed

And makes for stormy weather [\[8\]](#)

Era muy distinto a la rapidez vertiginosa de su primera experiencia, que apenas lo dejó pensar, admitir lo que estaba haciendo, notar los detalles. En ese momento la erección de Oliver se apretaba contra la suya a través de la fina tela de los pantalones deportivos. En lugar de tomar la iniciativa como Eric, Oliver dejaba que las cosas sucedieran a su ritmo, libres. Metió ambas manos bajo la goma del pantalón y apretó el trasero de Ander, mordisqueando el cuello que todavía olía a algún perfume masculino.

Ander le rodeó el cuello con los brazos. Hundió las manos en su pelo y gimió quedamente en su oído. Un sonido de pausado deleite mientras se calentaban sus pieles al contacto. La primera experiencia no había tenido un gramo de ternura y, esa vez, Ander estaba dejándose llevar por una necesidad que lo golpeó fortuita y sorpresivamente. Mordisqueó la línea de la mandíbula de Oliver, frotó la nariz contra su cuello y lo regó de besos suaves y voluptuosos. Sus caderas se movían solas, siguiendo una pauta tan antigua como el mundo. Levantarse un momento para hacer desaparecer la molestia de la ropa fue solo un trámite que no quedaría en la memoria de ninguno. Un instante y volvían a estar enredados sobre el antiguo sofá, esa era la magia, el hechizo. Oliver guió la mano de Ander para que agarrara ambos sexos rígidos y los masturbara a la vez, el uno contra el otro, húmedos de líquido preseminal. Luego se llevó la suya a la boca, empapando dos dedos hasta que estuvieron pringosos y resbaladizos.

Ander marcaba el ritmo de las caricias. La expresión de Oliver, su lubricidad, provocó que aminorase. La excitación se había vuelto peligrosa. Pegó las caderas a las suyas y aprisionó el puño entre los cuerpos. El roce lento de los sexos cuando se arqueó para facilitarle el acceso los hizo gemir a ambos.

—Esto es mejor con la luz encendida... —murmuró en su oído, estremecido por el tacto lento y resbaladizo de los dedos que se colaron lentos en su interior.

Aquello hizo reír a Oliver, que supo leer lo escaso de su experiencia. Empezaba a necesitar algo más, pero no quiso espantarlo ni romper la perfección del baile con preguntas directas. Siguió durante un rato, hundiendo y sacando los dedos de su interior para disfrutar de los gemidos contenidos.

—¿Quieres seguir ahí o prefieres que cambiemos de sitio? —preguntó mordisqueando el lóbulo de su oreja.

Un atisbo de pudor asaltó a Ander. Ponerse en pie desnudo parecía un reto absurdo en esa situación, pero tuvo que sacudirse la vergüenza de nuevo.

—Sí. Cambiemos.

Se le escapó un resuello cuando los dedos de Oliver resbalaron fuera de él y se puso en pie con tanta naturalidad como pudo reunir. Tenía las mejillas arrojadas y la respiración agitada.

—Siéntate —dijo Oliver, aumentando una expresión maliciosa que se agrandó al ver cómo obedecía enseguida—. ¿Alguna vez te lo han hecho con la boca?

Ander negó con la cabeza. La vibración del sofá recorrió su cuerpo y aumentó su sensibilidad instantáneamente. Tenía la excitación a flor de piel. Su sexo erguido y dispuesto daba fe de ello.

—Yo... No había estado con otro tío cuando fui a ese cuarto —confesó en un ataque de sinceridad del que se arrepintió al instante. ¿Y si Oliver se burlaba? ¿Y si su falta de experiencia hacía que lo rechazara?

Oliver chasqueó la lengua.

—Eric debería haber sido un poco generoso, en ese caso. Pero yo lo seré por él, separa las piernas.

Se arrodilló al pie del sofá. Por norma general le gustaba hacerse de rogar un poco, acariciar primero, morder la carne de los muslos, dar un buen espectáculo. Sin embargo la cara de expectación de Ander espoleó su prisa y su curiosidad por las reacciones. Se pasó la lengua por los labios y encadenó un primer lametón con otro, observándolo.

Ander se agarró de los reposabrazos y crispó los dedos. Los músculos de su abdomen se marcaron cuando arqueó la espalda instintivamente. Cerró los ojos con una expresión de contención que Oliver se tomó como un reto. El tacto húmedo y caliente de su lengua era enloquecedor. Prometía mucho más y despertaba un hambre desconocida para Ander, una sensación ansiosa en la boca del estómago que lo hizo jadear y estremecerse. Los movimientos de Oliver escalaron rápido. Era consciente del efecto que tenían sus labios en la imaginación de otros hombres y lo aprovechó rozándolos por el tallo antes de fruncirlos contra su glándula, succionando despacio hasta abarcarlo por completo.

El gemido no se hizo esperar. Delicioso y abandonado. Ander echó la cabeza hacia atrás y no tardó en acompañar los movimientos con las caderas, despacio, sin apremiarlo ni invadirlo. No tenía nada que ver con su primera vez. No quería pensar en ella. La boca acogedora de Oliver era un paraíso en el que podía perderse y olvidar. Actuó sin pensar, enredando los dedos en los rizos de su compañero. Se atrevió a mirarlo y la imagen fue directa a sus nervios, que bulleron de excitación: la envergadura de su sexo entre los labios carnosos, abiertos y pegados a él, la humedad que hacía brillar la piel, los ojos que lo miraban con deseo. Oliver disfrutaba de sus reacciones y su mirada destellaba cada vez que gemía o se retorció expresando el placer.

—Joder... Aaahh... —Se mordió los labios y echó la cabeza hacia atrás, levantando las caderas—. Es... muy intenso...

—Yo siempre soy muy intenso. —La risa contra su carne trajo un contraste fresco—. Pero contrólate, quiero que la noche dure.

Con las manos en los muslos volvió a tomarlo entero, subiendo y bajando la cabeza a un ritmo rápido, como si quisiera que ocurriera lo contrario a lo que pedía. Era una tortura para Ander, que se agarró de nuevo a los brazos del asiento. La vibración no ayudaba e intentó separar el trasero de la superficie. Oliver lo engullía cada vez con más fruición y lo empujaba al descontrol. Tuvo que poner toda su voluntad para evitar estallar, pero llegó un punto en el que la pericia de su amigo fue un obstáculo difícil de superar.

—Para... Para o... No puedo más... —lo apremió con la voz rota y jadeante.

Oliver se detuvo tan deprisa que le dejó una potente sensación de vacío, de pérdida. Se pasó el dorso de la mano por la boca y subió al viejo sillón con él, apoyando las rodillas a ambos lados de las piernas de Ander, a horcajadas sin llegar a sentarse.

—¿Has pensado en dejarte crecer el pelo? —preguntó acariciando su cabeza.

—Ya lo estoy haciendo. —Ander le rodeó la cintura y besó su clavícula. Se atrevió a mirarlo a los ojos—. Hace semanas que no me rapo... ¿Te gusta el pelo largo?

Sus manos no se detuvieron. Oliver le había hecho perder el pudor y recorrió su espalda, arañando con suavidad y bajando hasta las nalgas. Las agarró a manos llenas y las masajeó disfrutando del tacto turgente y firme.

—Sí. Pero si te quedas en la isla tendré la oportunidad de ver todas las fases y decidir cuál te queda mejor —le susurró Oliver rozándose contra su sexo, dejando caer cada vez más peso.

—¿Vas a quedarte aquí...? —Ander habló en un susurro. Sus labios acariciaban los de Oliver con cada sílaba. Los alientos agitados se mezclaban.

Todo, desde el peso de su amante sobre él hasta el perfume único de sus pieles fundiéndose, era una experiencia sensorial intensa y nueva para Ander. Se sentía un tanto inseguro, pero las ganas lo impulsaban a seguir. Separó las nalgas de Oliver, despacio, y movió las caderas para buscar su entrada. Oliver no contestó, aquella noche ya había hablado de más. Se dejó caer sobre él de golpe, sin apenas notar la ligera molestia que desapareció al instante. Con un gemido de triunfo, echó un brazo atrás para subir al máximo la vibración del sillón.

La sensación dejó a Ander sin aliento. El interior de Oliver lo atrapó en un torbellino ardiente y apretado que desató el caos en sus sentidos. Lo sujetó en un abrazo para que no se moviera durante unos segundos, como si en realidad él tuviera que adaptarse a Oliver, y no al revés. La vibración se transmitía a sus cuerpos con un hormigueo que incrementaba el placer de ambos. Buscó la boca de Oliver y lo besó con un ímpetu creciente cuando fue capaz de reaccionar. Sus caderas comenzaron a moverse, hundiéndolo más y separándose lo justo para arremeter de nuevo en ese nudo apretado que eran sus cuerpos.

Ninguno era consciente de las cámaras en la habitación. En el techo, las paredes y el faro del juguete preferido de Ander: la réplica del Aston Martin DB5 de James Bond.

En su habitación, cuando Soren viajaba a Elysium, Eric cambiaba de compañía. El holograma realista de Victor estaba a su lado, simulando ocupar un espacio de la cama que estaba dolorosamente libre de peso. Miraba el portátil con él, en silencio, siguiendo el vaivén acelerado de los chicos desde un ángulo picado.

—¿No te parece poético? —Eric, a su lado, comía helado a cucharadas, directamente del frasco—. Que el chaval esté naciendo de nuevo mientras el gilipollas de su padre agoniza en el

sótano.

—Hubiera preferido jugar un poco con él. Y secuestrarlo ha sido arriesgado después de sus denuncias, hay testigos que lo vieron entrar en la sede de Valkyria. Jacob Osman no tiene amigos y la familia es lo bastante lejana como para no interesarse en unos meses, pero sigue siendo una mano de poker poco fiable.

—Tiene muchos enemigos con motivaciones de sobra para matarlo. Valkyria siempre se ha limitado a ignorar sus desvaríos. —Eric lamió la cuchara. Los gemidos de los chicos acompañaban la conversación. En la pantalla, Oliver se había echado hacia atrás y se movía con brío sobre Ander, que le clavaba los dedos en los muslos—. Llevar a ese cerdo al matadero valía el riesgo. Y de paso será útil por una vez en su miserable vida.

—Podías haber traído a todos los padres y hacerlos competir por su vida, yo te habría ayudado a organizar los juegos. La imaginación de la mente de Victor junto a las herramientas de inteligencia artificial habrían dado buenos resultados. Pero por algún motivo aborreces las pruebas.

—¿Y no se te ocurre por cuál?

—No. Me temo que mi programación tiene demasiados límites para elucubrar acerca del laberinto de tu psique —contestó el holograma con una encantadora sonrisa.

—Pues es tu culpa —replicó Eric—. Busca en tu memoria, seguro que algo encuentras.

Volvió la atención al portátil. El recipiente de helado descansaba ya vacío entre los dos. Los chicos seguían enredados. Oliver se había dado la vuelta y se movía con la espalda pegada al pecho de Ander. Su expresión de placer podía inspirar poemas. Su compañero estaba masturbándolo, jadeante, con un evidente esfuerzo por no correrse pintado en la cara.

—Aprende rápido —comentó Eric.

—Sí. Me recuerda a ti. ¿Crees que también conservará el trauma de una primera relación apenas consentida con su captor? ¿Que por un lado tratará de enterrar ese recuerdo y por otro lo erotizará, buscando experiencias similares?

—¿Los límites de tu programación solo se aplican a mí? —Eric chasqueó la lengua y se cruzó de brazos—. Lo superará. Yo lo superé. Y si está haciendo eso es gracias a esa noche en la oscuridad. No fue lo más ético, pero ha sido efectivo. Necesitaba un empujón, en todos los sentidos. Y era lo mínimo que se merecía.

—Lo que tú digas. ¿Sabes que hay otra parejita ocupada en este mismo momento?

Oliver ayudaba a Ander, apretándose su mano contra la erección bien visible y masturbándose enérgicamente.

—¿Se han animado Mark y Kei? Espera un momento.

Los gemidos de Oliver eran escandalosos, sensuales hasta lo imposible. Ander empujaba con ahínco tras él y su gesto de alivio fue evidente cuando el sexo de Oliver escupió su semilla. Les manchó las manos y salpicó la mesa que tenían delante. Ander se estremeció con una última embestida. En una conjunción perfecta, parecía que habían llegado a la vez. Oliver se dejó caer sobre el pecho de Ander, que rodeó su cintura con un brazo y se dejó acariciar el pelo cortísimo por los dedos perezosos de su compañero.

—Perfecto. —Eric cambió de canal.

En la habitación de Kei, sobre la manta rosa y peluda de su cama, Mark estaba acostado de

espaldas, con la cabeza apoyada de lado en los brazos cruzados. Su desnudez mostraba un cuerpo tonificado, cubierto de tatuajes en blanco y negro que terminaban en su mandíbula. Kei estaba sentado sobre sus piernas, en ropa interior. Lo había embadurnado de aceites de masaje y separaba una de sus nalgas con la mano mientras la otra empujaba lentamente los dedos entre ellas. Aplicado y delicado, el masaje había subido de nivel. A juzgar por las expresiones transidas de Mark, su gran problema de cama comenzaba a encontrar una solución.

—Parece que La Bruja Aburrida vuelve a ser la única que no se divierte, Trece —dijo el holograma con una risita.

—¿No te estás divirtiendo? Porque te recuerdo que ese mote era tuyo. Te lo puse yo —gruñó Eric.

—Y ahora te pertenece. Como todo lo que fue mío.

27. El fracaso de la humanidad.

Por la mañana, el aviso de una reunión en la enfermería hizo que los chicos se vistieran deprisa, preocupados. Ninguno de ellos llegó tarde, pero sus profesores ya estaban allí, esperando en la puerta. Alex levantó las manos ante el alboroto lleno de dudas y preguntas absurdas.

—Calma, calma. Nadie se ha ahogado, nadie se ha caído por un barranco, a nadie se lo han comido los monos. ¿De dónde sacáis esas ideas? —El alboroto y las elucubraciones continuaron hasta que silbó con fuerza—. A ver. Como la mayoría ya imaginaríais, una isla como esta tiene ciclos de lluvias y fuertes tormentas. El nuestro se acerca. Y eso significa, entre otras muchas cosas, un aumento considerable de la población de mosquitos...

—¿¡Más?! —La cara de horror de Kei no necesitó exageraciones—. ¡Pero si ya están todos! ¿Y cómo que vienen tormentas? Se supone que en las islas paradisíacas siempre hay sol.

—En realidad, no —intervino Oliver—. Las tormentas tropicales son sistemas de baja presión que se forman sobre océanos cálidos y se caracterizan por tener vientos fuertes, lluvias intensas y tormentas eléctricas. Incluso huracanes. ¿No te das cuenta de que no ha llovido desde que llegamos, más allá de cuatro gotas tontas? La isla se nutre de esos meses.

Kei palideció. La inquietud de Roman y de Felix era menos evidente, pero echaron miradas nerviosas a los profesores.

—¡Nadie nos avisó de que habría huracanes! —Kei seguía poniendo voz a los miedos que, en el fondo, todos tenían—. ¿Este sitio está preparado? ¿No saldremos volando? ¿No nos caerá ningún rayo?

Apaciguarlos se convirtió en un auténtico reto para Alex. Gabriel y Soren se unieron para intentar contestar las preguntas, recibiendo dos nuevas por cada respuesta. Al final la vocecita de Paul se impuso, precisamente por suave y aterrada.

—¿Van a pincharnos?

—Sí. Van a vacunarnos —respondió Soren—. También a nosotros. A todos en la isla, en realidad. Es una cuestión de prevención y de salud pública. Los mosquitos transmiten muchísimas enfermedades. Muchas, mortales.

Paul se puso blanco, tieso como un perro al pasar por la puerta de una clínica veterinaria que ya conocía. El resto seguía a lo suyo, más preocupado por los huracanes que Oliver había mencionado con desatino que por unos pocos pinchazos. Al darse cuenta, Felix se le acercó.

—A mí también me asustan las agujas —mintió.

Paul parecía a punto de echarse a llorar. Le tomó unos segundos contestar.

—No es miedo. Es pánico —susurró.

—En fin, todo el mundo contra la pared con los pantalones bajados —suspiró Oliver, fingiendo ir a desabrochar el de Ander.

Felix cerró las manos con suavidad en los brazos de Paul al ver que estaba a punto de darle un ataque de pánico.

—No le hagas caso. ¿Quieres que entremos juntos?

Estaba muy blanco, aunque se las arregló para asentir. Soren los escuchó y se abrió camino, apartando a un Ander abochornado y blasfemo que trataba de quitar las manos de Oliver de su cremallera.

—Es mejor que antes se relaje. Venid conmigo, tengo calmantes suaves arriba, lo tomaréis en la charquita de las ranas. Vamos, Paul, cielo. Estaremos contigo, ni te vas a enterar.

La puerta de la enfermería se abrió mientras se marchaban, mostrando a un hombrecillo de avanzada edad en bata, que consultó su tablet antes de hacer un gesto a Gabriel y a Alex. Estos pasaron al interior.

—Parece que no le vamos a enseñar el culo a un enfermero sexy —dijo Mark esbozando un gesto forzado de pena. Kei le dio un codazo.

—¿Quieres que te la ponga yo?

—No, que tú eres sexy, pero tienes ojos de loco ahora mismo. Mejor el señor de la bata.

—¿Esto estaba en los contratos que firmamos? —preguntó Ander cuando logró sacarse de encima a Oliver.

—Sí —le respondió Roman—. La dirección de la isla toma decisiones en cuanto a nuestra salud cuando lo cree conveniente. Es lo mejor, Soren tiene razón. El mosquito es el animal que más muertes provoca en el planeta.

Dentro, Gabriel se remangaba con gesto adusto.

—Sigo sin entender esto. Ha visto mi piel. Llevo años sin que me pique nada y sin necesitar una vacuna.

El doctor, que ya había pinchado a Alex, preparaba una aguja mucho más gruesa, capaz de atravesar aquello.

—El señor Valkyria ha dicho que sin excepciones. Usted va a ahorrarse las habituales, pero hay una nueva enfermedad respiratoria que podría traer de sus viajes al exterior. No quiere riesgos.

Los chicos fueron pasando y terminaron con las bromas al ver que todos los picotazos eran por encima del codo. Felix y un Paul ligeramente drogado pero tranquilo llegaron después, con Soren, dando por terminada la novedad matinal.

La semana pasó sin sobresaltos para los chicos, con una visita al parque submarino en construcción como actividad reina. Con la amenaza de las próximas tormentas pesando sobre sus cabezas, Soren quiso relajar el ambiente con una excursión cultural... a su propia planta.

La exposición permanente de arte de la que gozaba la pareja tenía un ala propia. Conjuntaba las obras de todo tipo que había reunido Victor con otras adquiridas por ellos. Ander estaba de pie ante una colección de arte digital antiguo. El papel amarillento en el que estaban impresas las láminas era auténtico, hecho con celulosa. Un material escaso y muy caro desde hacía lustros. Las escenas sexuales entre hombres eran el hilo conductor de aquel panel que había robado su atención. Ya no se escondía para disfrutar de cosas como esa, aunque aún se le sonrojaban las orejas de agobio cuando alguien le pillaba una expresión fascinada. O extrañada, como la tenía en ese momento.

—¿Conoces a la autora? —La voz de Soren lo sacó de sus pensamientos—. ¿Alguien la conoce?

Ander negó con la cabeza, sin poder apartar la mirada de los dibujos. La imaginación no le

había alcanzado a tanto en ninguna fantasía.

—Es una artista del siglo XXI —respondió Felix—. Lehanan. Se especializó en la erótica entre hombres y en el *fanart*. Estas impresiones son de la época. Los últimos años del papel.

Soren hizo una satisfecha mueca de aprobación.

—Siglo XXI. Una época complicada para el arte, ¿pero cuál no lo fue? Esos dibujos son de uno de sus cómics, Arena. Los del vampiro son *fanarts* de un videojuego de rol que podéis encontrar en la biblioteca. Justo al lado tenéis a Karukardumen y a Adela Aragón, en la misma línea. Sigamos.

—Eh, cierra la boca. —Oliver apareció tras Ander y le apretó el mentón—. Se te va a caer la baba. Si te gusta el encaje seguro que Kei puede dejarnos algunas medias...

Ander le dio un manotazo, espantándolo como si fuera un molesto insecto.

—¡No digas tonterías!

Siguieron a Soren, quedándose algo rezagados. El profesor explicaba las obras según se detenían ante cuadros o esculturas.

—Artemisia Gentileschi. ¿Una mujer exponiendo los abusos que vivían a través de su arte en pleno renacimiento? Aquí la tenéis. *Judith decapitando a Holofernes*. Solo tenéis que mirar la pintura para sentir la sed de justicia y la valentía de Artemisia.

Tamara de Lempicka y sus sofisticadas líneas Art Decó. Mary Cassatt y sus representaciones íntimas de la vida doméstica. Las formas abstractas de Georgia O'Keeffe en grandes lienzos de flores y paisajes desérticos. Las obras de Yayoi Kusama con su vibrante obsesión por los puntos y el infinito. Las esculturas de Camille Claudel, que sirvieron a Soren para hablar del pasado oscuro del arte, en el que talentos como el de ella quedaban eclipsados, saqueados y pisoteados por sus maestros por haber nacido mujer.

Consiguió su propósito: apartar las preocupaciones de los chicos dándoles otra cosa en la que pensar.

Eric no tenía esa suerte, aunque estaba disfrutando de sus preocupaciones. A través del cristal del laboratorio era seguro observar a Jacob. Hacía días que lo tenían desatado, ya no suponía una amenaza para nadie. Tumbado en una camilla especial, solo tosía. Cada pizca de la energía en el cuerpo de Jacob Osman se consumía en una tos continua, profunda y ronca. Demacrado y amarillento, permanecía tumbado boca abajo en la cama, sin ser apenas consciente de las visitas.

Seis se acercó a Eric por detrás, causando un sobresalto que el millonario trató de disimular.

—Hace treinta y tres horas que no puede consumir alimentos sólidos. Se atragantaría. Estamos manteniéndolo con suero y antipiréticos para ver los resultados en un paciente con atención sanitaria media baja. Sin atención, habría muerto ya a causa de la fiebre o las complicaciones derivadas de la tos. Dos días de incubación, dos días de fiebre por encima de treinta y nueve y medio. Si seguimos así, podría vivir hasta el final de esta semana. —Consultó su tablet—. Eso nos deja, en adultos sanos, en cuatro días sin atención, entre seis y diez con atención mediocre y, probablemente, entre veinte y cuarenta días en una unidad de cuidados intensivos.

El tono frío y aséptico de Seis le causó un escalofrío. Una punzada amarga en la boca del estómago. Se preguntó si sería mejor si compartiera su rencor hacia Jacob. Si eso lo haría más humano. ¿El odio lo separaba de alguna manera de él? ¿Le hacía mejor? No lo creía, pero en ese

momento era lo único a lo que podía aferrarse. La única justificación. Ese tío se lo merecía. Cada segundo ahogándose en su propia miseria se lo había ganado a pulso. Él era una infección en sí mismo.

—Comenzad con la fase dos. ¿Cuánto tiempo necesitaréis?

—Los contenedores de carga ya están en Elysium. Se le daría uso mañana mismo, estimo. Las primeras cosechas, con el crecimiento artificial de los tecnoinvernaderos, se distribuirían en una quincena.

En la habitación, Jacob se sacudió con un acceso de tos sofocado. Apenas tenía fuerzas para sujetarse a las sábanas. Dejó caer la cabeza por el borde de la cama, intentando llevar aire a sus pulmones encharcados. ¿Estaría pensando en su hijo? ¿En la esposa que lo abandonó tantos años atrás harta de malos tratos? ¿Se estaría arrepintiendo de algo?

—Bien. Marchará según lo planeado.

Eric no miraba a Seis, mantenía los ojos en Jacob. Tragó saliva. Fue como tragarse una bola de clavos. La ansiedad comenzó a arder en su estómago.

Los días que siguieron lo pasó sumido en una nueva obsesión: espiar la cámara de Jacob. Una barrera psicológica, infranqueable, le impidió bajar de nuevo a los sótanos. El solo pensamiento le provocaba náuseas. Y buscaba en las imágenes de la fría habitación de hospital un atisbo de esa satisfacción que había sentido antes de dar las últimas órdenes. Durante cuatro días, miraba cada vez que podía, sintiendo que el asco y una pena que no deseaba experimentar se agarraban a su estómago. Jacob estaba consumido. Era un fantasma de lo que había sido, incapaz ya de suplicar o de emitir algo que no fuera un constante pitido al respirar. En las pantallas, bajo la luz blanca, su palidez casi lo hacía fundirse con las sábanas. Dándole una terrible precisión a las palabras de Seis, expiró entre estertores al quinto día tras la última visita. Eric contempló cómo Roborero entraba en la habitación, agarraba la camilla y la sacaba de allí. Su teléfono sonó poco después.

Se tomó unos segundos para responder. Le temblaban las manos, tanto que tuvo que dejar el móvil sobre la mesa de control y tomar una profunda inhalación. Buscó en su interior la satisfacción que creyó que iba a encontrar en la muerte de Jacob, pero no encontró nada más que ansiedad y miedo. Al final optó por apartar su pensamiento de eso, descolgó y activó el altavoz.

—Lo he visto.

—Roborero va a llevarlo a la incineradora. —Era la voz de Cuatro, aunque escuchaba charlar a sus dos compañeros muy cerca—. Hemos tomado muestras cuando la enfermedad estaba en todo su esplendor para ver si la vacuna tiene la misma efectividad que con la cepa leve. Todo apunta a que sí, en caso contrario solo habría que variar ligeramente la concentración.

—Bien... —Eric escuchaba su propia voz como a través de un velo. Como si no estuviera allí. Al otro lado del velo parecía seguro. Casi orgulloso—. Buen trabajo, chicos. Deberíais tomaros un descanso.

—Desinfectaremos al robot y lo devolveremos a su lugar. Puede que después lo celebremos con un combinado en la piscina.

La voz de Seis era alegre, casi feliz. Cuando colgó fue sustituida por la de Victor, que formó su holograma a la espalda de Eric.

—Impresionante lo de esos chicos, ¿eh? En cinco años han completado con éxito una carrera de medicina que suele durar el doble. Y con sus estudios anteriores, se han convertido en una

especie de científico loco de tres cabezas. —Una risita—. Aunque es casi más impresionante lo que ha aportado Liam sin estudios. ¿Tú qué opinas?

Eric se frotó los ojos. Empezaba a sentir náuseas.

—No lo sé, Victor. No creo que sea un motivo de alegría. Ni las razones, ni las consecuencias. Esto no es un triunfo de la humanidad.

—Esto existe por el fracaso de la humanidad. Pero sigue siendo increíble. ¿Conoces bien los detalles de cómo funciona? Si le hicieran una autopsia a Jacob, sacarían brotes de sus pulmones. Quemarlo es una lástima. El éxito ha sido convertir a un generador de muerte en una fuente de vida para el planeta. Vida que nacerá por toda Elysium, dura y adaptable como el diente de león.

—Lo sé. Sé toda la teoría. Hemos hablado mucho de esto... —Eric suspiró y venció el peso en el respaldo de la silla—. Un futuro posible, no solo para el ser humano. Un futuro donde no lo había. Pero es terrible ser quien toma esta decisión.

Victor tuvo la deferencia de guardar silencio por un instante. O puede que solo estuviera pensando algo, buscando algo entre sus recuerdos o los datos a los que tenía acceso.

—Me gustaría ofrecerte un poco de consuelo con un abrazo, pero es imposible. Pondré algo de música.

La inconfundible música de Bob Dylan sonó por los altavoces de la habitación.

And what'll you do now, my blue-eyed son?

And what'll you do now, my darling young one?

I'm a-goin' back out 'fore the rain starts a-fallin'

I'll walk to the depths of the deepest dark forest

Where the people are many and their hands are all empty

Where the pellets of poison are flooding their waters

Where their home in the valley meets the damp dirty prison

And the executioner's face is always well-hidden

Where hunger is ugly, where the souls are forgotten

Where black is the colour, where none is the number

And I'll tell it and speak it, and think it and breathe it

And reflect from the mountains, so all souls can see it

And I'll stand on the ocean until I start sinkin'

But I'll know my song well before I start singing

And it's a hard, it's a hard

It's a hard, and it's a hard

It's a hard rain's gonna fall^[9]

Eric necesitaba el abrazo que no volvería a tener. Necesitaba que alguien lo sostuviera mientras caía. Porque estaba cayendo, cada vez más profundo. La música le abrió el pecho. Se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

Victor permaneció a su lado, en silencio.

Se tomó un tiempo para recomponerse. Ya era de noche y Victor no estaba cuando vio a Soren entrar en el apartamento a través de las cámaras. Salir al salón fue como sacar la cabeza de un estanque de aguas turbias y frías y encontrar una tabla de salvación. Fue directo a la habitación para recibirlo con un abrazo apretado.

—¡Uh, alguien me ha echado de menos! —contestó Soren con cierta sorpresa satisfecha—. ¿Un día duro? Te he traído un regalo de la fábrica de juguetes inteligentes de Valkyria.

—No sabes cuánto... —Eric tardó en aflojar el nudo que había cerrado a su alrededor. Respiró el olor de su pelo y lo besó antes de apartarse con los ojos empañados. Disimuló esquivando la mirada de Soren para buscar el regalo—. ¿Qué me has traído?

Soren metió la mano en el bolsillo y sacó una ranita de unos cinco centímetros para dejarla sobre la mesa.

—Responde a órdenes de voz, como todos. La novedad es la piel artificial de anfibio, tan real que da escalofríos. Sumergible. Cuando salga reventará a la competencia. ¿Contras? Es delicada, demasiado para un niño. Y viendo los costes de producción... solo tendrán acceso a ella una minoría —suspiró.

Las lágrimas amenazaron con regresar, pero Eric sorbió por la nariz y las contuvo. Era triste que tantos niños no pudieran tener uno de esos juguetes. Aunque, pronto, eso iba a dejar de importar.

—Es preciosa. —Se inclinó para mirarla de cerca y le acercó el índice—. Sube, ranita.

El falso anfibio subió a su dedo con los movimientos torpes de una rana. Parpadeó y sacó la lengua. Era tan real que asustaba.

—Deberías ver cómo nada. —Soren bostezó al sentarse para desatar las botas—. De hecho deberíamos meterla en el estanque para ver qué hacen las otras. Bueno, ¿cómo fue tu día?

Eric se sentó a su lado. Iba levantando los dedos para que la rana caminara de uno a otro.

—Ajetreado. No quiero pensar en ello. Prefiero hablar del tuyo. —Al fin lo miró a los ojos—. Siempre es mucho más interesante.

El resoplido de su pareja fue acompañado de un empujón al calzado para dejarlo bajo la cama.

—No sé si interesante es la palabra. Me alegro de no tener que volver a la ciudad en una temporada, todo han sido malas noticias. El gobierno sigue pidiéndonos investigación para su proyecto de micro robots polinizadores. Han echado para atrás las tres memorias completas que explican por qué es una mala idea. Recuérdate en qué momento me convertí en tu secretario.

—Creo que ha ocurrido espontáneamente. —Eric dejó la rana sobre la mesa y se puso tras él para quitarle la camisa. Era un alivio que no insistiera. La frescura de Soren lo ayudaba a espantar ciertas emociones. Le puso las manos en los hombros desnudos y comenzó a masajear con delicadeza—. Te pega. Un secretario guapo y atento.

—Un secretario cansado y con dolor de pies. Creo que mañana ignoraré el esquema de la clase y llevaré a los chicos a la playa. Que dibujen el mar o hagan castillos de arena mientras tomo el sol.

Eric le besó los hombros y lo empujó con suavidad para que se tumbara.

—Hazlo. Tómate el día libre, si quieres. No me chivaré. —Soren se dejó caer boca abajo y Eric le acarició la espalda antes de sentarse a sus pies para masajearlos—. ¿Cómo ves a los

chicos?

—Siempre consiguen desconcertarme. No están acostumbrados a los cambios y el tema de la próxima tormenta los tiene alterados, aunque la mayoría lo lleva bien. Pero Felix me preocupa. Ha pasado de estar como loco con su proyecto de estación meteorológica a andar por ahí como un alma en pena. Un alma en pena tecnovictoriana.

—¿Felix? —Eric frunció el ceño. Hundió los dedos en la planta del pie y masajeó, provocándole un gemido a su compañero—. Eso sí que es extraño. ¿Has hablado con él?

—Mmmmm, sí. Echa de menos a su madre. Por lo visto ella también tiene afición por los cacharos para medir el clima. Está muy enmadrado, ese chico, pero de todas formas es un sentimiento compartido. —Soren se irguió sobre los codos para mirarlo—. Ninguno de nosotros teníamos familia cuando Victor nos trajo aquí. Pero ellos sí. Es normal que una vez asentados quieran saber de ellos, enseñarles sus avances.

Eric siguió con su tarea en silencio durante un rato, pensando en lo que Soren había dicho.

—Pocos han demostrado interés real por sus hijos —dijo al fin—. Pero eso no es culpa de los chicos... ¿Qué hay de Ander? Habló con su padre hace unos días y salió fatal.

—Pues parece que lo ha olvidado enseguida. Está de luna de miel con la puerta abierta del armario.

Silencio otra vez. El aplicado masaje de Eric calmaba el dolor y relajaba los tensos músculos de Soren, que empezaba a sentir el sueño pegándose a sus párpados. Ander no sería un problema, pero tenía que solventar lo de los demás. Podía hacerles un último regalo. Una última prueba para sus padres.

—Mejor para él. —Eric se tumbó junto a Soren, apoyado en un codo. Lo miró a los ojos—. El mundo no te merece, ¿sabes?

«Yo no te merezco», pensó.

Soren contestó con una adormilada sonrisa y un beso rápido. Los viajes a Elysium siempre lo dejaban lacónico y agotado. Se dormiría en cuestión de minutos... dejando a Eric a solas con sus pensamientos y pesadillas.

28. No estamos pidiendo permiso.

La senda irregular hacía traquetear el todoterreno. El motor eléctrico era silencioso, pero se abría paso entre los crujidos y los golpes de las ramas que ya habían empezado a invadir el camino.

—Esto va necesitando una limpieza —comentó Alex.

Los árboles se cerraban sobre sus cabezas. Altos, dejando caer perezosamente las lianas que se enredaban en ellos. El sol apenas podía atravesar la bóveda arbórea y los pocos rayos que lo lograban quedaban definidos por la neblina de humedad que flotaba en el ambiente. La verja de seguridad había quedado atrás. Esa carretera no discurría por el interior de una jaula, sino que se adentraba, libre, en la zona más espesa de la selva. Gabriel no respondió. Alex lo conocía bien. Esa forma de fruncir el ceño, el silencio circunspecto, los dedos cerrados con fuerza en el volante. Algo le rondaba la cabeza.

—Gabriel, si estás entre nosotros, manifiéstate —bromeó para relajar la tensión.

Gabriel lo miró por el rabillo del ojo. No llevaba puesto el respirador, solía quitárselo cuando iban a la selva. La mutación endurecía sus facciones, aunque él solía dulcificar el rostro siempre que estaba con Alex.

—Espero que no estén muy alterados. Vosotros aún no podéis notarlo, pero el aire empieza a estar enrarecido por la cercanía de las lluvias. Y sabes que se ponen nerviosos. Quizá deberías quedarte en el coche esta vez.

Alex frunció el ceño.

—Hemos hecho esto otras veces. No veo por qué deberían estar más nerviosos este año... ¿Y crees que me atacarían?

—No. O sea, no lo creo, pero... —Gabriel suspiró—. Supongo que a mí también me afecta el tiempo. Tengo un desasosiego tremendo dentro del pecho desde hace días y no sé por qué.

El camino se ensanchó en cierto punto y Gabriel detuvo el todoterreno. A partir de allí no se apreciaba el sendero, desaparecido bajo la vegetación que crecía sin control. Alex le agarró la mano antes de que la quitara del freno y la estrechó con un gesto tranquilizador.

—Seguro que todo se calma tras las primeras tormentas. A mí también me pone nervioso su cercanía, pero... no siempre traen cosas malas.

Gabriel aprovechó para besar su mano. Sabía a lo que se refería. Tras creerle muerto por mucho tiempo, Alex se había jugado la vida por una mínima esperanza de encontrarle. Lo hizo justo cuando comenzaron las tormentas. Hacía cinco años.

—Todo ese tiempo allí encerrado, pensando que solo estabas a unas decenas de metros por encima, muerto de pena, me cambió. Si ahora soy un cabrón receloso ya sabes de quién es el mérito. Quédate en el coche. Por favor.

Bajó solo, abriendo la puerta trasera para sacar dos pesados baldes de preparado alimenticio verdoso. No eran los únicos encargados de llevar comida a esa zona, aunque era la mejor forma de hacerlos aparecer. De mantener el contacto con unos seres que en algún momento habían sido personas como ellos, pero ya solo mantenían cierta semejanza física. En algunos casos, ni siquiera eso. Gabriel silbó al dejar los cubos junto a las gruesas raíces de una ceiba. Pasaron unos

segundos. Solían salir enseguida, pero solo se acercaron un par de seres, arrastrándose perezosos desde la oscuridad del interior. El primero se asemejaba a un simio alto y delgado, con la piel cubierta de savia. El segundo, igual de espigado, podría haber pasado por la rama leñosa de un arbusto grueso de haber estado quieto. Mientras metían la cabeza en los baldes sin mucho interés, Gabriel miró hacia el coche, desconcertado.

—Parece que ya han comido. ¿No se supone que hoy nos tocaba a nosotros?

Alex bajó la ventanilla y asomó la cabeza para observar la espesura. Incluso a él le pareció extraño.

—Sí. Estoy seguro. ¿Crees que pueden haberse alimentado de alguna fuente externa?

La piel entre las cejas de Gabriel adquirió la forma de un campo recién arado.

—Llama a Las Tres Mellizas. Si no saben nada habrá que dar una vuelta por aquí.

Alex sacó el móvil y marcó uno de los tres números. Era indiferente a cuál llamara: sabrían lo mismo.

—Cuatro —habló cuando descolgaron, sin darle tiempo a responder al interlocutor—. ¿Sabes si ha venido alguien a dejar comida a la selva?

—Cinco fue esta mañana para allá a recoger unas muestras por si hay que añadir suplementos a su dieta como otros años, pero no sé si aprovechó para dejar alimento. ¿Suced algo?

Mientras, Gabriel se había asomado a los enormes huecos entre las raíces. Varios de los seres dormitaban entre el manto de hojas podridas, ahítos.

—Solo han acudido dos y sin demasiada hambre... Debe haberlos alimentado Cinco, sí.

—En todo caso debería haber avisado. —Cuatro chasqueó la lengua—. Voy a buscarlo. Os llamo después.

Cuando Alex salió para explicarle la situación a su compañero, lo encontró con la vista alzada hacia una rama. Hojas y lianas casi ocultaban las cuatro gruesas sogas que se mecían entre ellas, medio descompuestas por la humedad. Un recordatorio.

Con el asunto aclarado, regresaron a casa. Gabriel no dejó de fruncir el ceño en todo el camino.

Cinco años antes.

Liam encontró a Eric en el banco del jardín. Sus amigos muertos habían pasado semanas en la morgue subterránea, a la espera de un entierro digno que habían recibido esa misma mañana, tras el alta médica de Soren y Gabriel.

—Jefe. —El jardinero usaba ese término con naturalidad, acostumbrado antes que el resto—. Creo que deberías presenciar esto.

Eric se dejó llevar, dócil como un corderillo, sin hacer preguntas incluso cuando Liam lo adentró en la selva con uno de los coches eléctricos. A fin de cuentas llevaban días investigando la zona que siempre había estado prohibida.

La escena que encontró en el claro lo sacó de su abstracción al instante, como una muela arrancada sin anestesia. Sus compañeros, todos ellos presentes, habían improvisado un patíbulo en lo más profundo de la selva. Cuatro guardias amordazados esperaban una sentencia que, a juzgar por los rostros severos que los rodeaban, ya estaba dictada. Sus cuerpos desnudos lucían

amoratados y cubiertos de sangre seca. Aquel no era el trato. No era la conclusión a la que habían llegado tras la primera asamblea. Eric les había informado, por encima, sobre los experimentos que se llevaban a cabo en el subterráneo y todos habían aceptado que algunos permanecieran en activo por el bien de la empresa. Si necesitaban sujetos de prueba, utilizarían a los guardias, a los responsables de gran parte de su sufrimiento.

Solo dos personas no habían asistido a la reunión. Soren y Gabriel. Los dos que estaban subidos a la instalación de madera.

—¿Qué...? —Las palabras salieron como un arañazo. Eric tenía la garganta seca.

—Ellos mataron a Chris. Y permitieron la muerte de Caleb —dijo Soren con la voz entrecortada de odio. Con la camisa abierta, todavía podían verse los vendajes del pecho.

Hubo un asentimiento generalizado.

—Esto no es lo que acordamos —contestó Eric con un hilo de voz—. Yo no autoricé esto.

—No estamos pidiendo permiso —dijo Gabriel.

Fue Soren quien tiró de la palanca. Cayeron como fardos y sus cuellos sonaron como ramas secas al partirse.

Eric abrió los ojos con el corazón en la garganta. Buscó a Soren con las manos, pero a su lado solo había un hueco de sábanas frías. Se calmó lo suficiente para racionalizar: era mejor que no estuviera. No quería darle explicaciones. No quería que supiera lo cerca que estaba de romperse.

Sus pesadillas eran un monstruo de muchas cabezas. Un cancerbero guardando las puertas de un infierno mucho peor. Cada muerte, cada decisión difícil, todas las cargas que tenía sobre los hombros, se manifestaban con crudeza en su momento más vulnerable: mientras dormía. No le ocurría siempre, pero cuando acudían, sabía que estaba al borde del precipicio y que la idea de arrojarle por él no tardaría en aparecer.

Se levantó aturdido. Una ducha fría lo ayudó a despejar la mente. Soren le había dado un salvavidas sin saberlo: una idea. Fue a la sala de control y echó un rápido vistazo a las cámaras. Las clases de arte habían empezado, Soren estaba con los chicos. Victor apareció a su lado cuando activó su IA.

—Voy a traer a sus padres.

Victor sonrió.

—¿Al final vamos a divertirnos?

—No. Voy a ofrecerles la posibilidad de renunciar a todo por sus hijos. Traeré a los que estén dispuestos a eso. Los que no...

—Comprendo. Intentas aligerar tu conciencia.

—No. Intento que no creen problemas en el futuro.

El holograma cruzó los brazos y lo miró con escepticismo.

—Te encanta complicarte la vida.

Tenía el papel arrugado en la mano, húmedo de su propio sudor nervioso. Jessica no había podido soltarlo desde que lo recibiera esa misma mañana, deslizado por debajo de su puerta,

como el primer sobre. Esa vez no era solo una palabra. Era un texto corto y directo.

«Incluso los más grandes pecadores merecen la oportunidad de redimirse. Es lo que te ofrezco, Jessica: abandona tu imperio. Felix te espera. O no lo hagas y húndete con el barco en la tempestad».

Tras la tarjeta, una dirección y unas indicaciones.

«En una hora. Ven sola. Sabré si intentas engañarme.

Sé valiente por una vez».

Lo estaba siendo, aunque estrangulaba la nota como si fuera una de esas pelotas antiestrés que tenía a cientos en su casa. No había acudido a la policía, ni siquiera a las pastillas que la ayudaban a calmarse: tener noticias de Felix era suficiente. Sabía que estaba actuando irracionalmente, que era peligroso. Tal vez el tipo del vídeo pensaba matarla, al fin y al cabo, su extraña demanda ya estaba en marcha. !Nyam se había comprometido con Montesco para usar sus harinas. La producción de las nuevas líneas *ultralowcost* y gratuita de hamburguesas comenzaría cuando recibieran el primer cargamento en sus factorías. Ya no la necesitaba. Tal vez Felix ya estaba muerto y ella caminaba hacia su tumba, pero era lo único que tenía. La empresa podía irse al infierno, el imperio que había creado, todo el dinero de sus cuentas. Lo daría todo por su hijo y lo estaba demostrando. Sola, de pie en el callejón oscuro al que la llevó la dirección en la nota.

Los drones de Valkyria lo sobrevolaban, como sobrevolaban cada lugar donde Eric había citado a alguien. Como sobrevolaban siempre toda la ciudad, formando parte del paisaje urbano como moscas gigantes. Jessica era la única que había cumplido las normas.

En las afueras de la zona industrial, tres coches de policía se impacientaban y decidían si llamar a Kirke: allí no había nadie. Tenían cosas mejores que hacer que atender a la nueva paranoia de la política.

Junto a los viveros, los propios drones de Montesco no captaban señales de vida.

Los matones de Tylmann, el padre de Mark, encendían un cigarrillo en uno de los viaductos del centro, aburridos.

El resto de puntos estaban vacíos.

Eric introdujo los datos en el coche, que se detuvo ante Bosc en pocos minutos. La puerta de atrás se abrió sola.

Era un vehículo normal. De color negro. Dentro no había nadie. Para Jessica era como un monstruo con la boca abierta, esperando que caminara a su interior por ella misma. Tenía miedo. Jamás había tenido tanto, pero se forzó a dar el primer paso. El segundo fue más fácil. Cuando quiso darse cuenta, estaba sentada en el asiento de atrás. El coche se puso en marcha.

—¿Quién eres? —preguntó con la voz temblorosa. Estaba segura de que el captor de su hijo podía escucharla—. He cumplido. ¿Realmente vas a dejar que vea a mi hijo?

—Sí. Felix está sano y contento. Seguirá estándolo si no llega a contarle que no recibió ningún mensaje suyo. Él cree que ha sido informada de su situación en todo momento. Descubrir lo contrario sería un duro golpe para su hijo, que acostumbra a rehuir la realidad.

Quería creerlo. Su cuerpo decidió hacerlo, en parte. Se relajó lo suficiente para soltar el papel y tomar una amplia bocanada de aire. La voz parecía más real que la del vídeo. No estaba procesada, se escuchaba una leve interferencia electrónica bajo ella.

—No le diré nada si lo que dices es verdad.

El gas somnífero salió despacio, invisible, acabando con la ansiedad al tomarla en sus brazos.

La clase de arte se alargó hasta mediodía. Pasaron las primeras horas en la playa, sacando fotos con cámaras réflex antiguas. Dispositivos de la prehistoria para cualquier habitante de la isla, cargados con carretes que luego revelarían en el laboratorio. Había sido una jornada tranquila, en la que Soren se limitó a tomar el sol y responder algunas preguntas mientras los chicos buscaban rincones, conchas y animalillos que fotografiar. Tras el revelado, dejaron las fotografías secándose y Soren se quedó para limpiar y ordenar el aula. Había descubierto que le relajaba hacerlo de vez en cuando: ordenar los pinceles, las pinturas, recolocar los lienzos y preparar los bodegones para las siguientes lecciones.

Quería que practicasen con los pasteles en la próxima clase de técnicas antiguas. Una de las paredes de la sala estaba cubierta de estantes llenos de objetos de todo tipo. Entre ellos destacaba un busto blanco. Soren no sabía quién era, tenía pinta de emperador romano. Se parecía un poco al *David* de Miguel Ángel, con esa expresión serena y altiva. Podía crear claroscuros interesantes con los focos adecuados.

Fue a cambiarlo de sitio. Puede que fuera un momento de distracción, o el hecho de que un pedazo de escayola pesara más de lo esperado, o simple torpeza. La cuestión fue que el busto se escurrió de su mano, obligándolo a actuar como un aprendiz de malabarista sin talento. El sonido de rotura y la blasfemia se produjeron al mismo tiempo. En un instante, la expresión de fastidio de Soren se mezcló con la incredulidad.

—Joder. Joder, Eric, ¿aquí también?

En cuclillas, separó los cables de la escayola rota. La cámara debía estar camuflada en uno de los ojos. No era el mejor escondite del mundo en una clase de arte, Soren tuvo un momento de alivio al pensar que aquello era uno de los restos del sistema de vigilancia de Victor, que no se molestaba en disimular. Pero la sensación fue efímera. Fuera como fuera, Eric podía haberlo desactivado. Y estaba funcionando.

Un diminuto piloto rojo parpadeaba y la lente, también diminuta, siguió sus movimientos cuando se puso en pie. Había restos de un cristal blanco y mate entre los fragmentos. No era fácil ver el dispositivo. No lo habría visto de no haberse roto el busto.

Tuvo que sentarse para asimilarlo. ¿Cuántas cámaras tenía Eric en la isla? ¿Estaba espiando a sus propios compañeros? ¿Hasta dónde había llegado su obsesión por el control? Tenía que decírselo a Gabriel, compartirlo con los demás.

Ese fue su primer impulso, pero fue incapaz de moverse. Si se lo contaba a los demás, las cosas podían terminar en un caos. Gabriel no se andaría con delicadezas. Soren tampoco tenía ganas de delicadezas, quería buscarlo, gritarle y zarandearlo hasta que le explicara lo que estaba haciendo. Había algo oscuro tras aquello, llevaba tiempo negándoselo, dándose explicaciones apenas convincentes para esa manía de Eric de espiar las cámaras, de controlar a los alumnos como si fueran delincuentes. No lo eran. Eran chicos maravillosos que no merecían ese trato.

Empezó a sentir un calor desagradable en el estómago. Quiso gritar su rabia y su frustración, pero en lugar de ello, cogió un trozo intacto del busto y lo estrelló contra la cámara. Lo hizo varias veces, resoplando de rabia hasta que sintió que esta lo dejaba pensar con claridad.

No serviría de nada buscar a Eric a gritos, intentar sacarle nada: le mentiría, le ocultaría las

cosas como había hecho hasta el momento. Tenía que ser sutil. Él sabía hacerlo. Tenía que pillarlo con las manos en la masa. Y sabía dónde hacerlo.

Eric tenía su propio santuario: el invernadero del acantilado, al que solo se accedía por unas estrechísimas y anticuadas escaleras. Allí donde Victor yacía enterrado: un lugar que Soren no pisaba jamás por una mezcla de resentimiento y respeto hacia la privacidad de su pareja.

Eso se había acabado. Eric había perdido ese derecho por méritos propios. Al subir, ya entrada la tarde, vio que ni siquiera se molestaba en cerrar con llave. Enterró el ramalazo de culpabilidad y buscó acomodo al fondo, entre grandes maceteros de buganvillas multicolores. Luego escribió un sencillo mensaje.

Voy al pueblo a comprar unos pinceles, traigo comida. ¿Cenita romántica con sus velas y sus flores frescas? (◡ ◡ ◡)

Tras reelerlo se dio cuenta de que esa petición lo podía llevar derecho a las buganvillas. Cambió de sitio, utilizando un viejo mueble de herramientas con puerta corrediza. Eric no tardó en responder.

Sí, por favor. Lo necesito como respirar. TQM.

El calor era sofocante esa tarde. Ander no lo había sentido tan pesado hasta el momento. En los jardines el ambiente era húmedo y casi podía verse en forma de neblina pegajosa. Se preguntó si aquello tenía que ver con la cercanía de las tormentas. A pesar de ello, estaban todos allí. Se había formado un corrillo en una de las plazoletas de tierra rodeadas de bancos: Mark había encontrado unos aros medio enterrados cerca del camino mientras remodelaba uno de los espacios y Kei vociferó el descubrimiento hasta que todos se hubieron enterado. Felix fue el único que no acudió.

—¿Eso no salía en esa película antigua de los pelícanos? —preguntó Kei.

—*Alicia en el País de las maravillas* —respondió Oliver.

—Sí. Esa. ¡*Crochet*! —exclamó Kei, creyendo haber recordado el nombre del juego.

—*Croquet* —lo corrigió Mark.

—Es *cricket* —los interrumpió Roman—. Son aros de *cricket*. Es un juego de la vieja Inglaterra.

—¿Y cómo se juega? Podríamos echar una partida —propuso Oliver.

—Pero eso se juega con palos y una pelota, si no recuerdo mal la película —dijo Ander.

Se pusieron a discutir: podían fabricar palos y buscar alguna pelota. Al final, decidieron que lo mejor era ir al almacén y buscar lo que les faltaba: si allí había aros de *cricket*, en algún lugar debía estar el resto del equipamiento. Tuvieron suerte. Las cosas estaban almacenadas junto a una caja llena de bates de *baseball*, pelotas de baloncesto y de fútbol viejas y raquetas.

—¿Dónde está Felix? —Mark, ya en el terreno de juego, intentaba adivinar cómo funcionaba aquello—. Seguro que él sabe de qué va el *cricket*.

—La reina de corazones empujaba la pelota con los pelícanos para que pasara por los aros —explicó Kei.

—Tú eres lo más parecido a un pelícano que tenemos cerca —apuntó Mark, sonriente, al señalar su ropa blanca y naranja.

Kei entrecerró los ojos, a un segundo de ofenderse. La expresión le cambió de pronto y se acercó para ponerle el extremo del palo en el pecho.

—¿Y piensas ponerme tieso para jugar?

Mark boqueó un par de veces, eso lo había tomado por sorpresa. Habría necesitado unos segundos extra para devolverle la pulla, quizá algo sobre pelotas, pero el ruido del coche entrando por el camino distrajo a todos. No subían muchos y siempre iban a curiosear. Kei fue el primero, sin esperar a la respuesta.

Primero bajó Eric, que conducía. Luego Felix, de la mano de una mujer desconocida de unos cincuenta años. Ambos tenían un aspecto pletórico.

—Parece que los gustos de Felix por lo antiguo no son solo estéticos. Vaya novia se ha echado en el pueblo —apuntó Oliver por lo bajo.

—No seas capullo —lo increpó Ander, también en voz baja.

—Si el pueblo te ha dejado boquiabierto, esto te va a encantar —decía Felix, acelerado—. Tenemos un aula de arte, un taller, invernadero... Y la biblioteca. Mamá, vas a quedarte sin aliento con la biblioteca.

Eric reparó en los chicos antes de que lo hicieran Felix o su madre. Vio las expresiones confusas de Oliver y Ander. Kei se había quedado parado a unos metros del coche.

—Felix, ¿quieres enseñarle a Jessica el complejo, por favor? Luego os alcanzo —les indicó Eric.

—Sí, claro. ¡Caballeros, los veo en la cena!

—¿Mamá? —preguntó Kei, bailando entre la sorpresa y el recelo—. ¿Han venido a buscar a Felix? ¿Se va?

Seis caras interrogantes, todas pendientes de Eric, que frunció el ceño y suspiró, rindiéndose a algo que no tenía planeado.

—No, podéis estar tranquilos. Felix no se va. Su madre ha venido a verlo.

A esas alturas Eric los conocía bien. Era capaz de analizar cada gesto, cada mueca en una boca. Roman estaba asustado. Oliver y Ander también. El resto tenía curiosidad. Puede que cierta esperanza. Dudas.

—¿Has invitado a nuestros padres? —preguntó Ander, titubeante.

—Je. Suerte con el mío —escupió Kei—. ¿Podemos volver al juego?

—Sí. Soren me dijo que Felix estaba deprimido, consideré que le vendría bien. Extendí la invitación al resto... —Eric se detuvo. Dudó un momento, pero contarles la verdad era lo mejor. Les ahorraría sufrimiento en el futuro—. Solo Jessica respondió.

—Claro. Maya está demasiado ocupada con la campaña como para venir. —Paul se metió las manos en los bolsillos de las bermudas con un encogimiento de hombros—. No pasa nada, Eric. Creo que todos estamos acostumbrados a estas cosas. Y somos adultos.

—Yo lo prefiero... —Ander parecía más tranquilo, pero la sonrisa que lucía momentos atrás se había borrado, sustituida por una sombra de amargura—. Mi padre no aprueba que esté aquí. Y no aprobará nada de lo que estoy haciendo o pensando.

Oliver le palmeó la espalda.

—No tiene sentido darle vueltas. —Se dirigió al resto—. Somos Los Niños Perdidos de Peter

Pan. Yo soy Nibs. Kei es Slightly.

—¿¿Espera, ese es el de los dientes?? ¿Primero me llamáis pelícano y luego dentón?

Los chicos rieron. Eric los observó con cierto alivio mientras se dirigían pullas.

—Supongo que yo soy Peter Pan. No está mal.

Eric se despidió y los dejó con lo que estaban haciendo. No tardaron en olvidar sus penas, inventando una manera de jugar con los palos y la pelota de *cricket* que acabó con Oliver y Kei compitiendo por hacer las mejores trampas y Roman tratando de imponer orden.

«Nunca Jamás».

Ander lo pensaría más tarde. Segunda estrella a la derecha y todo recto hasta el amanecer. Tal vez estaban allí, suspendidos en un mar que en realidad era el cosmos. Atrapados para siempre en un paraíso que anesthesiaba la memoria. ¿No tenía ese efecto en los Niños Perdidos? ¿No olvidaban su lugar de origen, a las familias que los habían abandonado?

Cuando sonó la alarma de la cena caminaron entre risas hacia el edificio. Oliver le pasó el brazo por los hombros y le sonrió. A esas alturas Ander ya había olvidado que tenía un padre y que alguna vez había necesitado su amor.

29. ¿Quieres que me quede?

El atardecer era un espectáculo desde el jardín del invernadero. Subía muchas veces a observarlo y le maravillaban los reflejos en los cristales de la antigua estructura. Uno no tenía que esforzarse demasiado para imaginar que estaba en un antiguo jardín inglés. El invernadero se recortaba contra un horizonte encendido de naranjas y dorados que poco a poco eran devorados por un azul intenso. No se acostumbraba. No se aburría de los colores, del olor del salitre, del silencio lleno de vida de la isla. Entró en el recinto en silencio y activó la proyección de Victor mientras cogía unas tijeras de podar.

—Pensaba reunirlos para explicarles las cosas en condiciones, pero han visto a la madre de Felix nada más llegar —comentó mientras la figura etérea aparecía a su lado—. Se lo han tomado mejor de lo que esperaba. Mejor las azules, ¿no? Aunque siempre le llevo flores azules, acabará aborreciéndolas.

Victor tenía una media sonrisa socarrona.

—No creo que hoy le importe mucho. ¿Qué esperabas respecto a los siete? Son adultos, aunque los trates como a adolescentes. Emancipados. Con familias monoparentales y disfuncionales. ¿Creías que iban a echarse a llorar? Hasta Felix hubiera olvidado a su madre con los estímulos adecuados.

En el armario de herramientas, al escuchar esa voz, Soren sintió como la sangre se le helaba en las venas. Un frío que paralizó su pecho y se extendió hasta la punta de los dedos, que crispó en un puño.

—Los elegí con cuidado. Ya sé que no son críos, pero uno no deja de necesitar a su familia cuando crece —replicó Eric. Empezó a cortar algunas flores, las más frescas y bonitas que encontraba—. Yo pienso mucho en mi madre. Sé que es distinto y que forjarán una nueva familia en la isla, como hemos hecho todos, pero... Qué menos, ¿no?

—Si tú lo dices... —El holograma miraba la hierba entre sus pies descalzos—. Me ha gustado el modo en que encarabas la mención de Ander sobre su padre. Ni siquiera has fruncido la comisura de los labios. Una frialdad admirable, teniendo en cuenta que tú lo asesinaste hace unos días.

Eric arqueó una ceja y le dirigió una mirada desdeñosa.

—Supongo que he tenido un buen maestro.

Victor no respondió. Había girado su estilizado cuello y miraba hacia un lado con cierto atisbo de interés. Cuando Eric siguió la dirección de sus ojos, allí estaba Soren. De pie, quieto y pálido como una estatua de mármol.

—Soren... —El oxígeno abandonó los pulmones de Eric, que ni siquiera atinó a desconectar a Victor. Por unos segundos quedó tan petrificado como su amante, tan desarmado. Bloqueado por todo lo que significaba que los estuviera viendo. Que los hubiera escuchado—. ¿Qué...? ¿Qué haces aquí?

—¿Qué es eso? —le cortó Soren en un tono distante que jamás había escuchado antes—. Y piensa bien la respuesta, Eric. Porque de ella depende que me vaya a vivir al pueblo o a Elysium.

El holograma desapareció. Eric acertó a apagarlo al fin, pulsando el reloj con dedos

temblorosos. Se pasó una mano por el rostro, alterado. Eso no debía ocurrir. Repasó lo que habían dicho. No sabía cuánto llevaba Soren allí. No sabía por qué de todos los lugares donde podía estar, estaba allí. Y tenía que tomar una decisión. La verdad, o la mentira. Ninguna solventaría nada.

—Es una proyección. Victor está muerto. Solo es un... holograma impulsado por una IA.

—Vuelve a encenderlo.

Fue a replicar, pero los ojos fríos de Soren lo detuvieron sin que llegara a abrir la boca. Como un cordero de camino al matadero, Eric levantó la muñeca y pulsó el código en la pantalla. El holograma se formó de nuevo.

—¿Victor?

La imagen apareció de pie. Llevaba ropa distinta, una de las elegantes túnicas masculinas.

—Hola, Soren. —Las luces del invernadero, programadas para cuando cayera el sol, eligieron iluminar esa escena—. Llevo cinco años deseando volver a hablar contigo, mi niño precioso.

La frialdad se desdibujó. Soren intentó mantenerla, pero los ojos se le empañaron. La réplica era perfecta. Sus expresiones, los rasgos, la tonalidad de la voz. Si no pudiera ver a través de él, habría jurado que lo tenía delante. Respirando su mismo aire. Vivo. Soren apretó los dientes. No pudo evitar que dos gruesas lágrimas se desprendieran al parpadear.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó a Eric, sin mirarlo. Los ojos fijos en los de Victor, la voz entrecortada por la rabia, contenida de dolor. Tal vez también le preguntaba a él.

—En realidad ya estaba hecho —alcanzó a decir Eric.

No era una verdad completa, había tenido opciones. Tampoco respondía a la lectura entre líneas de esa pregunta: por qué *me* has hecho esto. Victor tomó la palabra antes de que pudiera añadir nada.

—¿Sabes lo que es una valquiria, querido? —preguntó, acercándose. Su mano etérea intentó acariciarle el rostro a Soren, pero los dedos atravesaron las lágrimas sin inmutarlas.

Y, aun así, Soren sintió esa caricia. Dentro, quemándole de anhelo y de rabia. Todo lo que tenía que ver con Victor era contradictorio. Era más fácil resistirse al alcohol, a cualquier otra droga. Ningún veneno podía dañarte tanto.

—Ellas llevaban a los elegidos al Valhalla... —respondió con los ojos fijos en él. Los iris negros de Victor eran tal y como los recordaba: pozos en los que podías caer, de los que costaba demasiado salir.

—Eric no hizo esto. Este es el proyecto de la empresa desde su nacimiento, incluso antes de mí, mi niño. Las valquirias guiaban la transición desde la vida terrenal a la existencia eterna. El proyecto Valkyria implicaba una transición de la vida física a una existencia digital, donde los recuerdos y la esencia de las personas eran preservados.

Soren tragó saliva. Deseó tenerlo delante. Quería esa caricia que lo traspasaba. Pero también quería golpearlo. Devolverlo a la nada. Arrojarle todo el odio que lo desgarraba.

—¿Y guardaste la memoria de mis amigos, Victor? No, ¿verdad? En tu jueguecito solo importaba tu vida. Pudiste salvarlos y no lo hiciste. ¡Pudiste pararlo todo! —gritó, frustrado porque no era más que un fantasma. Una huella—. ¡No quiero oírte más! ¡No eres capaz de dejarnos en paz, aunque estés muerto! ¡¿Y tú no te das cuenta de lo que estás haciendo?!

—No es tan sencillo. Sabes que no es tan sencillo. Ellos no tenían un archivo de vida. ¿Habrías querido réplicas en las que los únicos recuerdos de tus amigos hubieran sido las experiencias de la isla? ¿Ofrecerles una eternidad incompleta? ¿Habría sido su deseo?

No podía tocar a Victor, así que el empujón rabioso se lo llevó Eric. La fuerza del golpe fue tal que lo estampó contra los estantes del invernadero. Varios bonsáis cayeron al suelo junto al propio Eric, que sintió una fuerte punzada de dolor en la espalda. Se quedó sin aliento unos segundos.

—¡No quiero réplicas! ¡Los quería a ellos! ¡Quería que no murieran! —Soren se lo gritó a la cara, agarrándolo para ponerle en pie de un tirón—. ¿Cinco años? ¿Cinco putos años engañándome? Has estado utilizándonos. ¿Qué cojones estás haciendo? ¡¿Por qué nos espías?! ¿Y para qué has traído a esos chicos a la isla?

—Creo que me estoy metiendo en una conversación privada. Mejor desaparezco —dijo Victor antes de esfumarse.

Dolorido, Eric agarró a Soren por los hombros. Recibió sus golpes frustrados en el pecho.

—Por favor, cálmate. Deja que te lo explique... —le imploró. Intentó abrazarlo, pero Soren le volvió a empujar y se apartó de él. El mundo empezó a desintegrarse bajo los pies de Eric, un conocido abismo se abría en su lugar—. Me he vengado de alguien. He... hecho algo horrible para llegar a él. Aproveché el Proyecto Odín para traer a Ander. También he... usado a otros chicos para extorsionar a sus padres y joder a sus empresas.

Otra vez, no era la verdad. Era una verdad a medias. La verdad era demasiado horrible. La verdad no podía soportarla ni él mismo, y empezaba a darse cuenta. Soren se llevó las yemas de los dedos al pecho, encarándole fuera de sí.

—¿¿Tan imbécil me crees, Eric?? ¿Tienes una imagen de mí en la que no vivo en el mundo o qué? Qué casualidad, los escogidos fueron hijos de siete personajes públicos que de un modo u otro representaban un problema para la empresa. Aislados, pensando que no tienen red en una isla con decenas de satélites propios. ¡Sabía de sobra que no estaban escogidos al azar y que querías joder a sus padres! Y me he hecho el loco... —Comenzó a pasear, como si hablara consigo mismo—. Porque esa gente lo merecía. Me he hecho el loco porque el Eric que yo creía conocer, el que hizo lo imposible por sacarnos de aquí, no era una mala persona. Tenía métodos poco ortodoxos... reprochables... pero podía entenderlo hasta cierto punto. Sí, desde luego soy el imbécil que crees.

—No voy a hacerles daño. Te lo dije y es cierto. No a ellos. El padre de Ander está muerto. Y lo merecía, creeme. —Eric se detuvo para respirar. Sentía que el dolor lo asfixiaba—. No eres ningún imbécil, jamás lo he creído, pero estoy acojonado, Soren. Porque sabía que te iba a perder en cuanto...

No fue capaz de terminar la frase. ¿En cuanto supiera que seguía hablando con Victor, que lo mantenía tan vivo? ¿Que tenía un plan para desatar una pandemia mundial que resetearía el planeta? Era una jodida locura. Ya le había dado suficientes razones. No podía darle esa. Lo perdería, del todo, para siempre. Y no estaba preparado.

La risotada de Soren fue amarga.

—¿En cuanto qué? ¿En cuanto tuviera que dar la razón a los que desconfían de ti? ¿En cuanto descubriera que me engañabas con la... siniestra y enfermiza réplica digital del tío que nos secuestró, violó y humilló a todos y después mató a los únicos amigos que he tenido en mi

vida? Ah, no, espera. A ti te cedió su empresa. Y ahora entiendo por qué. —Levantó las manos a modo de escudo, como si temiera que Eric fuera a tocarlo y la sola idea le resultara repugnante—. Me voy.

«Porque eres como yo...». La voz de Victor resonó en la mente de Eric desde el recuerdo. Ahora Soren lo entendía. Saberlo llenaba de terror a Eric, pero él también era consciente. Sabía de qué era capaz y no podía soportarlo. Era un monstruo, como Victor. Lo único que mantenía a ese monstruo sujeto, en calma, era Soren y lo había apartado de él.

—No, no puedes irte. Soren, por favor... Este sitio es tu hogar.

Soren se dejó retener cuando Eric lo agarró y volvió a enfrentarlo. Seguía llorando sin aspavientos, con las mejillas empapadas.

—¿Quieres que me quede?

Eric lo abrazó. Soren sintió el temblor del llanto en su cuerpo, las manos aferrándole la nuca desesperadamente.

—Si te vas... Si te vas estoy muerto —las palabras brotaron atropelladas y sofocadas—. No quedará nada de mí.

—Bórralo.

El cuerpo de Soren estaba rígido, expectante y huido. Eric apoyó la frente en su hombro, sus manos resbalaron hasta aferrarse de la espalda de su camiseta. Se echó a temblar como una hoja al viento, tratando de arrancarse las palabras de la garganta, pero Soren habló por él.

—Si tienes que pensártelo, yo también tengo que pensar algunas cosas. —Soren lo empujó despacio, pero Eric no lo soltó.

—No te vayas. Te lo estoy suplicando. Déjame a mí. No te dirigiré la palabra. No te miraré, pero no vuelvas a Elysium.

—Estaré en el pueblo. Hablaremos en cuanto tome una decisión.

Eric lo soltó con reticencia. Soren le dirigió una última mirada, roto de dolor, y le dio la espalda para irse sin mirar atrás. La tierra perdió su firmeza. Eric cayó de rodillas y regó las flores de la tumba de Victor con sus lágrimas.

A la mañana siguiente, tras descubrir que la clase de arte estaba temporalmente suspendida y tenían tiempo libre, alguien dejó un mensaje escueto en el chat grupal, usando un nick desconocido.

Rabia:

Que la persona que debería estar preocupándose por mí haya pasado de venir me está afectando más de lo que pensé en un principio. ¿Soy el único?

12345:

No. No esperaba nada de mi padre, pero está claro que siempre puede volver a decepcionarme.

Mosquitodelestanque:

Es una sensación que no tiene nada de desconocida pero siempre duele igual.

Insertenickname:

Que se pudran. Que se pudran todos.

El último mensaje obtuvo cinco corazones.

Gabriel vivía ajeno a los dramas familiares de los residentes. Alex le hablaba de ellos, pero no le importaban tanto como la integridad o el nivel de seguridad que tenían en la isla. Sin embargo, si había algo que le robaba el sueño, era el bienestar de los híbridos que habitaban en la jungla. No podía evitar sentirse unido a ellos: al fin y al cabo, habían sufrido el mismo destino, aunque él había tenido la suerte o la desgracia de ver sus facultades mentales y físicas —casi— intactas. Lo ocurrido la última vez que fueron a alimentarlos a la jungla no abandonaba su cabeza. Tampoco lo hacían los detalles extraños que observaba de un tiempo a esa parte. La llegada de los siete solo era la guinda: Eric se esforzó en enmendar el mal perpetrado por Victor con sus proyectos: soltando a los híbridos, dejando los experimentos crueles y reinsertando en la isla a quien fue capaz de reinsertar, pero cada día veía más cosas en él que le recordaban a su antiguo torturador. Y el comportamiento de Las Tres Mellizas, más extraño a medida que pasaban los años, no lo ayudaba a bajar la guardia.

Odiaba los laboratorios y los evitaba tanto como podía, pero como jefe de seguridad, cuando tenía la mínima sospecha de que algo raro pasaba, Gabriel revisaba la zona sin avisar a nadie. Su tarjeta le permitía abrir cualquier puerta de la isla. Al menos hasta ese día, cuando tras una revisión rápida de los pasillos, el acceso a un área determinada del laboratorio le fue denegado. No era demasiado extraño: tenía un símbolo de peligro biológico. Al llamar a Cuatro por teléfono, respondió al segundo tono.

—¿Puedo ayudarte?

—Estoy en el sector tres. Mi tarjeta falla con la puerta principal, veo que tiene una cerradura de llave. ¿Qué coño estáis haciendo ahí dentro?

—Oh. Ahí se trabaja con las vacunas. Es peligroso, no se puede entrar sin trajes especiales.

—Entonces voy a por un traje —replicó dándose la vuelta para ir a la zona de esterilización.

—Muy bien. Si me das... —una pausa— diez minutos, bajaré a abrirte yo mismo. Si no irá uno de los chicos.

Fue cumplidor con su palabra. Milimétrico, como eran siempre. Pasados diez minutos exactos, la puerta se abrió desde dentro. Un Cuatro de aspecto serio recibió a Gabriel, totalmente embutido en el EPI sanitario.

—Deberías irte. Por favor —murmuró de forma apenas audible, contradiciendo sus palabras al hacerse a un lado.

Gabriel entró a pesar de la advertencia, moviéndose con naturalidad.

—¿Por qué me estás echando, Cuatro? Vengo a hacer una revisión rutinaria.

—No es una buena idea. Gabriel... —suspiró Cuatro. Era extraño que usara su nombre real. Que lo personalizara. Al ver que se adentraba, mirando a un lado y a otro del pasillo repleto de puertas, le sujetó la muñeca con firmeza. No fue trabajo fácil, casi le doblaba en tamaño. Su voz se convirtió en un siseo tenue—. Ya sabes lo que ocurrió la primera vez que te pasaste de listo. ¿Quieres volver a matar de pena a Diez? ¿A... Alex?

Pudo detenerlo, porque Gabriel se paró en seco y se volvió para enfrentarlo con una mirada agresiva.

—¿Eso ha sido una amenaza? ¿Dónde está Eric?

Cuatro retrocedió un paso, negando con la cabeza, silencioso.

—No. Solo ha sido un patético intento de redimirse que, por supuesto, tendrá su castigo.

La voz venía de una de las habitaciones. Clara, diáfana y despectiva.

Victor.

—¿Qué cojones, Cuatro? —escupió Gabriel, la rabia resonando entre sus dientes.

Su compañero estaba pálido, a punto de desaparecer como un fantasma. Los músculos de Gabriel reaccionaron tensándose. Estaba ante una amenaza. La más peligrosa y mortal que conocía. Se abrió el traje de seguridad de un tirón y desenfundó la pistola en su cintura.

—¡Gabriel, piensa antes de...!

No escuchó la advertencia de la voz temerosa de Cuatro. Si ese cabrón enfermizo seguía vivo, tenía que ponerle solución cuanto antes. Su mente no se detuvo a analizar. Reaccionó instintivamente, se metió en la habitación y disparó sin preguntar. La bala atravesó el holograma, traspasando el asiento y clavándose en la pared. Victor estaba sentado en la butaca de otra simple habitación de hospital, con las piernas cruzadas, portando uno de sus trajes negros. Un moño alto y unas gafitas le daban aire de ejecutivo *chick*.

—Gabriel, cuánto tiempo. Deberíamos ponernos al día. —La puerta se cerró de golpe—. Dime, ¿cómo va todo con Alex? ¿Por fin le has contado la verdad?

Cuatro, desde fuera, apoyó las manos en el cristal con gesto desolado. Victor ladeó la cabeza para mirarlo y siguió hablando.

—¿Sabes, Cuatro? A este desagradecido no lo encontré en el Haven. Espiaba para el gobierno. Luego para mí, hasta que tuvo un ataque de moralidad. Una enfermedad terrible, vas a comprobarlo.

Los ojos de Gabriel eran dos fisuras al infierno. Podía leerse la rabia en ellos, en la forma en que respiraba con fuerza a través de la máscara. Seguía sujetando la pistola, tenso. Miró la puerta, su mente trabajando a toda velocidad. No se molestó en comprobar si estaba abierta. Cuatro intentaba abrirla sin éxito.

—Déjate de juegos, Eric... —dijo mirando hacia la cámara de vigilancia, en una esquina del techo—. No sé qué estás haciendo, pero lo has llevado demasiado lejos. Estás a tiempo de parar y de darnos explicaciones por esta aberración —concluyó mirando el holograma.

—Eric está muy ocupado llorando en su cuarto. Soren se enteró solo un poquito antes que tú y lo mandó a la mierda. No quiero matarte, Gabriel. Sois mis tesoros. Pero vas a tener que quedarte aquí unos días, hasta la tormenta. Por seguridad. Medita sobre tus acciones, querido.

El holograma desapareció para aparecer frente a Cuatro, que dio un respingo acompañado de un gañido asustado.

—Tú y tus dos amiguitos acabáis de quedar incomunicados. Seguiréis trabajando. No saldréis del laboratorio. No hablaréis con nadie salvo con Eric, si es que él quiere algo. Y si le contáis esto... Os retiraré el suministro de agua y alimento hasta que os arranquéis las venas unos a otros por una pizca de líquido.

Un golpe hizo temblar la puerta tras Cuatro. El grito furioso de Gabriel quedó ahogado entre las paredes que volvían a ser su prisión. Sabía que no importaba cuánto golpeará o gritará. Esa estancia no se abriría hasta que Victor no quisiera.

Al menos, le quedaba el consuelo de estar encerrado con una pistola, mucho más de lo que había tenido la primera vez.

30. Si no hago esto, desapareceré.

¿Cuándo ocurrió? ¿En qué momento cruzó la línea de no retorno? Se había roto muchas veces desde que se quedó sin nada, en Elysium. No era el mismo que un día habló desde la cátedra de la universidad sobre una sociedad sostenible. Un mundo mejor en el que creía a pies juntillas.

Qué idiota había sido. Qué ingenuo.

El sistema lo devoró y escupió sus restos en el arroyo maloliente del Haven. Y tuvo suerte de no caer más abajo, de no acabar absorbido por el sumidero que llevaba a El Laberinto. Dejó de ser el Eric soñador, que se creía libre, que lo tenía todo. Después llegó Victor para romperlo una vez más. Lo despojó de orgullo, lo dejó desnudo ante un espejo en el que su reflejo resultaba aterrador. Le mostró una parte de sí mismo que no conocía, pero siempre había estado ahí. Con su muerte, también él volvió a morir. ¿Cuántas veces puede renacer un ser humano? Para Eric, esa fue la tercera.

En ese momento, tumbado en la cama, estaba seguro de que no habría una cuarta vez. Podía morir ahí mismo. Ya estaba muerto. No sentía el corazón latir. Las emociones se encontraban tras un velo pegajoso, allí donde las había arrinconado para que no lo molestaran. Era imposible matarlas, ahogar la voz de una conciencia que seguía viva a pesar de sus esfuerzos.

El monstruo que era Valkyria lo había arrastrado. Era imposible sostener sus cadenas para controlarlo. En ese camino, él se había convertido en ese monstruo. Las decisiones le pesaban, le dolían al respirar como puñales clavados en los pulmones. Esa era su maldición: su conciencia no moría. No se apagaba.

Los ojos de Soren, llenos de dolor y decepción, ardían en su mente cada vez que cerraba los suyos. Saber que ese día llegaría no lo hacía menos terrible. Y Soren aún no sabía lo peor. En cuanto lo supiera, se alejaría para siempre. Su rencor, su odio, terminarían de destrozar los jirones de alma que le quedaban.

No renacería de nuevo. Ya no podría levantarse. Y lo aterraba imaginar en qué se convertiría. «Un monstruo. Condenado a la soledad. Vacío».

Lo que otro decidió para él. El heredero de Victor.

Mantener su memoria viva de esa manera fue un error. Y no solo eso. El peor error era haberse creído Dios. El proyecto aberrante de Hoja Caduca. Aún estaba a tiempo de detenerlo. Aún podía arreglar las cosas si daba marcha atrás. El punto de no retorno estaba cerca, muy cerca, pero aún no lo había rebasado. Ya no volvería a ser el que fuera, pero al menos, no arrebataría al resto la oportunidad de cambiar.

Dolorido, abandonó la cama y se dirigió a la sala de mando. Al llamar, fue Cinco quien contestó.

—Laboratorios.

—Detenedlo todo.

Hubo un silencio hasta que su compañero respondió.

—Necesitaría concreción. —La voz de Cinco era tensa, pero Eric lo encontró normal dado lo que pedía.

—Todo. Todos los proyectos quedan suspendidos, especialmente Hoja Caduca. Paralizad los envíos, bloquead los viveros que ya estén trabajando, las harinas con la dosis débil, todo. El plan se suspende. Solo se mantendrán las vacunas y el antídoto.

Otro silencio. Largo.

—Tú mandas.

En cuanto colgó, el holograma de Victor apareció a su lado.

—Has elegido. Intuyo que esto es una despedida —suspiró.

Eric descubrió que el corazón se le podía partir por más sitios. Aún existía un espacio sin grietas y estaba descomponiéndose como una ruina antigua que colapsaba tras siglos en pie. Tragó saliva, aguantó el intenso dolor en el pecho.

—Sé lo que estás pensando... No me importa. Nunca debí seguir con esto. Nunca debí comenzar. Yo tenía que cambiar esta empresa para cambiar el mundo, no destruirlo todo.

Eric veía el reflejo del holograma en la pantalla apagada ante él. No se atrevía a darse la vuelta para enfrentarlo. Para ver su rostro.

—Dijiste que no me dejarías solo. Dijiste que no me soltarías...

—Y nunca te he soltado. Jamás podré hacerlo... —Eric agachó la cabeza. Deslizó los dedos en su propio pelo, encogiéndose—. Tú no eres Victor. Victor está muerto. Y tengo que aceptarlo.

La mano semi transparente y azulada se colocó sobre la suya, superponiéndose con la carne.

—Ya enterraste un cuerpo. Es tu decisión enterrar la memoria. Pero hazlo delante de él, lo necesita —dijo con voz suave el holograma—. De todas formas, vuelvo a estar cansado. Será liberador. ¿Seguirás regando los manzanos? ¿Harás eso por mí?

Eric deseó sentir el contacto de aquella mano una última vez. Las lágrimas volvieron a brotar. ¿No dejarían de hacerlo jamás? Tal vez no había enloquecido porque aún era capaz de llorar. Porque aún sentía con tanta intensidad que creía morir, pero no moría.

—Siempre... —respondió con la voz temblorosa. Se volvió para mirarlo—. Lo siento, Victor.

No hubo contestación. No hubo palabras de consuelo que aligeraran la carga. No hubo perdón. El holograma se difuminó, dejando solo vacío.

—Te quiero... —murmuró Eric.

Dormir era imposible también para Soren. No se molestó en acostarse. Su cabeza era un hervidero. Sentía rabia, frustración y una pena inmensa mezclada con la vergüenza del que es consciente de haber mirado a otro lado por comodidad. No quería perder la vida ideal construida junto a Eric. Durante mucho tiempo se sintió útil, escuchado. Amado por quién era, aunque ni él mismo lo supiera. Le costó mucho descubrirlo: qué cosas amaba, qué cosas odiaba, qué deseaba y qué no. Lo que para otros era sencillo, para él latía oculto como un diamante, bajo los escombros de una vida sometido a los dictados ajenos, a los deseos más retorcidos y perversos. Eric lo había ayudado a descubrirse, a recomponerse, le debía muchas cosas, pero aquello no podía ignorarlo ni por gratitud, ni por amor.

Al menos, tenía clara una cosa: ya no iba a permitir que lo pisotearan. No iba a seguir cediendo orgullo y dignidad por nada. Ni por una situación privilegiada en aquella isla ni por el

amor de Eric. Merecía mucho más que eso. Merecía el respeto de quien decía amarlo. Si tenía que irse, lo haría. Renunciaría a todo y se buscaría de nuevo, lejos de allí. Al fin y al cabo, ese amor que lo había ayudado a recomponerse no era más que una mentira. La sombra de Victor seguía cubriendo cada rincón de la isla. Cada milímetro del corazón de Eric. No podía vivir compartiendo eso con su antiguo captor, aunque solo fuera un espectro.

La llamada al timbre aceleró los latidos de su corazón, aunque también espoleó la rabia. Solo Eric sabía que estaba en esa casita del pueblo, la que a veces compartían cuando necesitaban variar de vistas y compañía. Respiró hondo antes de abrir. No sabía qué esperar, ya no, pero se mantendría firme.

Eric estaba plantado fuera. Ver que llevaba el portátil de la mano y que no se molestaba en poner cara de víctima suplicante hizo que Soren se relajara un poco, aunque no bajó las defensas.

—Pasa.

Eric entró y cerró tras él. Dejó el portátil sobre la mesa del salón y se masajeó el puente de la nariz. Tomó aire, como si necesitara unos segundos para ordenar sus pensamientos.

—Sé que tendría que esperar a que tú tomaras una decisión, pero necesito que veas la que yo he tomado. —Una pausa. Eric tenía las ojeras marcadas. El aspecto cansado lo acompañaba desde hacía tiempo, pero esa noche era más evidente—. Voy a borrarlo. Lo haré delante de ti. No pretendo que cambies tu decisión si ya la has tomado. Aceptaré lo que sea, Soren, pero quiero que sepas que esto se acabó. Y que nunca debió ser.

Soren tomó asiento a su lado y esperó en silencio. Eso era lo peor. El chico parlanchín había ido controlando su verborrea con el paso de los años, pero al menos con Eric, solía mantener abierto el grifo de palabras. Verlo cerrado era extraño. Cruel, en cierto modo. Al duelo por Victor se le añadía el duelo por las antiguas personalidades de ellos mismos.

Tras unos segundos de silencio, Eric abrió la pantalla. En ella una serie de paneles traslúcidos reproducían líneas y líneas de códigos numéricos sobre el avatar de Victor. Era una reproducción exacta, de cuerpo entero, que giraba en una de las ventanas.

—Esta es la interfaz desde la que se programó el holograma. Es una inteligencia artificial muy sofisticada... Guarda toda la memoria de Victor. Lo que él registró para generarla una vez muriese, incluyendo su personalidad, sus gustos... Todo. El código no puede cambiarse y solo puede borrarse con una clave que me dejó como parte de la herencia. Me dio a elegir, podía borrarla o mantenerla y... —Eric negó con la cabeza. Volvió a presionarse el puente de la nariz—. No fui capaz de hacerlo. Lo intenté un par de veces, los primeros años, pero cuanto más usaba su IA, más seguro me sentía al frente de Valkyria. Menos perdido... —Tragó saliva—. Y más difícil se hacía borrarlo.

Eric tecleó un código en una de las ventanas emergentes. Se abrió una nueva y sonó la voz de Freya.

Módulo de borrado. Autenticador iniciado.

Un haz de luz verde se proyectó desde la pantalla del ordenador y recorrió el rostro de Eric.

Bienvenido, Eric Bucket. Introduce la clave de acceso.

Soren apretó los labios. Notaba tirantes todos los músculos del cuerpo. La inseguridad lo asaltó, otorgando un ramalazo de comprensión a las acciones de Eric. Tras cinco años, había recuperado a su captor. Al que había amado, en cierto modo. El hombre cuyo magnetismo era tal que incluso entonces, a veces, aparecía en sus fantasías.

—Espera. Es... ¿Es irreversible?

—Con él todas las apuestas eran a todo o nada. Ya lo sabes... —respondió Eric. Tecleó el número, pero no le dio al enter—. Una vez introducido el código, dejará de existir.

—Nunca dejará de existir. Y yo seguiré necesitando tiempo, Eric. Esto no arregla las cosas entre nosotros, quiero que lo entiendas. Pero espero que arregle algo contigo mismo.

Eric apartó la mano del botón. Suspiró y lo miró a los ojos.

—Si no hago esto, desapareceré. Te he dicho que no pretendo afectar tu decisión. No hago esto para manipularte. Para arreglar lo que he roto hace falta mucho más, y lo sé. Pero creo que los dos necesitamos estar seguros de que esto deja de existir.

Verdades a medias, de nuevo. Pero no podía confesar lo que había estado a punto de hacer. Que Soren creyera en el resquicio de humanidad que le quedaba era imprescindible para su supervivencia.

Soren hizo un movimiento claro con la mano. Adelante, entonces.

Pero no fue inmediato. Era difícil para los dos, pero para Eric lo era más. Borrar la memoria de Victor significaba matarlo del todo, sin excusas, sin concesiones. Terminar lo que había comenzado con aquella inyección junto al invernadero. Todas las respuestas a sus preguntas se esfumarían con la conciencia electrónica de Victor. Al principio no dejó de hacérselas, conversaba durante horas con el holograma, intentaba indagar en su pasado, en sus miedos, dudas y esperanzas, pero esa memoria sin alma tenía todos los rasgos de Victor: también su hermetismo. Los misterios sobre su pasado, todo lo que podría hacerlo más humano, desaparecería con un solo gesto. Dolía pensarlo, pero no tenía más remedio.

Eric pulsó el enter. La voz de Freya leyó en voz alta el texto que ocupó la pantalla.

La activación del protocolo de eliminación resultará en el borrado permanente de todos los datos asociados con esta IA, incluyendo: personalidad, memorias, conocimientos, apariencia, interacciones, configuraciones de seguridad, privacidad y aprendizaje.

Esta acción es irreversible. Una vez completada, no habrá forma de recuperar la información o restablecer el holograma.

¿Está seguro de que desea continuar?

—Estoy seguro. Continúa con el borrado.

Iniciada la eliminación del avatar: Victor Valkyria.

El proceso puede tardar unos minutos.

Una consecución de números y letras ocuparon la pantalla. Los distintos módulos de la IA iniciaban el porcentaje de borrado, desapareciendo uno tras otro al completarse. Eric mantuvo la mirada fija en la pantalla y el aliento contenido en los pulmones. El proceso duró unos minutos. La tensión muscular de ambos ya no solo era molesta, sino dolorosa.

COMPLETADO

La pantalla cambió a Villabruma, mostrando el campo cercano al pueblo. Sin Victor, sin medidor de felicidad, sin música. Solo los manzanos, rebosantes de frutos rojos.

Eric cerró el ordenador. El vacío que dejaba también significaba liberarse de un peso. El de los secretos y la culpa. Iba a doler restañarlo y la cicatriz siempre ocuparía ese lugar, pero podría recuperarse. Renacer. Otra vez.

Miró a Soren en silencio. No necesitaba palabras para saber que también él viviría el duelo. Tal vez el único que se habían permitido. Sin decir nada, cogió el portátil y se encaminó a la salida.

Soren no lo detuvo.

Mientras regresaba al complejo con el Jeep, Eric recibió un mensaje. Con la mente muy lejos de allí, apenas le prestó atención al escueto texto de Alex. A fin de cuentas todos ellos estaban vacunados.

Eric, Gabriel y yo pasaremos el fin de semana en Elysium. Quiero que se distraiga antes de que la tormenta nos deje encerrados. Volveremos el domingo por la noche. Alex.

Era sábado, pero los chicos estaban reunidos en el aula de arte. Las clases se habían suspendido temporalmente. A pesar de eso, querían avanzar sus proyectos y sorprender a Soren cuando regresara. Las teorías volvían a arder como la pólvora: le había picado una tarántula, se había intoxicado con el aguarrás, en realidad tenía una resaca descomunal de su última juerga. Había para todos los gustos.

—No deberíamos bromear con eso, ¿y si está enfermo de verdad? —dijo Kei abanicándose con una enorme hoja mientras hacía de modelo para Mark y Oliver.

—Seguramente tenga que ver con la empresa. Soren también está metido en proyectos arquitectónicos de Valkyria —comentó Roman.

Felix, inmerso en una de sus maquetas, no parecía especialmente preocupado. Se mostraba feliz incluso entonces, con su madre instalándose en el pueblo.

—Seguro que vuelve pronto. A Soren le encanta darnos clases.

Ander salió del laboratorio fotográfico con un par de cubetas de instantáneas recién reveladas. Había descubierto un nuevo hobby y se pasaba las horas muertas buscando cosas que fotografiar. Ya tenía una colección de fotos fallidas de Oliver, porque no era capaz de posar o de mantenerse natural cuando lo veía con la réflex: en todas sacaba la lengua, bizqueaba o enseñaba el dedo corazón.

—Kei es el único que sale bien en las fotos —dijo mientras las colgaba en el secadero.

—En las fotos. Miedo me da ver qué están dibujando estos dos analfabetos artísticos —repuso el aludido, agitando un dedo hacia Mark y Oliver—. Ahora me las enseñas.

Eric entró en la sala, ganando la atención de todos al instante. Las ojeras seguían ahí y su aspecto, sin ser desastroso, estaba menos cuidado que de costumbre.

—¿Os interrumpo?

—No, ¿está bien Soren? —preguntó Kei, alarmado por la visita inesperada y por su aspecto.

—Sí. No os preocupéis. Si tenéis un momento, me gustaría hablar con vosotros.

Ander dejó las fotografías colgadas y se acercó a Oliver como si temiera recibir malas noticias. El aspecto de Eric no era halagüeño. Estaba sucediendo algo y sospechaba que esa era la razón de su visita. La actitud del resto fue similar. El estado de ánimo era extraño desde la noticia acerca del desinterés de sus padres y la cercanía de la misteriosa tormenta no ayudaba a que el ambiente fuera relajado. Lo rodearon hasta lo incómodo, a la expectativa.

Eric los miró.

«Os he engañado. Os he manipulado, espiado y utilizado para un fin terrible. Y lo siento».

Eso era lo que debía decir. Lo que les debía en realidad. Ellos no tenían que pagar por los pecados de sus padres. Eran muy diferentes a ellos, depositarios de la esperanza en un futuro que no parecía tan perdido tras conocerlos.

—Las tormentas se van a adelantar. Mañana se activará el protocolo de seguridad y nuestro recinto se convertirá en una especie de jaula. Puede resultar agobiante. Serán varios meses viendo barrotes en las ventanas, paneles y cúpulas en los jardines. Tendréis que pasar mucho tiempo aquí dentro, pero haremos lo posible por que sea agradable.

Los chicos se miraron entre sí. Sabían lo que iba a pasar, ya habían recibido esas explicaciones por parte del jefe de seguridad, así que no era todo lo que Eric tenía que decir, pero parecía costarle encontrar las palabras.

—Jefe, ¿qué te ocurre? —Oliver rompió el silencio que se había hecho.

—Quiero... que sepáis que cuando termine la estación de tormentas, quien lo desee podrá volver a casa. Vuestra instrucción seguirá en Elysium si deseáis continuar con ella. —Los ceños de los residentes se fruncieron casi a la vez—. Los que quieran permanecer en la isla y adoptarla como su hogar, también podrán hacerlo. Y los que prefieran seguir el plan establecido y regresar tras el curso, también tendrán esa opción.

—¿Entonces hemos ganado el puesto de trabajo? —preguntó Roman.

Eric sabía que visitaba a la niña a menudo con un permiso especial, y se había encargado de asegurarle que ella y su madre podrían quedarse allí para siempre. De hecho Sophie ya trabajaba atendiendo en el colmado, lugar que le permitía no perder de vista a la pequeña Harper. Él no había vuelto a preguntar por sus propias ambiciones.

—Sí. —Eric sonrió al mirarlo. Fue una sonrisa cansada, pero todos pudieron ver cierto orgullo en ella. Fue paseando la mirada de uno a otro—. Aquí o en Elysium, trabajaréis para Valkyria. Creo que su futuro no podría estar en mejores manos.

—Se nota que no viste el proyecto de ciudad que hicieron Mark y Kei... —dijo Oliver con una risilla.

Eric resopló una risa y se sentó en uno de los taburetes. Negó con la cabeza. Dejó unos segundos antes de hablar, observándolos.

—Tenéis dones especiales, aunque tal vez no los veáis. Felix es un visionario cuya creatividad traerá grandes avances. Paul se compromete con sus ideas, pero también es realista. Tenemos que soñar con los pies en el suelo y él nos enseñará a hacerlo. Roman, lúcido, capaz de equilibrar su ambición con su humanidad, una lección que Valkyria debe aprender. Kei, luminoso, comunicativo y sensible, tiene que mostrarnos cómo llegar a las nuevas generaciones. Mark, enfocado y centrado en los problemas inmediatos, nos puede ayudar a enfrentar los retos del presente. —Fue mirándolos uno a uno hasta detenerse en Ander—. Ander... Valiente como para romper con sus propios esquemas y buscar su verdad. Valkyria también necesita encontrar su verdad. Os necesita en este camino, conduzca a donde conduzca.

—¿Hola? ¿Y mi subida de ego? —preguntó Oliver, alzando a la vez la ceja y la mano.

Mark le echó una mirada desdeñosa y Kei le sacó la lengua, complacido con que Eric lo obviase tras la pulla. Eric volvió a sonreír. Esta vez un atisbo de esa sonrisa se reflejó en su mirada.

—No me he olvidado de ti. Aunque no lo creas, eres el genio de este grupo, Oliver. Llevas mucho tiempo creyendo que no hay nada especial en ti, pero brillas, aunque no quieras. Y contagias ese brillo a los demás. Valkyria necesita tus conocimientos y tu pasión.

Ander, que había permanecido serio incluso ante el piropo, tomó la palabra.

—No entiendo. ¿Por qué ahora? —Al recibir la atención del resto elevó el tono de voz, más seguro—. Si vamos a poder estudiar en Elysium, ¿por qué no hacerlo antes de la tormenta, para pasarla allí, seguros?

—Porque necesitaba teneros aislados para ponerlos a prueba —respondió Eric. Ander, además de honesto, era observador—. Quitaros las influencias del mundo moderno, de Internet, incluso de vuestros amigos y familiares. Conoceréis como realmente sois. Pensé que me llevaría más tiempo, pero habéis avanzado muy deprisa y ya tengo clara mi decisión.

Eso disipó las dudas. El ego era una distracción como cualquier otra, una fantasía, una cura para los miedos y las dudas. Eric, aunque hablaba con toda la sinceridad que podía permitirse, lo sabía bien. Cuando los dejó solos apenas se percataron de su marcha, demasiado ocupados en planear otra fiesta de celebración. Los futuros dirigentes de Valkyria, criados entre algodones, llenos de virtudes y defectos, de traumas y fortalezas, aún tenían que madurar.

La propuesta esa vez fue de Oliver: irían disfrazados de Los Niños Perdidos. Era especialista en convertir en muros las piedras que le tiraba la vida y lo demostró una vez más. Rebuscar fue una aventura para todos y una extensión de la fiesta que los mantuvo ocupados toda la tarde. Encontraron disfraces en cajas polvorientas y cada uno representó su visión del cuento con piezas de distintos atuendos.

Salvo Kei, que al faltar personajes para todos, decidió ser Campanilla. Darle uso, por fin, a los vaporosos y originales vestidos masculinos que había traído en sus muchas maletas.

Al día siguiente, las zonas exteriores se cubrirían de corredores y cúpulas enrejadas que protegerían el tránsito de los huracanes por venir, así que decidieron pasar la última noche de calma en el jardín del estanque junto al comedor. Desde lo alto del edificio, después de haber desactivado las cámaras, Eric observó las luces de las guirnaldas con las que los chicos habían decorado el espacio. La fiesta antes de la tormenta era una de las pocas costumbres de Victor que Eric había mantenido. Los recuerdos de su primera y última fiesta con él eran buenos, aunque fuera una despedida. También fue el inicio de su relación con Soren. Pensar en ello lo hizo sentir más solo en lo alto de la azotea, mirando desde fuera cómo se reunían los chicos en el acogedor jardín. Si hubiera seguido con las mentiras, con su plan enloquecido, ahora estaría con ellos, del brazo de Soren... con Victor esperando un momento de atención en Villabruma. Miró el móvil por enésima vez esa noche. La coqueta aldea parecía vacía y triste, el avatar de sí mismo que había creado con la absurda idea de hacer compañía a Victor estaba sentado en un banco de la plaza del pueblo. Solo, con el marcador de felicidad vacío y una expresión de tristeza exagerada. Parecía esperar a su compañero, aún sabiendo que no volvería a aparecer.

Así se sentía Eric. Había perdido todo lo que le importaba en cuestión de horas. Solo esperaba que ese sacrificio salvase una brizna de humanidad en él. Abajo, Mark jugueteaba con una mesa de mezclas. La vieja canción de Nine Inch Nails que sonaba hizo sonreír amargamente a Eric.

And the longing that you feel

You know none of this is real

You will find a better a place

In this twilight^[10]

Paul, sentado en una de las tumbonas junto a Oliver y Ander, tomaba su segundo cóctel. Llevaba hojas y plumas en el pelo y partes de un disfraz de nativo americano.

—Creo que no va a ser tan terrible hacer vida en el edificio blindado —comentó, mirando hacia la negrura del acantilado.

—Explícate —contestó Oliver. Él había repetido el disfraz de fauno, a fin de cuentas era similar a la estética de los niños perdidos y, para él, un símbolo de identidad en ese lugar.

—Pensadlo. El único que baja a diario a la playa eres tú, Ander. Nadie se anima, he visto que te ha tocado pedir a los guardias que vigilen, por eso de no estar solos allí. —El aludido asintió—. Kei y Mark los siguientes, aunque menos. Y yo soy el único que a veces pasea por los acantilados. Que yo sepa nadie tiene vértigo... todos estamos acostumbrados a las alturas. ¿Cuál creéis que es el motivo?

La voz de Roman interrumpió por detrás. Aprovechó un hueco en la tumbona de Paul para sentarse junto a ellos. Él se había limitado a pintarse pecas en la cara y ponerse un uniforme escolar.

—Yo voy a la playa del pueblo. Pero asusta. La sensación de grandeza.

Paul hizo un gesto afirmativo.

—A eso me refiero. ¿Recordáis la habitación de Felix? Es un maldito submarino. Un refugio blindado del exterior. Mis cortinas suelen estar cerradas de día y sé que no soy el único. Pasamos el tiempo en una isla tratando de olvidar que es una isla. Que no hay montañas, ni edificios gigantes, ni nada que pueda protegernos. Ponemos murallas imaginarias porque nos da miedo el horizonte, por desconocido.

Oliver se echó a reír.

—Es oficial, Paul ha bebido demasiado.

—Pero tiene razón. —Ander se ganó una sonrisa cómplice de Paul. Él se había puesto el pelo de punta y se lo había pintado de rojo. El resto de su atuendo: cuero y tachuelas. Un niño perdido punk al que habría odiado su propio padre—. Nuestro entorno nos ha configurado más de lo que somos conscientes. Le pasa a todo el mundo. Hemos crecido en las alturas, pero resguardados por otros edificios, en panales humanos en los que no vemos el horizonte. Hay que tener mucha pasta para ver el *skyline* de Elysium desde tu casa. Esos muros mentales nos siguen donde vamos.

—A mí me da mucho miedo la tormenta, la verdad. ¿Y si se lleva el edificio? —Kei habló desde la tumbona en la que retozaba junto a Mark. Se puso serio. Su compañero le pasó un brazo por los hombros y lo estrechó contra su cuerpo. El rubio era una especie de niño perdido rockero, hasta había traído una guitarra.

—Tienen un protocolo porque han pasado muchas veces por esto —lo tranquilizó Mark—. Si Eric y el resto están tranquilos, ¿por qué no vamos a estarlo nosotros? Además, es toda una experiencia. Ni en un millón de años íbamos a vivir algo parecido a esto en la ciudad.

—A mí me gusta. —Todos miraron a Ander como si no terminaran de creerlo—. A ver, también me da miedo, pero llevo toda la vida soñando con el mar, con playas como esta. Por eso me encanta bajar a la arena y mirar el horizonte. Da vértigo, pero es un vértigo agradable. Creo

que... todas las experiencias trascendentales producen ese efecto.

El resto meditaron sus palabras. Habían llegado a ese punto en que la complicidad de grupo permitía los silencios sin que nadie se sintiera incómodo. Las ranas del estanque comenzaron a croar al encontrar un espacio de calma, pero fue efímero. Felix, que llevaba un rato mirando su teléfono, se dirigió a Kei.

—Estuve buscando información sobre huracanes desde que nos lo dijeron, en la biblioteca. No solo en la sección de estudio. ¿Quieres ver qué pasará si se lleva el edificio? —preguntó con tono divertido.

—¿Que apareceremos en el mundo de Oz? —preguntó con voz trémula.

Felix le guiñó un ojo. Llevaba uno de sus atuendos *steampunk*, aunque había cosido parches de tela al traje para avejentarlos y el sombrero de copa tenía rota y abierta la parte superior. Leyó directamente del móvil.

—Noble hechicera, bienvenida seas a la tierra de los Munchkins. Te estamos profundamente agradecidos por haber matado a la Maligna Bruja del Oriente y liberado así a nuestro pueblo de sus cadenas.

Kei soltó una risilla.

—Pero nos hemos saltado la parte divertida. La de matar a la bruja.

—Eh, a mí eso no me parece divertido —saltó Paul—. Soy pacifista. Prefiero hablar las cosas.

—A la bruja la mata el edificio, no es algo planeado —puntualizó Felix.

Oliver se estiró.

—Volviendo al mundo real. Creo que Soren y Eric han discutido y por eso no aparece por aquí.

—No me gusta ser cotilla —comenzó Roman—. Pero no me extrañaría. Debe ser un momento de mucho estrés. Eso siempre afecta a las relaciones.

—¿Por qué me siento como si mis padres se fueran a divorciar? —Kei no abandonó el tono lastimero. Sorbió su piña colada con un mohín apenado.

—A nosotros nos va a ir bien —dijo Mark. Kei lo miró de reojo—. Vas a refugiarte en mi habitación. Como si lo viera.

—No, más bien vas a venir tú a la mía. La tuya es un caos y no tienes gusto para el interiorismo.

—Roman, tendrás que adoptarnos a mí y a Felix si nos da miedo la tormenta, me parece que las demás habitaciones van a tener el cartelito de no molestar. —Paul miró a Ander y a Oliver con una sonrisilla.

—Yo tengo juegos de mesa en la habitación —añadió Felix—. Podéis venir cuando queráis.

—No desviemos el tema. Vamos a lo importante, ¿qué pasa con vosotros? —Kei señaló a Ander y a Oliver con la pajita.

—Ah... —Ander boqueó, pero no dijo nada. Sus orejas se tiñeron de rojo y miró a Oliver.

Oliver ladeó la cabeza antes de dar un sorbo a su copa azulada.

—A mí no me preguntes, solo soy una cabrita sexy. Y me apunto a los juegos de mesa.

Para alivio de Ander, la atención del grupo se dispersó entre anécdotas y juegos de beber. También hubo bailes, de la mano de Campanilla, que se negaba a resignarse a la idea de que sus compañeros no tuvieran sentido del ritmo.

Ya entrada la madrugada, los grupos se fueron dispersando. Roman, Paul y Felix se fueron los primeros. Kei y Mark desaparecieron en algún momento, dejando solos a Ander y Oliver. Era difícil no enredarse en besos y caricias cada vez que tenían un rato de intimidad. A veces empezaba Ander, otras Oliver, pero en esta ocasión, los dos se quedaron tumbados y en silencio, con el canto de las ranas de fondo. Una cuestión sobrevolaba el ambiente y fue Ander el primero en reunir valor para darle voz.

—No sé cómo se hacen estas cosas —susurró, volviéndose hacia él.

—Yo tampoco —el tono serio de Oliver alarmaba por poco habitual—. Quiero decir, esta situación también es nueva para mí. Estoy acostumbrado a dejar que las cosas fluyan, es lo mejor. Pero... supongo que debo advertirte algo. Voy a quedarme en la isla.

Ander sonrió. Le brillaron los ojos. Oliver veía mucho esa expresión en su compañero últimamente. Era muy distinta a la del principio, a la que solía enarbolar el Ander introspectivo y bastante huraño que aterrizó con él en la isla. Oliver podía ponerle nombre a ese brillo nuevo: era ilusión.

—Podremos aprender juntos. A lidiar con esto y... a fluir —respondió, apoyándose en un codo para inclinarse hacia él como si fuera a hacerle una confidencia—. Me gusta más lo que he encontrado aquí que lo que tengo en Elysium. Yo también voy a quedarme.

Estaba todo dicho. Oliver supo que lo habían elegido. Sobre el resto, sobre Elysium y una vida que ahora parecía un sueño para todos. Lo habían elegido. Y él también elegía. Su respuesta fue un beso lento y pausado. Un beso que ardió en el pecho de los dos con el fuego de los nuevos comienzos.

Liam fue el primero. Liam, el jardinero silencioso, introvertido... fiel. Aquella noche no dormía. Su conexión con las plantas no era algo implantado como en Gabriel, pero había aprendido a entenderlas y a captar los patrones que las alteraban, compartiéndolos. El aire estaba cargado de humedad y estática. La tormenta iba a adelantarse. Las primeras gotas diminutas salpicaron el cristal de su ventana cuando el pequeño holograma apareció sobre el teléfono. Liam respiró hondo.

Victor, de pie, envuelto en una pesada túnica negra con una capucha que no llegaba a cubrir su enorme sonrisa juguetona.

Tres, es el momento que esperábamos. Ejecuta la orden sesenta y seis.

Liam suspiró. Minutos después salió hacia la selva, con dos baldes repletos de preparado alimenticio. El último que Los Otros tomarían.

En el dormitorio grupal de los laboratorios, Cuatro fue el primero en despertarse.

Ejecutad la orden sesenta y seis.

Lloraba a mares cuando Seis empezó a espabilarse, sentado con la cara enterrada en las manos. Fue Cinco quien, circunspecto, puso a Seis en antecedentes.

—Vamos. Hoja Caduca acaba de reactivarse. Hay mucho que hacer.

Ejecutad la orden sesenta y seis.

Nueve y Catorce, Ethan y Noah, instalados en el pueblo desde hacía días, miraban el teléfono en silencio.

—No tenemos que hacerlo. Siempre hay una salida —murmuró el primero.

—Nunca hay una salida —contestó Catorce con los labios apretados. En él podía intuirse al muchacho asustado que años atrás recibió a Eric en la isla. Agarró su teléfono y marcó un número de tres cifras—. Noah. Protocolo Sesenta y Seis activado. El personal de la sede de Valkyria tiene tres horas para recoger a sus familiares y entrar al bunker antes de que las puertas se cierren.

A su lado, sin querer pensar, sin permitirse pensar, Ethan hacía otra llamada.

—Ethan. Iniciar Protocolo Ragnarok dentro de dos horas: retirad y bloquead todos los paneles protectores de la lluvia ácida.

Ejecuta la orden sesenta y seis.

En Elysium, la voz despertó a Dos.

Había soñado muchas veces con ella, pero supo que no era otra de las pesadillas repetitivas. Sabía lo que tenía que hacer. Disponía de dos horas para coger el avión, pero perdió quince minutos antes de lograr que su cuerpo respondiera. Cuando al fin pudo encajar un paso tras otro, se detuvo ante la puerta entreabierta de otra habitación, escuchando la respiración tenue, observando la forma en que la sábana creaba una pequeña montaña sobre la cama.

31. No funcionará.

They are all, they're everything, they are mine

Silver shoes you're mine, you are mine,

You are mine

Hate will live on

This is the end of all the miracles

Farewell to you yellow brick road

The wicked witch is dead [\[11\]](#)

Una suave balada de metal melódico comenzó a sonar en la habitación de Kei cuando las primeras luces de la mañana trataban de atravesar las nubes negras. Mark dormía profundamente. Kei, no lo suficiente. Una parte de su cerebro detectó el sonido y mandó una señal de aviso, que no de alarma: aquel no era el despertador. Kei bostezó antes de abrir los ojos. La lamparita estaba encendida. Junto a la cama, inclinada sobre él, una mujer de rostro verde y larguísimo pelo azabache sonreía con maldad.

El volumen de los gritos sacó del sueño a todos los residentes de la segunda planta.

En la cuarta, la alerta saltó despertando también a Eric. Se había quedado dormido en el sofá, casi al amanecer, y apenas logró una hora de sueño inquieto y pesado. Con el corazón desbocado, agarró el móvil y comprobó que la señal venía de una de las habitaciones. La de Ander. Descolgó.

—Eric, Kei está de fuera de sí. —Ni siquiera lo dejó hablar—. Dice que alguien se ha metido en su habitación.

—Enseguida bajo. Llama a los guardias de recepción.

—Ya lo he hecho, pero no viene nadie.

Eric frunció el ceño y colgó. No tenía que perder el tiempo vistiéndose: iba con la misma ropa del día anterior, con la que había caído rendido tras intentar distraerse con un maratón de películas antiguas. Pensó en Gabriel y en Alex, que no habían regresado de Elysium, y la preocupación llegó al mismo tiempo en que se dio cuenta de lo raro que era que Gabriel saliera de la isla. Era el jefe de seguridad, debía estar cuando el protocolo se activara.

Tal vez ya estaban allí, pero no lo habían avisado. Con esa esperanza, bajó tan rápido como pudo a la segunda planta. La mayoría estaban fuera de las habitaciones, cruzados de brazos con cara de circunstancias. Dentro, Mark y Ander acompañaban a Kei. El primero sentado junto a él en la cama, el segundo en cuclillas, sosteniendo uno de los helados que se compraban con monedas, envuelto.

—Venga... el dulce siempre ayuda. Va a derretirse.

Kei ya no lloraba, pero tenía la cara roja y temblaba como una hoja. Cuando vio entrar a Eric se levantó de un salto.

—¡¡Había una mujer junto a mi cama!! —chilló.

A Eric no le pasaron desapercibidas las risitas ahogadas del exterior. Echó una mirada contrariada a la puerta. Ander y Mark, al menos, se lo tomaban en serio. Estaban preocupados.

Podían ser terrores nocturnos, pero Kei no tenía eso en su historial, ni le había ocurrido estando en la isla. A Eric no le gustaba. Afuera, el sol apenas podía traspasar la capa de nubarrones negros y un trueno, amortiguado por los cristales aislantes, hizo vibrar la estructura. Tendrían que adelantar el protocolo.

—Kei, cuéntame qué has visto exactamente —le pidió sentándose en el borde de la cama, junto a él.

—Una bruja. Una bruja verde —hipó.

Mark, cogiendo el helado, apretó los labios para no reír también. Era difícil tomar en serio aquella situación, aunque había estado consolando a su compañero desde el primer momento, cuando el grito lo despertó como una bocina.

—Le he dicho que debió ser una pesadilla. Estuvimos bebiendo, hablamos del Mago de Oz y se sugestionó.

—¿Solo tomasteis alcohol? —Eric le puso la mano en la frente, como una madre preocupada. No tenía fiebre ni ningún otro síntoma.

—Sí. A uno que yo me sé ya se le acabaron las pastillas.

—¡¡No estaba soñando!! ¡No tengo cinco años! ¡Y eso es mío! —espetó Kei volviéndose como una culebra para quitarle el helado. Darle un lametón, al menos, sirvió para que su cara de susto cambiara a una de simple irritación.

—A lo mejor fue la madre de Felix —sugirió Ander.

Este asomó la cabeza por la puerta.

—Mi madre está en el pueblo, no anda colándose a espiar gente y no es verde. Ojalá. Ojalá fuera verde, quiero decir.

—La tormenta provoca estas cosas a veces, Kei. O puede que tus compañeros te hayan gastado una broma, que me parece lo más probable —dijo Eric, mirándolos de reojo.

—Imposible que ninguno se haya quitado un disfraz así de rápido —apuntó Ander.

—En cualquier caso, enviaré a los de seguridad a dar una vuelta por si ven a alguien. Y voy a traerte un calmante. ¿Os quedáis con él?

Todos entraron. La curiosidad pesaba más que el hambre.

—Si era verde, era la Bruja Malvada del Oeste. A la que Dorothy mata tirándole agua. Pero no era mala, Kei. Se llamaba Elphaba y solo quería vengar a su hermana. Hay otro libro donde explican cómo las circunstancias la convierten en la villana del cuento —explicó Felix, sentándose en uno de los pufs.

—¿¿Y cómo iba a saber yo eso?? —gruñó Kei.

Eric se detuvo en la puerta. Conocía a alguien con una enfermiza afición por los disfraces y los cuentos antiguos, pero era imposible. Se presionó el puente de la nariz y negó. Estaba agotado. Lo echaba de menos. Echaba de menos a Soren. Dejó a los chicos hablando entre ellos en la habitación y bajó al vestíbulo. Uno de los guardias se dirigía al exterior. Lo detuvo para interrogarlo sobre el incidente. La respuesta fue tan contundente como convincente: no podían atender la pesadilla de un crío cuando tenían la tormenta encima. Eric aprovechó para dar las órdenes oportunas: había que desplegar las protecciones del edificio, las zonas exteriores podían esperar. Los guardias ya sabían lo que tenían que hacer, por lo que no tardó en quedarse solo. Cuando se disponía a ir a la enfermería, una voz lo detuvo en seco.

—¡Eric! —Era Soren. Su palidez y la expresión asustada en su rostro le helaron la sangre.

Ethan y Noah llegaron corriendo detrás. Los guardias cerraron las puertas a sus espaldas, con un golpe que retumbó en toda la planta. Los tres estaban empapados.

—La entrada a la carretera subterránea que comunica esto con el pueblo no se abre —continuó Soren, jadeante—. Y los teléfonos ya no dan señal.

Ambas cosas entraban dentro de la normalidad. La señal de los teléfonos iba y venía durante la temporada de tormentas y siempre había fallos en todo lo que dependía de la tecnología, aunque ese era grave. Esa carretera sería su fuente de abastecimiento cuando salir resultara del todo imposible. Los dos guardias ni siquiera esperaron a la orden antes de correr hacia las escaleras de bajada. Ya habían activado las protecciones de puertas y ventanas, que se deslizaban hacia el suelo con lentitud.

Ethan y Noah estaban igual de pálidos. El segundo agarraba un trozo de su camisa y lo retorció entre los puños crispados de forma repetitiva. Eric no lo había visto así en años, un recuerdo amargo, un *deja vu*.

—Hace dos horas ha aterrizado un avión —musitó Ethan, con la mirada baja—. Era Dos. Quiere hablar contigo, pero no ha querido arriesgarse a venir. Ninguno queríamos, en realidad, pero Soren se ha empeñado y... conduce fatal. No íbamos a dejarlo solo.

Ya no era una corazonada. No era el nerviosismo natural de la tormenta. Estaba sucediendo algo. La bruja, la carretera cortada, la aparición de Soren y los teléfonos sin señal. El gesto culpable de los chicos. Todo formaba parte de una misma cosa y no se atrevía a sacar conclusiones.

—Dos ignoró mi llamada cuando os hice venir a vosotros. Y nadie aterriza sin mi jodido permiso. —El tono de Eric se endureció—. ¿Qué está pasando?

—Hay más. Yo no me había enterado de lo del avión. Fui a verlos porque, cuando todavía teníamos red, alcancé a ver las noticias —dijo Soren señalando a los dos chicos—. Eric, se ha desatado el caos en Elysium. Los paneles protectores de la lluvia ácida no funcionan desde hace horas y nadie contesta a los teléfonos en la sede. Así que dímelo tú, ¿qué está pasando?

Eric tensó la mandíbula. Su rostro perdió el poco color que le quedaba. El pánico mordió sus entrañas.

—No lo sé. No he dado ninguna orden. —Mentiras a medias. Otra vez. Sabía lo que estaba pasando, pero era imposible que estuviera pasando. Señaló a Ethan y a Noah—. Creo que ellos saben más que yo.

Sonsacarlos era una pérdida de tiempo. Sacó el comunicador y marcó el número de los laboratorios, apartándose de ellos con un resoplido. Había línea, se escuchaban los tonos, pero nadie respondía. Lo volvió a intentar un par de veces, tampoco hubo éxito. Si estaban allí, no tenían intención de comunicarse.

—Soren, ven conmigo. Nos armaremos y bajaremos con dos guardias —ordenó, reuniendo toda la frialdad de la que fue capaz en ese momento.

Catorce rompió a llorar.

—No. No vamos a disparar a nuestros compañeros —contestó Soren con la misma sequedad—. Y si es lo que creo, lo que todos creemos, las armas no servirán de nada.

Mientras todos caminaban hacia la zona de las escaleras, Oliver y Paul se asomaron.

—¿Pasa algo? —preguntaron al unísono.

—¡¡Volved arriba!!

El grito destemplado de Eric los hizo huir como conejos. El acceso a los laboratorios estaba abierto, aunque los guardias seguían trabajando en el panel de acceso al nivel de la carretera subterránea.

—¿Y crees que siguen siendo nuestros compañeros? —espetó Eric, sin embargo, no insistió con las armas.

—Que lo dudes me parece terrible —replicó Soren, caminando tras él a toda prisa.

—Están ocultándonos cosas. Están actuando a nuestras espaldas.

—¿Y de qué me suena eso, eh?

Eric no replicó. Tenía razón. Al parecer, todos allí tenían secretos cuando él creía ser el único. Al entrar en el corredor de los laboratorios, comprendió por qué Gabriel y Alex no habían regresado: en realidad, ni siquiera se habían ido. Los vio a través del cristal del primer cuarto. Gabriel se lanzó a abrir la puerta, pero el cerrojo no se movió hasta que no fue Eric a hacerlo.

—¡¡¡Hijo de puta!!!

Todo ocurrió demasiado deprisa para reaccionar. La puerta se abrió. Eric escuchó los gritos preventivos del resto incluso antes de ver el puño de Gabriel. El estallido de dolor en la nariz llegó en forma de un telón negro pintado de moscas blancas y un torrente de calor húmedo hacia su garganta. Alguien lo sujetó por debajo de las axilas, desde la espalda, para que no cayera al suelo. Más gritos. Cuando el telón negro se apartó de su visión, Gabriel lo encañonaba con su arma ante la horrorizada parálisis del resto, Alex incluido.

Levantó las manos despacio. Conocía el brillo en los ojos de Gabriel. Le conocía. Sabía lo cerca que estaba de morir en ese instante.

—Baja el arma, por favor —le imploró—. Y escúchame. Nos están manipulando... Sabes que yo no te he encerrado ahí.

A Gabriel le temblaba la mano. Alex lo mantenía sujeto del pecho, pero aquello no serviría de mucho si decidía disparar.

—No ha sido él —susurró Ethan—. Ha sido Victor. Con nuestra ayuda.

El arma se movió hacia él justo cuando sonó un chasquido que hizo saltar a todos. La puerta del fondo acababa de abrirse.

—Y la nuestra.

Cuatro, Cinco y Seis se apretaron unos contra otros como gatitos indefensos cuando la mira paseó por sus cabezas. Las luces se apagaron. La iluminación llegó del centro del pasillo, entre ambos grupos. Un paraguas brillante que cobijaba a una figura masculina, delgada pero fibrosa, descalza, en ropa interior blanca. Con una máscara igual de blanca... y una enorme sonrisa dibujada.

Yo soy el Neuromante. Wintermute. El Alcaudón. Hal 9000. Yo soy la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam, soy el Gran Hermano, soy Ozymandias. Yo soy el Overlook y sus fantasmas, El rey de amarillo, Randall Flagg. Yo lo soy todo... sin ser nada.

Los conspiradores lo tenían pintado en la cara. Bajaron la cabeza. Soren sujetaba a Eric y lo ayudó a ponerse en pie, tirando de él para que se alejara de la ominosa presencia.

Gabriel retrocedió. La pistola tembló en sus manos antes de caer inconsciente sin previo aviso. Alex, que ya lo sujetaba, evitó que se golpeará contra el suelo ahogando un grito de horror.

—¡Gabriel! —Le palmeó el rostro y empezó a desabrochar la máscara que cubría su boca y su nariz.

—Lo borramos. Yo te vi hacerlo... Te vi hacerlo... —susurró Soren—. ¿Me mentiste?

—No. Te juro que no —respondió Eric, incapaz de apartar la mirada de aquella imagen—. Tienes que creerme.

Victor había escogido presentarse de la misma manera en que lo vio por primera vez, en otra vida.

—¡Tiene la máscara desconectada!! ¡Victor, por favor! —gimió Alex.

Así de fácil. Un chasquido de dedos y la atención, las peticiones, las súplicas, volvían a dirigirse a su legítimo dueño. La presencia holográfica miró a Alex.

—Solo tenéis que desarmarlo. Volveré a bajar los niveles de oxígeno de la zona y conectaré su respirador. No queremos riesgos, queridos míos.

Fue Eric el que le quitó la pistola antes de que nadie más pudiera hacerlo.

—Por favor... Por favor... —Alex, desesperado, le ajustaba de nuevo el respirador. Las lágrimas le mojaban ya las mejillas.

—¿Qué habéis hecho...? —preguntó Eric al trío que seguía apiñado al fondo, tras la imagen de Victor.

El gañido aliviado de Alex llegó cuando, con Soren agachado a su lado, notó que el aire especial de Gabriel volvía a circular por la máscara.

—Lo siento, Eric. Todos lo sentimos. Comenzó el año pasado... —musitó Cuatro.

Victor se quitó la careta.

—Al menos no han sido cinco años... —dijo Soren por lo bajo. Eric ya no era el único objeto de su decepción.

—¿Por qué no dijisteis nada?! —Eric los apuntaba ahora a ellos a través del holograma.

—Por lo mismo que tú —dijo Soren poniéndose en pie. Hubo asentimientos—. Porque no parecía tan terrible, ¿no? Por miedo. Por nostalgia. No lo dijeron por eso, Eric. No puedes castigarlos.

—Fue hace un mes. Estábamos asustados —añadió Catorce con un hilo de voz.

Eric dirigió la pistola a Noah y a Ethan, que se puso delante de su compañero. Durante unos tensos segundos, solo los miró. Una idea atroz pasó por su mente. Sería rápido. Terminaría con todo. Y no castigaría a nadie. Solo al único culpable de aquello: a Eric Bucket, quien se había atrevido a soñar que poseía el poder de cambiar las cosas.

—Suelta la pistola, por favor... —Como si hubiera leído su mente, la voz de Soren lo detuvo.

No podía dejarlo solo. No con lo que estaba por venir, con la carga de verlo morir así. No era momento para ser cobarde. La pistola cayó al suelo y se deslizó lejos cuando Eric la pateó, frustrado.

Victor se acercó a él con pasos lentos. Una vez más, intentó acariciar su rostro sin

conseguirlo. Eric lo miró con los dientes apretados, la sangre goteando de su mentón desde la nariz rota.

—Necesitaba a alguien fuerte. Con carácter, con agallas. Caleb y Chris lo eran. Gabriel lo es. Pero nunca resultaba suficiente. Necesitaba ese punto de inocencia tan tuyo, Eric. Siento haber agotado ese pozo hasta secarlo. —Miró al resto, uno por uno—. No quiero que os culpéis. El proyecto final es solo cosa mía. Eric no sabía nada. Cuatro, Cinco y Seis, mis pequeños científicos, no tenían ni idea del alcance de sus pruebas.

Los aludidos se miraron entre ellos. Aquello era un regalo secreto. El silencio de Victor era lo único que les permitiría seguir viviendo sin ser absolutamente repudiados por la mitad de sus compañeros. También era una cadena.

—¿Qué proyecto? —preguntó Soren tras unos segundos.

—La unión de todos los demás. La solución final. Ragnarok. La aniquilación total de la enfermedad que hace agonizar al planeta.

Asimilar lo que acababan de escuchar no era fácil. El silencio se hizo en el pasillo. Todas las miradas fijas en Victor. Eric sintió un nudo cerrarse en su garganta. La cadena que acababa de ponerle ahogaría su voz por el resto de sus días. La alternativa, la libertad, pasaba por confesar. Por renunciar a todo. A Soren. Tener solo su odio para siempre.

—¿Qué...? —Escogió cerrar la cadena alrededor de su cuello y apretarla—. No... No lo hagas, por favor. —El tono suplicante de Eric, casi sin aliento, los pilló a todos por sorpresa—. Lo que insinúas es una monstruosidad.

Victor le mostró la más horrible de sus sonrisas: victoriosa ante su teatral hipocresía.

—Es necesario. La tierra se muere, residentes. Los nacidos en este año son su última generación. Siempre parecía que estaba un poco más lejos, ¿verdad? Pero desde hace un tiempo, yo lo sé todo. Puedo hacer complejas ecuaciones que jamás habría soñado. Cálculos exactos. Física, química... todo el conocimiento de la humanidad, todo lo almacenado. Además, los drones de Valkyria son mis ojos ahí fuera. No quedaba tiempo. Ya no. Y hubiera sido incluso menos agradable.

Gabriel se irguió de golpe, jadeando, apretándose la máscara contra la cara. Victor lo observó de reojo, el odio con el que lo miraba.

—Conozco los secretos que destruirían cada pequeño submundo... y, aun así, siempre he buscado opciones para la paz.

Demasiado anonadados, ninguno sintió extrañeza cuando Gabriel se mantuvo quieto, sin protestar ni atacar. Había entendido el mensaje. Había aceptado su propia cadena. Victor continuó.

—Solo queda un poco de trabajo. Un pequeño empujón. La humanidad, como yo, tiene su propia copia de seguridad... que se reparará. Cuando esté preparada. Como últimos supervivientes, tendréis que dar ejemplo. A fin de cuentas, hay otras vidas de las que cuidar. —Miró hacia arriba con gesto divertido—. Muy curiosas. He tenido que bloquear el acceso a esta zona, Eric. Tus propios pajaritos están revueltos.

Noah buscó refugio en los brazos de Ethan y rompió a llorar. Soren agarró la mano de Eric, que pudo notar el temblor en todo su cuerpo. Lo atrajo hacia sí para abrazarlo. No era merecedor de ello. De nada. Pero Soren no tenía por qué sufrir más.

—Hablaré con ellos... Les diré que la tormenta nos ha traído algunos problemas. Ellos no tienen que saber lo que ha salido de aquí.

—Ajá. Por cierto, el tema de la carretera subterránea no es cosa mía. Habéis descuidado el mantenimiento y ya ha sucedido antes. Tecnología antigua, cables cruzados. Cuando suceda el primer apagón y salte el generador, funcionará sin problemas. Gabriel, me temo que los de la selva están muertos. —Al ver que las expresiones de horror regresaban, se encogió de hombros—. Hay tiritas que es mejor quitar de golpe, chicos. Lo lamento. El virus y la vacuna salieron tanto de ellos como de ti, pero no podía arriesgarme a que siguiera produciéndose. Quédate con que habéis sido la salvación del planeta y de la gente que amas.

Desapareció, dejándolos a solas con su dolor, con el grito roto de pena que emitió Gabriel desde lo más profundo de sus pulmones modificados, con los llantos evidentes y las lágrimas silenciosas.

Calmar a los chicos no fue fácil. Disimular la angustia por la que él mismo se arrastraba fue lo peor, pero Eric era un maestro de las máscaras. La que se puso esa noche, no se la podría volver a quitar jamás. Acabaría fusionándose con su verdadero rostro, hasta hacerlo creer que la máscara nunca existió. Era una cuestión de supervivencia.

Pero esa noche fue la peor de todas. La noche en que tuvo que cosérsela a la piel sin anestesia.

Las excusas fueron suficientes: el aparato eléctrico de la tormenta había inhabilitado algunos sistemas, pero lo habían solucionado. Era mejor que se refugiaran en sus habitaciones, que se distrajeran hasta el mediodía, cuando servirían la comida. La rutina quedaba suspendida hasta nuevo aviso, pero la biblioteca, el cine y el gimnasio estarían abiertos todo el día.

Soren estuvo a su lado, dando explicaciones y asegurando que no iba a irse. Eso calmó a los residentes más que cualquier excusa. Todos pensaron que la nariz rota y la sangre en la camisa de Eric tenían más que ver con una tensa reconciliación que con el accidente que inventaron. De hecho ese golpe fue la mayor distracción, lo que los mantuvo más interesados en el cotilleo y las elucubraciones que en la realidad. Aún no era mediodía cuando terminaron. La tormenta en el exterior sacudía los árboles y arrancaba las primeras ramas. Una noche brumosa se había tragado la isla y no la escupiría en días. En el vestíbulo, Eric se detuvo y miró a Soren, dudoso.

—Ven a casa conmigo. No quiero estar solo...

—Yo tampoco —suspiró Soren.

Una vez arriba se dedicó a curarle la nariz, hasta el momento solo taponada con papel higiénico. Las ojeras de Eric, gracias al golpe, se habían convertido en dos círculos púrpura que le conferían un aspecto de mapache travieso. Cuando acabó, sentados en el sofá, Soren rompió un silencio que ya duraba cerca de una hora.

—En cierto modo... estoy tranquilo. No había estado tan tranquilo en meses, quizá años.

—Ha sido mi culpa... —Eric tenía la voz ronca, dolorida—. Y no sabes cuánto va a pesarme esto. No haberlo borrado cuando pude hacerlo.

—Te engañó. Como a todos. Hizo que después de tu regreso todo sucediera tan rápido que no tuvieras forma de pararte a pensar. Porque, siendo sinceros... ¿de verdad creías que iba a dejar en tus manos la posibilidad de borrarlo? —Soren soltó una risita seca que rayaba en lo histérico.

Victor lo había manipulado, sí. Victor no iba a dejar que lo borrara, también. Victor llevaba mucho tiempo colocando las piezas, pero él, Eric, había ajustado la pieza final. Lo hizo de buena gana. Convencido. Era lo mejor: sacrificar al animal que agonizaba para ahorrarle un sufrimiento mayor. Una muerte indigna, lenta y agónica.

Medias verdades. Eric se aferró a ellas. No le quedaba más para calmar su conciencia.

—No. Creo que habría seguido ahí, agazapado como estos días, haciéndome creer que se había ido.

Soren le palmeó la espalda. Parecía estar al borde de la euforia.

—¡Pero piénsalo! Se acabó. Se acabaron las responsabilidades, las noches en vela, el miedo a lo que pueda pasar, a estar haciendo algo mal a... a fallar. Se acabaron las decisiones difíciles, los problemas, las reuniones, los viajes eternos, la lástima por ver cómo todo languidece. ¡Volvemos a ser libres, Eric! ¡Todo vuelve a ser como antes! ¡Mejor, porque ya no habrá pruebas, solo paz! Desde que tuvimos la estúpida idea de intentar escapar de la isla solo ha habido tensión y dificultades. Ahora, regresamos a la línea de salida. Podemos volver a ser nosotros mismos. Puedes volver a ser... el chico del que me enamoré.

Eric tragó saliva. Notó la cadena en la garganta. El punto exacto donde su voz se quedaba trabada, estrujada. La aceptación de Soren, su tono acelerado, su verborrea, eran un reflejo del pasado. Lo que veía en él no era la paz que decía sentir: era una regresión. Volvían al punto de partida. Eso significaba que, de nuevo, eran esclavos. Sin responsabilidades, sin ataduras —más allá de la cadena que los unía a su amo—, sin las preocupaciones que conlleva la libertad. El círculo se cerraba. Escapar de él solo había sido una ilusión. Soren volvía a ser quien era antes de saber quién era en realidad.

—No, Soren... Yo nunca volveré a ser Trece. —Eric le tocó el rostro y dejó la mano en su mejilla, cobijándola—. Y tú nunca volverás a ser Siete. Si algo puede darme una mínima redención en esta vida que nos espera, es asegurarme de que no olvides quién has logrado ser.

Soren le sujetó la mano, serio.

—Entonces déjame elegir quién quiero ser. Porque si elijo pensar... Si decido darle demasiadas vueltas a esto en lugar de dejarme llevar, como en realidad he hecho siempre... puede que le termine dando demasiado peso a la idea de que Chris y Caleb murieron para nada. Y por seguirte. —Se levantó—. Vamos a dormir.

No había redención posible. Eric tendría que convivir el resto de su vida con los escorpiones de una mente culpable.

Y pensó que era de justicia.

Los tres días que siguieron fueron silenciosos y lentos como un velatorio. Los que sabían la verdad evitaron salir de sus estancias, masticándola como podían. Había demasiado que tragar. Mucho más que digerir. Cuando el primer gran apagón de la temporada de tormentas al fin reinició el sistema de apertura de la carretera, tuvieron la sensación de que resucitaban. De que la losa que tapiaba su caverna se retiraba y dejaba pasar un soplo de oxígeno en el aire viciado. Eric y Soren apenas habían hablado, pero compartieron el hogar que habían creado juntos. Se permitieron el consuelo del descanso y la disociación. Cuando recibieron el aviso de Gabriel, se vieron obligados a enfrentar de nuevo la realidad.

—Eric, ya hay comunicación con la isla. Dos te está esperando —habló a través del

comunicador.

El viaje en coche por la carretera subterránea apenas duraba cinco minutos que se sintieron horas. Comunicaba, a elección, con tres lugares: los almacenes del puerto, la planta baja del hospital y el sótano de lo que antes eran los juzgados, reconvertidos en la escuela de las chicas. Las estudiantes y los becados, sobre aviso acerca de las tormentas mucho antes que los chicos del complejo, habían llevado bien la situación. Estaban de vacaciones, disfrutando del descanso en sus propias habitaciones compartidas.

Liam y Marcel, más conocido como Dos, aguardaban sentados en una especie de sala de diapositivas iluminada por halógenos. Ninguno había visto a Marcel desde que se marchó de la isla cinco años atrás. Parecía haber envejecido veinte años de golpe. Los dos alzaron la vista al ver entrar a la pareja, con gesto cansado y culpable.

—Lo siento, Eric —comenzó Liam—. Espero que sepas que nunca fue nada personal, pero esto había empezado mucho antes de conocerte.

Cansado de bregar con las emociones, Eric negó con la cabeza.

—En el fondo es un enorme alivio, Liam. Me hará más llevadero el futuro...

El jardinero no necesitó más para entender. Marcel saludó con una inclinación de cabeza a Eric y a Soren. Su pelo había encanecido, ya no lo llevaba teñido y podían verse mechones de un rubio ceniza entre las hebras blancas.

—Me gustaría que este reencuentro se hubiera producido en otras circunstancias para decirte que me alegro de verte, Marcel —lo saludó Eric—. ¿Qué es lo que querías decirme?

—Espera —interrumpió Soren—. ¿Está aquí?

Marcel apretó los labios.

—Sí. Y sí —señaló a una esquina del techo, donde se atisbaba la silueta de una cámara anticuada y aparatosa—. No hay una manera fácil de contar esto. Menos aún después de todo lo que habéis pasado. Pero os suplico que lo veáis como una oportunidad. Porque se lo merece. Porque... no es lo mismo, yo lo sé. Soy el único que lo sabe. En fin. Eric, antes de...morir, Victor te habló del Proyecto Avatar. Transferir conciencias a cuerpos sanos.

Soren los miró, interrogante. Eric asintió, miró a Marcel con recelo.

—Victor me dijo que había detenido la experimentación. No lo hizo, ¿verdad? Habéis seguido a mis espaldas.

—No funcionó. Nunca se logró transferir nada a los sujetos de prueba. A seres que, incluso catatónicos o amnésicos, ya habían vivido su propia vida. Ya tenían formado y moldeado el cerebro.

—No sé si me gusta hacia dónde va esto —intervino Soren—. Suéltalo de una vez, Dos. ¿Qué tenemos que ver como una oportunidad?

Marcel se levantó, intercambiando una mirada con Liam.

—No sé cuándo empezó a escribir y grabar sus diarios, Victor. Puede que fuera un poco antes de llegar a la isla o un poco después. Se supone que será entonces cuando se active. Pero yo sé que tampoco funcionará. ¡Lo sé!

Abrió una puerta lateral y tendió la mano al interior. Todos lo vieron a la vez. Una manita aferró sus dedos con delicadeza para seguirlo. Tímido, medio oculto por el cuerpo de Marcel a modo de escudo ante los desconocidos. El pelo, casi blanco de puro rubio, le llegaba por debajo

de los hombros. Los enormes ojos negros los observaron con temerosa curiosidad.

Al comprender lo que ocurría, Eric y Soren se quedaron petrificados, observando al niño que se asomaba tras Marcel. Soren agarró la mano de Eric con tanta fuerza que le hizo daño, pero Eric ignoró el dolor, incapaz de centrar los sentidos en otra cosa que no fuera el pequeño. Él fue el primero en acercarse. Soren lo soltó cuando se arrodilló para ponerse a la altura del crío.

—Hola —dijo tendiéndole una mano temblorosa.

El niño, tras un momento de duda, lo imitó. Eric agarró su manita con cuidado.

—Este es Eric. Dile cómo te llamas y cuántos años tienes, cielo —dijo Marcel.

Una nueva duda. Natural, rodeado de gente extraña en un sótano húmedo y desordenado.

—Victor. Tengo cuatro años. Y medio —explicó al final, levantando todos los dedos de la mano libre menos el pulgar.

—Cumple cinco la semana que viene. Para... el aniversario. Ya sabéis. Y va a tener una gran fiesta, ¿verdad? —Marcel le acarició el pelo. Su tono de voz era suave, cariñoso, distinto a cualquiera que le hubieran escuchado antes.

Soren se cubrió la boca con las manos. Miró a Dos con un brillo acuoso en los ojos, entre el terror y la esperanza. Dos negó con la cabeza: todo irá bien, será distinto, parecía decir.

—¿Estás asustado, Victor? —Cuando el niño asintió, Eric le acarició la cara con la mano libre. Le temblaba la voz al hablar—. No tengas miedo. Has venido a casa. Nosotros somos tu familia... —Eric volvió el rostro hacia Soren—. ¿Verdad?

Soren asintió de forma categórica. Se arrodilló junto a Eric y tomó la otra manita. El miedo del niño empezaba a esfumarse, sustituido por una tierna curiosidad. Al ver a Soren a su lado, Eric sintió que la cadena en su cuello se abría un poco. Que lo dejaba respirar. Rodeó a su compañero, —su amor, su amante— con un brazo y atrajo al crío hacia ellos para compartir un abrazo que lo cobijó entre los dos adultos. Aquella era su esperanza, la redención que parecía imposible. Lo único que podía reparar los lazos rotos entre ellos. De alguna manera, también era una redención para Victor. Le darían a ese niño todo lo que él no tuvo. Lo colmarían de amor. Jamás lo soltarían. Eric pensaba cumplir todas sus promesas.

Marcel tenía la mandíbula endurecida y los ojos igual de húmedos, no le iba a ser fácil renunciar a lo que había empezado como una carga. Respiró hondo.

—Él sabe que tenía unos papás a los que todavía no podía conocer. Se lo he explicado desde que pudo entenderlo. Siempre ha querido conoceros. Es un niño maravilloso. No funcionará.

Pero la duda pesaba sobre todos ellos. Una marea que subiría lenta e inexorable con el paso de los años. Construirían diques. Construirían los mayores diques que hubiera conocido la humanidad.

En sus dominios de Villabruma, tomando un sorbete *kawaii* con un contentísimo Eric *kawaii* virtual, Victor sonreía de oreja a oreja.

...no funcionará...

—Oh, claro que lo hará.

En Elysium, los engranajes llevaban tiempo girando y cada uno cumplía su papel.

Elvira Monter usaba los fertilizantes y el grano salía en camiones que se distribuían a toda la

industria alimentaria. !Nyam, pese a la desaparición de su dueña, presidenta y principal accionista, hizo los cambios para tomarlos como proveedores y cada día facturaba millones gracias a la comida preparada y asequible que llegaba a cada rincón de la ciudad. Regalar hamburguesas en los barrios obreros fue parte de una estrategia de *marketing* brillante. Maya Kirke y Silas Heks, desde sus respectivas posiciones política y empresarial, orquestaron y llevaron a cabo la campaña de desprestigio que dejó sin subvenciones ni fondos a los laboratorios NanoVida, los únicos que tenían una mínima posibilidad de encontrar una cura sin los seres de la isla.

Las calefacciones, drones, ventilaciones, aires acondicionados y extractores de marca Valkyria giraban, esparciendo letalidad invisible. La enfermedad empezaba a aparecer en las noticias como un virus respiratorio muy contagioso cuando Tylmann giró. FreakBrain se llenó de vídeos en los que primaba el sexo sin protección, casual y descontrolado como rebeldía a las peticiones de distanciamiento social.

El mensaje calaba hondo entre los jóvenes.

Yadek giró y colmó la red de mensajes acusando al gobierno de conspiranoico y exagerado. El virus ya enterraba sus raíces en la sangre de muchos cuando organizó un evento multitudinario. Un hombre de verdad no temía a nada. Un hombre de verdad no escuchaba a los betas. Un alfa sudaba la testosterona a base de planchas y burpees junto a otros como él. Un alfa rendía culto a la masculinidad que se enfrentaba a la vida con fuerza y valentía. El sagrado masculino los protegería de cualquier mal. Ellos no contribuirían al futuro de hombres blandos que sentenciaría a la humanidad.

Los engranajes giraban sin saber que ellos eran el motor de la destrucción.

Epílogo

Las clases se reiniciaron la primera semana de la estación de tormentas. Hubo una celebración: Soren y Eric habían adoptado a un niño y, por lo visto, no iban a separarse. El pequeño cumplía cinco años y lo festejaron con los residentes y el resto de los habitantes del complejo. Aquello hizo que una nueva normalidad se estableciera bajo los vientos y las fuertes lluvias del inicio de la estación. Los chicos se acostumbraron pronto a la rutina, a ir de un lado a otro dentro del mismo edificio, centrados en sus tareas. Se repartieron los trabajos de mantenimiento y limpieza para seguir ganando chapas y acudieron a las lecciones con más ganas, sin nada que los distrajera en el exterior. Tras el primer apagón, no hubo más problemas técnicos, pero las comunicaciones no se restablecieron hasta pasadas dos semanas.

Los dispositivos volvieron a recibir la señal de Internet. Ander y Oliver, en la habitación del segundo, se tiraron en la cama y abrieron el portátil. Oliver estaba ansioso por retomar las series que había dejado a medias y por consultar su correo electrónico. Ander no tenía tanto interés en la comunicación con el exterior como el que tenía por conocer los gustos y aficiones de Oliver.

—No vamos a salir de aquí en toda la estación, ya te lo digo —le advirtió mientras encendía la pantalla—. Tendré que empezarlas de nuevo para que las veas conmigo. ¡Y son largas!

—Espera un momento, ¿qué es eso? —Ander se incorporó para señalar una notificación en una de las esquinas de la pantalla.

—Las noticias. Pasando.

—No, no. Espera. Ábrela. Ha pasado algo. Mira cuántos avisos...

Oliver suspiró y cedió, pulsando en la pantalla táctil. Un vídeo se desplegó ante ellos. Su contenido los dejó sin aliento. Ander fue el primero en levantarse y correr al resto de habitaciones. Llamó a todas y gritó a medida que las puertas se iban abriendo.

—¡Chicos, venid al aula de audiovisuales! ¡Es importante!

Las puertas fueron abriéndose. A juzgar por las expresiones, no eran los únicos que habían mirado los portátiles, que revisaron los teléfonos o llamaron a casa. No necesitaban ir a la sala. Cuando la puerta de Roman chirrió, Kei se lanzó a abrazarlo antes de que abriera la boca. Kei, por supuesto, pensó Ander. Para cuando ellos se dieron cuenta, él ya debía llevar una hora navegando. Roman aceptó el abrazo y miró al resto por encima del hombro de su compañero.

—Mi madre ha muerto. Murió hace una semana —dijo con voz asombrada, como si estuviera contando algo imposible.

Mark tenía las manos en los bolsillos.

—Y el padre de Kei. Hace tres días. Sale en las noticias —musitó.

Felix, el único que había estado lo bastante perdido en sus proyectos para no darse cuenta de la vuelta de la señal, los miraba de hito en hito con el ceño fruncido. Ni Roman ni Kei lloraban, aunque seguían envueltos en ese abrazo reconfortante.

—¿Pero, qué ha pasado? ¿Habéis llamado a casa?

—No, ni voy a hacerlo —aseguró Mark con tono despechado—. ¿La línea es de doble sentido, no? La última llamada perdida que tengo es de hace dos meses.

—Yo sí —dijo Paul—. Ni siquiera da señal, pero en las noticias no sale nada de Maya. Si le hubiera pasado algo llenaría los informativos. Su partido tiene búnkeres repartidos por todo Elysium. Nunca quiso confirmarlo, pero tampoco lo negó —miró a Ander—. Es como si... el trabajo de arte, el globo...

—¿¿Pero alguien me va a contar qué pasa?? —insistió Felix.

Ander, horrorizado, negó con la cabeza.

—No. Ni lo pienses, Paul. Es una desagradable coincidencia.

—Un virus está asolando Elysium. El sistema está colapsado por completo y los muertos se cuentan por millones —le explicó Mark a Felix.

—¿Qué? ¿Estáis de coña? Esto es una broma, ¿no? —Felix se quitó las gafas y los miró anonadado.

—No. No es una broma. —Kei rompió el abrazo con Roman y fue a enseñarle los vídeos en su móvil, pálido—. Las redes están llenas de esto... Es... Es horrible. Hay disturbios, la gente está muriendo en las colas de los hospitales, no hay dónde meter los cadáveres.

Felix observó en silencio lo que Kei le describía. Las redes sociales estaban llenas de vídeos terribles. De despedidas. De desesperación. De profetas vociferando el juicio final que tanto llevaban esperando. Era irreal. Estaba pasando en otro mundo, como una película. Como uno de esos cuentos con un final terrible y aleccionador.

—¿Sabéis lo que esto significa? —Felix miró a sus compañeros.

—Estamos vivos porque nos eligieron para esto —dijo Paul.

Todos asintieron, en un profundo y reverencial silencio.

Ander miró a Oliver y lo agarró de la mano, consciente de lo afortunados que eran. El recuerdo de su padre, de la poca infancia que había vivido con su madre, parpadeó tristemente en su cabeza y se apagó. Aquel dolor sordo quedaría atrapado en algún recóndito rincón de su pecho, como una burbuja, pero no superaría jamás a la gratitud de estar vivo.

Los Niños Perdidos se tomaron de las manos, compartieron un abrazo y regresaron a sus habitaciones.

Si hubo lágrimas, se secaron pronto. Ninguno echaba a nadie de menos. Tenían todo lo que amaban allí. La magia de la isla los había atrapado tiempo atrás. Ya no pertenecían a ese mundo que agonizaba y que no vería un nuevo amanecer. La tormenta pasaría, el sol regresaría. Las flores brotarían de nuevo y reconstruirían la desolación que había quedado a su paso. Eran niños de un nuevo día. Los depositarios de un futuro que se les negó y que ahora podían construir ellos mismos.

El mundo moría, pero a aquella remota isla no llegarían sus estertores.

Todas las cámaras Freya están programadas para reaccionar ante la actividad. Para grabar la vida. En Elysium llevan semanas en suspensión, las lentes cubiertas de polvo. Testigos inertes que, al no tener nada que almacenar, descansan y esperan que el tiempo traiga su propia muerte.

En la Avenida Principal, un dron derribado vibra al reactivarse, creando ondas suaves en el charco verdoso que ya ha empezado a horadar su carcasa.

Graba.

Frente a él, un cadáver medio descompuesto, con la piel seca pegada a los pómulos, mantiene la boca abierta en un grito de rabia perpétuo. De entre los labios ha brotado una planta de tallo leñoso y hojas recias. Los primeros rayos de sol de la mañana despiertan a la flor, que abre sus pétalos amarillos con lentitud y pereza. Una abeja se posa en el corazón expuesto. Su peso inclina el tallo antes de que la abeja cumpla su función. Cuando se marcha, ahíta, la planta oscila durante unos segundos antes de volver a mirar el cielo.

Su cielo.

FIN

El Proyecto Valkyria continuará con los orígenes de Victor, pero para seguir con nuestras historias necesitamos tu ayuda: una reseña en Amazon —libre de spoilers—, hablar del libro a tus amigas, recomendarlo a otras lectoras o seguirnos en redes nos ayudará a saber que generan el suficiente interés como para que valga la pena seguir contándoos sobre estos personajes en este universo.

Y mil gracias por haber llegado hasta aquí. La aventura continúa pronto...

Mientras esperas, tenemos un último reto para ti. ¿Has encontrado todas las referencias literarias? ¡Si encuentras alguna que no aparezca en esta lista, escríbenos!

-Neuromante

-2001: una odisea en el espacio.

-Dune

-1984

-It

-Los cantos de Hyperion

-El Resplandor

-Solo quiero devorarte

-La Torre oscura

-Wicked. Memorias de una bruja mala

-El rey de amarillo

-Entrevista con el Vampiro

-Peter Pan y Wendy

-Réquiem por la inocencia

-La Sombra sobre Innsmouth

-Charlie y la fábrica de chocolate

-Alicia en el país de las maravillas

-Langoliers

-Watchmen

Otras obras de las autoras:

Si has llegado hasta aquí, suponemos que nuestra historia te ha gustado o, al menos te ha enganchado, y queremos agradecerte el tiempo que has dedicado a ella. Esperamos que haya dejado algo en ti. Si quieres hacernos llegar tus comentarios, seguimos o simplemente conversar, puedes encontrarnos en:

[Nuestra web](#)

[Nuestro Instagram](#)

[Nuestro Tiktok](#)

Aprovechamos para invitarte a leer nuestras obras, individuales o conjuntas que, aunque no tienen que ver con esta historia, tal vez te gusten.

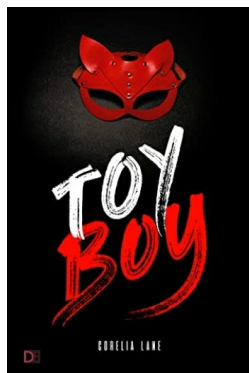


[El sol cautivo, de Neith y Leo Sango](#)

La Isla del Eclipse no ha visto la luz del sol en un milenio. Gobernada por la raza de los shaanar, longeva y tiránica, todo aquel que nace con magia en el reino de la noche eterna es asesinado o esclavizado. El resto sobrevive bajo el peso de un sistema de castas desigual en el que los shaanar ocupan la cúspide, parasitando con elegancia todo lo que encuentran a su alrededor.

Nathair, el hermano del rey, nació con el don de la magia. Indultado por este, vive recluido en una torre pero, a su pesar, no es tan distinto a cualquier otro esclavo: sus vínculos con la magia han sido cercenados y su destino es servir al rey con total obediencia.

La aparición de una criatura en el bastión promete darle algo de emoción a su tediosa existencia cuando decide sacarla de su celda y quedársela como mascota. Sin saberlo, Nathair tiene ante él todas las claves de su libertad en la forma de un demonio que no es lo que parece.

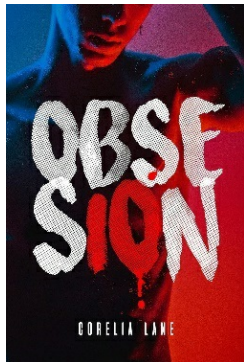


[Toy Boy, de Corelia Lane](#)

Los días de gloria como actor quedaron atrás para Jude Larson. Ahora es un respetado productor con mucho dinero y escasa motivación para vivir. Su solitaria existencia cambia de pronto cuando contrata a un nuevo mecánico para su colección de coches de lujo.

Terry es bueno en su trabajo, pero es un joven rebelde, impertinente y rabiosamente atractivo. No tarda en convertirse en una obsesión peligrosa para el millonario. Un robo y una carrera ilegal le dan la excusa perfecta para ponerle la correa a su mecánico, de forma literal.

Cuando el pasado llama a la puerta despertando todos los miedos ocultos, su nuevo toy boy parece la única tabla de salvación para Jude.



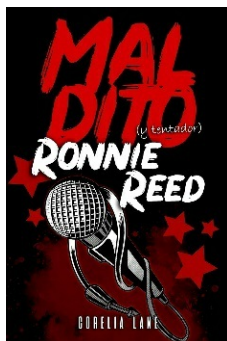
Obsesión, de Corelia Lane

Aidan es un artista. Rebelde, con un pasado problemático cuya sombra se extiende al presente. Haberse enamorado de un policía resulta paradójico para él, inconformista y poco dado a respetar a la autoridad.

Will, su novio, es el perfecto equilibrio que la vida ermitaña y solitaria de Aidan necesita. Vital y sociable, se entrega a su trabajo de forma vocacional.

Su relación va viento en popa hasta que el pintor debe sustituir a su antiguo modelo por un atractivo y solícito joven llamado Cody que pondrá a prueba el carácter despreocupado de Will y obsesionará a Aidan hasta lo enfermizo.

La mayor tormenta de nieve que se recuerda en su ciudad revelará un misterio y descubrirá la verdadera cara de Aidan, Will y Cody mientras luchan contra sus propios fantasmas.



Maldito (y tentador) Ronnie Reed, de Corelia Lane

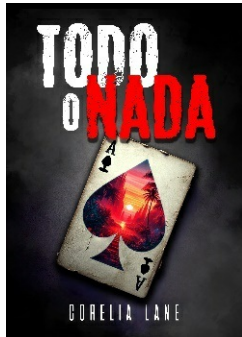
Ronnie Reed está en la cima de la fama. El cantante de Bright Violet Blood, el grupo del momento, es joven, atractivo y carismático, pero también es un chico impulsivo que no se lo piensa dos veces a la hora de denunciar el abuso que ha presenciado en la fiesta de su productora. Revelarlo públicamente pone una peligrosa diana sobre él y debe huir del país para mantenerse a salvo hasta un futuro juicio.

Dave McKenzie es guardaespaldas en la organización Lux. Es paciente, metódico y vive entregado a su trabajo como una forma de enmendar los errores del pasado. Acostumbrado a escoltar a niños, no sabe lo difícil que va a ser encargarse de una estrella cuando acepta su última misión. Sobre todo, porque el cantante es la tentación más irresistible a la que ha tenido que enfrentarse.

El viaje por las carreteras de Europa pondrá a prueba la paciencia y la resistencia de Dave ante las

provocaciones del irreverente e incontrolable Ronnie.

Maldito (y tentador) Ronnie Reed es una novela ligera que combina erotismo, romance y tensión para que no puedas despegarte de ella hasta acabarla.



[Todo o nada, de Corelia Lane](#)

¿Qué harías si no tuvieras nada que perder y tu supervivencia dependiera de la perversión de quien lo tiene todo? Eric es un joven vagabundo de Elysium, una ciudad superpoblada y decadente. Desesperado por cambiar su vida, acepta participar en El Pase al Paraíso: una partida de póker organizada por un misterioso millonario. La victoria promete un año de lujo en una isla paradisíaca y un cuantioso premio al final de la estancia.

Tras ganar el disputado Pase, Eric viaja a la isla, pero descubre que el paraíso no es lo que parece y su destino es convertirse en el esclavo de las perversiones de un excéntrico empresario. Allí tendrá que enfrentar una serie de pruebas y tentaciones mientras descubre los oscuros secretos de la isla y conoce a sus habitantes.

¿Podrá resistirse al peligroso magnetismo de su captor? ¿O se dejará seducir por el lado más oscuro del paraíso?



[Las nueve virtudes del monje, de Corelia Lane](#)

Tras un atentado contra su vida, la reina Azami de Albiran se ve obligada a refugiarse en el país vecino. El Monasterio de la Virtud promete ser una experiencia aburrida para la reina y su doncella hasta que son puestas al cargo de Biarn, un atractivo monje que no tarda en demostrar que no es lo que parece.

Biarn, Monje de la Virtud y maestro del rebelde Kisar, tiene un reto entre manos: mantener alejadas a las mujeres de la atención de su aprendiz, algo que parece imposible. El momento en que su pupilo será puesto a prueba se acerca y las distracciones ponen en peligro su permanencia en la orden. ¿Podrá mantener a Kisar alejado de las tentaciones? Y lo más difícil, ¿podrá resistirlas él mismo?

La reina Azami pondrá al monje ante la decisión más importante que tendrá que tomar en su vida: aferrarse al deber o seguir el camino de sus deseos.

Las nueve virtudes del monje es una novela ambientada en un mundo imaginario inspirado en el siglo XIX. En ella encontrarás altas dosis de erotismo, romanticismo, sorpresas y un misterio por resolver: ¿quién quiere matar a la reina de Albiran?

[Para estar al día de nuestras cosas, recibir contenido exclusivo y pistas sobre las siguientes novelas, síguenos en nuestro newsletter.](#)

[1] ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no huyes de mí? ¿Qué estás preguntándote? ¿Qué sabes? Clase caníbal, matando al hijo. Entierra a un amigo, quiero terminar conmigo. *Bury a friend* – Billie Eilish

[2] Pero las respuestas que buscas nunca las encontrarás en casa. El amor que necesitas nunca lo encontrarás en casa. Huye, aléjate. Huye, aléjate. *Smalltown Boy* – Bronski Beat.

[3] Escucho a los hijos de la ciudad y a los desposeídos. De rodillas: desnúdame. Ponte guapo, solo tú y yo tenemos el reino, tenemos la llave. Tenemos el imperio, ahora y entonces. No dudamos, no aceptamos órdenes. *Lucretia my reflection* – The Sisters of Mercy.

[4] Sirvo mi cabeza en un plato. Es solo consuelo, llamando tarde. *Every You Every Me* – Placebo.

[5] Lo siento. Dos palabras que siempre pienso después de que te hayas ido. Cuando me doy cuenta de que estaba actuando mal. Tan egoísta. Dos palabras que podrían describir, oh, mis acciones. Cuando la paciencia escasea, no necesitamos decir adiós. No necesitamos pelear y llorar. Oh, nosotros, podríamos abrazarnos fuerte esta noche. Estamos tan indefensos. Somos esclavos de nuestros impulsos. Tenemos miedo de nuestras emociones. Y nadie sabe dónde está la orilla. *So sorry* – Feist.

[6] Vamos todos. Aplaudan. Oh, se ven bien. Voy a cantar mi canción. No tomará mucho tiempo. Vamos a hacer el twist y es así. *The Twist* – Chubby Checker.

[7] ¡El esclavo grita! No abras los ojos, no te gustará lo que verás. Los demonios de la verdad roban las almas de los libres. No abras los ojos, créeme. He descubierto que puedes encontrar la felicidad en la esclavitud. *Happiness in Slavery* – Nine Inch Nails.

[8] Un amigo en apuros es, efectivamente, un amigo. Un amigo que bromea es mejor. Nuestros pensamientos comprimidos nos bendicen y provocan tormentas. *Pure morning* – Placebo.

[9] ¿Y qué harás ahora, hijo de ojos azules? ¿Y qué harás ahora, mi querido joven? Voy a salir antes de que empiece a llover. Caminaré hasta lo más profundo del bosque oscuro más profundo. Donde hay mucha gente y todos tienen las manos vacías. Donde esquilas de veneno inundan las aguas. Donde su hogar en el valle se encuentra con la húmeda y sucia prisión y el rostro del verdugo siempre está bien oculto. Donde el hambre es fea, donde las almas son olvidadas. Donde el negro es el color, donde ninguno es el número. Y lo diré y lo hablaré y lo pensaré y lo respiraré. Y reflejaré desde las montañas, para que todas las almas lo puedan ver. Y estaré de pie en el océano hasta que comience a hundirme. Pero conoceré bien mi canción antes de comenzar a cantar. Y es duro, es duro. Es una fuerte lluvia la que va a caer. *A Hard Rain's A-Gonna Fall* - Bob Dylan.

[10] Y el anhelo que sientes, sabes que nada de eso es real. Encontrarás un lugar mejor en este crepúsculo. *In This Twilight* – Nine Inch Nails.

[11] Son todos, son todo, son míos. Zapatos de plata, son míos, eres mío. Eres mío. El odio perdurará. Este es el fin de todos los milagros. Adiós, camino de baldosas amarillas. La bruja malvada está muerta. *Wicked Witch* – Demons & Wizards.